3 N m
15

HISTORIA

DEL FAMOSO CAVALLERO

DON QUIXOTE DE LA MANCHA:

POR

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

CON

ANOTACIONES, INDICES, Y VARIAS LECCIONES:

POR EL REVERENDO

D. JUAN BOWLE, A. M. S. S. A. L.

EN SEIS TOMOS.

17

DON ORIONE

DEL MORO GIANFERO

HISTORIA

HISTORIA

DEL FAMOSO CAVALLERO,

DON QUIXOTE DE LA MANCHA.

POR

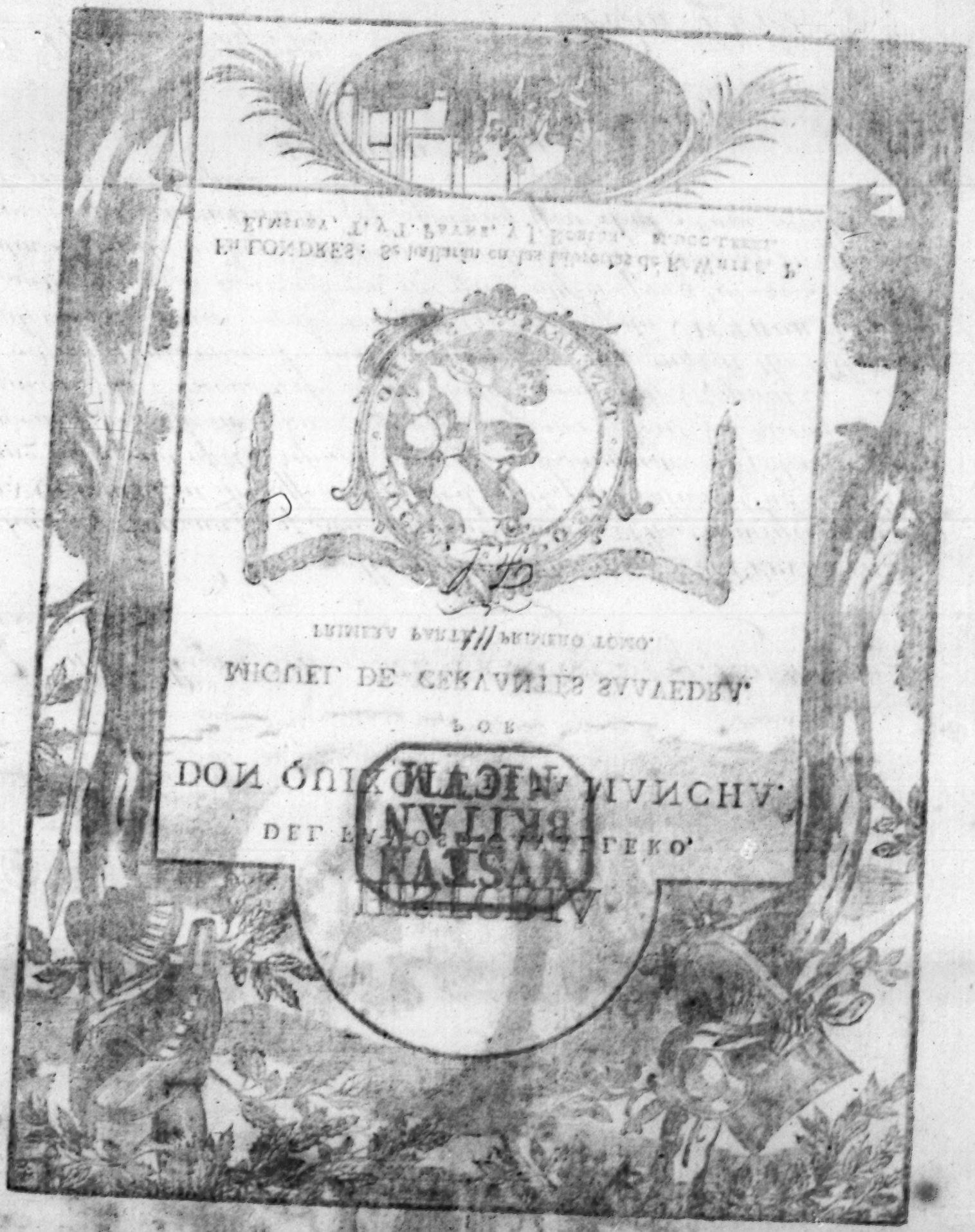
MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

PRIMERA PARTE. PRIMERO TOMO.



En LONDRES: Se hallarán en las Librerias de B. WHITE, P. ELMSLEY, T. y T. PAYNE, y J. ROBSON. M.DCC.LXXXI.







Page Sculp.

To the Right Honorable **FRANCIS** Earl of Huntington.

MY LORD

It was the peculiar happiness of **CERVANTES** to have had the Patronage of two eminent **Grandees** of his Country to his History of **DON QUIXOTE** at the different periods of its publication. And it will be a lasting memorial of the refined taste of two distinguished Noblemen of this Kingdom, who, from their knowlege of its superior Merit, encouraged and patronised two Editions of the same in the inimitable Original.

If in illustrating the many excellencies, in pointing out the Allusions, in exploring the sources of the extensive Erudition of the **AUTHOR** I have been so happy as to have effected the great object of my Labours, I must own that I feel the highest satisfaction in having the honour to offer these Volumes to your **LORDSHIP**, & of assuring you that I am with the most profound respect,

MY LORD

Your Lordships most Obedient,
and Devoted Humble Servant

St. George's Day. 1781.

John Bowle.

AL DUQUE DE BEJAR,

Marques de Gibraleon, Conde de Benalcazar, y Bañares, Vizconde de la Puebla de Alcozer, Señor de las villas de Capilla, Curiel, y Burguillos.

EN fe del buen acogimiento, y honra, que hace vueſtra Excelenciaâ toda ſuerte de libros, como Principe tan inclinado á favorecer las buenas artes, mayormente las, que por ſu nobleza no ſe abaten al ſervicio, y grangerias del vulgo, he determinado de ſacar á luz al Ingenioſo Hidalgo Don Quixote de la Mancha, al abrigo del clariſimo nombre de vueſtra Excelencia, á quien, con el acatamiento que deve á tanta grandeza, ſuplico, le reciba agradablemente en ſu proteccion,

para que á ſu ſombra, aunque deſnudo de aquel precioſo ornamento de elegancia, y erudicion, de que ſuelen andar veſtidas las obras que ſe componen en las caſas de los hombres que ſaben, oſe parecer ſeguramente en el juicio de algunos, que, no conteniendoſe en los limites de ſu ignorancia, ſuelen condenar con mas rigor, y menos juſticia los trabajos agenos, que poniendo los ojos la prudencia de vueſtra Excelencia en mi buen deſeo, fio, que no deſdenará la cortedad de tan humilde ſervicio.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

PRO-

PROLOGO.

DESOCUPADO Lector, sin juramento me podras creer, que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el mas hermoso, el mas gallardo, y mas discreto que pudiera imaginarse. Pero no he podido yo contravenir la orden de naturaleza, que en ella cada cosa engendra su semejante. Y así, que podia engendrar el esteril, y mal cultivado ingenio mio, sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo, y lleno de pensami entos varios, y nunca imaginados de otro alguno: bien como quien se engendró en una carcel, donde toda incomodidad tiene su asiento, y donde todo triste ruido hace su habitacion? El sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espiritu, son grande parte para que las musas mas esteriles, se muestren fecundas, y ofrezcan partos al mundo, que le colmen de maravilla, y de contento. Acontece tener un padre un hijo feo, y sin gracia alguna, y el amor, que le tiene, le pone una venda en los ojos, para que no vea sus faltas: antes las juzga por discreciones, y jindezas, y las cuenta á sus amigos por agudezas y donaires. Pero yo, que aunque parezco padre, soy padrastro de Don Quixote, no quiero irme con la corriente del uso, ni suplicarte, casi con las lagrimas en los ojos, como otros hacen, Lector carisimo, que perdones, ó disimules las faltas que en este mi hijo vieres: y pues ni eres su pariente, ni su amigo, y tienes tu alma en tu cuerpo, y tu libre alvedrio como el mas pintado, y estas en tu casa, donde eres

ſeñor della, como el Rey de ſus alcavalas, y ſabes lo que communmente ſe dice, que debaxo de mi manto, al Rey mato: Todo lo qual te eſenta, y hace libre de todo reſpeto, y obligacion: así puedes decir de la hiſtoria, todo aquello que te pareciere, ſin temor que te calunien por el mal, ni te premien por el bien que dixeres della.

Solo quiſiera dartela monda, y deſnuda, ſin el ornato de Prologo, ni de la innumerabilidad, y catalogo de los acoſtumbrados Sonetos, Epigramas, y elogios que al principio de los libros ſuelen ponerſe. Porque te ſé decir, que aunque me coſtó algun trabajo componerla, ninguno tuve por mayor, que hacer eſta prefacion que vas leyendo. Muchas veces tomé la pluma para eſcrivilla, y muchas la dexé, por no ſaber lo que eſcriviría: y eſtando una ſuſpenſo con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete, y la mano en la mexilla, penſando lo que diria, entró á deſhora un amigo mio, gracioſo, y bien entendido. El qual viendome tan imaginativo, me preguntó la cauſa: y no encubriendoſela yo, le dixe, que penſava en el Prologo que avia de hacer á la Hiſtoria de Don Quixote, y que me tenía de ſuerte, que ni queria hacerle, ni menos ſacar á luz las hazañas de tan noble cavallero. Porque como quereys vos que no me tenga confuſo el que dirá el antiguo legiſlador, que llaman vulgo, quando vea que al cabo de tantos años como ha que duermo en el ſilencio del olvido, ſalgo aora con todos mis años acueſtas, con una leyenda ſeca como un eſparto, agena de invencion, menguada de eſtilo, pobre de concetos, y falta de toda erudicion, y doctrina: ſin acotaciones en las margenes, y ſin anotaciones en el fin del libro, como veo que eſtan otros libros, aunque ſean fabuloſos, y profanos, tan llenos de ſentencias de Ariſtoteles, de Platon, y de toda la caterva de Filoſofos,

ſoſos, que admiran á los leyentes, y tienen á ſus autores por hombres leidos, eruditos, y eloquentes? Pues que quando citan la Divina Eſcritura, no diran ſino que ſon unos ſantos Tomaſes, y otros Doctores de la Igleſia, guardando en eſto un decoro tan ingenioſo, que en un renglon han pintado un enamorado diſtraido, y en otro hacer un ſermonico Chriſtiano, que es un contento, y un regalo, oirle, ó leelle. De todo eſto ha de carecer mi libro, porque ni tengo que acotar en el margen, ni que anotar en el fin, ni menos ſé que autores ſigo en el, para ponerlos al principio, como hacen todos, por las letras del A. B. C. Comenzando en Ariſtoteles, y acabando en Xenofonte, y en Zoylo, ó Zeuxis, aunque fue maldiciente el uno, y pintor el otro. Tambien ha de carecer mi libro de Sonetos al principio, alomenos de Sonetos, cuyos autores ſean Duques, Marqueſes, Condes, Obiſpos, Damas, ó Poetas celeberrimos. Aunque ſi yo los pidieſe á dos, ó tres oficiales amigos, yo ſé que me los darían, y tales, que no les igualaſen los de aquellos que tienen mas nombre en nueſtra Eſpaña.

En fin ſeñor, y amigo mio (proſegui) yo determino, que el Señor Don Quixote ſe quede ſepultado en ſus archivos en la Mancha, haſta que el cielo depare quien le adorne de tantas coſas como le faltan, porque yo me hallo incapaz de remediarlas por mi inſuficiencia, y pocas letras: y porque naturalmente ſoy poltron, y perezoſo, de andarme buſcando autores, que digan lo que yo me ſé decir ſin ellos. De aquí nace la ſuſpenſion, y elevamiento en que me hallaſtes, baſtante cauſa para ponerme en ella, la que de mí aveys oido. Oyendo lo qual mi amigo, dandoſe una palmada en la frente, y diſparando en una larga riſa, me dixo: Por Dios, hermano, que aora me acabo de deſengañar de un engaño en que he eſtado, todo el mucho tiempo que ha que os conozco, en

el qual ſiempre os he tenido por diſcreto, y prudente, en todas vueſtras acciones. Pero aora veo, que eſtays tan lejos de ſerlo, como lo eſtá el cielo de la tierra.

Como, que es poſible, que coſas de tan poco momento, y tan faciles de remediar, puedan tener fuerzas de ſuſpender, y abſortar un ingenio tan maduro como el vueſtro, y tan hecho á romper, y atropellar por otras dificultades mayores? Alafe, eſto no nace de falta de abilidad, ſino de ſobra de pereza, y penuria de diſcurſo. Quereys ver ſi es verdad lo que digo? Pues eſtadme atento, y vereys como en un abrir, y cerrar de ojos, confundo todas vueſtras dificultades, y remedio todas las faltas que decis que os ſuſpenden, y acobardan, para dexar de ſacar á la luz del mundo la Hiſtoria de vueſtro famoſo Don Quixote, luz, y eſpejo de toda la Cavalleria andante. Decid, le repliqué yo, oyendo lo que me decia: De que modo penſays llenar el vacio de mi temor, y reducir á claridad el caos de mi confuſion? A lo qual el dixo: Lo primero en que reparays de los Sonetos, Epigramas, ó Elogios, que os faltan para el principio, y que ſean de perſonages graves, y de titulo, ſe puede remediar, en que vos miſmo tomeys algun trabajo en hacerlos, y deſpues los podeys bautizar, y poner el nombre que quiſieredes, ahijandolos al Preſte Juan de las Indias, ó al Emperador de Trapiſonda: de quien yo ſé que ay noticia, que fueron famoſos Poetas: y quando no lo ayan ſido, y huviere algunos pedantes, y bachilleres, que por detras os muerdan, y murmuren deſta verdad, no ſe os dé dos maravedís, porque ya que os averiguen la mentira, no os han de cortar la mano con que lo eſcriviſtes.

En lo de citar en las margenes los libros, y autores de donde ſacaredes las ſentencias, y dichos que puſieredes en vueſtra hiſtoria,

ria, no ay mas, ſino hacer de manera que vengan á pelo algunas ſentencias, ó latines, que vos ſepays de memória: ó alomenos que os cueſten poco trabajo el buſcallo. Como ſerá poner, tratando de libertad, y cautiverio, *Non bene pro toto libertas venditur auro.* Y luego en el margen citar á Horacio, ó á quien lo dixo. Si tratáredes del poder de la muerte, acudir luego con, *Pallida mors æquo pulſat pede pauperum tabernas, Regumque turres.* Si de la amiſtad, y amor que Dios manda que ſe tenga á el enemigo, entraros luego al punto por la Eſcritura divina, que lo podeys hacer con tantico de curioſidad, y decir las palabras por lo menos del miſmo Dios. *Ego autem dico vobis, diligite inimicos veſtros.* Si tratáredes de malos penſamientos, acudid con el Evangelio. *De corde exeunt cogitationes malæ.* Si de la inſtabilidad de los amigos, ay eſtá Caton que os dará ſu diſtico. *Donec eris felix, multos numerabis amicos, tempora ſi fuerint nubila ſolus eris.* Y con eſtos latinicos, y otros tales os tendran ſi quiera por Gramatico, que el ſerlo no es de poca honra, y provecho el dia de oy. En lo que toca el poner anotaciones al fin del libro, ſeguramente lo podeys hacer deſta manera. Si nombrays algun Gigante en vueſtro libro, hacedle que ſea el Gigante Golias, y con ſolo eſto (qne os coſtará caſi nada) teneys una grande anotacion, pues podeys poner: El Gigante Golias, ó Goliat, fue un Filiſteo, á quien el paſtor David mató de una gran pedrada, en el valle de Terebinto, ſegun ſe cuenta en el libro de los Reyes, en el capitulo que vos hallaredes que ſe eſcrive.

Tras eſto, para moſtraros hombre erudito en letras humanas, y Coſmograſo, haced de modo como en vueſtra hiſtoria ſe nombre el rio Tajo, y vereyſos luego con otra famoſa anotacion, poniendo: El rio Tajo, fue así dicho por un Rey de las Eſpanas:

tiene

tiene ſu nacimiento en tal lugar, y muere en el mar Oceano, beſando los muros de la famoſa Ciudad de Liſboa: y es opinion que tiene las arenas de oro, &c. Si tratáredes de ladrones, yo os dare la hiſtoria de Caco, que la ſé de coro. Si de mugeres rameras, ay eſtá el Obiſpo de Mondoñedo, que os preſtará á Lamia, Laida, y Flora, cuya anotacion os dará gran credito. Si de crueles, Ovidio os entregará á Medea. Si de encantadores, y hechizeras, Homero tiene á Calipſo, y Virgilio á Circe. Si de Capitanes valeroſos, el miſmo Julio Ceſar os preſtará á sí miſmo en ſus Comentarios, y Plutarco os dará mil Alexandros. Si tratáredes de amores, con dos onzas que ſepays de la lengua Toſcana, topareys con Leon Hebreo, que os hincha las medidas. Y ſino quereys andaros por tierras eſtrañas, en vueſtra caſa teneys á Fonſeca del Amor de Dios, donde ſe cifra todo lo que vos, y el mas ingenioſo acertare á deſear en tal materia. En reſolucion, no ay mas, ſino que vos procureys nombrar eſtos nombres, ó tocar eſtas hiſtorias en la vueſtra, que aquí he dicho, y dexadme á mí el cargo de poner las anotaciones, y acotaciones, que yo os voto á tal de llenaros los margenes, y de gaſtar quatro pliegos eu el fin del libro.

Vengamos aora á la citacion de los autores que los otros libros tienen, que en el vueſtro os faltan. El remedio que eſto tiene es muy facil, porque no aveys de hacer otra coſa, que buſcar un libro que los acote todos, deſde la A. haſta la Z. como vos decis. Pues eſe miſmo abecedario pondreys vos en vueſtro libro. Que pueſto que á la clara ſe vea la mentira, por la poca neceſidad que vos teniades de aprovecharos dellos, no importa nada: y quiza alguno avrá tan ſimple, que crea que de todos os aveys aprovechado, en la ſimple, y ſencilla hiſtoria vueſtra. Y quando no ſirva de otra coſa, por lo menos ſervirá aquel largo Catalogo de autores

á dar

á dar de improviſo autoridad al libro. Y mas, que no avrá quien ſe ponga á averiguar, ſi los ſeguiſtes, ó no los ſeguiſtes, no yendole nada en ello. Quanto mas, que ſi bien caigo en la cuenta, eſte vueſtro libro no tiene neceſidad de ninguna coſa de aquellas que vos decis que le falta, porque todo el es una invectiva contra los Libros de cavallerias, de quien nunca ſe acordó Ariſtoteles, ni dixo nada San Baſilio, ni alcanzó Ciceron. Ni caen debaxo de la cuenta de ſus fabuloſos diſparates las puntualidades de la verdad, ni las obſervaciones de la Aſtrologia: ni le ſon de importancia las medidas Geometricas, ni la confutacion de los argumentos de quien ſe ſirve la Retorica: ni tiene para que predicar á ninguno, mezclando lo humano con lo divino, que es un genero de mezcla, de quien no ſe ha de veſtir ningun Chriſtiano entendimiento. Solo tiene que aprovecharſe de la imitacion, en lo que fuere eſcriviendo, que quanto ella fuere mas perfecta, tanto mejor ſerá lo que ſe eſcriviere. Y pues eſta vueſtra eſcritura no mira á mas, que á deſhacer la autoridad, y cabida, que en el mundo, y en el vulgo tienen los Libros de cavallerias, no ay para que andeys mendigando ſentencias de filoſofos, conſejos de la divina Eſcritura, fabulas de Poetas, oraciones de Retoricos, milagros de ſantos: ſino procurar que á la llana, con palabras ſignificantes, honeſtas, y bien colocadas ſalga vueſtra oracion, y periodo, ſonoro, y feſtivo. Pintando en todo lo que alcanzaredes, y fuere poſible vueſtra intencion, dando á entender vueſtros conceptos, ſin intricarlos, y eſcurecerlos. Procurad tambien, que leyendo vueſtra hiſtoria, el melancolico ſe mueva á riſa, el riſueño la acreciente, el ſimple no ſe enfade, el diſcreto ſe admire de la invencion, el grave no la deſprecie, ni el prudente dexe de alabarla. En efecto, llevad la mira pueſta á derribar la maquina mal fundada deſtos cavallereſcos libros, aborrecidos

recidos de tantos, y alabados de muchos mas: que ſi eſto alcanzaſedes, no avriades alcanzado poco. Con ſilencio grande eſtuve eſcuchando lo que mi amigo me decia, y de tal manera ſe imprimieron en mí ſus razoues, que ſin diſputa, las aprové por buenas, y de ellas miſmas quiſe hacer eſte Prologo. En el qual verás, Lector ſuave, la diſcrecion de mi amigo, la buena ventura mia, en hallar en tiempo tan neceſitado tal conſegero, y el alivio tuyo, en hallar tan ſincera, y tan ſin rebueltas, la hiſtoria del Famoſo Don Quixote de la Mancha: de quien ay opinion por todos los habitadores del diſtrito del campo de Montiel, que fue el mas caſto enamorado, y el mas valiente Cavallero, que de muchos años á eſta parte ſe vió en aquellos contornos. Yo no quiero encarecerte el ſervicio que te hago, en darte á conocer tan notable, y tan honrado Cavallero: pero quiero que me agradezcas el conocimiento que tendras del famoſo Sancho Panza ſu eſcudero, en quien á mi parecer te doy cifradas todas las gracias eſcuderiles, que en la caterva de los libros vanos de cavallerias eſtan eſparcidas. Y con eſto, Dios te dé ſalud, y á mí no olvide.

V A L E.

Al Libro de Don Quixote de la Mancha Urganda la desconocida.

SI de llegarte á los bue
Libro fueres con letu
No te dira el boquirru
Que no pones bien los de.
Mas si el pan no se te cue
Por ir á manos de idió
Verás de manos á bo
Aun no dar una en el cla
Si bien se comen las ma
Por mostrar que son curio
Y pues la experiencia ense
Que él que á buen arbol se arri
Buena sombra le cobi
En Bexar tu buena estre.
Un arbol real te ofre
Que da Principes por fru
En el qual florece un Du
Que es nuevo Alexandro Ma
Llega á su sombra que á osa
Favorece la fortu
De un noble hidalgo Manche
Contarás las aventu
A quien ociosa letu
Trastornaron la cabe.
Damas, armas, cavalle
Le provocaron de me
Que qual Orlando furio

Templado á lo enamora
Alcanzó á fuerza de bra.
A Dulcinea del Tobo.
No indiſcretos bierogli
Eſtampes en el eſcu
Que quando es todo figu
Con ruines puntos ſe embi.
Si en la direccion te humi
No dirá moſante algu
Que Don Alvaro de Lu
Que Anibal él de Carta
Que Rey Franciſco en Eſpa
Se quexa de la fortu
Pues al cielo no le plu
Que ſalieſes tan ladi
Como el negro Juan Lati
Hablar latines rehu.
No me deſpuntes de agu
Ni me alegues con filo
Porque torciendo la bo
Dirá él que entiende la le
No un palmo de las ore
Para que conmigo flo?
No te metas en dibu
Ni en ſaber vidas age
Que en lo que no va ni vie
Paſar de largo es cordu.
Que ſuelen en caperu
Darles á los que grace
Mas tú quemate las ce

Solo en cobrar buena fa
Que él que imprime neceda
Dalas á cenſo perpe.
Advierte que es deſati
Siendo de vidrio el teja
Tomar piedras en la ma
Para tirar al veci.
Dexa que el hombre de jui
En las obras que compo
Se vaya con pies de plo
Que él que ſaca á luz pape
Para entretener donze
Eſcrive á tontas, y alo.

AMADIS de Gaula, á Don QUIXOTE de la Mancha.

SONETO.

TU que imitaſte la lloroſa vida,
Que tuve auſente, y deſdeñado, ſobre
El gran ribazo de la peña pobre,
De alegre á penitencia reducida.
Tú, á quien los ojos dieron la bevida,
De abundante licor, aunque ſalobre,
Y alzandote la plata, eſtaño, y cobre,
Te dió la tierra en tierra la comida.
Vive ſeguro, de que eternamente,
En tanto al menos que en la quarta esfera
Sus cavallos aguije el rubio Apolo;
Tendrás claro renombre de valiente,
Tu patria ſerá en todas la primera,
Tu ſabio autor al mundo uuico, y ſolo.

Don Belianis de Grecia, á Don Quixote de la Mancha.

SONETO.

ROmpí, corté, abollé y dixe, y hize,
Mas que en el orbe cavallero andante,
Fuy dieſtro, fuy valiente, y fuy arrogante,
Mil agravios vengué, cien mil deſtice.
Hazañas dí á la fama que eternize,
Fuy comedido, y regalado amante,
Fue enano para mí todo gigante,
Y al duelo en qualquier punto ſatisfice.
Tuve á mis pies proſtrada la fortuna,
Y traxo del copete mi cordura,
A la calva ocaſion al eſtricote.
Mas aunque ſobre el cuerno de la luna,
Siempre ſe vió encumbrada mi ventura,
Tus proezas embidio, ó gran Quixote.

La SENORA ORIANA, á DULCINEA del TOBOSO.

SONETO.

OQuien tuviera, hermoſa Dulcinea,
Por mas comodidad, y mas repoſo,
A Miraflores pueſto en el Toboſo,
Y trocara ſus Londres con tu Aldea!
O quien de tus deſeos, y librea,
Alma, y cuerpo adornara, y del famoſo
Cavallero, que heciſte venturoſo,
Mirara alguna deſigual pelea!
O quien tan caſtamente ſe eſcapara,
Del Señor Amadis, como tu hiciſte
Del comedido Hidalgo Don Quixote!

Que

Que así embidiada fuera, y no embidiara,
Y fuera alegre el tiempo que fue triſte,
Y gozara los guſtos ſin eſcote.

Gandalin Eſcudero de Amadis de Gaula, á Sancho Panza, Eſcudero de Don Quixote.

S O. N E T O.

SAlve, varon famoſo, á quien fortuna,
Quando en el trato eſcuderil te puſo,
Tan blanda, y cuerdamente lo diſpuſo,
Que lo paſaſte ſin deſgracia alguna.
Yala azada, ó la hoz poco repugna
Al andante exercicio, ya eſtá en uſo
La llaneza eſcudera, con que acuſo
Al ſobervio que intenta hollar la Luna.
Embidio á tu jumento, y á tu nombre,
Y á tus alforjas igualmente embidio,
Que moſtraron tu cuerda providencia.
Salve otra vez, ó Sancho, tan buen hombre,
Que á ſolo tú nueſtro Eſpanol Ovidio
Con buz corona te hace reverencia.

Del DONOSO Poeta Entreverado, á SANCHO PANZA y ROZINANTE.

SOY Sancho Panza eſcude
Del Manchego Don Quixo
Puſe pies en polvoro
Por vivir á lo diſcre.
Que el tacito Villadie
Toda ſu razon de eſta
Cifró en una retira
Segun ſiente Celeſti
Libro en mi opinion divi
Si encubriera mas lo huma.

A RO-

A ROZINANTE.

SOY Rozinante el famo
Biſnieto del gran Babie
Por pecados de flaque
Fuy á poder de un Don Quixo.
Parejas corri á lo flo
Mas por uña de cava
No ſe me eſcapó ceva
Que eſto faqué á Lazari
Quando para hurtar el vi
Al ciego le di la pa.

ORLANDO FURIOSO, á DON QUIXOTE de la Mancha.

SONETO.

SIno eres Par, tampoco le has tenido,
Que par pudieras ſer entre mil pares,
Ni puede averle donde tú te hallares,
Invicto vencedor, jamas vencido.
Orlando ſoy, Quixote, que perdido
Por Angelica vi remotos mares,
Ofreciendo á la fama en ſus altares
Aquel valor, que reſpetó el olvido.
No puedo ſer tu igual, que eſte decoro
Se deve á tus proezas, y á tu fama,
Pueſto que como yo perdiſte el ſeſo.
Mas ſerlo has mio, ſi al ſobervio Moro,
Y Cita fiero domas, que oy nos llama,
Iguales en amor con mal ſuceſo.

El Cavallero del FEBO, á Don QUIXOTE de la Mancha.

SONETO.

A Vueſtra eſpada no igualó la mia,
Febo Eſpañol, curioſo corteſano,
Ni á la alta gloria de valor mi mano,
Que rayo fue do nace, y muere el dia.
Imperios deſprecié, y la Monarquia
Que me ofreció el Oriente (roxo) en vano:
Dexé por ver el roſtro ſoberano
De Claridiana, Aurora hermoſa mia.
Améla por milagro unico, y raro,
Y auſente en ſu deſgracia, el propio infierno
Temió mi brazo, quc domó ſu rabia.
Mas vos, Godo Quixote, iluſtre, y claro,
Por Dulcinea ſoys al mundo eterno,
Y ella por vos famoſa, honeſta, y ſabia.

De SOLISDAN, á Don QUIXOTE de la Mancha.

SONETO.

MAguer, Señor Quixote, que ſandeces
Vos tengan el cerbelo derrumbado,
Nunca ſereys de alguno reprochado,
Por hombre de obras viles, y ſoeces,
Seran vueſas fazañas los joeces,
Pues tuertos desfaciendo aveys andado,
Siendo vegadas mil apaleado,
Por ſollones cautivos, y raheces.

Y ſi

Y ſi la vueſa linda Dulcinea
Deſaguiſado contra vos comete,
Ni á vueſas cuitas mueſtra buen talante:
En tal deſman vueſo conorte ſea,
Que Sancho Panza fue mal alcahuete,
Necio él, dura ella, y vos no amante.

DIALOGO entre BABIECA, y ROZINANTE.

SONETO.

B. COmo eſtays Rozinante tan delgado?
R. Porque nunca ſe come, y ſe trabaja.
B. Pues que es dé la cevada, y dé la paja?
R. No me dexa mi amo ni un bocado.
B. Anda ſeñor, que eſtays muy mal criado,
Pues vueſtra lengua de aſno al Amo ultraja:
R. Aſno ſe es de la cuna á la mortaja:
Quereys lo ver? miradlo enamorado.
B. Es necedad amar?——*R.* No es gran prudencia.
B. Metafiſico eſtays.——*R.* Es que no como.
B. Quexaos del eſcudero.——*R.* No es baſtante.
Como me he de quexar en mi dolencia,
Si el amo, y eſcudero, ó mayordomo,
Son tan Rozines como Rozinante?

PRIMERA PARTE

Del Ingenioso Hidalgo

DON QUIXOTE DE LA MANCHA.

Capitulo primero. Que trata de la condicion, y exercicio del Famoso Hidalgo Don Quixote de la Mancha.

EN un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivia un Hidalgo de los de lanza en aſtillero, adarga antigua, rozin flaco, y galgo corredor. Una olla de algo mas vaca que carnero, ſalpicon las mas noches, duelos y quebrantos los Sabados, lantejas los Viernes, algun palomino de añadidura los Domingos, conſumian las tres partes de ſu hazienda. El reſto della concluyan, ſayo de velarte, calzas de velludo para las fieſtas, con ſus pantuflos de lo miſmo, y los dias de entre ſemána ſe honrava con ſu vellorí de lo mas fino. Tenia en ſu caſa una Ama que paſava de los quarenta: y una Sobrina que no llegava á los veynte, y un mozo de campo y plaza que así enfillava el rozin, como tomava la po-

dadera. Friſava la edad de nueſtro Hidalgo con los cincuenta años. Era de complexion rezia, ſeco de carnes, enjuto de roſtro, gran madrugador, y amigo de la caza. Quieren dezir, que tenia el ſobrenombre de Quixada, ó Queſada (que en eſto ay alguna diferencia en los autores que deſte caſo eſcriven) aunque por conjeturas veriſimiles ſe dexa entender, que ſe llamava Quixana. Pero eſto importa poco á nueſtro cuento, baſta que en la narracion del no ſe ſalga un punto de la verdad. Es pues de ſaber, que eſte ſobredicho hidalgo los ratos que eſtava ocioſo (que eran los mas del año) ſe dava á leer Libros de Cavallerias con tanta aficion, y guſto, que olvidó caſi de todo punto el exercicio de la caza, y aun la adminiſtracion de ſu hazienda: y llegó á tanto ſu curioſidad, y deſatino en eſto, que vendió muchas hanegas de tierra de ſembradura, para comprar Libros de Cavallerias en que leer, y así llevó á ſu caſa todos quantos pudo aver dellos: y de todos, ningunos le parecian tan bien, como los que compuſo el famoſo Feliciano de Silva; porque la claridad de ſu proſa, y aquellas entricadas razones ſuyas, le parecian de perlas: y mas quando llegava á leer aquellos requiebros, y cartas de deſafios, donde en muchas partes hallava eſcrito: *La razon de la ſinrazon que á mi razon ſe hace, de tal manera mi razon enflaquece, que con razon me quexo de la vueſtra fermoſura.* Y tambien quando leía: *Los altos cielos que de vueſtra divinidad divinamente con las eſtrellas os fortifican, y os hacen merecedora del merecimiento que merece la vueſtra grandeza.* Con eſtas razones perdia el pobre Cavallero el juicio, y deſvelavaſe por entenderlas, y deſentrañarles el ſentido, que no ſe lo ſacára, ni las entendiéra el miſmo Ariſtoteles, ſi reſucitára para ſolo ello. No eſtáva muy bien con las heridas que Don Belianis dava, y recebia, porque ſe imaginava, que por grandes maeſtros que le huvieſſen curado, no dexaria de tener el roſtro, y

todo

todo el cuerpo lleno de cicatrices, y señales. Pero con todo alabava en su autor, aquel acabar su libro con la promesa de aquella inacabable aventura, y muchas veces le vino deseo de tomar la pluma, y dalle fin al pie de la letra, como alli se promete: y sin duda alguna lo hiziera, y aun saliera con ello, si otros mayores, y continuos pensamientos no se lo estorváran. Tuvo muchas veces competencia con el Cura de su lugar (que era hombre docto, graduado en Siguenza) sobre qual avia sido mejor cavallero, Palmerin de Ingalaterra, ó Amadis de Gaula: mas Maese Nicolas, Barbero del mismo pueblo decia, que ninguno llegava al Cavallero del Febo, y que si alguno se le podia comparar, era Don Galaor, hermano de Amadis de Gaula, porque tenia muy acomodada condicion para todo, que no era cavallero melindroso, ni tan lloron como su hermano, y que en lo de la valentia no le iva en zaga. En resolucion, el se enfrascó tanto en su letura, que se le pasavan las noches leyendo de claro en claro, y los dias de turbio en turbio: y así del poco dormir, y del mucho leer, se le secó el celebro de manera, que vino á perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamentos, como de pendencias, batallas, desafios, heridas, requiebros, amores, tormentas, y disparates imposibles: Y asentósele de tal modo en la imaginacion, que era verdad toda aquella maquina de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no avia otra historia mas cierta en el mundo. Decia él, que el Cid Ruydiaz avia sido muy buen cavallero, pero que no tenia que ver con el Cavallero de la Ardiente espada, que de solo un reves avia partido por medio dos fieros y descomunales gigantes. Mejor estava con Bernardo del Carpio, porque en Roncesvalles avia muerto á Roldan el encantado, valiendose de la industria de Hercules, quando ahogó á Anteon el hijo de la tierra entre los brazos. Decia mucho bien

del Gigante Morgante, porque con ſer de aquella generacion gigantéa, que todos ſon ſobervios, y deſcomedidos, él ſolo era afable, y bien criádo. Pero ſobre todos eſtava bien con Reynaldos de Montalvan, y mas quando le veía ſalir de ſu caſtillo, y robar quantos topava: y quando en allende robó aquel Idolo de Mahoma, que era todo de oro, ſegun dice ſu hiſtoria. Diera él, por dar una mano de coces al Traidor de Galalon, al Ama que tenia, y aun á ſu Sobrina de añadidúra. En efeto, rematado ya ſu juicio, vino á dar en el mas eſtraño penſamiento que jamas dio loco en el mundo, y fue, que le pareció convenible, y neceſario, así para el aumento de ſu honra, como para el ſervicio de ſu republica, hazerſe Cavallero Andante, y irſe por todo el mundo con ſus armas, y cavallo, á buſcar las aventuras, y á exercitarſe en todo aquello que él avia leido, que los Cavalleros Andantes ſe exercitavan, deſhaziendo todo genero de agravio, y poniendoſe en ocaſiones, y peligros, donde acabandolos, cobraſe eterno nombre, y fama. Imaginavaſe el pobre, ya coronado por el valor de ſu brazo, por lo menos del Imperio de Trapiſonda: y así con eſtos tan agradables penſamientos, llevado del eſtraño guſto que en ellos ſentia, ſe dió prieſa á poner en efeto lo que deſeava. Y lo primero que hizo, fue limpiar unas armas que avian ſido de ſus viſaguelos, que tomadas de orin, llenas de moho, luengos ſiglos avia que eſtavan pueſtas, y olvidadas en un rincon. Limpiólas, y aderezólas lo mejor que pudo, pero vió que tenian una gran falta, y era que no tenian zelada de encaxe, ſino morrion ſimple: mas á eſto ſuplió ſu induſtria, porque de cartones hizo un modo de media zelada, que encaxada con el morrion, hacia una apariencia de zelada entera. Es verdad que para provar ſi era fuerte, y podia eſtar al rieſgo de una cuchillada, ſacó ſu eſpada, y le dió dos golpes, y con el primero, y en un punto deſhizo lo que avia

hecho

hecho en una ſemana: y no dexó de parecerle mal la facilidad con que la avia hecho pedazos, y por aſegurarſe deſte peligro, la tornó á hazer de nuevo, poniendole unas barras de hierro por de dentro, de tal manera, que el quedó ſatisfecho de ſu fortaleza, y ſin querer hacer nueva experiencia della, la diputó, y tuvo por zelada finiſima de encaxe. Fue luego á ver á ſu rozin, y aunque tenia mas quartos que un real, y mas tachas que el cavallo de Gonela, que *tantum pellis, & oſſa fuit*, le pareció que ni el Buzefalo de Alexandro, ni Babieca el del Cid con el ſe igualavan. Quatro dias ſe le paſaron en imaginar que nombre le pondria, porque (ſegun ſe dezia el á ſí miſmo) no era razon que cavallo de cavallero tan famoſo, y tan bueno él por ſí, eſtuvieſe ſin nombre conocido, y así procurava acomodarſele, de manera que declaraſe quién avia ſido, antes que fueſe de cavallero andante, y lo que era entonces: pues eſtava muy pueſto en razon, que mudando ſu ſeñor eſtado, mudaſe el tambien el nombre, y le cobraſe famoſo, y de eſtruendo, como convenía á la nueva orden, y al nuevo exercicio que ya profeſava: y así deſpues de muchos nombres que formó, borró, y quitó, añadió, deſhizo, y tornó á hazer en ſu memoria, é imaginacion: al fin le vino á llamar Rozinante, nombre á ſu parecer, alto, ſonoro, y ſignificativo de lo que avia ſido, quando fue rozin antes de lo que aora era, que era antes, y primero de todos los rozines del mundo. Pueſto nombre, y tan á ſu guſto á ſu cavallo, quiſo ponerſele á sí miſmo, y en eſte penſamiento duró otros ocho dias, y al cabo ſe vino á llamar Don Quixote: de donde (como queda dicho) tomaron ocaſion los autores deſta tan verdadera hiſtoria, que fin duda ſe devia de llamar Quixada, y no Queſada, como otros quiſieron decir: pero acordandoſe que el valeroſo Amadis, no ſolo ſe avia contentado con llamarſe Amadis á ſecas, ſino que añadió el nombre de ſu Reyno y patria, por

hazerla,

hazerla famoſa, y ſe llamó Amadis de Gaula: así quiſo como buen cavallero, añadir al ſuyo el nombre de la ſuya, y llamarſe Don Quixote de la Mancha, con que á ſu parecer declarava muy al vivo ſu linage, y patria, y la honrava con tomar el ſobrenombre della. Limpias pues ſus armas, hecho del morrion zelada, pueſto nombre á ſu rozin, y confirmandoſe á ſi miſmo, ſe dio á entender, que no le faltava otra coſa, ſino buſcar una dama de quien enamorarſe, porque el cavallero andante ſin amores era arbol ſin hojas, y ſin fruto y cuerpo ſin alma. Deziaſe él, ſi yo por malos de mis pecados, ó por mi buena ſuerte, me encuentro por ai con algun gigante (como de ordinario les acontece á los Cavalleros andantes) y le derribo de un encuentro, ó le parto por mitad del cuerpo, ó finalmente le venzo, y le rindo, no ſerá bien tener á quien embiarle preſentado; y que entre, y ſe hinque de rodillas ante mi dulce ſeñora, y diga con voz humilde, y rendida: yo ſoy el Gigante Caraculiambro, ſeñor de la inſula Malindrania, á quien vencio en ſingular batalla, el jamas como ſe deve alabado Cavallero Don Quixote de la Mancha, el qual me mandó, que me preſentaſe ante la vueſtra merced, para que la vueſtra grandeza diſponga de mí á ſu talante. O como ſe holgó nueſtro buen Cavallero, quando huvo hecho eſte diſcurſo, y mas quando halló á quien dar nombre de ſu dama: y fue á lo que ſe cree, que en un lugar cerca del ſuyo, avia una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado, (aunque ſegun ſe entiende, ella jamas lo ſupo ni ſe dio cata dello.) Llamavaſe Aldonza Lorenzo, y á eſta le pareció ſer bien darle titulo de ſeñora de ſus penſamientos: y buſcandole nombre que no deſdixeſe mucho del ſuyo, y que tiraſe, y ſe encaminaſe al de Princeſa, y gran ſeñora, vino á llamarla Dulcinea del Toboſo porque era natural del Toboſo, nombre á ſu parecer muſico, y peregrino, y ſignificativo, como todos los demas que á él, y á ſus coſas avia pueſto. *Capit.*

Capit. II. Que trata de la primera Salida, que de ſu tierra hizo el Ingenioſo Don Quixote.

HECHAS pues eſtas prevenciones, no quiſo aguardar mas tiempo á poner en efeto ſu penſamiento, apretandole á ello la falta que él penſava que hacia en el mundo ſu tardanza, ſegun eran los agravios que penſava deshacer, tuertos que enderezar, ſinrazones que enmendar, y abuſos que mejorar, y deudas que ſatisfacer. Y así ſin dar parte á perſona alguna de ſu intencion, y ſin que nadie le vieſe, una mañana antes del dia (que era uno de los caluroſos del mes de Iulio) ſe armó de todas ſus armas, ſubió ſobre Rozinante, pueſta ſu mal compueſta zelada, embrazó ſu adarga, tomó ſu lanza, y por la puerta falſa de un corral ſalio al campo con grandiſimo contento, y alborozo, de ver con quanta facilidad avia dado principio á ſu buen deſeo: mas apenas ſe vió en el campo, quando le aſaltó un penſamiento terrible, y tal que por poco le hiziera dexar la comenzada empreſa, y fue, que le vino á la memoria, que no era armado Cavallero, y que conforme á ley de Cavalleria, ni podia, ni devia tomar armas con ningun Cavallero: y pueſto que lo fuera avià de llevar armas blancas, como novel cavallero, ſin empreſa en el eſcudo, haſta que por ſu esfuerzo la ganaſe. Eſtos penſamientos le hizieron titubear en ſu propoſito, mas pudiendo mas ſu locura que otra razon alguna, propuſo de hacerſe armar Cavallero del primero que topaſe, á imitacion de otros muchos que así lo hizieron, ſegun él avia leído en los libros que tal le tenian. En lo de las armas blancas, penſava limpiarlas de manera (en teniendo lugar) que lo fueſen mas que un armiño: y con eſto ſe quietó, y proſiguió ſu camino, ſin llevar otro que

aquel

aquel que ſu cavallo queria, creyendo que en aquello conſiſtia la fuerza de las aventuras. Yendo pues caminando nueſtro flamante Aventurero, iva hablando conſigo miſmo, y diciendo: Quien duda, ſino que en los venideros tiempos, quando ſalga á luz la verdadera hiſtoria de mis famoſos hechos, que el Sabio que los eſcriviere no ponga, quando llegue á contar eſta mi primera ſalida tan demañana, deſta manera? Apenas avia el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha, y eſpacioſa tierra las doradas hebras de ſus hermoſos cabellos, y apenas los pequeños, y pintados paxarillos con ſus harpadas lenguas avian ſaludado con dulce, y meliflua armonía la venida de la roſada Aurora, que dexando la blanda cama del zeloſo marido, por las puertas, y balcones del Manchego Orizonte, á los mortales ſe moſtrava, quando el famoſo Cavallero Don Quixote de la Mancha, dexando las ocioſas plumas, ſubió ſobre ſu famoſo cavallo Rozinante, y comenzó á caminar por el antiguo, y conocido campo de Montiel (y era la verdad que por él caminava) y añadió diziendo: Dichoſa edad, y ſiglo dichoſo aquel, adonde ſaldran á luz las famoſas hazañas mias, dignas de entallarſe en bronzes, eſculpirſe en marmoles, y pintarſe en tablas, para memoria en lo futuro. O tu ſabio encantador, quien quiera que ſeas, á quien ha de tocar el ſer coroniſta deſta peregrina hiſtoria, ruegote que no te ólvides de mi buen Rozinante, compañero eterno mio en todos mis caminos, y carreras. Lúego bolvia diziendo (como ſi verdaderamente fuera enamorado.) O Princeſa Dulcinea, ſeñora deſte cautivo corazon, mucho agravio me avedes fecho en deſpedirme, y reprocharme con el riguroſo afincamiento, de mandarme no parecer ante la vueſta fermoſura: Plegaos ſeñora de membraros deſte vueſtro ſujeto corazon, que tantas cuitas por vueſtro amor padece. Con eſtos iva enſartando otros diſparates, todos al modo

de

de los que ſus libros le avian enſeñado, imitando en quanto podia ſu lenguage: y con eſto caminava tan de eſpacio, y el ſol entrava tan apriesa, y con tanto ardor, que fuera baſtante á derretirle los ſeſos (ſi algunos tuviera.) Caſi todo aquel dia caminó ſin acontecerle coſa que de contar fueſe, de lo qual ſe deſeſperava, porque quiſiera topar luego, luego con quien hacer experiencia del valor de ſu fuerte brazo. Autores ay que dicen, que la primera Aventura que le avino, fue la del puerto Lapice, otros dicen, que la de los Molinos de viento. Pero lo que yo he podido averiguar en eſte caſo, y lo que he hallado eſcrito en los Anales de la Mancha, es, que él anduvo todo aquel dia, y al anochecer, ſu rozin, y él ſe hallaron canſados, y muertos de hambre: y que mirando á todas partes, por ver ſi deſcubriría algun caſtillo, ó alguna majada de paſtores donde recogerſe, y adonde pudieſe remediar ſu mucha neceſidad: vió no lexos del camino por donde iva, una venta, que fue como ſi viera una eſtrella, que á los portales, ſino á los alcazares de ſu redencion, le encaminava. Dioſe prieſa á caminar, y llegó á ella á tiempo que anochecia. Eſtavan á caſo á la puerta dos mugeres mozas, deſtas que llaman del partido, las quales ivan á Sevilla con unos Harrieros, que en la venta aquella noche acertaron á hacer jornada: y como á nueſtro Aventurero, todo quanto penſava, veía, ó imaginava, le parecia ſer hecho, y paſar al modo de lo que avia leido, luego que vió la Venta, ſe le repreſentó que era un Caſtillo con ſus quatro torres, y chapiteles de luciente plata, ſin faltarle ſu puente levadiza, y honda cava, con todos aquellos aderentes que ſemejantes caſtillos ſe pintan. Fueſe llegando á la venta (que á él le parecia caſtillo, y á poco trecho della detuvo las riendas á Rozinante, eſperando que algun Enano ſe puſieſe entre las almenas, á dar ſeñal con alguna trompeta, de que llegava cavallero al caſtillo. Pero como vió que ſe tardavan, y que

Rozinante ſe dava prieſa por llegar á la cavalleriza, ſe llegó á la puerta de la venta, y vió á las dos diſtraydas mozas que alli eſtavan, que á él le parecieron dos hermoſas donzellas, ó dos graciosſas damas, que delante de la puerta del caſtillo ſe eſtavan ſolazando. En eſto ſucedió á caſo, que un porquero que andava recogiendo de unos raſtrojos una manada de puercos (que ſin perdon así ſe llaman) tocó un cuerno, á cuya ſeñal ellos ſe recogen, y al inſtante ſe le repreſentó á Don Quixote lo que deſeava, que era que algun enano hacia ſeñal de ſu venida, y así con eſtraño contento llegó á la venta, y á las damas. Las quales como vieron venir un hombre de aquella ſuerte, armado, y con lanza, y adarga, llenas de miedo ſe ivan á entrar en la venta: pero Don Quixote, coligiendo por ſu huida ſu miedo, alzandoſe la viſera de papelon, y deſcubriendo ſu ſeco, y polvoroſo roſtro, con gentil talante, y voz repoſada les dixo: Non fuyan las vueſtras mercedes, nin teman deſaguiſado alguno, ca á la orden de cavalleria que profeſo, non toca, ni atañe fazerle á ninguno, quanto mas á tan altas Donzellas como vueſtras preſencias demueſtran. Miravan le las mozas, y andavan con los ojos buſcandole el roſtro, que la mala viſera le encubria. Mas como ſe oyeron llamar Donzellas, coſa tan fuera de ſu profeſion, no pudieron tener la riſa, y fue de manera, que Don Quixote vino á correrſe, y á decirles: bien parece la meſura en las fermoſas, y es mucha ſandez ademas la riſa, que de leve cauſa procede: pero non vos lo digo porque os acuytedes, ni moſtredes mal talante, que el mio non es de al, que de ſerviros. El lenguage no entendido de las ſeñoras, y el mal talle de nueſtro Cavallero acrecentava en ellas la riſa, y en él el enojo, y paſara muy adelante, ſi á aquel punto no ſaliera el Ventero, hombre que por ſer muy gordo, era muy pacifico, el qual viendo aquella figura contrahecha, armada de

armas

armas tan deſiguales, como eran la brida, lanza, adarga, y coſelete no eſtúvo en nada en acompañar á las donzellas en las mueſtras de ſu contento. Mas en efeto, temiendo la maquina de tantos pertrechos, determinó de hablarle comedidamente, y así le dixo: Si vueſtra merced, Senor Cavallero, buſca poſada, amen del lecho (porque en eſta venta no ay ninguno) todo lo demas ſe hallará en ella en mucha abundancia: Viendo Don Quixote la humildad del Alcayde de la fortaleza (que tal le pareció á él el ventero, y la venta) reſpondia: Para mi, ſeñor Caſtellano, qualquiera coſa baſta, porque mis arreos ſon las armas, mi deſcanſo el pelear, &c. Pensó el hueſped, que el averle llamado Caſtellano, avia ſido por averle parecido de los ſanos de Caſtilla, aunque él era Andaluz, y de los de la playa de San Lucar, no menos ladron que Caco, ni menos maleante que eſtudiante, ó page, y así le reſpondio: Segun eſo, las camas de vueſtra merced ſerán duras peñas, y ſu dormir ſiempre velar: y ſiendo así bien ſu puede apear, con ſeguridad de hallar en eſta choza ocaſion, y ocaſiones para no dormir en todo un año, quanto mas en una noche. Y diciendo eſto, fue á tener del eſtribo á Don Quixote, el qual ſe apeó con mucha dificultad, y trabajo (como aquel que en todo aquel dia no ſe avia deſayunado.) Dixo luego al hueſped, que le tuvieſe mucho cuydado de ſu cavallo, porque era la mejor pieza que comia pan en el mundo. Miróle el ventero, y no le pareció tan bueuo como Don Quixote decia, ni aun la mitad: y acomodandole en la cavalleriza, bolvia á ver lo que ſu hueſped mandava, al qual eſtavan deſarmando las donzellas (que ya ſe avian reconciliado con él) las quales, aunque le avian quitado el peto, y el eſpaldar, jamas ſupieron, ni pudieron deſencaxarle la gola, ni quitarle la cohtrahecha zelada, que traía atada con unas cintas verdes, y era meneſter cortarles por no poderſe quitar los ñudos, mas él no lo quiſo conſen-

tir en ninguna manera: y así ſe quedó toda aquella noche con la zelada pueſta, que era la mas gracioſa, y eſtraña figura que ſe pudiera penſar: y al deſarmarle (como el ſe imaginava que aquellas traidas, y llevadas que le deſarmavan, eran algunas principales ſeñoras, y damas de aquel caſtillo) les dixo con mucho donayre: Nunca fuera cavallero de damas tan bien ſervido, como fuera Don Quixote quando de ſu aldea vino, Donzellas curavan del, Princeſas de ſu rozino. O Rozinante, que eſte es el nombre, ſeñoras mias, de mi cavallo, y Don Quixote de la Mancha el mio: que pueſto que no quiſiera deſcubrirme, faſta que las fazañas fechas en vueſtro ſervicio, y pro, me deſcubrieran, la fuerza de acomodar al propoſito preſente eſte romance viejo de Lanzarote, ha ſido cauſa que ſepays mi nombre antes de toda ſazon: pero tiempo vendrá en que las vueſtras ſeñorías me manden, y yo obedezca, y el valor de mi brazo deſcubra el deſeo que tengo de ſerviros. Las mozas que no eſtavan hechas á oir ſemejantes retoricas, no reſpondian palabra, ſolo le preguntaron, ſi queria comer alguna coſa. Qualquiera yantaria yo, reſpondió Don Quixote, porque á lo que entiendo, me haria mucho al caſo. A dicha acertó á ſer Viernes aquel dia: y no avia en toda la venta ſino unas raciones de un peſcado, que en Caſtilla llaman abadexo, y en Andaluzia bacallao: y en otras partes curadillo, y en otras truchuela. Preguntaronle, ſi por ventura comeria ſu merced truchuela, que no avia otro peſcado que darle á comer. Como aya muchas truchuelas, reſpondió Don Quixote, podran ſervir de una trucha, porque eſo me da que me den ocho reales en ſenzillos, que en una pieza de á ocho. Quanto mas que podria ſer que fueſen eſtas truchuelas como la ternera que es mejor que la vaca, y el cabrito que el cabron. Pero ſea lo que fuere, venga luego, que el trabajo, y peſo de las armas, no ſe puede llevar ſin

el

el govierno de las tripas. Puſieronle el meſa á la puerta de la venta, por el freſco, y truxole el hueſped una porcion del mal remojado, y peor cocido bacallao, y un pan tan negro, y mugriento como ſus armas: pero era materia de grande riſa verle comer, porque como tenia pueſta la zelada, y alzada la viſera, no podia poner nada en la boca con ſus manos, ſi otro no ſe lo dava, y ponia, y así una de aquellas ſeñoras ſervia deſte meneſter: mas al darle de bever no fue poſible, ni lo fuera, ſi el ventero no horadara una caña, y pueſto él un cabo en la boca, por el otro le iva echando el vino: y todo eſto lo recebia en paciencia, á trueco de no romper las cintas de la zelada. Eſtando en eſto, llegó acaſo á la venta un caſtrador de puercos, y así como llegó, ſonó ſu ſiluato de cañas, quatro ó cinco vezes, con lo qual acabó de confirmar Don Quixote, que eſtava en algun famoſo caſtillo, y que le ſervian con muſica, y que el abadexo era truchas, el pan candeal, y las rameras damas: y el ventero, Caſtellan del caſtillo, y con eſto dava por bien empleada ſu determinacion, y ſalida. Mas lo que mas le fatigava, era el no verſe armado cavallero, por parecerle que no ſe podria poner legitimamente en aventura alguna, ſin recebir la orden de Cavalleria.

Cap. III. Donde ſe cuenta la graciosa manera que tuvo Don Quixote en armarſe Cavallero.

YAsí fatigado deſte penſamiento, abrevió ſu venteril, y limitada cena, la qual acabada llamo al Ventero, y encerrandoſe con él en la cavalleriza, ſe hincó de rodillas ante él, diciendole: no me levantare jamas de donde eſtoy, valeroſo cavallero, faſta que la vueſtra cortesía me otorgue un don que pedirle quiero, el qual redundara en alabanza vueſtra, y en pro del genero humano. El ventero

ventero que vió á ſu hueſped á ſus pies, y oyó ſemejantes razones eſtava confuſo mirandole, ſin ſaber que hazerſe, ni dezirle, y porfiava con él que ſe levantaſe, y jamas quiſo, haſta que le huvo de decir que él le otorgava el don que le pedía. No eſperava yo menos de la gran magnificencia vueſtra, ſeñor mio, reſpondió Don Quixote, y así os digo, que el don que os he pedido, y de vueſtra liberalidad me ha ſido otorgado, es, que mañana en aquel dia me aveis de armar cavallero: y eſta noche en la capilla deſte vueſtro caſtillo velaré las armas, y mañana, como tengo dicho, ſe cumplirá lo que tanto deſeo, para poder, como ſe deve, ir por todas las quatro partes del mundo, buſcando las aventuras en pro de los meneſteroſos, como eſtá á cargo de la Cavalleria, y de los Cavalleros andantes, como yo ſoy, cuyo deſeo á ſemejantes fazañas es inclinado. El ventero (que como eſtá dicho) era un poco ſocarron, y yá tenian algunos barruntos de la falta de juicio de ſu hueſped, acabó de creerlo quando acabó de oir ſemejantes razones: y por tener que reir aquella noche, determinó de ſeguirle el humor, y así le dixo, que andava muy acertado en lo que deſeava, y que tal proſupueſto era propio, y natural de los cavalleros tan principales, como él parecia, y como ſu gallarda preſencia moſtrava: y que él anſi miſmo en los años de ſu mocedad, ſe avia dado á aquel honroſo exercicio, andando por diverſas partes del mundo, buſcando ſus aventuras, ſin que huvieſe dexado los percheles de Malaga, iſlas de Riaran, compas de Sevilla, azoguejo de Segovia, la olivera de Valencia, rondilla de Granada, playa de San Lucar, potro de Cordova, y las ventillas de Toledo, y otras diverſas partes, donde avia exercitado la ligereza de ſus piés, ſutileza de ſus manos, haciendo muchos tuertos, requeſtando muchas viudas, deſhaciendo algunas donzellas, y engañando á algunos pupilos, y finalmente dandoſe á conocer por quantas audiencias,

diencias, y tribunales ay caſi en toda Eſpaña: y que á lo ultimo ſe avia venido á recoger á aquel ſu caſtillo, donde vivia con ſu hacienda, y con las agenas, recogiendo en el á todos los cavalleros andantes, de qualquiera calidad, y condicion que fueſen, ſolo por la mucha aficion que les tenia, y porque partieſen con el de ſus averes, en pago de ſu buen deſeo. Dixole tambien, que en aquel ſu caſtillo no avia capilla alguna donde poder velar las armas, porque eſtava derribada para hacerla de nuevo: pero que en caſo de neceſidad, él ſabia que ſe podian velar donde quiera, y que aquella noche las podria velar en un patio del caſtillo, que á la mañana, ſiendo Dios ſervido, ſe harian las devidas ceremonias, de manera que él quedaſe armado cavallero, y tan cavallero que no pudieſe ſer mas en el mundo. Preguntóle ſi traía dineros, reſpondió Don Quixote, que no traía blanca, porque el nunca avia leido en las hiſtorias de los cavelleros andantes, que ninguno los huvieſe traido. A eſto dixo el ventero, que ſe engañava, que pueſto caſo que en las hiſtorias no ſe eſcrivia, por averles parecido á los autores della, que no era meneſter eſcrivir una coſa tan clara, y tan neceſaria de traerſe, como eran dineros, y camiſas limpias, no por eſo ſe avia de creer, que no los truxeron: y ansí tuvieſe por cierto, y averiguado, que todos los cavalleros andantes, de que tantos libros eſtan llenos, y ateſtados, llevavan bien herradás las bolſas por lo que pudieſe ſucederles, y que así miſmo llevavan camiſas, y una arqueta pequena llena de unguentos, para curar las heridas que recebían, porque no todas veces en los campos, y deſiertos donde ſe combatian, y ſalian heridos, avia quien los curaſe, ſi ya no era, que tenian algun ſabio encantador por amigo, que luego los ſocorria, trayendo por el aire en alguna nube alguna Donzella, ó Enano, con alguna redoma de agua de tal virtud, que en guſtando alguna gota della, luego al punto

quedavan

quedavan ſanos de ſus llagas, y heridas, como ſi mal alguno no huvieſen tenido: mas que en tanto que eſto no huvieſe, tuvieron los paſados cavalleros por coſa accrtada, que ſus eſcuderos fueſen proveidos de dineros, y de otras coſas neceſarias, como eran hilas, y unguentos para curarſe: y quando ſucedía, que los tales cavalleros no tenian eſcuderos (que eran pocas, y raras veces) ellos miſmos lo llevavan todo en unas alforjas muy ſutiles, que caſi no ſe parecian, á las ancas del cavallo, como que era otra coſa de mas importancia: porque no ſiendo por ocaſion ſemejante, eſto de llevar alforjas, no fue muy admitido entre los cavalleros andantes: y por eſte le dava por conſejo, pues aun ſe lo podia mandar como á ſu ahijado, que tan preſto lo avia de ſer, que no caminaſe de alli adelante ſin dineros, y ſin las prevenciones recebidas, y que veria quan bien ſe hallava con ellas, quando menos ſe penſaſe. Prometióle Don Quixote, de hacer lo que ſe le aconſejava con toda puntualidad: y así ſe dió luego orden como velaſe las armas en un corral grande que á un lado de la venta eſtava, y recogiendolas Don Quixote todas, las puſo lobre una pila que junto á un pozo eſtava: y embrazando ſu adarga, aſió de ſu lanza, y con gentil continente ſe comencó á paſear delante de la pila, y quando comenzo el paséo, comenzava á cerrar la noche. Contó el Ventero á todos quantos eſtavan en la venta la locura de ſu hueſped, la vela de las armas, y la armazon de Cavalleria que eſperava. Admirandoſe de tan eſtraño genero de locura, fueronſelo á mirar deſde lexos, y vieron qne con ſoſegado ademan, unas vezes ſe paſeava, otros arrimado á ſu lanza, ponia los ojos en las armas, ſin quitarlos por un buen eſpacio de ellas. Acabó de cerrar la noche con tanta claridad de la luna, que podia competir con él que ſe la preſtava: de manera, que quanto el novel cavallero hacía, era bien viſto de todos. Antojóſele en eſto á uno de los harrieros

harrieros que eſtavan en la venta, ir á dar agua á ſu recua, y ſué meneſter quitar las armas de Don Quixote, que eſtávan ſobre la pila, el qual viendole llegar, en voz alta le dixo: O tu quien quiera que ſeas atrevido cavallero, que llegas á tocar las armas del mas valéroſo andante, que jamas ſe ciñó eſpada, mira lo que hazes, y no las toques, ſino quieres dexar la vida en pago de tu atrevimiento. No ſe curó el harriero deſtas razónes, (y fuera mejor que ſe curára, por que fuera curarſe en ſalud) antes travando de las correas, las arrojó gran trecho de sí. Lo qual viſto por Don Quixote, alzó los ojos al cielo, y pueſto el penſamiento (á lo que pareció) en ſu ſeñora Dulcinea dixo: Acorredme ſeñora mia en eſta primera afrenta, que á eſte vueſtro avaſallado pecho ſe le ofrece, no me desfallezca en eſte primero trance vueſtro favor, y amparo: y diciendo eſtas, y otras ſemejantes razones, ſoltando la adarga, alzó la lanza á dos manos, y dió con ella tan gran golpe al harriero en la cabeza, que le derribó en el ſuelo tan mal trecho, que ſi ſegundara con otro, no tuviera neceſidad de maeſtro que le curara. Hecho eſto, recogió ſus armas, y tornó á paſearſe con el miſmo repoſo que primero. Deſde alli á poco, ſin ſaberſe lo que avia paſado, (porque aun eſtáva aturdido el harriero) llegó otro con la meſma intencion, de dar agua á ſus mulos, y llegando á quitar las armas para deſembarazar la pila, ſin hablar Don Quixote palabra, y ſin pedir favor á nadie, ſoltó otra vez la adarga, y alzó otra vez la lanza, y ſin hazerla pedazos, hizo mas de tres la cabeza del ſegundo harriero, porque ſe la abrió por quatro: al ruydo acudió toda la gente de la venta, y entre ellos el Ventero. Viendo eſto Don Quixote, embrazó ſu adarga, y pueſta mano á ſu eſpada, dixo: O ſeñora de la fermoſura, esfuerzo, y vigor del debilitado corazon mio, aora es tiempo que buelvas los ojos de tu grandeza á eſte tu cautivo cavallero, que tamaña aventura

eſtá atendiendo. Con eſto cobró á ſu parecer tanto animo, que ſi le acometieran todos los harrieros del mundo, no bolviera el pié atrás. Los compañeros de los heridos, que tales los vieron, comenzaron deſde lexos á llover piedras ſobre Don Quixote, el qual lo mejor que podia, ſe reparáva con ſu adarga, y no ſe osáva apartar de la pila, por no deſamparar las armas. El Ventero dava voces que le dexaſſen, porque ya les aviá dicho como era loco, y que por loco ſe libraria, aunque los mataſe á todos. Tambien Don Quixote los dava mayores, llamandolos de alevoſos, y traidóres, y que el ſeñor del caſtillo era un follon, y mal nacido cavallero, pues de tal manera conſentia, que ſe trataſeu los andantes cavalleros, y que ſi él huviera recebido la orden de cavalleria, que él le diera á entender ſu alevosía, pero de voſotros, ſoez y baxa canalla, no hago caſo alguno. Tirad, llegad, venid, y ofended me en quanto pudieredés, que voſotros vereis el pago que llevays de vueſtra ſandez, y demaſia. Decia eſto con tanto brio, y denuedo, que infundió un terrible temor en los que le acometian: y así por eſto, como por las perſuaſiones del ventero, le dexaron de tirar: y él dexó retirar á los heridos y tornó á la vela de ſus armas, con la miſma quietud y ſoſiego que primero, No le parecieron bien al Ventero las burlas de ſu hueſped, y determinó abreviar, y darle la negra orden de Cavalleria luego, antes que otra deſgracia ſucedieſe, y así llegandoſe á él, ſe deſculpó de la inſolencia que aquella gente baxa con él avia uſado, ſin que él ſupieſe coſa alguna: pero que bien caſtigados quedavan de ſu atrevimiento. Díxole como ya le avia dicho, que en aquel caſtillo no avia capilla, y para lo que reſtava de hacer, tampoco era neceſaria, que todo el toque de quedar armado cavallero, conſiſtiá en la peſcozada, y en el eſpaldarazo, ſegun él tenía noticia del ceremonial de la orden, y que aquello en mitad de un campo ſe podia hacer: y que ya avia cumplido con

lo

lo que tocava al velar de las armas, que con ſolas dos horas de vela ſe cumplia, quanto mas, que el avia eſtado mas de quatro. Todo ſe lo creyó Don Quixote, y dixo, que él eſtáva alli pronto para obedecerle, y que concluyeſe con la mayor brevedad que pudieſe: porque ſi fueſe otra vez acometido, y ſe vieſe armado Cavallero, no penſava dexar perſona viva en el caſtillo, eceto aquellas que él le mandaſe, á quien por ſu reſpeto dexaría. Advertido, y medroſo deſto el Caſtellano, truxo luego un libro donde aſentava la paja, y cevada que dava á los harrieros, y con un cabo de vela que le traya un muchacho, y con las dos ya dichas doncellas, ſe vinó adonde Don Quixote eſtava, al qual mandó hincar de rodillas, y leyendo en ſu manual (como que decia alguna devota oracion) en mitad de la leyenda, alzó la mano, y dióle ſobre el cuello un gran golpe, y tras él con ſu meſma eſpada un gentil eſpaldarazo (ſiempre murmurando entre dientes, como que rezáva.) Hecho eſto, mandó á una de aquellas damas que le ciñeſe la eſpada, la qual lo hizo con mucha deſemboltura, y diſcrecion, porque no fué meneſter poca para no rebentar de riſa á cada punto de las ceremonias: pero las proezas que ya avían viſto del novel cavallero, les tenia la riſa á raya. Al ceñirle la eſpada dixo la buena ſeñora: Dios haga á vueſtra merced muy venturoſo cavallero, y le dé ventura en lides. Don Quixote le preguntó como ſe llamaya, porque el ſupieſe de alli adelante á quien quedava obligado, por la merced recebida, porque penſava darle alguna parte de la honra que alcanzaſe por el valor de ſu brazo. Ella reſpondió con mucha humildad, que ſe llamava la Toloſa, y que era hija de un remendon, natural de Toledo, que vivía á las tendillas de Sanchobienaya, y que donde quiera que ella eſtuvieſe le ſerviria, y le tendria por ſeñor. Don Quixote le replicó, que por ſu amor le hizieſe merced, que de alli adelante ſe puſieſe don, y ſe llamaſe Doña Toloſa.

Ella ſe lo prometió: y la otra le calzó la eſpuela, con la qual le pasó caſi el miſmo coloquio, que con la de la eſpada. Preguntóle ſu nombre, y dixo que ſe llamava la Molinera, y que era hija de un honrado Molinero de Antequera: á la qual tambien rogó Don Quixote, que ſe puſieſe don, y ſe llamaſe Doña Molinera, ofreciendole nuevos ſervicios, y mercedes. Hechas pues de galope, y aprieſa las haſta alli nunca viſtas ceremonias, no vió la hora Don Quixote de verſe á cavallo, y ſalir buſcando las aventuras: y enſillando luego á Rozinante, ſubió en el, abrazando á ſu hueſped, le dixo coſas tan eſtrañas agradeciendole la merced de averle armado cavallero, que no es poſible acertar á referirlas. El ventero por verle ya fuera de la venta, con no menos retoricas, aunque con mas breves palabras, reſpondió á las ſuyas, y ſin pedirle la coſta de la poſada, le dexó ir á la buena hora.

Cap. IV. De lo que le ſucedió á nueſtro Cavallero quando ſalió de la Venta.

LA Del alva ſeria, quando Don Quixote ſalió de la venta, tan contento, tan gallardo, tan alborozado, por verſe ya armado cavallero, que el gozo rebentava por las cinchas del cavallo. Mas viniendole á la memoria los conſejos de ſu hueſped, cerca de las prevenciones tan neceſarias que avia de llevar conſigo, eſpecial la de los dineros, y camiſas, determinó bolver á ſu caſa, y acomodarſe de todo, y de un Eſcudero: haziendo cuenta de recebir á un labrador vecino ſuyo, que era pobre, y con hijos, pero muy á propoſito para el oficio eſcuderil de la cavalleria. Con eſte penſamiento guió á Rozinante hácia ſu aldéa, el qual caſi conociendo la querencia, con tanta gana comenzo á caminar, que no

no ponia los pies en el ſuelo. No avia andado mucho, quando le pareció que á ſu dieſtra mano, de la eſpeſura de un boſque que alli eſtava, ſalian unas voces delicadas, como de perſona que ſe quexáva. Y apenas las huvo oido, quando dixo: Gracias doy al cielo por la merced que me hace, pues tan preſto me pone ocaſiones delante, donde yo pueda cumplir con lo que devo á mi profeſion, y donde pueda coger el fruto de mis buenos deſeos. Eſtas voces ſin duda ſon de algun meneſteroſo, ó meneſteroſa, que há meneſter mi favor, y ayuda, y bolviendo las riendas, encaminó á Rozinante hácia donde le pareció que las voces ſalian. Y á pocos paſos que entró por el boſque, vió atada una yegua á una encina, y atado en otra á un muchacho, deſnudo de medio cuerpo arriba, haſta de edad de quince años, que era él que las voces dava: y no ſin cauſa, porque le eſtava dando con una pretina muchos azotes un labrador de buen talle, y cada azote le acompañava con una reprehenſion, y conſejo, porque decia: la lengua queda, y los ojos liſtos. Y el muchacho reſpondiá: no lo haré otra vez, ſeñor mio, por la paſion de Dios, que no lo haré otra vez, y yo prometo de tener de aquí adelante mas cuidado con el hato. Y viendo Don Quixote lo que paſava, con voz airada dixo: Deſcortes cavallero, mal parece tomaros con quien defender no ſe puede, ſubid ſobre vueſtro cavallo, y tomad vueſtra lanza (que tambien tenía una lanza arrimada á la encina, adonde eſtava arrendada la yegua) que yo os haré conocer ſer de covardes lo que eſtais haciendo. El labrador que vió ſobre sí aquella figura llena de armas, blandiendo la lanza ſobre ſu roſtro, tuvoſe por muerto, y con buenas palabras reſpondió: Señor Cavallero, eſte muchacho que eſtoy caſtigando, es un mi criado, que me ſirve de guardar una manada de ovejas, que tengo en eſtos contornos, el qual es tan deſcuidado, que cada dia me falta una, y porque caſtigo ſu deſcuido, ó vellaqueria, dice que lo hago de miſerable, por no pagalle la ſoldada que lo deva y

en Dios, y en mi anima que miente. Miente delante de mí, ruin villano, dixo Don Quixote, por el ſol que nos alumbra, que eſtoy por paſaros de parte á parte con eſta lanza, pagadle luego ſin mas replica, ſino por el Dios que nos rige que os concluya, y aniquile en eſte punto: deſatadlo luego. El labrador baxó la cabeza, y ſin reſpondet palabra deſató á ſu criado. Al qual preguntó Don Quixote, que quanto le devia ſu amo: él dixo que nueve meſes, á ſiete reales cada mes. Hizo la cuenta Don Quixote, y halló que montavan ſeſenta, y tres reales: y dixole al labrador, que al momento los deſembolſaſe, ſino queria morir por ello. Reſpondió el medroſo villano, que para el paſo en que eſtava, y juramento que avia hecho (y aun no avia jurado nada) que no eran tantos: porque ſe le avian de deſçontar, y recebir en cuenta tres pares de zapatos que le avia dado, y un real de dos ſangrias que le avian hecho eſtando enfermo. Bien eſtá todo eſo, replicó Don Quixote: pero quedenſe los zapatos, y las ſangrias, por los azotes que ſin culpa le aveis dado, que ſi él rompió el cuero de los zapatos que vos pagaſtes, vos le aveis rompido el de ſu cuerpo, y ſi le ſacó el barbero ſangre eſtando enfermo, vos en ſanidad ſe la aveis ſacado: así que por eſta parte no os deve nada. El daño eſtá, ſeñor cavallero, en que no tengo aquí dineros, vengaſe Andres conmigo á mi caſa, que yo ſe los pagaré un real ſobre otro. Irme yo con él, dixo el muchacho, mas mal año, no ſeñor, ni por pienſo, porque en viendoſe ſolo, me deſollará como á un San Bartolomé. No hará tal, replicó Don Quixote, baſta que yo ſe lo mande, para que me tenga reſpeto: y con que él me lo jure por la ley de cavalleria que ha recebido, le dexaré ir libre, y aſeguraré la paga. Mire vueſtra merced, Señor, lo que dice, dixo el muchacho, que eſte mi amo no es cavallero, ni ha recebido orden de cavalleria alguna, que es Juan Haldudo el rico, el vecino del Quintanar. Importa poco eſo,

reſpon-

reſpondió Don Quixote, que Haldudos puede aver cavalleros: quanto mas, que cada uno es hijo de ſus obras. Así es verdad, dixo Andres, pero eſte mi amo de que obras es hijo, pues me niega mi ſoldada, y mi ſudor, y trabajo? No niego hermano Andres, reſpondio el labrador, y hazedme plazer de veniros conmigo, que yo juro por todas las ordenes que de cavallerias ay en el mundo de pagaros como tengo dicho, un real ſobre otro, y aun ſahumados. De ſahumerio os hago gracia, dixo Don Quixote, dadſelos en reales, que con eſo me contento: y mirad que lo cumplays como lo avéis jurado, ſino por el miſmo juramento os juro, de bolver á buſcaros, y caſtigaros, y que os tengo de hallar, aunque os eſcondais mas que una lagartija. Y ſi quereís ſaber quien os manda eſto para quedár con mas veras obligado á cumplirlo: Sabed que yo ſoy el valeroſo Don Quixote de la Mancha, el deſhacedor de agravios, y ſinrazones, y á Dios quedad: y no ſe os parte de las mientes lo prometido, y jurado, ſo pena de la pena pronunciáda. Y en diciendo eſto, picó á ſu Rozinante, y en breve eſpacio ſe apartó dellos. Siguióle el labrador con los ojos, y quando vió que avia traſpueſto del boſque, y que ya no pareciá, bolvióſe á ſu criado Andres, y dixole: Venid acá hijo mio, que os quiero pagar lo que os devo, como aquel deſhacedor de agravios me dexó mandado. Eſo juro yo, dixo Andres, y como que andará vueſtra merced acertado en cumplir el mandamiento de aquel buen cavallero, que mil años viva, que ſegun es de valeroſo, y de buen juez, viue Roque, que ſi no me paga, que buelva, y execute lo que dixo. Tambien lo juro yo, dixo el labrador, pero por lo mucho que os quiero, quiero acrecentár la deuda, para acrecentár la paga. Y aſiendole del brazo le tornó á atar á la encina, donde le dio tantos azotes, que le dexó por muerto. Llamad ſeñor Andres aora, decia el labrador, al deſhacedor de agravios, vereis

como

como no deſhace aqueſte, aunque creo que no eſtá acabado de hacer, porque me viene gana de deſollaros vivo, como vos temiades: pero al fin le deſató, y le dio licencia que fueſe á buſcar á ſu juez, para que executaſe la pronunciada ſentencia. Andres ſe partió algo mohino, jnrando de ir á buſcar á ſu juez, para que executaſe la pronunciada ſentencia. Andres ſe partió algo mohino, jurando de ir á buſcar al valeroſo Don Quixote de la Mancha, y contarle punto por punto lo que avia paſado, y que ſe lo avia de pagar con las ſetenas. Pero con todo eſto él ſe partió llorando, y ſu amo ſe quedó riendo y deſta manera deſhizo el agravio el valeroſo Don Quixote, el qual contentiſimo de lo ſucedido, pareciendole que avia dado feliciſimo, y alto principio á ſus Cavalleriás, con gran ſatisfacion de ſi miſmo iva caminando hacia ſu aldea, diciendo á media voz: Bien te puedes llamar dichoſa ſobre quantas oy viven en la tierra, ó ſobre las bellas Bella Dulcinea del Toboſo, pues te cupo en ſuerte, tener ſujeto, y rendido á toda tu voluntad, é talante, á un tan valiente, y tan nombrado cavallero, como lo es y ſerá Don Quixote de la Mancha: el qual (como todo el mundo ſabe) ayer recibió la orden de Cavalleria, y oy ha deſhecho el mayor tuerto, y agravio, que formó la ſinrazon, y cometió la crueldad. Oy quitó el latigo de la mano á aquel deſapiadado enemigo, que tan ſin ocaſion vapulava á aquel delicado infante. En eſto llegó á un camino que en quatro ſe dividia, y luego ſe le vinó á la imaginacion las encrucixadas donde los Cavalleros andantes ſe poníaná penſar qual camino de aquellos tomarian: y por imitarlos, eſtuvo un rato quedo, y al cabo de averlo muy bien penſado ſoltó la rienda á Rozinante, dexando á la voluntad del rozin la ſuya, el qual ſiguió ſu primer intento, que fue el irſe camino de ſu cavalleriza. Y aviendo andado como dos millas, deſcubrió Don Quixote un grande tropel de gente, que como deſ-

pues

pues ſe ſupo, eran unos Mercaderes Toledanos, que ivan á comprar ſeda á Murcia. Eran ſeis, y venían con ſus quitaſoles, con otros quatro criados á cavallo, y tres mozos de mulas á pié. Apenas los diviſó Don Quixote, quando ſe imaginó ſer coſa de nueva aventura; y por imitar en todo, quanto á él le parecia poſible, los paſos que avia leido en ſus libros, le parecia venir alli de molde uno que penſava hacer. Y aſí, con gentil continente, y denuedo, ſe afirmó bien en los eſtribos, aprotó la lanza, llegó la adarga al pecho, y puesto en la mitad del camino, eſtúvo eſperando que aquellos cavalleros andantes llegaſen, que ya él por tales los tenía, y juzgáva: y quando llegaron á trecho que ſe pudieron ver, y oir, levantó Don Quixote la voz, y con ademan arrogante dixo: Todo el mundo ſe tenga, ſi todo el mundo no confieſa, que no ay en el mundo todo doncella mas hermoſa que la Emperatriz de la Mancha, la ſin par Dulcinea del Toboſo. Pararonſe los mercaderes al ſon deſtas razones, y á ver la eſtraña figura dél que las decia: y por la figura, y por ellas luego echaron de ver la locura de ſu dueño, mas quiſieron ver de eſpacio, en que parava aquella confeſion, que ſe les pedía, y uno dellos que era un poco burlon, y muy mucho diſcreto le dixo; Señor Cavallero, noſotros no conocemos quien ſea eſa buena ſeñora que decis, moſtradnoſla, que ſi ella fuere de tanta hermoſura como ſignificáis, de buena gana, y ſin apremio alguno confeſaremos la verdad, que por parte vueſtra nos es pedida. Si os la moſtrara, replicó Don Quixote, que hizierades voſotros en confeſar una verdad tan notoria? la importancia eſtá, en que ſin verla lo aveis de creer, confeſar, afirmar, jurar, y defender, donde no conmigo ſois en batalla, gente deſcomunal, y ſobervia: que aora vengais uno á uno (como pide la órden de cavalleria) ora todos juntos, como es coſtumbre, y mala uſanza de los de vueſtra raléa, aquí os aguardo, y eſpero, confiado en

en la razon que de mi parte tengo. Señor cavallero, replicó el mercader, ſuplico á vueſtra merced, en nombre de todos eſtos Principes, que aquí eſtamos, que porque no encarguemos nueſtras conciencias, confeſando una coſa por noſotros jamas viſta, ni oida, y mas ſiendo tan en perjuicio de las Emperatrices, y Reinas del Alcarria, y Eſtremadura, que vueſtra merced ſea ſervido de moſtrarnos algun retrato de eſa Señora, aunque ſea tamaño como un grano de trigo, que por el hilo ſe ſacará el ovillo, y quedarémos con eſto ſatisfechos, y ſeguros, y vueſtra merced quedará contento, y pagado: y aun creo que eſtamos ya tan de ſu parte, que aunque ſu retrato nos mueſtre, que es tuerta de un ojo, y que del otro le mana bermellon, y piedra azufre, con todo eſo por complacer á vueſtra merced, diremos en ſu favor todo lo que quiſiere. No le mana, canalla infame, reſpondió Don Quixote encendido en colera, no le mana, digo eſo que decis, ſino ambar, y algalia entre algodones: y no es tuerta, ni corcobada, ſino mas derecha que un huſo de Guadarrama: pero voſotros pagaréis la grande blaſfemia que aveis dicho contra tamaña beldad como es la de mi ſeñora. Y en diciendo eſto, arremetió con la lanza baxa contra él que lo avia dicho, con tanta furia, y enojo, que ſi la buena ſuerte no hiciera, que en la mitad del camino tropezára, y cayéra Rozinante, lo paſara mal el atrevido mercader. Cayó Rozinante, y fue rodando ſu Amo una buena pieza por el campo, y queriendoſe levantar, jamas pudó: tal embarazo le cauſavan la lanza, adarga, eſpuelas, y celada, con el peſo de las antiguas armas. Y entretanto que pugnava por levantarſe, y no podia, eſtava diciendo: Non fuyáis, gente cobarde, gente cautiva, atended, que no por culpa mia, ſino de mi cavallo, eſtoy aquí tendido. Un mozo de mulas de los que alli venian, que no devia de ſer mui bien intencionado, óyendo decir al pobre caido tantas arrogancias, no lo pudo ſufrir, ſin darle la reſpueſta en las coſtillas. Y llegandoſe

á él

á él, tomó la lanza, y deſpues de averla hecho pedazos, con uno dellos comenzó á dar á nueſtro Don Quixote tantos palos, que á deſpecho, y peſar de ſus armas, le molió como cibera. Davanle voces ſus amos, que no le dieſe tanto, y que le dexaſe: pero eſtáva yá el mozo picado, y no quiſo dexar el juego, haſta embidar todo el reſto de ſu colera: y acudiendo por los demas trozos de la lanza, los acabó de deſhacer ſobre el miſerable caído, que con toda aquella tempeſtad de palos que ſobre el via, no cerrava la boca, amenazando al cielo, y á la tierra, y á los Malandrines, que tal le parecian. Cansóſe el mozo, y los mercaderes ſiguieron ſu camino, llevando que contar en todo el del pobre apaleádo: el qual deſpues que ſe vió ſolo, tornó á provar ſi podia levantarſe: pero ſino lo pudó hazer quando ſano, y bueno, como la haria molido, y caſi deſhecho? y aun ſe tenia por dichoſo, pareciendole que aquella era propia deſgracia de Cavalleros andantes, y toda la atribuya á la falta de ſu cavallo, y no era poſible levantarſe, ſegun tenía brumado todo el cuerpo.

Cap. V. Donde ſe proſigue la narracion de la deſgracia de nueſtro Cavallero.

Viendo pues que en efeto no podía menearſe, acordó de acogerſe á ſu ordinario remedio, que era penſar en algun paſo de ſus libros, y truxole ſu locura á la memoria aquel de Baldovinos, y del Marques de Mantua quando Carloto le dexó herido en la montiña, hiſtoria ſabida de los niños, no ignorada de los mozos, celebrada, y aun creida de los viejos: y con todo eſto, no mas verdadera que los milagros de Mahóma. Eſta pues le pareció á él que le venia de molde, para el paſo en que ſe hallava: y así

con mueſtras de grande ſentimiento, ſe comenzó á bolcar por la tierra, y á decir con debilitado aliento, lo miſmo que dicen decia el herido cavallero del boſque: Donde eſtas ſeñora mia, que no te duele mi mal? ó no lo ſabes ſeñora, ó eres falſa, y deſleal. Y deſta manera fue proſiguiendo el romance, haſta aquellos verſos que dicen: O noble Marques de Mantua, mi tio, y ſeñor carnal. Y quiſo la ſuerte, que quando llegó á eſte verſo, acertó á paſar por alli un labrador de ſu miſmo lugar, y vecino ſuyo, que venia de llevar una carga de trigo al molino: el qual viendo aquel hombre alli tendido, ſe llegó á él, y le preguntó, que quien era, y que mal ſentia, que tan triſtemente ſe quexava? Don Quixote creyó ſin duda, que aquel era el Marques de Mantua ſu tio, y así no le reſpondió otra coſa, ſino fue proſeguir en ſu romance, donde le dava cuenta de ſu deſgracia, y de los amores del hijo del Emperante con ſu eſpoſa, todo de la miſma manera que el romance lo canta. El labrador eſtava admirado, oyendo aquellos diſparátes, y quitandole la viſera, que ya eſtava hecha pedazos de los palos, le limpió el roſtro, que lo tenia lleno de polvo, Y apenas le huvo limpiado quando le conoció, y le dixo: Scñor Quixada (que así ſe devia de llamar quando el tenia juicio, y no avia paſado de Hidalgo ſoſegado, a Cavallero andante) quien ha pueſto á vueſtra merced deſta ſuerte: pero él ſeguia con ſu romance á quanto le preguntava. Viendo eſto el buen hombre, lo mejor que pudo le quitó el peto, y eſpaldar, para ver ſi tenia alguna herida, pero no vió ſangre, ni ſeñal alguna. Procuró levantarle del ſuelo, y no con poco trabajo le ſubió ſobre ſu jumento, por parecerlo cavallería mas ſoſegada. Recogió las armas, haſta las aſtillas de la lanza, y liólas ſobre Rozinante, al qual tomó de la rienda, y del cabeſtro al aſno, y ſe encaminó hácia ſu pueblo, bien penſativo de oir los diſparátes que Don Quixote decia:

decia: y no menos iva Don Quixote, que de puro molido, y quebrentado no ſe podia tener ſobre el borrico, y de quando en quando dava unos ſuſpiros que los ponía en el cielo, de modo, que de nuevo obligó á que el labrador le preguntaſe, le dixeſe que mal ſentia: y no parece ſino que el diablo le traya á la memoria los cuentos acomodados á ſus ſuceſos, porque en aquel punto, olvidandoſe de Baldovinos, ſe acordó del Moro Abindarraez, quando el Alcayde de Antequera, Rodrigo de Narvaez le prendió, y llevó preſo á ſu Alcaydia. De ſuerte, que quando el labrador le bolvió á preguntar que como eſtava, y que ſentia, le reſpodió las meſmas palabras, y razones, que el cautivo Abencerraje reſpondia á Rodrigo de Narvaez, del meſmo modo que él avia leido la hiſtoria en la Diana de Jorge de Montemaior, donde ſe eſcrive: aprovechandoſe della tan de propoſito, que el labrador ſe iva dando al diablo de oir tanta maquina de necedades, por donde conoció, que ſu vecino eſtava loco, y davale prieſa á llegar al pueblo, por eſcuſar el enfado que Don Quixote le cauſava con ſu larga arenga. Al cabo de lo qual dixo: Sepa vueſtra merced, ſeñor Don Rodrigo de Narvaez, que eſta hermoſa Xarifa que he dicho, es aora la linda Dulcinea del Toboſo, por quien yo he hecho, hago, y haré los mas famoſos hechos de cavallerias que ſe han viſto, vean, ni veran en el mundo. A eſto reſpondió el labrador: Mire vueſtra merced ſeñor, pecador de mi, que yo no ſoy don Rodrigo de Narvaez, ni el Marques de Mantua, ſino Pedro Alonſo ſu vecino: ni vueſtra merced es Baldovinos, ni Abindarraez, ſino el honrado Hidalgo del Señor Quixada. Yo sé quien ſoy, reſpondió Don Quixote, y sé que puedo ſer, no ſolo los que he dicho, ſino todos los doze Pares de Francia, y aun todos los Nueve de la Fama, pues á todas las hazañas que ellos todos juntos, y cada uno por ſi hizieron, ſe aventajarán las mias. En eſtas platicas, y en otras ſemejantes,

jantes, llegaron al lugar, á la hora que anochecia: pero el labrador aguardó á que fueſe algo mas noche, porque no vieſen al molido Hidalgo tan mal cavallero. Llegada pues la hora que le pareció, entró en el pueblo, y en la caſa de Don Quixote, la qual halló toda alborotada, y eſtavan en ella el Cura, y el Barbero del lugar que eran grandes amigos de Don Quixote, que eſtava diciendoles ſu Ama á voces: Que le parece á vueſtra merced, ſeñor Licenciado Pero Perez (que aſí ſe llamava el Cura) de la deſgracia de mi Señor, ſeis dias ha que no parecen él ni el rozin, ni la adarga, ni la lanza, ni las armas: deſventurada de mí, que me doy á entender, y aſí es ello la verdad, como naci para morir, que eſtos malditos Libros de Cavallerias que él tiene, y ſuele leer tan de ordinario, le han buelto el juicio, que aora me acuerdo averle oido dezir muchas veces, hablando entre ſi, que queria hacerſe Cavallero andante, é irſe á buſcar las aventuras por eſos mundos. Encomendados ſean á Satanas, y á Barrabas tales libros, que aſí han echado á perder el mas delicado entendimiento que avia en toda la Mancha. La Sobrina decia lo meſmo, y aun decia mas: Sepa Señor Maeſe Nicolas, (que eſte era el nombre del Barbero) que muchas veces le aconteció á mi Señor Tio, eſtarſe leyendo en eſtos deſalmados libros de deſventuras dos dias con ſus noches, al cabo de los quales, arrojava el libro de las manos, y ponía mano á la eſpada, y andava á cuchilladas con las paredes, y quando eſtava muy canſado, decia que avia muerto á quatro Gigantes como quatro torres, y el ſudor que ſudava del canſancio, decia que era ſangre de las feridas que avia recebido en la batalla, y beviaſe luego un gran jarro de agua fria, y quedava ſano y ſoſegado, diciendo que aquella agua era una precioſiſima bevida, que le avia traido el Sabio Eſquife, un grande Encantador y amigo ſuyo: mas yo me tengo la culpa de todo, que no avisé á vueſtras mercedes de los

diſpa-

disparates de mi Señor Tio para que lo remediaran, antes de llegar á lo que há llegado, y quemaran todos estos descomulgados libros, que tiene muchos, que bien merecen ser abrasados, como si fuesen de heréges. Esto digo yo tambien, dixo el Cura, y á fe que no se pase el dia de mañana, sin que dellos no se haga acto publico, y sean condenados al fuego, porque no den ocasion á quien los leyere, de hacer lo que mi buen amigo deve de aver hecho. Todo esto estavan oyendo el labrador, y Don Quixote, con que acabó de entender el labrador la enfermedad de su vecino, y así comenzó á dezir á voces: Abran vuestras mercedes al Señor Baldovinos, y al Señor Marques de Mantua que viene mal ferido, y al Señor Moro Abindarraez, que trae cautivo el valeroso Rodrigo de Narvaez Alcayde de Antequera. A estas voces salieron todos, y como conocieron los unos á su amigo, las otras á su Amo, y Tio, que aun no se avia apeado del jumento, porque no podia, corrieron á abrazarle. El dixo: Tengansе todos, que vengo mal ferido por la culpa de mi cavallo: llevenme á mi lecho, y llameseе, si fuere posible, á la sabia Urganda, que cure, y cate de mis feridas. Mirá en hora maza, dixo á este punto el Ama, si me decia á mí bien mi corazon, del pié que coxeava mi señor: Suba vuestra merced en buen hora, que sin que venga esa Urganda le sabremos aquí curar. Malditos digo sean otra vez, y otras ciento, estos Libros de Cavallerias, que tal han parado á vuestra merced. Llevaronle luego á la cama, y catandole las feridas, no le hallaron ninguna: y él dixo, que todo era molimiento, por aver dado una gran caída con Rozinante su cavallo, combatiendose con diez Jayánes, los mas desaforados, y atrevídos, que se pudieran fallar en gran parte de la tierra. Ta, ta, dixo el Cura, Jayánes ay en la danza: para mi santiguada, que yo los queme mañana antes que llegue la noche. Hicieronle á Don Quixote mil preguntas, y á ninguna

quiſo reſponder otra coſa, ſino que le dieſen de comer, y le dexaſen dormir, que era lo que mas le importava. Hizoſe así, y el Cura ſe informó muy á la larga del labrador, del modo que avia hallado á Don Quixote: él ſe lo contó todo, con los diſparates que al hallarle, y al traerle avia dicho, que fue poner mas deſeo en el Licenciado, de hacer lo que otro dia hizo, que fue llamar á ſu amigo el Barbero Maeſe Nicolas, con el qual ſe vinó á caſa de Don Quixote.

Cap. VI. Del donoſo, y grande eſcrutinio que el Cura, y el Barbero hicieron en la Librería de nueſtro Ingenioſo Hidalgo.

EL Qual aun toda via dormía. Pidió las llaves á la Sobrina del apoſento, donde eſtavan los libros, autores del daño, y ella ſe las dió de muy buena gana: entraron dentro todos, y la Ama con ellos y hallaron mas de cien cuerpos de libros grandes muy bien enquadernados, y otros pequeños: y así como el Ama los vió bolvióſe á ſalir del apoſento con gran prieſa, y tornó luego con una eſcudilla de agua bendita, y un hiſopo, y dixo: Tome vueſtra mercced ſeñor Licenciado, rozie eſte apoſento, no eſté aqui algun encantador de los muchos que tienen eſtos libros, y nos encanten, en pena de la que les queremos dar, echandoles del mundo: Causó riſa al Licenciado la ſimplicidad del Ama, y mandó al Barbero que le fueſe dando de aquellos libros uno á uno, para ver de que tratavan, pues podía ſer hallar algunos que no mereciеſen caſtigo de fuego. No, dixo la Sobrina, no ay para que perdonar á ninguno, porque todos han ſido los dañadores: mejor ſerá arrojarlos por las ventanas al patio, y hacer un rimero dellos, y pegarles fuego, y ſino llevarlos al corral, y alli ſe hara la hoguera

guera, y no ofendera el humo. Lo mismo dixo el Ama, tal era la gana que las dos tenian de la muerte de aquellos inocentes, mas el Cura no vinó en ello, sin primero leer siquiera los titulos. Y el primero, que Maese Nicolas le dio en las manos, fue los Quatro de Amadis de Gaula, y dixo el Cura: Parece cosa de misterio esta, porque segun he oido decir, este libro fue el primero de cavallerias que se imprimió en España, y todos los demas han tomado principio y origen deste, y así me parece, que como á dogmatizador de una secta tan mala, le devemos sin escusa alguna condenar al fuego. No señor, dixo el Barbero, que tambien he oido decir, que es el mejor de todos los libros que de este genero se han compuesto, así como á unico en su arte se deve perdonar. Así es verdad, dixo el Cura, y por esa razon se le otorga la vida por aora. Veamos esotro que está junto á él. Es, dixo el Barbero, las Sergas de Esplandian, hijo legitimo de Amadis de Gaula. Pues en verdad, dixo el Cura, que no le ha de valer al hijo la bondad del padre: Tomad señora Ama, abrid esa ventana, y echalde al corral, y dé principio al monton de la hoguera que se ha de hacer. Hizolo así el Ama con mucho contento, y el bueno de Esplandian fue bolando al corral, esperando con toda paciencia el fuego que le amenazava. Adelante, dixo el Cura. Este que viene, dixo el Barbero, es Amadis de Grecia, y aun todos los deste lado, á lo que creo, son del mesmo linage de Amadis. Pues vayan todos al corral, dixo el Cura, que á trueco de quemar á la Reina Pintiquinestra, y al Pastor Darinel, y á sus Eglogas, y álas endiabladas y rebueltas razones de su autor, quemara con ellos al padre que me engendró, si anduviera en figura de Cavallero andante. De ese parecer soy yo, dixo el Barbero: y aun yo, añadió la Sobrina. Pues así es, dixo el Ama, vengan, y al corral con ellos. Dieronselos, que eran muchos, y ella ahorró la escalera, y dio con ellos

por la ventana abaxo. Quien es eſe tonel, dixo el Cura? Eſte es, reſpondió el Barbero, Don Olivante de Laura. El autor deſe libro, dixo el Cura, fue el meſmo que compuſo á Jardin de Flores, y en verdad que no ſepa determinar, qual de los dos libros es mas verdadero, ó por decir mejor, menos mentiroſo, ſolo ſé decir, que eſte ira al corral, por diſparatado, y arrogante. Eſte que ſe ſigue, es Floriſmarte de Hircania, dixo el Barbero. Ay eſtá el Señor Floriſmarte, replicó el Cura, pues á fe, que ha de parar preſto en el corral, á peſar de ſu eſtraño nacimiento, y ſoñadas aventuras, que no da lugar á otra coſa la dureza, y ſequedad de ſu eſtilo. Al corral con él, y con eſotro, ſeñora Ama. Que me place ſeñor mio, reſpondiá ella, y con mucha alegria executava lo que le era mandado. Eſte es el Cavallero Platir, dixo el Barbero. Antiguo libro es eſe, dixo el Cura, y no hallo en él coſa que merezca venia: acompañe á los demas ſin replica, y así fue hecho. Abrióſe otro libro, y vieron que tenia por titulo, el Cavallero de la Cruz. Por nombre tan ſanto como eſte libro tiene, ſe podia perdonar ſu ignorancia, mas tambien ſe ſuele decir, tras la Cruz eſtá el diablo, vaya al fuego. Tomando el Barbero otro libro, dixo: Eſte es Eſpejo de Cavallerias. Ya conozco á ſu merced, dixo el Cura, ay anda el Señor Reynaldos de Montalvan, con ſus amigos, y compañeros, mas ladrones que Caco, y los doce Pares con el verdadero Hiſtoriador Turpin, y en verdad que eſtoy por condenarlos no mas que á deſtierro perpetuo, ſiquiera porque tienen parte de la invencion del famoſo Mateo Boyardo, de donde tambien texió ſu tela el Chriſtiano Poeta Ludovico Arioſto, al qual ſi aquí le hallo, y que habla en otra lengua que la ſuya, no le guardaré reſpeto alguno, pero ſi habla en ſu Idioma, le pondre ſobre mi cabeza. Pues yo le tengo en Italiano, dixo el Barbero, mas no le entiendo. Ni aun

fuéra bien que vos le entendierades, reſpondió el Cura, y aquí le perdonaramos al ſeñor Capitan, que no le huviera traido á Eſpaña, y hecho Caſtellano, que le quitó mucho de ſu natural valor, y lo meſmo harán todos aquellos que los libros de verſo quiſieren bolver en otra lengua, que por mucho cuidado que pongan, y habilidad que mueſtren, jamas llegarán al punto que ellos tienen en ſu primer nacimiento. Digo en efeto, que eſte libro, y todos los que ſe hallaren, que tratan deſtas coſas de Francia, ſe echen, y depoſiten en un pozo ſeco, haſta que con mas acuerdo ſe vea, lo que ſe ha de hacer dellos, eſcetuando á un Bernardo del Carpio que anda por ay, y á otro llamado Ronceſvalles, que eſtos en llegando á mis manos, han de eſtar en las del Ama, y dellas en las del fuego ſin remiſion alguna. Todo lo confirmó el Barbero, y lo tuvo por bien, y por coſa muy acertada, por entender que era el Cura tan buen Chriſtiano, y tan amigo de la verdad, que no diria otra coſa por todas las del mundo. Y abriendo otro libro, vió que era Palmerin de Oliva, y junto á él eſtava otro, que ſe llamava Palmerin de Ingalaterra. Lo qual viſto por el Licenciado, dixo: Eſſa Oliva ſe haga luego raxas, y ſe queme, que aun no queden della las cenizas, y eſa Palma de Ingalaterra ſe guarde, y ſe conſerve, como á coſa unica, y ſe haga para ella otra caxa, como la que halló Alexandro en los deſpojos de Dario, que la diputó para guardar en ella las obras del Poeta Homero. Eſte libro, ſeñor compadre, tiene autoridad por dos coſas: la una, porque él por sí es muy bueno: y la otra, porque es fama que le compuſo un diſcreto Rey de Portugal. Todas las aventuras del caſtillo de Miraguarda ſon boniſimas, y de grande artificio, las razones corteſanas, y claras, que guardan, y miran el decoro del que habla, con mucha propiedad y entendimiento. Digo pues, ſalvo vueſtro buen parecer (ſeñor Maeſe Nicolas) que eſte, y Amadis de Gaula, queden libres del fuego, y todos los demas,

mas, ſin hacer mas cala y cata, perezcan. No ſeñor compadre, replicó el Barbero, que eſte que aquí tengo, es el afamado Don Belianis. Pues eſe, replicó el Cura, con la ſegunda, tercera, y quarta parte tienen neceſidad de un poco de ruybarbo, para purgar la demaſiada colera ſuya, y es meneſter quitarles todo aquello del caſtillo de la Fama, y otras impertinencias de mas importancia, para lo qual ſe les da termino ultramarino, y como ſe enmendaren, así ſe uſará con ellos de miſericordia, ó de juſticia, y en tanto, tenedlos vos compadre en vueſtra caſa, mas no les dexeys leer á ninguno. Que me place, reſpondió el Barbero, y ſin querer canſarſe mas en leer libros de cavallerias, mandó al Ama, que tomaſe todos los grandes, y dieſe con ellos en el corral. No ſe dixo á tonta, ni á ſorda, ſino á quien tenia mas gana de quemallos, que de echar una tela, por grande y delgada que fuéra, y aſiendo caſi ocho de una vez, los arrojó por la ventana. Por tomar muchos juntos, ſe le cayó unó á los pies del Barbero, que le tomó gana de ver de quién era, vió que decia: Hiſtoria del famoſo Cavallero Tirante el Blanco. Valame Dios, dixo el Cura, dando una gran voz, que aquí eſté Tirante el Blanco, dadmele aca compadre, que hago cuenta que he hallado en él un teſoro de contento, y una mina de paſatiempos. Aqui eſtá don Quirieleyſon de Montalvan, valeroſo cavallero, y ſu hermano Tomas de Montalvan, y el cavallero Fonſeca, con la batalla que el valiente de Tirante hizo con el Alano, y las agudezas de la Donzella Plazerdemivida, con los amores, y embuſtes de la Viuda Repoſada, y la Señora Emperatriz, enamorada de Ipolito ſu eſcudero. Digoos verdad, ſeñor compadre, que por ſu eſtilo es eſte el mejor libro del mundo: aquí comen los cavalleror, y duermen, y mueren en ſus camas, y hacen teſtamento antes de ſu muerte, con otras coſas, de que todos los demas libros deſte genero carecen. Con todo eſo os digo, que

merecia

merecia él que lo compuſo, pues no hizo tantas necedades de induſtria, que le echaran á galeras por todos los dias de ſu vida. Llevalde á caſa, y leelde, y vereys que es verdad quanto del os he dicho. Así ſerá, reſpondio el Barbero, pero, que harémos deſtos pequeños libros que quedan: Eſtos dixo el Cura, no deven de ſer de cavallerias, ſino de Poesía, y abriendo uno, vió que era la Diana de Jorge de Montemayor, y dixo (creyendo que todos los demas eran del meſmo genero): Eſtos no merecen ſer quemados como los demas, porque no hacen, ni harán el daño, que los de cavallerias han hecho, que ſon libros de entendimiento, ſin perjuicio de tercero. Ay ſeñor! dixo la Sobrina, bien los puede vueſtra merced mandar quemar como á los demas, porque no ſeria mucho, que aviendo ſanado mi Señor Tio de la enfermedad cavallereſca, leyendo eſtos, ſe le antojaſe de hacerſe paſtor, y andarſe por los boſques y prados, cantando, y tañendo: y lo que ſeria peor, hacerſe Poeta, que ſegun dicen, es enfermedad incurable, y pegadiza. Verdad dice eſta donzella, dixo el Cura, y ſerá bien quitarle á nueſtro amigo eſte tropiezo, y ocaſion delante. Y pues comenzamos por la Diana de Montemayor, ſoy de parecer que no ſe queme, ſino que ſe le quite todo aquello que trata de la Sabia Felicia, y de la Agua Encantada, y caſi todos los Verſos mayores, y quedeſele en hora buena la proſa, y la honra de ſer primero en ſemejantes libros. Eſte que ſe ſigue, dixo el Barbero, es la Diana llamada ſegunda, del Salmantino, y eſte otro que tiene el meſmo nombre, cuyo autor es Gil Polo. Pues la del Salmantino, reſpondio el Cura, acompañe, y acreciente el numero de los condenados al corral, y la de Gil Polo ſe guarde, como ſi fuera del meſmo Apolo, y paſe adelante ſeñor compadre, y demonos prieſa, que ſe va haciendo tarde. Eſte libro es, dixo el Barbero, abriendo otro, los Diez Libros de Fortuna de Amor, compueſtos por Antonio de Lofraſo,

Poeta

Poeta Sardo. Por las ordenes que recebí, dixo el Cura, que deſde que Apolo fue Apolo, y las Muſas Muſas, y los Poetas Poetas, tan gracioſo, ni tan diſparatado libro como eſe, no ſe ha compueſto, y que por ſu camino es el mejor, y el mas único de quantos deſte genero han ſalido á la luz del mundo: y él que no le ha leido, puede hacer cuenta que no ha leido jamas coſa de guſto. Dadmele aca compadre, que precio mas averle hallado, que ſi me dieran una ſotana de raja de Florencia. Puſole á parte con grandiſimo guſto, y el Barbero proſiguió, diciendo: Eſtos que ſe ſiguen, ſon el Paſtor de Iberia, Ninfas de Enares, y Deſengaños de zelos. Pues no ay mas que hacer, dixo el Cura, ſino entregarlos al brazo ſeglar del Ama, y no ſe me pregunte el porque, que ſeria nunca acabar. Eſte que viene, es el Paſtor de Filida. No es eſe paſtor, dixo el Cura, ſino muy diſcreto corteſano, guardeſe como joya precioſa. Eſte grande que aqui viene, ſe intitula, dixó el Barbero, Teſoro de varias Poesías. Como ellas no fueran tantas, dixo el Cura, fueran mas eſtimadas: meneſter es, que eſte libro ſe eſcarde, y limpie de algunas baxezas que entre ſus grandezas tiene: guardeſe, porque ſu autor es amigo mio, y por reſpeto de otras mas heroicas, y levantadas obras que ha eſcrito. Eſte es, ſiguió el Barbero, el Cancionero de Lopez Maldonado. Tambien el autor deſe libro, replicó el Cura, es grande amigo mio, y ſus verſos en ſu boca admiran á quien los oye, tal es la ſuavidad de la voz con que los canta, qué encanta. Algo largo es en las Eglogas, pero nunca lo bueno fue mucho; guardeſe con los eſcogidos. Pero que libro es eſe que eſtá junto á el? La Galatea de Miguel de Cervantes, dixo el Barbero. Muchos años ha, que es grande amigo mio eſe Cervantes, y ſé que es mas verſado en deſdichas que en verſos. Su libro tiene algo de buena invencion, propone algo, y no concluye nada: es meneſter eſperar la ſegunda

parte

parte que promete, quiza con la enmienda alcanzará del todo la miſericordia que aora ſe le niega, y entretanto que eſto ſe vee, tenelde recluſo en vueſtra poſada. Señor compadre, que me place, reſpondió el Barbero, y aquí vienen tres todos juntos: la Araucana de Don Alonſo de Ercilla, la Auſtriada de Iuan Ruſo, Jurado de Cordova, y el Monſerrate de Chriſtoval de Virues, Poeta Valenciano. Todos eſtos tres libros, dixo el Cura, ſon los mejores que en verſo heroico, en lengua Caſtellana eſtan eſcritos, y pueden competir con los mas famoſos de Italia: guardenſe como las mas ricas prendas de Poesía que tiene Eſpaña. Canſóſe el Cura de ver mas libros, y así á carga cerrada, quiſo que todos los demas ſe quemaſen, pero ya tenia abierto uno el Barbero, que ſe llamava las Lagrimas de Angelica. Lloraralas yo, dixo el Cura en oyendo el nombre, ſi tal libro huviera mandado quemar, porque ſu autor fue uno de los famoſos Poetas del mundo, no ſolo de Eſpaña: y fue feliciſimo en la traducion de algunas fabulas de Ovidio.

Cap. VII. De la ſegunda ſalida de nueſtro buen Cavallero, Don Quixote de la Mancha.

ESTando en eſto, comenzó á dar voces Don Quixote, diciendo: Aquí, aquí valeroſos Cavalleros, aquí es meneſter moſtrar la fuerza de vueſtros valeroſos brazos, que los Corteſanos llevan lo mejor del torneo. Por acudir á eſte ruido, y eſtruendo, no ſe pasó adelanta con el eſcrutinio de los demas libros que quedavan, y asi ſe cree, que fueron al fuego, ſin ſer viſtos ni oidos, la Carolea, y Leon de Eſpaña, con los hechos del Emperador, compueſtos por Don Luys de Avila, que ſin duda devian de eſtar entre los que quedavan, y quiza ſi el Cura los viera, no paſaran por

tan

tan riguroſa ſentencia. Quando llegaron á Don Quixote, ya él eſtava levantado de la cama, y proſeguia en ſus voces, y en ſus deſatinos, dando cuchilladas, y reveſes á todas partes, eſtando tan deſpierto, como ſi nunca huviera dormido. Abrazaronſe con él, y por fuerza le bolvieron al lecho, y deſpues que huvo ſoſegado un poco, bolviendoſe á hablar con el Cura, le dixo: Por cierto ſeñor Arzobiſpo Turpin, que es gran mengua de los, que nos llamamos doce Pares, dexar tan ſin mas, ni mas, llevar la vitoria deſte torneo á los Cavalleros Corteſanos, aviendo noſotros los Aventureros ganado el prez en los tres dios antecedentes. Calle vueſtra merced ſeñor compadre, dixo el Cura, que Dios ſerá ſervido, que la ſuerte ſe mude, y que lo que oy ſe pierde, ſe gane mañana, y atienda vueſtra merced á ſu ſalud por aora, que me parece, que deve de eſtar demaſiadamente canſado, ſi ya no es, que eſtá mal ferido. Ferído no, dixo Don Quixote, pero molído y quebrantado, no ay duda en ello, porque aquel Baſtardo de Roldan, me ha molido á palos con el tronco de una encina, y todo de embidia, porque vee, que yo ſolo ſoy el opueſto de ſus valentias: mas no me llamaria yo Reynaldos de Montalván, ſi en levantandome deſte lecho no me lo pagare, á peſar de todos ſus encantamentos, y por aora traygame de yantar, que sé que es lo que mas me hará al caſo, y quedeſe lo del vengarme á mi cargo. Hicieronlo así, dieronle de comer, y quedóſe otra vez dormido, y ellos admirados de ſu locura. Aquella noche quemó, y abrasó el Ama quantos libros avia en el corral, y en toda la caſa, y tales devieron de arder, que merecian guardarſe en perpetuos archivos, mas no lo permitió ſu ſuerte, y la pereza del eſcrudiñador, y así ſe cumplió el refran en ellos, de que pagan a las vezes juſtos por pecadores, Uno de los remedios que el Cura y el Barbero dieron por entonces para el mal de ſu amigo, fue, que le muraſen, y tapiaſen el apoſento de los libros,

porque

porque quando ſe levantaſe no los hallaſe, quiza quitando la cauſa, ceſaría el efeto, y que dixeſen, que un encantador ſe los avia llevado, y el apoſento y todo, y así fue hecho con mucha preſteza. De alli á dos dias ſe levantó Don Quixote, y lo primero que hizo, fue ir á ver ſus libros, y como no hallava el apoſento donde le avia dexado, andava de una en otra parte buſcandole. Llegava adonde ſolia tener la puerta, y tentavala con las manos, y bolvia, y rebolvia los ojos por todo, ſin decir palabra: pero al cabo de una buena pieza, preguntó á ſu Ama, que hácia que parte eſtava el apoſento de ſus libros? El Ama, que ya eſtava bien advertida de lo que avia de reſponder, le dixo: Que apoſento, ó que nada buſca vueſtra merced? ya no ay apoſento, ni libros en eſta caſa, porque todo ſe lo llevó el meſmo diablo. No era diablo, replicó la Sobrina, ſinó un encantador, que vinó ſobre una nube una noche, deſpues del dia que vueſtra merced de aqui ſe partió, y apeandoſe de una fierpe en que venia cavallero, entró en el apoſento, y no ſé lo que hizo dentro, que á cabo de poca pieza ſalió bolando por el texado, y dexó la caſa llena de humo, y quando acordamos á mirar lo que dexava hecho, no vimos libro, ni apoſento alguno, ſolo ſe nos acuerda muy bien, á mí y al Ama, que al tiempo del partirſe aquel mal viejo, dixo en altas vozes, que por enemiſtad ſecreta que tenía al dueño de aquellos libros, y apoſento, dexava hecho el daño en aquella caſa, que deſpues ſe veria: dixo tambien, que ſe llamava el ſabio Muñaton. Freſton diria: dixo Don Quixote. No ſé, reſpondió el Ama, ſi ſe llamava Freſton, ó Friton, ſolo ſé, que acabó en ton ſu nombre. Así es, dixo Don Quixote, que eſe es un Sabio Encantador, grande enemigo mio, que me tiene ojeriza, porque ſabe por ſus artes y letras, que tengo de venir andando los

tiempos, á pelear en ſingular batalla con un cavallero á quien él favorece, y le tengo de vencer, ſin que él lo pueda eſtorvar, y por eſto procura hazerme todos los ſinſabores que puede, y mandole yo, que mal podra él contradezir, ni evitar lo que por el cielo eſtá ordenado. Quien duda de eſo, dixo la Sobrina, pero quien le mete á vueſtra merced Señor Tio, en eſas pendencias? No ſera mejor eſtarſe pacifico en ſu caſa, y no irſe por el mundo á buſcar pan de traſtrigo, ſin conſiderar que muchos van por lana, y buelven traſquilados? O Sobrina mia, reſpondió Don Quixote, y quan mal que eſtás en la cuenta! primero que á mi me traſquilen, tendré peladas, y quitadas las barbas á quantos imaginaren tocarme en la punta de un ſolo cabello. No quiſieron las dos replicarle mas, porque vieron que ſe le encendia la colera. Es pues el caſo, que el eſtuvo quinze dias en caſa muy ſoſegado, ſin dar mueſtras de querer ſegundar ſus primeros devaneos, en los quales dias, paſó graciosiſimos cuentos con ſus compadres el Cura, y el Barbero, ſobre que él decia, que la coſa de que mas neceſidad tenia el mundo, era de Cavalleros andantes, y de que en el ſe reſucitaſe la Cavalleria andantesca. El Cura algunas veces le contradecia, y otras concedia, porque ſino guardava eſte artificio, no avia poder averiguarſe con el. En eſte tiempo ſolicitó Don Quixote á un labrador vecino ſuyo, hombre de bien (ſi es que eſte titulo ſe puede dar al que es pobre) pero de muy poca ſal en la mollera. En reſolucion, tanto le dixo, tanto le perſuadió, y prometió, que el pobre villano ſe determinó de ſalirſe con el, y ſervirle de eſcudero. Deciale entre otras coſas Don Quixote, que ſe diſpuſieſe á ir con él de buena gana, porque tal vez le podia ſuceder aventura, que ganaſe en quitame allá eſas pajas alguna Inſula, y le dexaſe á él por governador della. Con eſtas promeſas, y otras tales, Sancho Panza, (que aſi ſe llamava el labrador) dexó ſu muger y hijos, y aſ-

ſentó

ſentó por Eſcudero de ſu vecino. Dió luego Don Quixote orden en buſcar dineros, y vendiendo una caſa, y empeñando otra, y malbaratandolas todas, llegó una razonable cantidad. Acomodóſe asi meſmo de una rodela que pidio preſtada á un ſu amigo, y pertrechando ſu rota zelada lo mejor que pudo, aviſó á ſu Eſcudero Sancho del dia, y la hora que penſava ponerſe en camino, para que él ſe acomodaſe de lo que viefe que mas le era meneſter. Sobre todo le encargó que llevaſe alforjas: él dixo, que ſi llevaria, y que anſi meſmo penſava llevar un Aſno que tenia muy bueno, porque el no eſtava duecho á andar mucho á pie. En lo del aſno reparó un poco Don Quixote, imaginando, ſi ſe le acordava, ſi algun Cavallero andante, avia traido Eſcudero cavallero aſnalmente, però nunca le vinó alguno á la memória: mas con todo eſto, determinó, que le llevaſe, con preſupueſto de acomodarle de mas honrada cavalleria, en aviendo ocaſion para ello, quitandole el cavallo al primer deſcortes cavallero que topaſe. Proveyoſe de camiſas, y de las demas coſas que el pudo, conforme al conſejo qne el ventero le avia dado. Todo lo qual hecho, y cumplido, ſin deſpedirſe Panza de ſus hijos, y muger, ni Don Quixote de ſu Ama, y Sobrina, una noche ſe ſalieron del lugar, ſin que perſona los vieſe, en la qual caminaron tanto, que al amanecer ſe tuvieron por ſeguros de que no los hallarian, aunque los buſcaſen. Iva Sancho Panza ſobre ſu jumento como un Patriarca con ſus alforjas, y ſu bota, y con mucho deſeo de verſe ya governador de la Inſula que ſu Amo le avia prometido. Acertó Don Quixote á tomar la miſma derrota, y camino, que él avia tomado en ſu primer viaje, que fue por el campo de Montiel, por el qual caminava con menos peſadumbre que la vez paſada, porque por ſer la hora de la mañana, y herirles á ſoſlayo los rayos del ſol, no les fatigavan. Dixo en eſto Sancho Panza á ſu Amo: Mire vueſtra merced, ſeñor Cavallero andante,

que no ſe le olvide, lo que de la Inſula me tiene prometido, que yo la ſabré governar por grande que ſea. A lo qual le reſpondió Don Quixote: Has de ſaber amigo Sancho Panza, que fue coſtumbre muy uſada de los cavalleros andantes antiguos, hacer Governadores á ſus eſcuderos, de las Inſulas, ó Reynos que ganavan, y yo tengo determinado, de que por mi no falte tan agradecida uſanza, antes pienſo aventajarme en ella, porque ellos algunas veces, y quiza las mas, eſperavan á que ſus eſcuderos fueſen viejos, y ya deſpues de hartos de ſervir, y de llevar malos dias, y peores noches, les davan algun titulo de Conde, ó por lo menos de Marques de algun Valle, ó Provincia de poco mas á menos, pero ſi tu vives, y yo vivo, bien podria ſer que antes de ſeys dias ganaſe yo tal Reyno, que tuvieſe otros á el aderentes, que vinieſen de molde para coronarte por Rey de uno dellos. Y no lo tengas á mucho, que coſas, y caſos acontecen á los tales cavalleros, por modos tan nunca viſtos, ni penſados, que con facilidad te podria dar, aun mas de lo que te prometo. Deſa manera, reſpondió Sancho Panza, ſi yo fueſe Rey por algun milagro de los que vueſtra merced dice, por lo menos Iuana Gutierrez, mi oyſlo, vendria á ſer Reyna, y mis hijos Infantes. Pues quien lo duda ? reſpondió Don Quixote. Yo lo dudo, replicó Sancho Panza, porque tengo para mí, que aunque llovieſe Dios Reynos ſobre la tierra, ninguno aſentaria bien ſobre la cabeza de Mari Gutierrez. Sepa ſeñor, que no vale dos maravedis para Reyna, Condeſa le cera mejor, y aun Dios y ayuda. Encomiendalo tu á Dios Sancho, reſpondió Don Quixote, que el te dara lo que mas le convenga: pero no apoques tu animo tanto, que te vengas á contentar con menos, que con ſer Adelantado. No hare ſeñor mio, reſpondió Sancho y mas teniendo tan principal Amo en vueſtra merced, que me ſabrá dar todo aquello que me eſté bien, y yo pueda llevar.

Cap.

Cap. VIII. Del buen ſuceſo que el Valeroſo Don Quixote tuvo en la eſpantable, y jamas imaginada Aventura de los Molinos de viento, con otros ſuceſos dignos de felice recordacion.

EN Eſto deſcubrieron treinta, ó quarenta Molinos de viento que ay en aquel campo, y así como Don Quixote los vió, dixo á ſu eſcudero. La ventura va guiando nueſtras coſas mejor de lo que acertáramos á deſear. Porque ves alli amigo Sancho Panza, donde ſe deſcubren treinta, ó pocos mas deſaforados Gigantes con quien pienſo hacer batalla, y quitarles á todos las vidas, con cuyos deſpojos comenzaremos á enriquecer, que éſta es buena guerra, y es gran ſervicio de Dios, quitar tan mala ſimiente de ſobre la faz de la tierra. Que Gigantes? dixo Sancho Panza. Aquellos que alli ves, reſpondió ſu Amo, de los Brazos largos, que los ſuelen tener algunos de caſi dos leguas. Mire vueſtra merced reſpondió Sancho, que aquellos que alli ſe parecen no ſon Gigantes, ſinó Molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos, ſon las aſpas, que bolteadas del viento, hazen andar la piedra del molino. Bien parece, reſpondió Don Quixote, que no eſtas curſado en eſto de las aventuras, ellos ſon Gigantes, y ſi tienes miedo, quitate de ai, y ponte en oracion en el eſpacio que yo voy á entrar con ellos en fiera, y deſigual batalla. Y diciendo eſto, dió de eſpuelas á ſu cavallo Rozinante, ſin atender á las vozes que ſu eſcudero Sancho le dava, advirtiendole que ſin duda alguna eran molinos de viento, y no gigantes, aquellos que iva á acometer. Pero él iva tan pueſto en que eran gigantes, que no oya las voces de ſu eſcudero Sancho, ni echava de ver, aunque eſtava ya bien cerca, lo que eran, antes iva diciendo en voces altas: Non fuyades cobardes.

vardes y viles criaturas, que un ſolo cavallero es él que os acomete. Levantoſe en eſto un poco de viento, y las grandes aſpa comenzaron á moverſe, lo qual viſto por Don Quixote, dixo: Pues aunque movays mas brazos que los del Gigante Briareo, me lo aveys de pagar. Y en diciendo eſto, y encomendandoſe de todo corazon á ſu ſeñora Dulcinea, pidiendole que en tal trance le ſocorrieſe, bien cubierto de ſu rodela, con la lanza en el riſtre, arremetió á todo el galope de Rozinante, y enviſtió con el primero molino que eſtava delante, y dandole una lanzada en el aſpa, la bolvió el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevandoſe tras ſi al cavallo, y al cavallero, que fue rodando muy mal trecho por el campo. Acudió Sancho Panza á ſocorrerle, a todo el correr de ſu aſno, y quando llegó, halló que no ſe podia menear: tal fue él golpe que dió con el Rozinante. Valame Dios, dixo Sancho, no le dixe yo á vueſtra merced, que miraſe bien lo que hacía, que no eran ſino molinos de viento, y no lo podia ignorar, ſinó quien llevaſe otros tales en la cabeza? Calla amigo Sancho, reſpondio Don Quixote, que las coſas de la guerra, mas que otras, eſtan ſujetas á continua mudanza: quanto mas que yo pienſo, y es así verdad, que aquel Sabio Freſton que me robó el apoſento, y los libros, ha buelto eſtos gigantes en molinos, por quitarme la gloria de ſu vencimiento, tal es la enemiſtad que me tiene, mas al cabo, al cabo, han de poder poco ſus malas artes contra la bondad de mi eſpada. Dios lo haga como puede, reſpondió Sancho Panza, y ayudandole á levantar, tornó á ſubir ſobre Rozinante, que medio deſpaldado eſtava: y hablando en la paſada aventura, ſiguieron el camino del Puerto Lapice, porque alli decia Don Quixote, que no era poſible dexar de hallarſe muchas, y diverſas aventuras, por ſer lugar muy paſagero, ſino que iva muy peſaroſo por averle faltado la lanza, y diciendoſelo á ſu eſcudero,

le dixo: Yo me acuerdo aver leido, que un cavallero Eſpañol, llamado Diego Perez de Vargas, aviendoſele en una batalla roto la eſpada, deſgajó de una encina un peſado ramo, ó tronco, y con el hizo tales coſas aquel dia, y machacó tantos Moros, que le quedó por ſobrenombre Machuca, y así él como ſus decendientes, ſe llamaron deſde aquel dia en adelante, Vargas, y Machuca. Hete dicho eſto, porque de la primera encina, ó roble que ſe me depare, pienſo deſgajar otro tronco, tal, y tan bueno como aquel, que me imagino, y pienſo hacer con el tales hazañas, que tu te tengas por bien afortunado, de aver merecido venir á verlas, y á ſer teſtigo de coſas que apenas podran ſer creidas. A la mano de Dios, dixo Sancho, yo lo creo todo así como vueſtra merced lo dize, pero endereceſe un poco, que parece que va de medio lado, y deve de ſer del molimiento de la caida. Así es la verdad, reſpondió Don Quixote, y ſino me quexo del dolor, es, porque no es dado á los cavalleros andantes quexarſe de herida alguna, aunque ſe le ſalgan las tripas por ella. Si eſo es así, no tengo yo que replicar, reſpondió Sancho, pero ſabe Dios, ſi yo me holgara que vueſtro merced ſe quexara quando alguna coſa le doliera. De mi ſé decir, que me he de quexar del mas pequeño dolor que tenga, ſi ya no ſe entiende tambien con los eſcuderos de los cavalleros andantes, eſo del no quexarſe. No ſe dexó de reir Don Quixote de la ſimplicidad de ſu eſcudero, y así le declaró que podia muy bien quexarſe, como, y quando quiſieſe, ſin gana, ó con ella, que haſta entonces no avia leido coſa en contrario en la orden de cavalleria. Dixole Sancho, que miraſe que era hora de comer. Reſpondiole ſu Amo, que por entonces no le hazia meneſter, que comieſe él quando ſe le antojaſe. Con eſta licencia ſe acomodó Sancho lo mejor que pudo ſobre ſu jumento, y ſacando de las alforjas lo que en ellas avia pueſto, iva caminando, y comiendo detras de ſu Amo, muy de eſpacio,

cio, y de quando en quando empinava la bota con tanto gusto, que le pudiera embidiar el mas regalado bodegonero de Malaga. Y en tanto que él iva de aquella manera menudeando tragos, no se le acordava de ninguna promesa que su Amo le huviese hecho, ni tenia por ningun trabajo, sino por mucho descanso, andar buscando las aventuras, por peligrosas que fuesen. En resolucion, aquella noche la pasaron entre unos arboles, y del uno dellos desgajó Don Quixote un ramo seco, que casi le podia servir de lanza, y puso en el el hierro que quitó de la que se le avia quebrado. Toda aquella noche no durmió Don Quixote, pensando en su señora Dulcinea, por acomodarse á lo que avia leido en sus libros, quando los cavalleros pasavan sin dormir muchas noches en las floresta, y despoblados, entretenidos con las memorias de sus señoras. No la pasó así Sancho Panza, que como tenia el estomago lleño, y no de agua de chicoría, de un sueño se la llevó toda, y no fueran parte para despertarle (si su Amo no le llamára) los rayos del sol que le davan en el rostro, ni el canto de las aves, que muchas, y muy regozijadamente la venida, del nuevo dia saludavan: Al levantarse dió un tiento á la bota, y hallola algo mas flaca que la noche antes, y afligióse el corazon, por parecerle que no llevavan camino de remediar tan presto su falta. No quiso desayunarse Don Quixote, porque como está dicho, dio en sustentarse de sabrosas memorias. Tornaron á su comenzado camino del Puerto Lapice, y á obra de las tres del dia le descubrieron. Aquí (dixo en viendole Don Quixote) podemos hermano Sancho Panza, meter las manos hasta los codos, en esto que llaman aventuras. Mas advierte, que aunque me veas en los mayores peligros del mundo, no has de poner mano á tu espada para defenderme, si ya no vieres que los que me ofenden, es canalla, y gente baxa, que en tal caso bien puedes ayudarme: pero si fueren cavalleros, en ninguna

manera

manera te es licito, ni concedido por las leyes de cavalleria, que me ayudes, haſta que ſeas armado cavallero. Por cierto ſeñor, reſpondió Sancho, que vueſtra merced ſea muy bien obedecido en eſto, y mas que yo de mio me ſoy pacifico, y enemigo de meterme en ruídos, ni pendencias: bien es verdad, que en lo que tocare á defender mi perſona, no tendré mucha cuenta con eſas leyes, pues las divinas, y humanas permiten, que cada uno ſe defienda de quien quiſiere agraviarle. No digo yo menos, reſpondió Don Quixote, pero en eſto de ayudarme contra cavalleros, has de tener á raya tus naturales impetus. Digo que así lo hare, reſpon- Sancho, y que guardare eſe preceto tan bien como el dia del Domingo.

Eſtando en eſtas razones, aſomaron por el camino dos Frayles de la orden de San Benito, cavalleros ſobre dos Dromedarios, que no eran mas pequenas dos mulas en que venian. Traían ſus antojos de camino, y ſus quitaſoles. Detras dellos venia un coche, con quatro, ó cinco de á cavallo que le acompañavan, y dos mozos de mulas á pie. Venia en el coche, como deſpues ſe ſupo, una Señora Viſcayna, que iva á Sevilla, donde eſtava ſu marido, que paſava á las Indias con un muy honroſo cargo. No venian los Frayles con ella, aunque ivan el miſmo camino: mas apenas los diviſó Don Quixote, quando dixo á ſu eſcudero: O yo me engaño, ó eſta ha de ſer la mas famoſa aventura que ſe aya viſto, porque aquellos bultos negros que alli parecen, deven de ſer, y ſon ſin duda algunos encantadores, que llevan hurtada alguna Princeſa en aquel coche, y es meneſter deſhacer eſte tuerto á todo mi poderio. Peor ſerá eſto que los Molinos de viento, dixo Sancho: Mire ſeñor, que aquellos ſon Frayles de San Benito, y el coche deve de ſer de alguna gente paſagera. Mire que digo, que mire bien lo que hace, no ſea el diablo que le engañe. Ya te he dicho

Sancho, reſpondió Don Quixote, que ſabes poco de achaque de aventuras, lo que yo digo es verdad, y aora lo veras: y diciendo eſto ſe adelantó, y ſe puſo en la mitad del camino por donde los Frayles venian, y en llegando tan cerca, que á él le pareció que lo podrian oir lo que dixeſe, en alta voz dixo: Gente endiablada, y deſcomunal, dexad luego al punto las altas Princeſas que en eſe coche llevays forzadas, ſino aparejaos á recebir preſta muerte por juſto caſtigo de vueſtras malas obras. Detuvieron los Frayles las riendas, y quedaron admirados, así de la figura de Don Quixote, como de ſus razones, á las quales reſpondieron: Señor cavallero, noſotros no ſomos endiablados, ni deſcomunales, ſino dos Religioſos de San Benito, que vamos nueſtro camino, y no ſabemos ſi en eſte coche vienen, ó no, ningunas forzadas Princeſas. Para conmigo no ay palabras blandas, que ya yo os conozco fementida canalla, dixo Don Quixote, y ſin eſperar mas reſpueſta picó á Rozinante, y la lanza baxa arremetió contra el primero Frayle, con tanta furia, y denuedo, que ſi el Frayle no ſe dexara caer de la mula, él le hiciera venir al ſuelo mal de ſu grado, y aun mal ferido, ſino cayera muerto. El ſegundo Religioſo, que vió del modo que tratavan á ſu compañero, puſo piernas al coſtilla de ſu buena mula, y comenzó á correr por aquella campaña, mas ligero que el miſmo viento. Sancho Panza, que vió en el ſuelo al Frayle, apeandoſe ligeramente de ſu aſno, arremetió á él, y le comenzó á quitar los habitos. Llegaron en eſto dos mozos de los Frayles, y preguntaronle, que porque le deſnudava? Reſpondióles Sancho, que aquello le tocava á él legitimamente, como deſpojos de la batalla, que ſu ſeñor Don Quixote avia ganado. Los Mozos que no ſabian de burlas, ni entendian aquello de deſpojos, ni batallas, viendo que ya Don Quixote eſtava deſviado de alli, hablando con las que en el coche venian, arremetieron con Sancho, y dieron con

con él en el ſuelo, y ſin dexarle pelo en las barbas, lo molieron a cozes, y le dexaron tendido en el ſuelo, ſin aliento, ni ſentido: y ſin detenerſe un punto, torinó á ſubir el Frayle todo temeroſo, y acobardado, y ſin color en el roſtro: y quando ſe vió á cavallo, picó tras ſu compañero, que un buen eſpacio de alli le eſtava aguardando, y eſperando en que parava aquel ſobreſalto; y ſin querer aguardar el fin de todo aquel comenzado ſuceſo, ſiguieron ſu camino, haciendoſe mas cruces, que ſi llevaran el diablo á las eſpaldas. Don Quixote eſtava, como ſe ha dicho, hablando con la ſeñora del coche, diciendole: La vueſtra fermoſura, ſeñora mia, puede fazer de ſu perſona lo que mas le viniere en talante, porque ya la ſobervia de vueſtros robadores yace por el ſuelo, derribada por eſte mi fuerte brazo: y porque no peneys por ſaber el nombre de vueſtro libertador, ſabed que yo me llamo Don Quixote de la Mancha, Cavallero Andante, y Aventurero, y cautivo de la fin par, y hermoſa Doña Dulcinea del Toboſo: y en pago del beneficio que de mi aveys recebido, no quiero otra coſa, ſino que bolvays al Toboſo, y que de mi parte os preſenteys ante eſta ſeñora, y le digays lo que por vueſtra libertad he fecho.

Todo eſto que Don Quixote decia, eſcuchava un eſcudero de los que el coche acompañavan, que era Vizcayno, el qual viendo que no queria dexar paſar el coche adelante, ſino que decia, que luego avia de dar la buelta al Toboſo, ſe fue para Don Quixote, y aſiendole de la lanza, le dixo en mala lengua Caſtellana, y peor Vizcayna, deſta manera: Anda cavallero, que mal andes, por el Dios que crióme, que ſino dexas coche, aſi te matas como eſtas ai Vizcayno. Entendióle muy bien Don Quixote, y con mucho ſoſiego le reſpondió: Si fueras cavallero como no lo eres, ya yo huviera caſtigado tu ſandez, y atrevimiento, cautiva

criatura. A lo qual replicó el Vizcayno: Yo no cavallero? Juro á Dios tan mientes como Chriſtiano. Si lanza arrojas, y eſpada ſaças, el agua quan preſto verás que al gato llevas: Vizcayno por tierra, hidalgo por mar, hidalgo por el diablo, y mientes, que mira ſi otra dizes coſa. Aora lo veredes, dixo Agrages, reſpondió Don Quixote, y arrojando la lanza en el ſuelo, ſacó ſu eſpada, y embrazó ſu rodela, y arremetió al Vizcayno, con determinacion de quitarle la vida. El Vizcayno que así le vió venir, aunque quiſiera apearſe de la mula, que por ser de las malas de alquiler, no avia que fiar en ella, no pudo hacer otra coſa, ſino ſacar ſu eſpada: pero avinóle bien, que ſe halló junto al coche, de donde pudo tomar una almohada que le ſervió de eſcudo, y luego ſe fueron el uno para el otro, como ſi fueran dos mortales enemigos. La demas gente quiſiera ponerlos en paz, mas no pudo, porque decia el Vizcayno en ſus mal travadas razones, que ſino le dexavan acabar ſu batalla, que el miſmo avia de matar á ſu Ama, y á toda la gente que ſe lo eſtorvaſe. La Señora del coche, admirada, y temeroſa de lo que veía, hizo al cochero que ſe deſviaſe de alli algun poco, y deſde lexos ſe puſo á mirar la riguroſa contienda: en el diſcurſo de la qual, dió el Vizcayno una gran cuchillada á Don Quixote encima de un ombro, por encima de la rodela, que á darſela ſin defenſa, le abriera haſta la cintura. Don Quixote, que ſintió la peſadumbre de aquel deſaforado golpe, dio una gran voz, diciendo: O Señora de mi alma Dulcinea, flor de la fermoſura, ſoçorred á eſte vueſtro cavallero, que por ſatisfacer á la vueſtra mucha bondad, en eſte riguroſo trance ſe halla. El decir eſto, y el apretar la eſpada, y el cubrirſe bien de ſu rodela, y el arremeter a Vizcayno, todo fue en un tiempo, llevando determinacion de aventurar lo todo á la de un ſolo golpe. El Vizcayno que así le vió venir contra él, bien entendió por ſu denuedo ſu coraje, y determinó

minó de hazer lo miſmo que Don Quixote: y así le aguardó bien cubierto de ſu almohada, ſin poder rodear la mula á una, ni á otra parte, que ya de puro canſada, y no hecha á ſemejantes niñerias, no podia dar un paſo. Venia pues, como ſe ha dicho, Don Quixote contra el cauto Vizcaino, con la eſpada en alto, con determinacion de abrirle por medio: y el Vizcaino le aguardava anſi miſmo, levantada la eſpada, y aforrado con ſu almohada, y todos los circumſtantes eſtavan temeroſos, y colgados de lo que avia de ſuceder de aquellos tamaños golpes con que ſe amenazavan, y la ſeñora del coche, y las demas criadas ſuyas, eſtavan haciendo mil votos, y ofrecimientos á todas las imagenes, y caſas de devocion de Eſpaña, porque Dios libraſe á ſu eſcudero, y á ellas, de aquel tan grande peligro en que ſe hallavan.

Pero eſtá el daño de todo eſto, que en eſte punto, y termino, dexa pendiente el Autor deſta hiſtoria eſta batalla, diſculpandoſe, que no halló mas eſcrito deſtas hazañas de Don Quixote, de las que dexa referidas. Bien es verdad, que el ſegundo Autor deſta obra, no quiſo creer, que tan curioſa hiſtoria eſtuvieſe entregada á las leyes del olvido, ni que huvieſen ſido tan poco curioſos los Ingenios de la Mancha, que no tuvieſen en ſus archivos, ó en ſus eſcritorios, algunos papeles que deſte famoſo Cavallero trataſen, y así con eſta imaginacion, no ſe deſeſperó de hallar el fin deſta apazible hiſtoria, el qual ſiendole el cielo favorable, le halló del modo que ſe contará en la ſegunda Parte.

Cap.

Cap. IX. Donde se concluye, y da fin á la estupenda Batalla, que el gallardo Vizcayno, y el valiente Manchego tuvieron.

DEXAMOS en la primera parte desta historia, al valeroso Vizcayno, y al famoso Don Quixote, con las espadas altas, y desnudas, en guisa de descargar dos furibundos fendientes, tales que si en lleno se acertavan, por lo menos se dividirian, y fenderian de arriba abaxo, y abririan como una granada: y que en aquel punto tan dudoso paró, y quedó destroncada tan sabrosa historia, sin que nos diese noticia su autor donde se podria hallar lo que della faltava. Causóme esto mucha pesadumbre, porque el gusto de aver leido tan poco, se bolvia en disgusto, de pensar el mal camino que se ofrecía, para hallar lo mucho que á mi parecer faltava de tan sabroso cuento. Parecióme cosa imposible, y fuera de toda buena costumbre, que á tan buen cavallero le huviese faltado algun Sabio que tomara á cargo el escrivir sus nunca vistas hazañas, cosa que no faltó á ninguno de los cavalleros andantes, de los que dicen las gentes, que van á sus aventuras, porque cada uno dellos tenia uno, ó dos sabios como de molde, que no solamente escrivian sus hechos, sino que pintavan sus mas minimos pensamientos, y niñerias, por mas escondidas que fuesen. Y no avia de ser tan desdichado tan buen Cavallero, que le faltase á él lo que sobró a Platir, y á otros semejantes. Y así no podia inclinarme á creer que tan gallarda historia huviese quedado manca, y estropeada, y echava la culpa á la malignidad del tiempo devorador, y consumidor de todas las cosas: el qual, ó la tenia oculta, ó consumida. Por otra parte me parecía, que pues entre sus libros se avian hallado tan modernos, como Desengaño de Zelos, y Ninfas, y Pas-

y Paſtores de Henares, que tambien ſu hiſtoria devia de ſer moderna, y que ya que no eſtuvieſe eſcrita, eſtaria en la memoria de la gente de ſu aldea, y de las á ella circunvezinas. Eſta imaginacion me traia confuſo, y deſeoſo de ſaber real, y verdaderamente, toda la vida, y milagros de nueſtro famoſo Eſpañol Don Quixote de la Mancha, luz, y eſpejo de la Cavalleria Manchega, y el primero que en nueſtra edad, y en eſtos tan calamitoſos tiempos ſe puſo al trabajo, y exercicio de las andantes armas: y al de desfacer agravios, ſocorrer biudas, amparar donzellas, de aquellas que andavan con ſus azotes, y palafrenes, y con toda ſu virginidad acueſtas, de monte en monte, y de valle en valle: que ſino era que algun follon, ó algun villano de acha, y capellina, ó algun deſeomunal Gigante las forzava, donzella huvo en los paſados tiempos, que al cabo de ochenta años, que en todos ellos no durmió un dia debaxo de texado,, ſe fue tan entera á la ſepultura, como la madre qua la avia parido. Digo pues, que por eſtos y otros muchos reſpetos, es digno nueſtro gallardo Quixote, de continuas y memorables alabanzas: y aun á mi no ſe me deven negar, por el trabajo, y diligencia que puſe, en buſcar el fin deſta agradable hiſtoria. Aunque bien ſé, que ſi el cielo, el caſo, y la fortuna no me ayudaran, el mundo quedara falto, y ſin el paſatiempo, y guſto que bien caſi dos horas podra tener él, que con atencion la leyere. Paſó pues el hallarla en eſta manera.

Eſtando yo un dia en el Alcana de Toledo, llegó un muchacho á vender unos cartapacios, y papeles viejos á un ſedero, y como ſoy aficionado á leer, aunque ſean los papeles rotos de las calles, llevado deſta mi natural inclinacion, tomé un cartapacio de los que el muchacho vendia, y vi le con caracteres, que conoci ſer Arabigos. Y pueſto que aunque los conocía, no los ſabia leer, anduve mirando, ſi parecia por alli algun

algun Moriſco Aljamiado, que los leyeſe: y no fue muy dificultoſo hallar interprete ſemejante, pues aunque le buſcara de otra mejor, y mas antigna lengua le hallara. En fin la ſuerte me deparó uno, que diciendole mi deſeo, y poniendole el libro en las manos, le abrió por medio, y leyendo un poco en el, ſe comenzo a reir. Preguntele, que de que ſe reía? y reſpondióme, que de una coſa que tenia aquel libro eſcrita en el margen por anotácion. Dixele, que me la dixeſe, y él ſin dexar la riſa, dixo: Eſtá, como hedicho, aqui en el margen eſcrito. Eſta Dulcinea del Toboſo, tantas veces en eſta hiſtoria referida, dicen, que tuvo la mejor mano para ſalar puercos, que otra muger de toda la Mancha. Quando yo oí decir Dulcinea del Toboſo, quedé atonito, y ſuſpenſo, porque luego ſe me repreſentó, que aquellos cartapacios contenian la hiſtoria de Don Quixote. Con eſta imaginacion le di prieſa que leyeſe el principio: y haciendolo así, bolviendo de improviſo el Arabigo en Caſtellano, dixo que decia: Hiſtoria de Don Quixote de la Mancha, eſcrita por Cide Hamete Benengeli, hiſtoriador Arabigo. Mucha diſcrecion fue meneſter para diſimular el contento que recebí, quando llegó á mis oidos el titulo del libro: y ſalteandoſele al ſedero, compré al muchacho todos los papeles, y cartapacios por medio real: que ſi él tuviera diſcrecion, y ſupiera lo que yo los deſeava, bien ſe pudiera prometer, y llevar mas de ſeys reales de la compra. Apartéme luego con el Moriſco por el clauſtro de la Igleſia mayor, y roguele me bolvieſe aquellos cartapacios, todos los que tratavan de Don Quixote, en lengua Caſtellana, ſin quitarles, ni añadirles nada, ofreciendole la paga que él quiſieſe, Contentóſe con dos arrobas de paſas, y dos fanegas de trigo, y prometió de traducirlos bien, y fielmente, y con mucha brevedad. Pero yo por facilitar mas el negocio, y por no dexar de la mano tan buen hallazgo, le truxe á mi caſa,

donde

donde en poco mas de mes y medio, la traduxo toda, del miſmo modo que aqui ſe refiere.

Eſtava en el primero cartapacio pintada muy al natural la batalla de Don Quixote con el Vizcayno, pueſtos en la miſma poſtura, que la hiſtoria cuenta, levantadas las eſpadas, el uno cubierto de ſu rodela, el otro de la almohada: y la mula del Vizcayno tan al vivo, que eſtava moſtrando ſer de alquiler á tiro de balleſta. Tenia á los pies eſcrito el Viſcayno un titulo que decia: Don Sancho de Azpetia, que ſin duda devia de ſer ſu nombre: y á los pies de Rozinante eſtava otro que decia: Don Quixote. Eſtava Rozinante maravilloſamente pintado, tan largo, y tendido, tan atenuado, y flaco, con tanto eſpinazo, tan etico confirmado, que moſtrava bien al deſcubierto con quanta advertencia, y propiedad, ſe le avia pueſto el nombre de Rozinante. Iunto á él eſtava Sancho Panza, que tenia del cabeſtro á ſu aſno: á los pies del qual eſtava otro retulo, que decia: Sancho Zancas, y devia de ſer, que tenia á lo que moſtrava la pintura, la barriga grande, el talle corto, y las zancas largas: y por eſto ſe le devió de poner nombre de Panza, y de Zancas, que con eſtos dos ſobrenombres le llama algunas veces la hiſtoria. Otras algunas menudencias avia que advertir, pero todas ſon de poca importancia, y que no hacen al caſo á la verdadera relacion de la hiſtoria, que ninguna es mala como ſea verdadera. Si á eſta ſe le puede poner alguna objecion cerca de ſu verdad, no podrá ſer otra, ſino aver ſido ſu autor Arabigo, ſiendo muy propio de los de aquella nacion ſer mentiroſos: aunque por ſer tan nueſtros enemigos, antes ſe puede entender aver quedado falto en ella que demaſiado. Y aſí me parece á mi, pues quando pudiera, y deviera eſtender la pluma en las alabanzas de tan bueno cavallero, parece que de induſtria las paſa en filencio. Coſa mal hecha, y peor penſada, aviendo, y deviendo ſer los hiſ-

toriadores puntuales, verdaderos, y no nada apaſionados, y que ni el interes, ni el miedo, el rancor, ni la aficion, no les haga torcer del camino de la verdad, cuya madre es la Hiſtoria, emula del tiempo, depoſito de las acciones, teſtigo de lo paſado, exemplo, y aviſo de lo preſente, advertencia de lo por venir. En eſta ſé, que ſe hallará todo lo que ſe acertare á deſear en la mas apacible: y ſi algo bueno en ella faltare, para mi tengo, que fue por culpa del galgo de ſu autor, antes que por falta del ſujeto. En fin ſu ſegunda parte, ſiguiendo la traducion, comenzava deſta manera.

Pueſtas, y levantadas en alto las cortadoras eſpadas de los dos valeroſos, y enojados combatientes, no parecía ſino que eſtavan amenazando al cielo, á la tierra, y al abiſmo; tal era el denuedo, y continente que tenian. Y el primero que fue á deſcargar el golpe, fue el colerico Viſcayno: el qual fue dado con tanta fuerza, y tanta furia, que á no bolverſele la eſpada en el camino, aquel ſolo golpe fuera baſtante para dar fin á ſu riguroſa contienda, y á todas las aventuras de nueſtro Cavallero: mas la buena ſuerte que para mayores coſas le tenía guardado, torció la eſpada de ſu contrario, de modo, que aunque le acertó en el ombro izquierdo, no le hizo otro daño que deſarmarle todo aquel lado, llevandole de camino gran parte de la zelada, con la mitad de la oreja, que todo ello con eſpantoſa ruina vinó al ſuelo, dexandole muy mal trecho. Valame Dios, y quien ſerá aquel que buenamente pueda contar aora la rabia, que entró en el corazon de nueſtro Manchego, viendoſe parar de aquella manera! No ſe diga mas, ſino que fue de manera, que ſe alzó de nuevo en los eſtribos, y apretando mas la eſpada en las dos manos, con tal furia deſcargó ſobre el Vizcayno, acertandole de lleno ſobre la almohada, y ſobre la cabeza, que ſin ſer parte tan buena deſenſa, como ſi cayéra ſobre él una montaña,

taña, comenzó á echar ſangre por las narizes, y por la boca, y por los oidos, y á dar mueſtras de caer de la mula abaxo, de donde cayéra ſin duda, ſino ſe abrazara con el cuello: pero con todo eſo ſacó los pies de los eſtribos, y luego ſoltó los brazos, y la mula eſpantada del terrible golpe, dió á correr por el campo, y á pocos corcobos dió con ſu dueño en tierra. Eſtavaſelo con mucho ſoſiego mirando Don Quixote: y como lo vió caer, ſaltó de ſu cavallo, y con mucha ligereza ſe llegó á él, y poniendóle la punta de la eſpada en los ojos, le dixo que ſe rindieſe, ſino que le cortaria la cabeza. Eſtava el Vizcayno tan turbado, que no podia reſponder palabra, y él lo paſara mal ſegun eſtava ciego Don Quixote, ſi las ſeñoras del coche, que haſta entonces con gran deſmayo avian mirado la pendencia, no fueran adonde eſtava, y le pidieran con mucho encarecimiento, les hicieſe tan gran merced, y favor, de perdonar la vida á aquel ſu eſcudero. A lo qual Don Quixote reſpondió, con mucho entono, y gravedad: Por cierto fermoſas ſeñoras, yo ſoy muy contento de hacer lo que me pedis, mas ha de ſer con una condicion, y concierto: y es, que eſte cavallero me ha de prometer de ir al lugar del Toboſo, y preſentarſe de mi parte ante la ſin par Doña Dulcinea, para que ella haga del lo que mas fuere de ſu voluntad: La temeroſa, y deſconſolada ſeñora, ſin entrar en cuenta de lo que Don Quixote pedia, y ſin preguntar quien Dulcinea fueſe, le prometieron que el eſcudero haria todo aquello que de ſu parte le fueſe mandado. Pues en fé de eſa palabra, yo no le hare mas daño, pueſto que me lo tenia bien merecido.

Cap. X. Del diſcurſo que tuvo Don Quixote con ſu luen Eſcudero Sancho Panza.

YA en eſte tiempo ſe avia levantado Sancho Panza, algo maltratado de los mozos de los Frayles, y avia eſtado atento á la batalla de ſu ſeñor Don Quixote, y rogava á Dios en ſu corazon, fueſe ſervido de darle vitoria, y que en ella ganaſe alguna Inſula de donde le hicieſe Governador, como ſe lo avia prometido. Viendo pues ya acabada la pendencia, y que ſu Amo bolvia á ſubir ſobre Rozinante, llegó á tenerle el eſtribo: y antes que ſubieſe ſe hincó de rodillas delante del, y aſiendole de la mano ſe la beſó, y le dixo: Sea vueſtra merced ſervido, Señor Don Quixote mio, de darme el govierno de la Inſula que en eſta riguroſa pendencia ſe ha ganado, que por grande que ſea, yo me ſiento con fuerzas de ſaberla governar, tal, y tan bien, como otro que aya governado Inſulas en el mundo. A lo qual reſpondió Don Quixote, advertid hermano Sancho, que eſta aventura, y las á eſtas ſemejantes, no ſon aventuras de Inſulas, ſino de encruzijadas, en las quales no ſe gana otra coſa, que ſacar rota la cabeza, ó una oreja menos. Tened paciencia, que aventuras ſe ofrecerán, donde no ſolamente os pueda hacer Governador, ſino mas adelante. Agradecióſelo mucho Sancho, y beſandole otra vez la mano, y la falda de la loriga, le ayudó á ſubir ſobre Rozinante, y él ſubió ſobre ſu aſno, y comenzó á ſeguir á ſu ſeñor, que a paſo tirado, ſin deſpedirſe, ni hablar mas con las del coche, ſe entró por un boſque que alli junto eſtava. Seguiale Sancho á todo el trote de ſu jumento: pero caminava tanto Rozinante, que viendoſe quedar atras, le fue forzoſo

ſorzoſo dar vozes á ſu amo, que ſe aguardaſe. Hizolo así Don Quixote, teniendo las riendas á Rozinante, haſta que llegaſe ſu canſado eſcudero, el qual en llegando le dixo: Pareceme, ſeñor, que ſeria acertado irnos á retraer á alguna Igleſia, que ſegun quedó mal trecho aquel con quien os combatiſtes, no ſerá mucho que den noticia del caſo á la Santa Hermandad, y nos prendan: y a fé que ſi lo hacen, que primero que ſalgamos de la carcel, que nos ha de ſudar el hopo. Calla, dixo Don Quixote, y donde has viſto tu, ó leido jamas, que cavallero andante aya ſido pueſto ante la juſticia, por mas homicidios que huvieſe cometido. Yo no ſé nada de omecillos, reſpondió Sancho, ni en mi vida le caté á ninguno: ſolo ſé, que la ſanta Hermandad tiene que ver con los que pelean en el campo, y en eſotro no me entremeto. Pues no tengas pena amigo, reſpondió Don Quixote, que yo te ſacaré de las manos de los Caldeos, quanto mas de las de la Hermandad. Pero dime por tu vida, has tu viſto mas valeroſo cavallero que yo, en todo lo deſcubierto de la tierra? Has leido en hiſtorias otro que tenga, ni aya tenido mas brio en acometer, mas aliento en el perſeverar, mas deſtreza en el herir, ni mas maña en el derribar? La verdad ſea, reſpondió Sancho, que yo no he leido ninguna hiſtoria jamas, porque ni ſé leer, ni eſcrevir: mas lo que oſaré apoſtar, es, que mas atrevido amo que vueſtra merced, yo no le he ſervido en todos los dias de mi vida, y quiera Dios que eſtos atrevimientos no ſe paguen donde tengo dicho. Lo que le ruego á vueſtra merced, es, que ſe cure, que le va mucha ſangre de eſa oreja, que aqui traigo hilas, y un poco de unguento blanco en las alforjas. Todo eſo fuera bien eſcuſado, reſpondió Don Quixote, ſi á mí ſe me acordara de hacer una redoma del Balſamo de Fierabras, que con ſola una gota, ſe ahorraran tiempo, y medicinas. Que redoma, y que balſamo es eſe, dixo Sancho Panza? Es un bal-

ſamo, reſpondió Don Quixote, de quien tengo la receta en la memoria, con el qual no ay que tener temor á la muerte, ni ay penſar morir de ferida alguna. Y así, quando yo le haga, y te le dé, no tienes mas que hacer, ſino que quando vieres que en alguna batalla me han partido por medio del cuerpo, (como muchas veces ſuele acontecer) bonitamente la parte del cuerpo que huviere caido en el ſuelo, y con mucha ſotileza, antes que la ſangre ſe yele, la pondras ſobre la otra mitad que quedare en la filla, advirtiendo de encaxallo igualmente, y al juſto. Luego me darás á bever ſolos dos tragos del balſamo, que he dicho, y veraſme quedar mas ſano que una manzana. Si eſo ay, dixo Panza, yo renuncio deſde aquí el govierno de la prometida Inſula, y no quiero otra coſa en pago de mis muchos, y buenos ſervicios, ſino que vueſtra merced me dé la receta de eſe eſtremado licor, que para mi tengo, que valdra la onza adonde quiera, mas de a dos reales, y no he meneſter yo mas, para paſar eſta vida honrada, y deſcanſadamente. Pero es de ſaber aora, ſi tiene mucha coſta el hacelle? Con menos de tres reales ſe pueden hacer tres azumbres, reſpondió Don Quixote. Pecador de mi, replicó Sancho, pues á que aguarda vueſtra merced á hacelle, y á enſeñarmele? Calla amigo, reſpondió Don Quixote, que mayores ſecretos pienſo enſeñarte, y mayores mercedes hacerte: y por aora curemonos, que la oreja me duele mas de lo que yo quiſiera. Sacó Sancho de las alforjas hilas, y unguento: mas quando Don Quixote llegó á ver rota ſu zelada, penſó perder el juicio, y pueſta la mano en la eſpada, y alzando los ojos al cielo, dixo: Yo hago juramento al Criador de todas las coſas, y á los ſantos quatro Evangelios, donde mas largamente eſtan eſcritos, de hacer la vida que hizo el grande Marques de Mantua, quando juró de vengar la muerte de ſu Sobrino Baldovinos; que fue, de no comer

pan

pan á manteles, ni con ſu muger folgar, y otras coſas, que aunque dellas no me acuerdo, las doy aquí por expreſadas, haſta tomar entera venganza del, que tal deſaguiſado me fizo. Oyendo eſto Sancho, le dixo: Advierta vueſtra merced, ſeñor Don Quixote, que ſi el cavallero cumplió lo que ſe le dexó ordenado, de irſe á preſentar ante mi ſeñora Dulcinea del Toboſo, ya avra cumplido con lo que devia, y no merece otra pena, ſino comete nuevo delito. Has hablado, y apuntado muy bien, reſpondió Don Quixote, y así anulo el juramento, en quanto lo que toca á tomar del nueva venganza: pero hagole, y confirmole de nuevo, de hacer la vida que he dicho, haſta tanto que quite por fuerza otra zelada, tal, y tan buena como eſta, á algun cavallero. Y no pienſes Sancho, que así a humo de pajas hago eſto, que bien tengo á quien imitar en ello, que eſto miſmo paſó al pie de la letra ſobre el yelmo de Mambrino, que tan caro le coſtó á Sacripante. Que dé al diablo vueſtra merced tales juramentos, ſeñor mio, replicó Sancho, que ſon muy en daño de la ſalud, y muy en perjuicio de la conciencia. Sino digame aora, ſi á caſo en muchos dias no topamos hombre armado con zelada, que hemos de hacer? Haſe de cumplir el juramento, á deſpecho de tantos inconvenientes, é incomodidades, como ſerá el dormir veſtido, y el no dormir en poblado, y otras mil penitencias, que contenia el juramento de aquel loco viejo del Marques de Mantua, que vueſtra merced quiere revalidar aora? Mire vueſtra merced bien, que por todos eſtos caminos no andan hombres armados, ſino harrieros, y carreteros, que no ſolo no traen zeladas, pero quiza no las han oido nombrar en todos los dias de ſu vida. Engañaſte en eſo, dixo Don Quixote, porque no avremos eſtado dos horas por eſtas encruzijadas quando veamos mas armados que los que vinieron ſobre Albraca, á la conquiſta de Angelica la Bella. Alto pues, ſea así, dixo Sancho, y á Dios praz-

ga que nos ſuceda bien, y que ſe llegue ya el tiempo de ganar eſta Inſula, que tan cara me cueſta, y muerame yo luego. Ya te he dicho Sancho, que no te dé eſo cuidado alguno, que quando faltare Inſula, aí eſtá el Reyno de Dinamarca, ó el de Sobradiſa, que te vendran como anillo al dedo, y mas que por ſer en tierra firme te deves mas alegrar. Pero dexemos eſto para ſu tiempo, y mira ſi traes algo en eſas alforjas que comamos, porque vamos luego en buſca de algun caſtillo donde aloxemos eſta noche, y hagamos el balſamo que te he dicho, porque yo te voto á Dios, que me va doliendo mucho la oreja. Aquí traigo una cebolla, y un poco de queſo, y no ſé quantos mendrugos de pan, dixo Sancho, pero no ſon manjares, que pertenecen á tan valiente cavallero como vueſtra merced. Que mal lo entiendes, reſpondió Don Quixote: hagote ſaber, Sancho, que es honra de los cavalleros andantes, no comer en un mes, y ya que coman, ſea de aquello que hallaren mas a mano, y eſto ſe te hiciera cierto, ſi huvieras leido tantas hiſtorias como yo, que aunque han ſido muchas, en todas ellas no he hallado hecha relacion, de que los cavalleros andantes comieſen, ſino era á caſo, y en algunos ſuntuoſos banquetes que les hacian, y los demas dias ſe los paſavan en flores. Y aunque ſe dexa entender, que no podian paſar ſin comer, y ſin hacer todos los otros meneſteres naturales, porque en efeto eran hombres como noſotros, haſe de entender tambien, que andando lo mas del tiempo de ſu vida por las floreſtas, y deſpoblados, y ſin cocinero, que ſu mas ordinaria comida ſeria de viandas ruſticas, tales como las que tu aora me ofreces. Así que, Sancho amigo, no te congoje lo que á mi me da guſto, ni quieras tu hacer mundo nuevo, ni ſacar la cavalleria andante de ſus quicios. Perdoneme vueſtra merced, dixo Sancho, que como yo no ſe leer, ni eſcrevir, como otra vez he dicho, no ſé ni he caydo en las reglas

glas de la profeſion cavallereſca, y de aqui adelante yo proveere las alforjas de todo genero de fruta ſeca para vueſtra merced, que es cavallero: y para mí las proveere, pues no lo ſoy, de otras coſas bolatiles, y de mas ſuſtancia. No digo yo, Sancho, replicó Don Quixote, que ſea forzoſo á los cavalleros andantes, no comer otra coſa ſino eſas frutas que dices, ſino que ſu mas ordinario ſuſtento devia de ſer dellas, y de algunas yervas que hallavan por los campos, que ellos conocían, y yo tambien conozco. Virtud es, reſpondió Sancho, conocer eſas yervas, que ſegun yo me voy imaginando, algun dia ſerá meneſter uſar de eſe conocimiento. Y ſacando en eſto, lo que dixo que trahia, comieron los dos en buena paz, y compaña. Pero deſeoſos de buſcar donde alojar aquella noche, acabaron con mucha brevedad ſu pobre, y ſeca comida. Subieron luego á cavallo, y dieronſe prieſa por llegar á poblado antes que anocheciese: pero faltóles el Sol, y la eſperanza de alcanzar lo que deſeavan, junto á unas chozas de unos cabreros, y así determinaron de paſarla alli: que quanto fue de peſadumbre para Sancho no llegar á poblado, fue de contento para ſu Amo, dormirla al cielo deſcubierto, por parecerle que cada vez que eſto le ſucedía, era hacer un acto poſeſiuo que facilitava la prueva de ſu cavalleria.

Cap. XI. De lo que le ſucedió á Don Quixote con unos Cabreros.

FUE recogido de los Cabreros con buen animo, y aviendo Sancho, lo mejor que pudo, acomodado á Rozinante, y á ſu jumento, ſe fue tras el olor que deſpedian de sí ciertos taſajos de cabra, que hirviendo al fuego en un caldero eſtavan, y aunque él quiſiera en aquel miſmo punto ver, ſi eſtavan en ſazon de traſladarlos del caldero al eſtomago, lo dexó de hacer, porque los cabreros los quitaron del fuego, y tendiendo por el ſuelo unas pieles de ovejas, aderezaron con mucha prieſa ſu ruſtica meſa, y combidaron á los dos con mueſtras de muy buena voluntad con lo que tenian. Sentaronſe á la redonda de las pieles ſeys dellos, qne eran los que en la majada avia: aviendo primero con groſeras ceremonias rogado á Don Quixote, que ſe ſentaſe ſobre un dornajo, que buelto del reves le puſieron. Sentóſe Don Quixote, y quedavaſe Sancho en pie para ſervirle la copa, que era hecha de cuerno. Viendole en pie ſu Amo, le dixo: Porque veas Sancho el bien que en sí encierra la andante cavalleria, y quan á piqne eſtan los, que en qualquiera miniſterio della ſe exercitan, de venir brevemente á ſer honrados, y eſtimados del mundo, quiero que aquí á mi lado, y en compañia deſta buena gente te ſientes, y que ſeas una miſma coſa conmigo, que ſoy tu Amo, y natural Señor, que comas en mi plato, y bevas por donde yo beviere: porque de la cavalleria andante ſe puede decir lo miſmo, que del Amor ſe dice, que todas las coſas iguala. Gran merced, dixo Sancho, pero ſé decir á vueſtra merced, que como yo tuvieſe

tuvieſe bien de comer, tan bien, y mejor me lo comeria en pie, y á mis ſolas, como ſentado á par de un Emperador. Y aun ſi va a decir verdad, mucho mejor me ſabe lo que como en mi rincon, ſin melindres, ni reſpetos, aunque ſea pan, y cebolla, que los gallipavos de otras meſas, donde me ſea forzoſo maſcar deſpacio, bever poco, limpiarme amenudo, no eſtornudar, ni toſer, ſi me viene gana, ni hacer otras coſas que la ſoledad, y la libertad traen conſigo. Así que, ſeñor mio, eſtas honras que vueſtra merced quiere darme, por ſer miniſtro, y aderente de la cavalleria andante, como lo ſoy, ſiendo eſcudero de vueſtra merced, convierta las en otras coſas que me ſean de mas comodo, y provecho que eſtas (aunque las doy por bien recebidas) las renuncio para deſde aquí al fin del mundo. Con todo eſo te has de ſentar, porque á quien ſe humilla Dios le enſalza, y aſiendole por el brazó, le forzó á que junto á él ſe ſentaſe. No entendian los Cabreros aquella gerigonza de eſcuderos, y de cavalleros andantes, y no hacian otra coſa que comer, y callar, y mirar á ſus hueſpedes, que con mucho donayre, y gana embaulavan taſajo como el puño. Acabado el ſervicio de carne, tendieron ſobre las zaleas gran cantidad de bellotas avellanadas, y juntamente puſieron un medio queſo, mas duro que ſi fuera hecho de argamaſa. No eſtava en eſto ocioſo el cuerno, porque andava á la redonda tan amenudo (ya lleno, ya vacio) como arcaduz de noria, que con facilidad vació un zaque, de dos que eſtavan de manifieſto. Deſpues que Don Quixote huvo bien fatisfecho ſu eſtomago, tomó un puño de bellotas en la mano, y mirandolas atentamente, ſoltó la voz á ſemejantes razones.

Dichoſa Edad, y ſiglos dichoſos aquellos, á quien los Antiguos puſieron nombre de Dorados, y no porque en ellos el oro (que en

eſta nueſtra edad de hierro tanto ſe eſtima) ſe alcanzaſe en aquella venturoſa ſin fatiga alguna, ſino porque entonces los que en ella vivian, ignoravan eſtas dos palabras de Tuyo, y Mio. Eran en aquella ſanta edad todas las coſas comunes, á nadie le era neceſario, para alcanzar ſu ordinario ſuſtento, tomar otro trabajo, que alzar la mano, y alcanzarle de las robuſtas encinas, que liberalmente les eſtavan combidando con ſu dulce, y ſazonado fruto. Las claras fuentes, y corrientes rios, en magnifica abundancia ſabroſas y tranſparentes aguas les ofrecian. En las quiebras de las peñas, y en lo hueco de los arboles, formavan ſu republica las ſolicitas, y diſcretas abejas, ofreciendo á qualquiera mano, ſin interes alguno, la fertil coſecha de ſu dulciſimo trabajo. Los valientes alcornoques deſpedian de sí, ſin otro artificio que el de ſu cortesía, ſus anchas, y livianas cortezas, con que ſe comenzaron á cubrir las caſas ſobre ruſticas eſtacas ſuſtentadas, no mas que para defenſa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amiſtad. todo concordia: aun no ſe avia atrevido la peſada reja del corbo arado á abrir, ni viſitar las entrañas piadoſas de nueſtra primera madre, que ella ſin ſer forzada, ofrecía por todas las partes de ſu fertil, y eſpacioſo ſeno, lo que pudieſe hartar, ſuſtentar, y deleytar á los hijos que entonces la poſeían. Entonces sí, que andavan las ſimples, y hermoſas zagalejas de valle en valle, y de otero en otero, en trenza y en cabello, ſin mas veſtidos de aquellos que eran meneſter para cubrir honeſtamente, lo que la honeſtidad quiere, y ha querido ſiempre que ſe cubra, y no eran ſus adornos de los que aora ſe uſan, a quien la purpura de Tyro, y la por tantos modos martirizada ſeda encarecen, ſino de algunas hojas de verdes lampazos, y yedra, entretexidas, con lo que quiza ivan tan pompoſas,

ſas, y compueſtas, como van aora nueſtras corteſanas con las saras, y peregrinas invenciones, que la curioſidad ocioſa les ha moſtrado. Entonces ſe decoravan los concetos amoroſos del alma, ſimple, y ſenzillamente, del miſmo modo, y manera que ella los concebía, ſin buſcar artificioſo rodeo de palabras para encarecerlos. No avia la fraude, el engaño, ni la malicia, mezclandoſe con la verdad, y llaneza. La juſticia ſe eſtava en ſus propios terminos, ſin que la oſaſen turbar, ni ofender los del favor, y los del intereſe, que tanto aora la menoſcaban, turban, y perſiguen. La ley del encaxe aun no ſe avia ſentado en el entendimiento del juez, por que entonces no avia que juzgar, ni quien fueſe juzgado. Las donzellas, y la honeſtidad andavan, como tengo dicho, por donde quiera, ſola y ſeñora, ſin temor que la agena deſemboltura, y laſcivo intento la menoſcabaſen, y ſu perdicion nacida de ſu guſto, y propia voluntad. Y aora en eſtos nueſtros deteſtables ſiglos, no eſtá ſegura ninguna, aunque la oculte, y cierre otro nuevo laberinto como el de Creta, porque alli por los reſquicios, ó por el ayre, con el zelo de la maldita ſolicitud, ſe les entra la amoroſa peſtilencia, y les hace dar con todo ſu recogimiento al traſte. Para cuya ſeguridad, andando mas los tiempos, y creciendo mas la malicia, ſe inſtituyó la orden de los cavalleros andantes, para defender las donzellas, amparar las biudas, y ſocorrer á los huerfanos, y á los meneſteroſos. Deſta orden ſoy yo, hermanos cabreros, aquien agradezco el agaſajo, y buen acogimiento que haceys á mí, y á mi eſcudero: que aunque por ley natural, eſtan todos los que viven obligados á favorecer á los cavalleros andantes, toda via por ſaber, que ſin ſaber voſotros eſta obligacion me acogiſtes, y regalaſtes, es razon, que con la voluntad á mi poſible, os agradezca la vueſtra.

Toda

Toda eſta larga arenga (que ſe pudiera muy bien eſcuſar) dixo nueſtro cavallero, porque las bellotas que le dieron, le truxeron á la memoria la Edad Dorada, y antojóſele hacer aquel inutil razonamiento á los cabreros, que ſin reſpondelle palabra, embobados, y ſuſpenſos le eſtuvieron eſcuchando. Sancho, así miſmo callava, y comia bellotas, y viſitava muy amenudo el ſegundo zaque, que porque ſe enfriaſe el vino, le tenian colgado de un alcornoque. Mas tardó en hablar Don Quixote, que en acabarſe la cena: al fin de la qual, uno de los cabreros dixo: Para que con mas veras pueda vueſtra merced decir, ſeñor cavallero andante, que le agaſajamos con pronta, y buena voluntad, queremos darle ſolaz, y contento, con hacer, que cante un compañero nueſtro, que no tardará mucho en eſtar aquí: el qual es un zagal muy entendído y muy enamorado, y que ſobre todo ſabe leer, y eſcrevir, y es muſico de un rabel, que no ay mas que deſear. Apenas avia el cabrero acabado de decir eſto, quando llegó á ſus oidos el ſon del rabel, y de alli á poco llegó él que le tañia, que era un mozo de haſta veinte, y dos años, de muy buena gracia. Preguntaronle ſus compañeros, ſi avia cenado, y reſpondiendo, que sí, él que avia hecho los ofrecimientos, le dixo: De eſa manera, Antonio, bien podras hacernos placer de cantar un poco, porque vea eſte ſeñor hueſped, que tenemos, quien tambien por los montes, y ſelvas ay, quien ſepa de muſica. Hemoſle dicho tus buenas habilidades, y deſeamos que las mueſtres, y nos ſaques verdaderos: y aſi te ruego, por tu vida, que te ſientes, y cantes el Romance de tus amores, que te compuſo el Beneficiado tu tio, que en el pueblo ha parecido muy bien. Que me plaze, reſpondió el mozo, y ſin hacerſe mas de rogar, ſe ſentó en el tronco de una deſmochada encina, y templando ſu rabel, de alli á poco con muy buena gracia comenzó á cantar, diciendo deſta manera.

ANTO-

ANTONIO.

YO sé Olalla que me adoras,
Pueſto que no me lo has dicho,
Ni aun con los ojos ſiquiera,
Mudas lenguas de amorios.

Porque sé que eres ſabida,
En que me quieres me afirmo,
Que nunca fue deſdichado
Amor que fué conocido.

Bien es verdad, que tal vez,
Olalla, me has dado indicio,
Que tienes de bronze el alma,
Y el blanco pecho de riſco.

Mas allá entre tus reproches,
Y honeſtiſimos deſvios,
Tal vez la eſperanza mueſtra
La orilla de ſu veſtido.

Abalanzaſe al ſeñuelo
Mi fé, que nunca ha podido,
Ni menguar por no llamado,
Ni crecer por eſcogido.

Si el amor es cortesía,
De la que tienes colijo,
Que el fin de mis eſperanzas,
Ha de ſer qual imagino.

Y ſi ſon ſervicios parte
De hacer un pecho benigno,

Algunos

Algunos de los que he hecho
Fortalecen mi partido.

Porque ſi has mirado en ello,
Mas de una vez avras viſto,
Que me he veſtido en los Lunes,
Lo que me honrava el Domingo.

Como el amor, y la gala
Andan un miſmo camino,
En todo tiempo á tus ojos
Quiſe moſtrarme polido.

Dexo el baylar por tu cauſa,
Ni las muſicas te pinto,
Que has eſcuchado á deſhoras,
Y al canto del gallo primo.

No cuento las alabanzas,
Que de tu belleza he dicho,
Que aunque verdaderas, hacen,
Ser yo de algunas mal quiſto.

Tereſa del berrocal,
Yo alabandote, me dixo,
Tal pienſa que adora un Angel,
Y viene á adorar á un gimio.

Merced á los muchos dixes,
Y á los cabellos poſtizos,
Y á hipocritas hermoſuras,
Que engañan al amor miſmo.

Deſmentila, y enojoſe,
Bolvió por ella ſu primo,

Deſa-

Desafióme, y ya sabes
Lo que yo hize, y él hizo.
No te quiero yo á monton,
Ni te pretendo, y te sirvo
Por lo de barragania,
Que mas bueno es mi designio.

Coyundas tiene la Iglesia,
Que son lazadas de sirgo,
Pon tu cuello en la gamella,
Verás como pongo el mio.

Donde no, désde aquí juro
Por el santo mas bendito,
De no salir destas sierras,
Sino para Capuchino.

CON esto dió el Cabrero fin á su canto, y aunque Don Quixote le rogó que algo mas cantase, no lo consintió Sancho Panza, porque estava mas para dormir, que para oir canciones. Y así dixo á su Amo: Bien puede vuestra merced, acomodarse desde luego, adonde ha de posar esta noche, que el trabajo, que estos buenos hombres tienen todo el dia, no permite que pasen las noches cantando. Ya te entiendo, Sancho, le respondió Don Quixote, que bien se me trasluce, que las visitas del zaque piden mas recompensa de sueño, que de musica. A todos nos sabe bien, bendito sea Dios, respondió Sancho. No lo niego, replicó Don Quixote, pero acomodate tu donde quisieres, que los de mi profesion mejor parecen velando que durmiendo. Pero con todo eso, seria bien Sancho, que me bu-

elvas á curar eſta oreja, que me va doliendo mas de lo que es meneſter. Hizo Sancho lo que ſe le mandava. Y viendo uno de los cabreros la herida, le dixó, que no tuvieſe pena, que él pondria remedio con que facilmente ſe ſanaſe. Y tomando algunas hojas de romero, de mucho que por alli avia, las maſcó, y las mezcló con un poco de ſal, y aplicandoſelas á la oreja, ſe la vendó muy bien, aſegurandole, que no avia meneſter otra medicina, y así fue la verdad.

Cap. XII. De lo que contó un Cabrero á los que eſtavan con Don Quixote.

ESTANDO en eſto, llegó otro mozo de los que les trayan del aldea el baſtimento, y dixo: Sabeys lo que paſa en el lugar, compañeros? Como lo podemos ſaber, reſpondió uno dellos? Pues ſabed, proſiguió el Mozo, que murió eſta mañana, aquel famoſo paſtor eſtudiante, llamado Griſoſtomo, y ſe murmura, que ha muerto de amores de aquella endiablada moza de Marcela, la hija de Guillermo el rico, aquella que ſe anda en habito de paſtora por eſos andurriales. Por Marcela diras, dixo uno? Por eſa digo, reſpondió el Cabrero: Y es lo bueno, que mandó en ſu teſtamento, que le enteraſen en el campo, como ſi fuera Moro, y que ſea al pie de la peña, donde eſtá la fuente del alcornoque: porque ſegun es fama, y él, dicen, que lo dixo, aquel lugar es adonde él la vió la vez primera. Y tambien mandó otras coſas tales, que los Abades del pueblo, dicen que no ſe han de cumplir, ni es bien que ſe cumplan, porque parecen de Gentiles. A todo lo qual, reſponde aquel gran ſu amigo Ambroſio, el eſtudiante, que tambien ſe viſtió de paſtor con él, que ſe

ha de cumplir todo sin faltar nada, como lo dexó mandado Grisostomo, y sobre esto anda el pueblo alborotado, mas á lo que se dice, en fin, se hará lo que Ambrosio, y todos los pastores sus amigos quieren, y mañana le vienen á enterrar con gran pompa, adonde tengo dicho. Y tengo para mi, que ha de ser cosa muy de ver, alomenos yo no dexaré de ir á verla; si supiese no bolver mañana al lugar. Todos harémos lo mismo, respondieron los cabreros, y echaremos suertes á quien ha de quedar á guardar las cabras de todos. Bien dices Pedro, dixó, aunque no será menester usar de esa diligencia, que yo me quedaré por todos: y no lo atribuyas á virtud, y á poca curiosidad mia; sino á que no me dexa andar el garrancho, que el otro dia me pasó este pie. Con todo eso te lo agradecemos, respondió Pedro. Y Don Quixote rogó á Pedro le dixese, que muerto era aquel, y que pastora aquella. A lo qual Pedro respondió, que lo que sabia era, que el muerto era un hijodalgo rico, vecino de un lugar que estava en aquellas sierras, el qual avia sido estudiante muchos años en Salamanca, al cabo de los quales avia buelto á su lugar, con opinion de muy sabio, y muy leido. Principalmente decian, que sabia la ciencia de las estrellas, y de lo que pasan allá en el cielo, el Sol y la Luna, porque puntualmente nos decia el cris del Sol, y de la Luna. Eclipse se llama amigo, que no cris, el escurecerse esos dos luminares mayores, dixó Don Quixote. Mas Pedro, no reparando en niñerias, prosiguió su cuento, diciendo: Así mismo adevinava, quando avia de ser el año abundante, ó estil. Esteril quereys decir amigo, dixo Don Quixote? Esteril, ó estil, respondió Pedro, todo se sale allá. Y digo, que con esto que decia, se hicieron su padre, y sus amigos que le davan credito, muy ricos, porque hacian lo que él les aconsejava, diciendoles: Sembrad este año cevada, no trigo: en este podeys sembrar garvanzos,

vanzos, y no cevada: el que viene ſerá de guilla de azeyte: los tres ſiguientes no ſe cogerá gota. Eſa ciencia ſe llama Aſtrologia, dixo Don Quixote. No ſé yo como ſe llama, replicó Pedro, mas ſé que todo eſto ſabia, y aun mas. Finalmente, no paſaron muchos meſes, deſpues que vinó de Salamanca, quando un dia remaneció veſtido de paſtor, con ſu ganado, y pellico, aviendoſe quitado los habitos largos, que como eſcolar traya, y juntamente ſe viſtió con el de paſtor, otro ſu grande amigo llamado Ambroſio, que avia ſido ſu compañero en los eſtudios. Olvidavaſeme de decir, como Griſoſtomo el difunto fue grande hombre de componer coplas, tanto que el hacía los Villancicos para la noche del nacimiento del Señor, y los Autos para el dia de Dios, que los repreſentavan los mozos de nueſtro pueblo, y todos decian, que eran por el cabo. Quando los del lugar vieron tan de improviſo veſtidos de paſtores á los dos eſcolares, quedaron admirados, y no podian adivinar la cauſa que les avia movido á hacer aquella tan eſtraña mudanza. Ya en eſte tiempo era muerto el padre de nueſtro Griſoſtomo, y él quedó heredado en mucha cantidad de hacienda, anſi en muebles, como en raizes, y en no pequeña cantidad de ganado, mayor, y menor, y en gran cantidad de dineros: de todo lo qual quedó el mozo ſeñor deſoluto, y en verdad que todo lo merecía, que era muy buen compañero, y caritativo, y amigo de los buenos, y tenia una cara como una bendicion. Deſpues ſe vinó á entender, que el averſe mudado de trage, no avia ſido por otra coſa, que por andarſe por eſtos deſpoblados, empos de aquella paſtora Marcela, que nueſtro zagal nombró denantes, de la qual ſe avia enamorado el pobre difunto de Griſoſtomo. Y quiero os decir aora, porque es bien que lo ſepays, quien es eſta rapaza, quiza, y aun ſin quiza, no avreys oido ſemejante coſa en todos los dias de vu-

eſtra

eſtra vida, aunque vivays mas años que Sarna. Dezid Sarra, replicó Don Quixote, no pudiendo ſufrir el trocar de los vocablos del Cabrero. Harto vive la ſarna, reſpondió Pedro, y ſi es ſeñor que me aveys de andar zaheriendo á cada paſo los vocablos, no acabaremos en un año. Perdonad amigo, dixo Don Quixote, que por aver tanta diferencia de ſarna á Sarra, os lo dixe, pero vos reſpondiſtes muy bien, porque vive mas ſarna que Sarra, y proſeguid vueſtra hiſtoria, que no os replicaré mas en nada. Digo pues, ſeñor mio de mi alma, dixó el cabrero, que en nueſtra aldea huvo un labrador, aun mas rico que el padre de Griſoſtomo, el qual ſe llamava Guillermo, y al qual dió Dios, amen de las muchas, y grandes riquezas, una hija, de cuyo parto murió ſu madre, que fue la mas honrada muger que huvo en todos eſtos contornos: no parece ſino que aora la veo con aquella cara, que del un cabo tenia el Sol, y del otro la Luna, y ſobre todo hacendoſa, y amiga de los pobres, por lo que creo que deve de eſtar ſu anima á la hora de aora, gozando de Dios en el otro mundo. De peſar de la muerte de tan buena muger, murió ſu marido Guillermo, dexando á ſu hija Marcela muchacha, y rica, en poder de un tio ſuyo Sacerdote, y Beneficiado en nueſtro lugar. Creció la niña con tanta belleza, que nos hacia acordar de la de ſu madre, que la tuvo muy grande, y con todo eſto ſe juzgava que ſe avia de paſar la de la hija. Y así fue, que quando llegó á edad de catorze á quinze años, nadie la mirava, que no bendecia á Dios que tan hermoſa la avia criado, y los mas quedavan enamorados, y perdidos por ella. Guardavala ſu tio con mucho recato, y con mucho encerramiento: pero con todo eſto, la fama de ſu mucha hermoſura, ſe eſtendió de manera, que así por ella, como, por ſus muchas riquezas, no ſolamente de los de nueſtro pueblo, ſino de los de muchas leguas á la redonda, y de los mejores

jores dellos, era rogado, ſolicitado, é importunado ſu tio ſe la dieſe por muger. Mas él (que á las derechas es buen Chriſtiano) aunque quiſiera caſarla luego, así como la viá de edad, no quiſo hacerlo ſin ſu conſentimiento, ſin tener ojo á la ganancia, y grangeria que le ofreciá el tener la hacienda de la moza, dilatando ſu caſamiento. Y á fé que ſe dixó eſto en mas de un corrillo en el pueblo en alabanza del buen ſacerdote. Que quiero que ſepa ſeñor andante, que en eſtos lugares cortos, de todo ſe trata, y de todo ſe murmura. Y tened para vos, como yo tengo para mi, que devia de ſer demaſiadamente bueno el clerigo, que obliga á ſus feligreſes á que digan bien del, eſpecialmente en las aldeas. Así es la verdad, dixo Don Quixote, y proſeguid adelante, que el cuento es muy bueno, y vos buen Pedro le contays con muy buena gracia. La del Señor no me falte, que es la que haze al caſo. Y en lo demas ſabreys, que aunque el tio proponia á la ſobrina, y le decia las calidades de cada uno en particular, de los muchos que por muger la pedian, rogandole que ſe caſaſe, y eſcogieſe á ſu guſto, jamas ella reſpondió otra coſa, ſino que por entonces no queria caſarſe, y que por ſer tan muchacha no ſe ſentia abil para poder llevar la carga del matrimonio. Con eſtas que dava, al parecer juſtas eſcuſas, dexava el tio de importunarla, y eſperava á que entraſe algo mas en edad, y ella ſupieſe eſcoger compañia á ſu guſto: Porque decia él, y decia muy bien, que no avian de dar los padres á ſus hijos eſtado contra ſu voluntad. Pero hetelo aquí, quando no me cate, que remanece un dia la melindroſa Marcela hecha paſtora: y ſin ſer parte ſu tio, ni todos los del pueblo, que ſe lo deſaconſejavan, dió en irſe al campo, con las demas zagalas del lugar, y dió en guardar ſu miſmo ganado. Y así como ella ſalió en publico, y ſu hermoſura ſe vió al deſcubierto, no os ſabre buenamente decir, quantos ricos mancebos, hidalgos, y labradores,

res, han tomado el trage de Grisostomo, y le andan requebrando por esos campos. Uno de los quales, como ya está dicho, fue nuestro difunto, del qual decian, que la dexava de querer, y la adorava. Y no se piense, que porque Marcela se puso en aquella libertad, y vida tan suelta, y de tan poco, ó de ningun recogimiento, que por eso ha dado indicio, ni por semejas, que venga en menoscabo de su honestidad, y recato: antes es tanta, y tal la vigilancia con que mira por su honra, que de quantos la sirven, y solicitan, ninguno se ha alabado, ni con verdad se podra alabar, que le aya dado alguna pequeña esperanza de alcanzar su deseo. Que puesto, que no huye, ni se esquiva de la compañia, y conversacion de los pastores, y los trata cortés, y amigablemente, en llegando á descubrirle su intencion qualquiera dellos, aunque sea tan justa, y santa, como la del matrimonio, los arroja de sí como con un trabuco. Y con esta manera de condicion, hace mas daño en esta tierra, que si por ella entrara la pestilencia, porque su afabilidad, y hermosura atrae los corazones de los que la tratan á servirla, y á amarla: pero su desden, y desengaño, los conduce á terminos de desesperarse: y así no saben que decirle, sino llamarla á voces cruel, y desagradecida, con otros titulos á este semejantes, que bien la calidad de su condicion manifiestan: y si aquí estuviesedes, señor, algun dia veriades resonar estas sierras, y estos valles, con los lamentos de los desengañados que la siguen. No está muy lexos de aqui un sitio, donde ay cali dos docenas de altas hayas, y no ay ninguna que en su lisa corteza no tenga gravado, y escrito el nombre de Marcela, y encima de alguna una corona gravada en el mismo arbol, como si mas claramente dixera su amante, que Marcela la lleva, y la merece de toda la hermosura humana. Aquí suspira un pastor, alli se quexa otro, aculla se oyen amorosas canciones, aca desesperadas endechas. Qual ay, que pasa todas las

horas

horas de la noche ſentado al pie de alguna encina, ó peñaſco, y alli ſin plegar los lloroſos ojos, embevecido, y tranſportado en ſus penſamientos, le halló el Sol á la mañana. Y qual ay, que ſin dar vado, ni tregua á ſus ſuſpiros, en mitad del ardor de la mas enfadoſa ſieſta del Verano, tendido ſobre la ardiente arena, embia ſus quexas al piadoſo cielo: y deſte, y de aquel, y de aquellos, y deſtos, libre, y deſenfadadamente triunfa la hermoſa Marcela. Y todos los que la conocemos, eſtamos eſperando en que ha de parar ſu altivez, y quien ha de ſer el dichoſo, que ha de venir á domeñar condicion tan terrible, y gozar de hermoſura tan eſtremada. Por ſer todo lo que he contado tan averiguada verdad, me lo doy á entender, que tambien lo es la que nueſtro zagal dixo, que ſe decia de la cauſa de la muerte de Griſoſtomo. Y así os aconſejo ſeñor, que no dexeys de hallaros mañana á ſu entierro, que será muy de ver, porque Griſoſtomo tiene muchos amigos, y no eſtá deſte lugar, á aquel donde manda enterrarſe, media legua. En cuydado me lo tengo, dixo Don Quixote, y agradezcoos el guſto que me aveys dado con la narracion de tan ſabroſo cuento. O, replicó el cabrero, aun no ſé yo la mitad de los caſos ſucedidos á los amantes de Marcela, mas podria ſer que mañana topaſemos en el camino algun paſtor que nos los dixeſe: y por aora bien será que os vays á dormir debaxo de techado, porque el ſereno os podria dañar la herida, pueſto que es tal la medicina que ſe os ha pueſto, que no ay que temer de contrario accidente. Sancho Panza, que ya dava al diablo el tanto hablar del Cabrero, ſolicitó por ſu parte, que ſu Amo ſe entraſe á dormir en la choza de Pedro. Hizolo así, y todo lo mas de la noche ſe le paſó en memorias de ſu ſeñora Dulcinea, á imitacion de los amantes de Marcela. Sancho Panza ſe acomodó entre Rozinante, y ſu jumento, y durmió no como enamorado desfavorecido, ſino como honbre molido á coces.

Cap.

Cap. XIII. Donde ſe da fin al cuento de la Paſtora Marcela, con otros ſuceſos.

MAS Apenas comenzo á deſcubrirſe el dia por los Valcones del Oriente, quando los cinco de los ſeys cabreros ſe levantaron, y fueron á deſpertar á Don Quixote, y á decille ſi eſtava toda via con propoſito de ir á ver el famoſo entierro de Griſoſtomo, y que ellos le harian compañia. Don Quixote, que otra coſa no deſeava, ſe levantó, y mandó á Sancho que enſillaſe, y enalbardaſe, al momento, lo qual él hizo con mucha diligencia, y con la meſma, ſe puſieron luego todos en camino. Y no huvieron andado un quarto de legua, quando al cruzar de una ſenda, vieron venir hacia ellos haſta ſeys paſtores, veſtidos con pellicos negros, y coronadas las cabezas con guirnaldas de cypres, y de amarga adelfa. Traía cada uno un grueſo baſton de azebo en la mano. Venian con ellos así meſmo dos gentiles hombres de á cavallo, muy bien aderezados de camino, con otros tres mozos de á pie, que los acompañavan. En llegandoſe á juntar, ſe ſaludaron corteſmente: y preguntandoſe los unos á los otros donde ivan, ſupieron que todos ſe encaminavan al lugar del entierro, y así comenzaron á caminar todos juntos. Uno de los de á cavallo hablando con ſu compañero le dixó: Pareceme ſeñor Vivaldo, que avemos de dar por bien empleada la tardanza, que hicieremos en ver eſte famoſo entierro, que no podra dexar de ſer famoſo, ſegun eſtos paſtores nos han contado eſtrañezas, así del muerto paſtor, como de la paſtora homicida. Así me lo parece á mi, reſpondió Vivaldo: y no digo yo hacer tardanza de un dia, pero de quatro la hiciera, á trueco de verle. Preguntóles Don Quixote, que era

que avian oido de Marcela, y de Griſoſtomo. El caminante dixó, que aquella madrugada avian encontrado con aquellos paſtores, y que por averles viſto en aquel tan triſte trage, les avian preguntado la ocaſion porque ivan de aquella manera, que uno dellos ſe lo contó: contando la eſtrañeza, y hermoſura de una paſtora llamada Marcela, y los amores de muchos que la requeſtavan, con la muerte de aquel Griſoſtomo á cuyo entierro ivan. Finalmente, él contó todo lo que Pedro á Don Quixote avia contado.

Ceſó eſta platica, y comenzoſe otra, preguntando él que ſe llamava Vivaldo, á Don Quixote, que era la ocaſion que le movia á andar armado de aquella manera por tierra tan pacifica? A lo qual reſpondió Don Quixote: La profeſion de mi exercicio no conſiente, ni permite que yo ande de otra manera: El buen paſo, el regalo, y el repoſo, allá ſe inventó para los blandos Corteſanos: mas el trabajo, la inquietud, y las armas, ſolo ſe inventaron, é hicieron, para aquellos que el mundo llamañ cavalleros andantes, de los quales, yo, aunque indigno, ſoy el menor de todos. Apenas le oyeron eſto, quando todos le tuvieron por loco. Y por averiguarlo mas, y ver que genero de locura era el ſuyo, le tornó á preguntar Vivaldo, que que quería decir cavalleros andantes? No han vueſtras mercedes leido, reſpondió Don Quixote, los anales é hiſtorias de Ingalaterra, donde ſe tratan las famoſas fazañas del Rey Arturo, que continuamente en nueſtro Romance Caſtellano llamamos, el Rey Artus, de quien es tradicion antigua, y comun en todo aquel Reyno de la gran Bretaña, que eſte Rey no murió, ſino que por arte de encantamento ſe convirtió en cuervo, y que andando los tiempos ha de bolver á reynar, y á cobrar ſu Reyno, y cetro. A cuya cauſa no ſe provará que deſde aquel tiempo á eſte aya ningun Ingles muerto

cuervo

cuervo alguno. Pues en tiempo deſte buen Rey fue inſtituida aquella famoſa orden de cavalleria, de los cavalleros de la Tabla Redonda, y paſaron ſin faltar un punto, los amores que alli ſe cuentan de Don Lanzarote del Lago con la Reyva Ginebra, ſiendo medianera dellos, y ſabidora, aquella tan honrada Dueña Quintañona, de donde nació aquel tan ſabido Romance, y tan decantado en nueſtra Eſpaña, de Nunca fuera cavallero de damas tan bien ſervido, como fuera Lanzarote quando de Bretaña vino. Con aquel progreſo tan dulce, y tan ſuave, de ſus amoroſos, y fuertes fechos. Pues deſde entonces, de mano en mano fue aquella orden de cavalleria eſtendiendoſe, y dilatandoſe por muchas, y diverſas partes del mundo: y en ella fueron famoſos, y conocidos por ſus fechos, el valiente Amadis de Gaula, con todos ſus hijos, y nietos, haſta la quinta generacion: y el valeroſo Felixmarte de Hircania: y el nunca como ſe deve alabado Tirante el Blanco: y caſi que en nueſtros dias, vimos, y comunicamos, y oimos al invencible, y valeroſo cavallero Don Belianis de Grecia. Eſto pues, ſeñores, es ſer cavallero andante, y la que he dicho, es la orden de ſu cavalleria. En la qual, como otra vez he dicho, yo aunque pecador, he hecho profeſion, y lo miſmo que profeſaron os cavalleros referidos profeſo yo: y asi me voy por eſtas ſoledades, y deſpoblados, buſcando las aventuras, con animo deliberado de ofrecer mi brazo, y mi perſona, á la mas peligroſa que la ſuerte me deparare, en ayuda de los flacos, y meneſteroſos.

Por eſtas razones que dixo, acabaron de enterarſe los caminantes, que era Don Quixote falto de juicio, y del genero de locura que lo ſeñoreava, de lo qual recibieron la miſma admiracion, que recebian todos aquellos que de nuevo venian en conocimiento della. Y Vivaldo, que era perſona muy diſcreta, y de alegre condicion, por paſar ſin peſadumbre el poco camino que decian que

les faltava, al llegar á la fierra del entierro, quiſó darle ocaſion á que paſaſe mas adelante con ſus diſparates. Y así le dixó: Pareceme, Señor Cavallero andante, que vueſtra merced ha profeſado una de las mas eſtrechas profeſiones que ay en la tierra: y tengo para mi, que aun la de los Frayles Cartuxos no es tan eſtrecha. Tan eſtrecha bien podia ſer, reſpondió nueſtro Don Quixote, pero tan neceſaria en el mundo, no eſtoy en dos dedos de ponello en duda. Porque ſi va á decir verdad, no hace menos el ſoldado, que pone en execucion lo que ſu Capitan le manda, que el miſmo Capitan que ſe lo ordena. Quiero decir, que los religioſos con toda paz, y ſoſiego, piden al cielo el bien de la tierra: pero los ſoldados, y cavalleros, ponemos en execucion lo que ellos piden, defendiendola con el valor de nueſtros brazos, y filos de nueſtras eſpadas. No debaxo de cubierta, ſino al cielo abierto, pueſtos por blanco de los inſufribles rayos del Sol en el Verano, y de los erizados yelos del Invierno. Así, que ſomos miniſtros de Dios en la tierra, y brazos por quien ſe executa en ella ſu juſticia. Y como las coſas de la guerra, y las á ella tocantes, y concernientes, no ſe pueden poner en execucion, ſino ſudando, afanando, y trabajando exceſivamente, ſigueſe, que aquellos que la profeſan, tienen ſin duda mayor trabajo que aquellos que en ſoſegada paz, y repoſo, eſtan rogando á Dios, favorezca á los que poco pueden. No quiero yo decir, ni me paſa por penſamiento, que es tan buen eſtado el de cavallero andante, como el del encerrado religioſo, ſolo quiero inferir por lo que yo padezco, que ſin duda es mas trabajoſo, y mas aporreado, y mas hambriento, y ſediento, miſerable, roto, y piojoſo, porque no ay duda, ſino que los cavalleros andantes paſados paſaron mucha malaventura en el diſcurſo de ſu vida. Y ſi algunos ſubieron á ſer Emperadores por el valor de ſu brazo, á fé que les coſtó buen porque de ſu ſangre

y de ſu ſudor: y que ſi á los que á tal grado ſubieron les faltaran encantadores, y ſabios que los ayudaran, que ellos quedaran bien defraudados de ſus deſeos, y bien engañados de ſus eſperanzas. De eſe parecer eſtoy yo, replicó el caminante: pero una coſa entre otras muchas me parece muy mal de los cavalleros andantes, y es, que quando ſe veen en ocaſion de acometer una grande, y peligroſa aventura, en que ſe vee manifieſto peligro de perder la vida, nunca en aquel inſtante de acometella ſe acuerdan de encomendarſe á Dios, como cada Chriſtiano eſtá obligado á hacer en peligros ſemejantes: antes ſe encomiendan á ſus damas con tanta gana, y devocion̄, como ſi ellas fueran ſu Dios: coſa que me parece que huele algo á Gentilidad. Señor, reſpondió Don Quixote, eſo no puede ſer menos en ninguna manera, y caeria en mal caſo el cavallero andante que otra coſa hicieſe, que ya eſtá en uſo, y coſtumbre en la cavalleria andanteſca, que el cavallero andante que al acometer algun gran fecho de armas, tuvieſe ſu ſeñora delante, buelva á ella los ojos, blanda, y amoroſamente, como que le pide con ellos le favorezca, y ampare en el dudoſo trance que acomete. Y aun ſi nadie le oye, eſtá obligado á decir algunas palabras entre dientes, en que de todo corazon ſe le encomiende, y deſto tenemos inumerables exemplos en las hiſtorias. Y no ſe ha de entender por eſto, que han de dexar de encomendarſe á Dios, que tiempo, y lugar les queda para hacerlo en el diſcurſo de la obra. Con todo eſo, reblicó el caminante, me queda un eſcrupulo, y es, que muchas veces he leido, que ſe travan palabras entre dos andantes cavalleros, y de una en otra ſe les viene á encender la colera, y á bolver los cavallos, y á tomar una buena pieza del campo, y luego ſin mas, ni mas, á todo el correr dellos, ſe buelven á encontrar, y en mitad de la corrida ſe encomiendan á

ſus damas: y lo que ſuele ſuceder del encuentro, es, que el uno cae por las ancas del cavallo, paſado con la lanza del contrario de parte á parte: y al otro le viene tambien, que á no tenerſe á las crines del ſuyo, no pudiera dexar de venir al ſuelo. Y no ſé yo, como el muerto tuvo lugar para encomendarſe á Dios, en el diſcurſo deſta tan acelerada obra. Mejor fuera, que las palabras que en la carrera gaſtó, encomendandoſe á ſu dama, las gaſtára en lo que devia, y eſtava obligado como Chriſtiano. Quanto mas, que yo tengo para mí, que no todos los cavalleros andantes tienen damas á quien encomendarſe, porque no todos ſon enamorados. Eſo no puede ſer, reſpondió Don Quixote: Digo que no puede ſer, que aya cavallero andante ſin dama, porque tan propio, y tan natural les es á los tales ſer enamorados, como al cielo tener eſtrellas. Y á buen ſeguro que no ſe aya viſto hiſtoria, donde ſe halle cavallero andante ſin amores: y por el meſmo caſo que eſtuvieſe ſin ellos, no ſeria tenido por legitimo cavallero, ſino por baſtardo, y que entró en la fortaleza de la cavalleria dicha, no por la puerta, ſino por las bardas, como ſalteador, y ladron. Con todo eſo dixo el caminante, me parece (ſi mal no me acuerdo) aver leido, que Don Galaor, hermano del valeroſo Amadis de Gaula, nunca tuvo dama ſeñalada á quien pudieſe encomendarſe: y con todo eſto, no fue tenido en menos, y fue un muy valiente y famoſo cavallero. A lo qual reſpondió nueſtro Don Quixote: Señor, una golondrina ſola no hace Verano. Quanto mas, que yo ſé, que de ſecreto eſtava eſe cavallero muy bien enamorado: fuera que aquello de querer á todas bien, quantas bien le parecian, era condicion natural, á quien no podia ir á la mano. Pero en reſolucion, averiguado eſtá muy bien, que él tenia una ſola, aquien él avia hecho ſeñora de ſu voluntad, á la qual ſe encomendava muy a-

menudo,

menudo, y muy ſecretamente, porque ſe preció de ſecreto cavallero. Luego ſi es de eſencia, que todo cavallero andante, aya de ſer enamorado (dixo el caminante) bien ſe puede creer, que vueſtra merced lo es, pues es de la profeſion. Y ſi es que vueſtra merced no ſe precia de ſer tan ſecreto como Don Galaor, con las veras que puedo, le ſuplico en nombre de toda eſta compañia, y en el mio nos diga el nombre, patria, calidad, y hermoſura de ſu dama, que ella ſe tendria por dichoſa, de que todo el mundo ſepa, que es querida, y ſervida de un tal cavallero como vueſtra merced parece. Aquí dió un gran ſuſpiro Don Quixote, y dixó: Yo no podre afirmar ſi la dulce mi enemiga, guſta, ó no, de que el mundo ſepa que yo la ſirvo, ſolo ſé decir (reſpondiendo á lo, que con tanto comedimiento ſe me pide) que ſu nombre es Dulcinea, ſu patria el Toboſo, un lugar de la Mancha: ſu calidad por lo menos, ha de ſer de Princeſa, pues es Reyna, y ſeñora mia. Su hermoſura ſobre humana, pues en ella ſe vienen á hacer verdaderos todos los impoſibles, y quimericos atributos de belleza, que los Poetas dan á ſus damas. Que ſus cabellos ſon oro, ſu frente campos Eliſeos, ſus cejas arcos del cielo, ſus ojos ſoles, ſus mexillas roſas, ſus labios corales: perlas ſus dientes, alabaſtro ſu cuello, marmol ſu pecho, marfil ſus manos, ſu blancura nieve: y las partes que á la viſta humana encubrió la honeſtidad, ſon tales, ſegun yo pienſo, y entiendo, que ſolo la diſcreta conſideracion puede encarecerlas, y no compararlas. El linage, proſapia, y alcurnia, querriamos ſaber, replicó Vivaldo. A lo qual reſpondió Don Quixote: No es de los antiguos Curcios, Gayos, y Cipiones Romanos, ni de los modernos Colonas, y Urſinos: ni de los Moncadas, y Requeſenes de Cataluna: ni menos de los Rebellas, y Villanovas de Valencia, Palafoxes, Nuzas, Rocabertis, Corellas,

Lunas,

Lunas, Alagones, Urreas, Fozes, y Gurreas de Arragon: Cerdas, Manriques, Mendozas, y Guzmanes de Caſtilla: Alencaſtros, Pallas, y Meneſes de Portugal: pero es de los del Toboſo de la Mancha, linage, aunque moderno, tal que puede dar generoſo principio á las mas iluſtres familias de los venideros ſiglos: y no ſe me replique en eſto, ſino fuere con las condiciones que puſo Cerbino al pie del trofeo de las armas de Orlando, que decia: Nadie las mueva, que eſtar no pueda con Roldan á prueva. Aunque el mio es de los Cachopines de Laredo, reſpondió el caminante, no le oſaré yo poner con el del Toboſo de la Mancha: pueſto que para decir verdad, ſemejante apellido, haſta aora no ha llegado á mis oidos. Como eſo no avra llegado, replicó Don Quixote! Con gran atencion ivan eſcuchando todos los demas la platica de los dos: y aun haſta los miſmos cabreros, y paſtores, conocieron la demaſiada falta de juicio de nueſtro Don Quixote. Solo Sancho Panza penſava, que quanto ſu Amo decia era verdad, ſabiendo él quien era, y aviendole conocido deſde ſu nacimiento. Y en lo que dudava algo, era en creer aquello de la linda Dulcinea del Toboſo, porque nunca tal nombre, ni tal Princeſa, avia llegado jamas á ſu noticia, aunque vivia tan cerca del Toboſo.

En eſtas platica ivan, quando vieron que por la quiebra que dos altas montañas hacían, baxavan haſta veinte paſtores, todos con pellicos de negra lana veſtidos, y coronados con guirnaldos, que á lo que deſpues pareció, eran qual de Texo, y qual de Cipres. Entre ſeys dellos trayan unas andas, cubiertas de mucha diverſidad de flores, y de ramos. Lo qual viſto por uno de los cabreros, dixo: Aquellos que alli vienen, ſon los que traen el cuerpo de Griſoſtomo: y el pie de aquella montaña es el lugar donde el mandó que le enteraſen. Por eſto ſe dieron prieſa á llegar, y fue

á tiempo,

á tiempo, que ya los que venian avian puesto las andas en el suelo: y quatro dellos con agudos picos estavan cavando la sepultura á un lado de una dura peña. Recibieronse los unos, y los otros cortésmente: y luego Don Quixote, y los que con él venian, se pusieron á mirar las andas, y en ellas vieron cubierto de flores un cuerpo muerto, y vestido como pastor, de edad al parecer de treinta años: y aunque muerto, mostrava, que vivo avia sido de rostro hermoso, y de disposicion gallarda. Al rededor del tenia en las mismas andas algunos libros y muchos papeles abiertos, y cerrados. Y assi los que esto miravan, como los que abrian la sepultura, y todos los demas que alli avia, guardavan un maravilloso silencio, hasta que uno de los que al muerto truxeron, dixo á otro: Mirá bien Ambrosio, si es este el lugar que Grisostomo dixó, ya que quereys, que tan puntualmente se cumpla lo que dexó mandado en su testamento. Este es, respondió Ambrosio, que muchas veces en el me contó mi desdichado amigo la historia de su desventura. Alli me dixó él, que vió la vez primera á aquella enemiga mortal del linage humano: y alli fue tambien, donde la primera vez le declaró su pensamiento tan honesto como enamorado: y alli fue la ultima vez, donde Marcela le acabó de desengañar, y desdeñar, de suerte que puso fin á la tragedia de su miserable vida. Y aquí, en memoria de tantas desdichas, quisó él que le depositasen en las entrañas del eterno olvido. Y bolviéndose á Don Quixote, y á los caminantes, prosiguió, diciendo: Este cuerpo, señores, que con piadosos ojos estays mirando, fue depositario de un alma, en quien el cielo puso infinita parte de sus riquezas: Ese es el cuerpo de Grisostomo, que fue unico en el ingenio, solo en la cortesia, estremo en la gentileza, fenix en la amistad, magnifico sin tasa, grave sin presuncion, alegre sin baxe-

za: y finalmente, primero en todo lo que es ser bueno, y sin segundo en todo lo que fue ser desdichado. Quisó bien, fue aborrecido: adoró, fue desdeñado: rogó á una fiera, importunó á un marmol, corrió tras el viento, dió voces á la soledad, sirvió á la ingratitud, de quien alcanzó por premio, ser despojos de la muerte en la mitad de la carrera de su vida. A la qual dió fin una pastora, á quien él procurava eternizar, para que viviera en la memoria de las gentes: qual lo pudieran mostrar bien esos papeles que estays mirando, si él no me huviera mandado que los entregará al fuego, en aviendo entregado su cuerpo á la tierra. De mayor rigor, y crueldad usareys vos con ellos, dixó Vivaldo, que su mismo dueño, pues no es justo, ni acertado, que se cumpla la voluntad de quien lo que ordena va fuera de todo razonable discurso. Y no le tuviera bueno Augusto Cesar, si consintiera que se pusiera en execucion, lo que el divino Mantuano dexó en su testamento mandado. Así que, señor Ambrosio, ya que deys el cuerpo de vuestro amigo á la tierra, no querays dar sus escritos al olvido que si él ordenó como agraviado, no es bien que vos cumplays como indiscreto: antes haced, dando la vida á estos papeles, que la tenga siempre la crueldad de Marcela, para que sirva de exemplo en los tiempos que estan por venir á los vivientes, para que se aparten, y huyan de caer en semejantes despeñaderos; que ya sé yo, y los que aquí venimos, la historia deste vuestro enamorado, y desesperado amigo, y sabemos la amistad vuestra, y la ocasion de su muerte, y lo que dexó mandado al acabar de la vida: de la qual lamentable historia, se puede sacar, quanto aya sido la crueldad de Marcela, el amor de Grisostomo, la fe de la amistad vuestra, con el paradero que tienen los que á rienda suelta corren por la senda, que el desvariado amor delante de

los

los ojos les pone. A noche ſupimos la muerte de Griſoſtomo, y que en eſte lugar avia de ſer enterrado, y así de curioſidad, y de laſtima, dexamos nueſtro derecho viage, y acordamos de venir á ver con los ojos, lo que tanto nos avia laſtimado en oillo: y en pago deſta laſtima, y del deſeo que en noſotros nació de remedialla, ſi pudieramos, te rogamos, ó diſcreto Ambroſio (alomenos, yo te lo ſuplico de mi parte) que dexando de abraſar eſtos papeles, me dexes llevar algunos dellos. Y ſin aguardar que el paſtor reſpondieſe, alargó la mano, y tomó algunos de los que mas cerca eſtavan, viendo lo qual Ambroſio, dixo: Por cortesía, conſentiré que os quedeys ſeñor con los que ya aveys tomado, pero penſar que dexaré de quemar los que quedan, es penſamiento vano. Vivaldo, que deſeava ver lo que los papeles decian, abrió luego el uno dellos, y vió que tenia por titulo: Cancion deſeſperada. Oyolo Ambroſio, y dixo: Eſe es el ultimo papel que eſcrivió el deſdichado, y porque veays ſeñor, en el termino que le tenian ſus deſventuras, leedle de modo que ſeays oido, que bien os dará lugar á ello, el que ſe tardáre en abrir la ſepultura. Eſo hare yo de muy buena gana, dixó Vivaldo: y como todos los circumſtantes tenian el miſmo deſeo, ſe le puſieron á la redonda, y él leyendo en voz clara, vió que así decia.

Cap. XIV. Donde ſe ponen los Verſos deſeſperados del difunto Paſtor, con otros no eſperados ſuceſos.

CANCION DE GRISOSTOMO.

YA que quieres cruel que ſe publique
De lengua en lengua, y de una en otra gente
Del aſpero rigor tuyo la fuerza:
Haré que el miſmo infierno comunique
Al triſte pecho mio un ſon doliente,
Con que el uſo comun de mi voz tuerza.
Y al par de mi deſeo, que ſe esfuerza
A decir mi dolor, y tus hazañas,
De la eſpantable voz irá el acento,
Y en el mezcladas, por mayor tormento,
Pedazos de las miſeras entrañas.
Eſcucha pues, y preſta atento oido.
No al concertado ſon, ſino al ruido,
Que de lo hondo de mi amargo pecho,
Llevado de un forzoſo deſvarió,
Por guſto mio ſale, y tu deſpecho.
El rugir del Leon, del Lobo fiero
El temeroſo aullido, el ſilvo horrendo
De eſcamoſa ſerpiente, el eſpantable
Baladro de algun monſtruo: el agorero
Graznar de la corneja, y el eſtruendo
Del viento contraſtado en mar inſtable:
Del ya vencido toro el implacable

Bramido, y de la viuda tortolilla
El ſentible arrullar, el triſte canto
Del embidiado bubo, con el llanto
De toda la infernal negra quadrilla,
Salgan con la doliente anima fuera,
Mezclados en un ſon de tal manera,
Que ſe confundan los ſentidos todos,
Pues la pena cruel que en mí ſe halla
Para contarla pide nuevos modos.
De tanta confuſion no las arenas
Del padre Tajo oiran los triſtes ecos,
Ni del famoſo Betis las olivas:
Que alli ſe eſparciran mis duras penas,
En altos riſcos, y en profundos huecos,
Con muerta lengua, y con palabras vivas.
O ya en eſcuros valles, ó en eſquivas
Playas, deſnudas de contrato humano,
O adonde el ſol jamas moſtró ſu lumbre,
O entra en la venenoſa muchedumbre
De fieras, que alimenta el Nilo llano,
Que pueſto que en los paramos deſiertos,
Los ecos roncos de mi mal inciertos,
Suenen con tu rigor, tan ſin ſegundo,
Por privilegio de mis cortos hados,
Seran llevados por el ancho mundo.
Mata un deſden, atierra la paciencia,
O verdadera, ó falſa una ſoſpecha,
Matan los zelos con rigor mas fuerte:
Deſconcierta la vida larga auſencia,
Contra un temor de olvido no aprovecha.

Firme eſperanza de dichoſa ſuerte.
En todo ay cierta inevitable muerte,
Mas yo (milagro nunca viſto) vivo
Zeloſo, auſente, deſdeñado, y cierto
De las ſoſpechas que me tienen muerto,
Y en el olvido en quien mi fuego avivo.
Y entre tantos tormentos, nunca alcanza
Mi viſta á ver en ſombra á la eſperanza,
Ni yo deſeſperado la procuro,
Antes por eſtremarme en mi querella,
Eſtar ſin ella eternamente juro.
Puedeſe por ventura en un inſtante
Eſperar, y temer? ó es bien hacello,
Siendo las cauſas del temor mas ciertas?
Tengo, ſi el duro zelo eſtá delante,
De cerrar eſtos ojos? ſi he de vello
Por mil heridas, en en el alma abiertas?
Quien no abrirá de par en par las puertas
A la deſconfianza, quando mira
Deſcubierto el deſden? y las ſoſpechas,
(O amarga converſion) verdades hechas,
Y la limpia verdad, buelta en mentira?
O en el Reyno de amor, fieros tyranos
Zelos, ponedme un hierro en eſtas manos,
Dame Deſden una torcida ſoga,
Mas ay de mi! que con cruel vitoria
Vueſtra memoria el ſufrimiento ahoga.
Yo muero en fin, y porque nunca eſpere
Buen ſuceſo en la muerte, ni en la vida,
Pertinaz eſtaré en mi fantaſiá:

Diré,

Diré, que va acertado él que bien quiere,
Y que es mas libre el alma mas rendida
A la de amor antigua tyrania.
Diré que la enemiga ſiempre mia
Hermoſa el alma, como el cuerpo tiene,
Y que ſu olvido de mi culpa nace,
Y que en ſe de los males que nos hace
Amor ſu Imperio en juſta paz mantiene.
Y con eſta opinion, y un duro lazo
Acelerando el miſerable plazo,
A que me han conducido ſus deſdenes,
Ofreceré a los vientos cuerpo y alma,
Sin lauro, ó palma de futuros bienes.
Tu, que con tantas ſinrazones mueſtras
La razon que me fuerza á que la haga,
A la canſada vida que aborrezco:
Pues ya ves que te da notorias mueſtras,
Eſta del corazon profunda llaga,
De como alegre á tu rigor me ofrezco.
Si por dicha conoces que merezco,
Que el cielo claro de tus bellos ojos,
En mi muerte ſe turbe, no lo hagas,
Que no quiero que en nada ſatisfagas,
Al darte de mi alma los deſpojos.
Antes con riſa en la ocaſion funeſta
Deſcubre, que el fin mio fue tu fieſta,
Mas gran ſimpleza es aviſarte deſto,
Pues ſé que eſtá tu gloria conocida,
En que mi vida llegue al fin tan preſto.
Venga, que es tiempo ya, del hondo abiſmo

Tantalo con ſu ſed, Siſifo venga
Con el peſo terrible de ſu canto:
Ticio trayga ſu buytre, y anſimiſmo
Con ſu rueda Egion no ſe detenga,
Ni las hermanas que trabajan tanto,
Y todos juntos, ſu mortal quebranto
Traſladen en mi pecho, y en voz baxa,
(Si ya á un deſeſperado ſon devidas)
Canten obſequias, triſtes, doloridas
Al cuerpo, á quien ſe niegue aun la mortaja.
Y el portero infernal de los tres roſtros,
Con otras mil quimeras, y mil monſtruos
Lleven el doloroſo contrapunto,
Que otra pompa mejor no me parece
Que la merece un amador difunto.
Cancion deſeſperada, no te quexes,
Quando mi triſte compañia dexes,
Antes pues que la cauſa do naciſte,
Con mi deſdicha aumentas ſu ventura,
Aun en la ſepultura no eſtes triſte.

BIEN les pareció á los que eſcuchado avian la cancion de Griſoſtomo, pueſto que él que la leyó, dixó, que no le pareciá, que conformava con la relacion que él avia oido del recato, y bondad de Marcela, porque en ella ſe quexava Griſoſtomo de zelos, ſoſpechas, y de auſencia, todo en perjuicio del buen credito, y buena fama de Marcela. A lo qual reſpondió Ambroſio (como aquel que ſabía bien los mas eſcondidos penſamientos de ſu amigo) Para que ſeñor os ſatisfagays deſa duda, es bien que ſepais, que quando eſte deſdichado eſcrivió eſta cancion, eſtava

auſente

auſente de Marcela, de quien ſe avia auſentado por ſu voluntad, por ver ſi uſava con él la auſencia de ſus ordinarios fueros. Y como al enamorado auſente, no ay coſa que no le fatigue, ni temor que no le dé alcance: así le fatigavan á Griſoſtomo los zelos imaginados, y las ſoſpechas temidas, como ſi fueran verdaderas. Y con eſto queda en ſu punto la verdad, que la fama pregona de la bondad de Marcela: la qual, fuera de ſer cruel, y un poco arrogante, y un mucho deſdeñoſa, la meſma embidia, ni deve, ni puede ponerla falta alguna. Así es la verdad, reſpondió Vivaldo, y queriendo leer otro papel de los que avia reſervado del fuego, lo eſtorvó una maravilloſa viſion (que tal pareciá ella) que improviſamente ſe les ofreció á los ojos: y fue, que por cima de la peña donde ſe cavava la ſepultura, pareció la paſtora Marcela, tan hermoſa que paſava á ſu fama ſu hermoſura. Los que haſta entonces no la avian viſto, la miravan con admiracion, y ſilencio: y los que ya eſtavan acoſtumbrados á verla, no quedaron menos ſuſpenſos que los que nunca la avian viſto. Mas apenas la huvo viſto Ambroſio, quando con mueſtras de animo indignado, le dixó: Vienes á ver por ventura, ó fiero baſiliſco deſtas montañas, ſi con tu preſencia vierten ſangre las heridas deſte miſerable, á quien tu crueldad quitó la vida? O vienes á ufanarte en las crueles hazañas de tu condicion? O á ver deſde eſá altura, como otro deſapiadado Nero, el incendio de ſu abraſada Roma? O á piſar arrogante eſte deſdichado cadaver, como la ingrata hija al de ſu padre Tarquino? Dinos preſto á lo que vienes, ó que es aquello de que mas guſtas, que por ſaber yo, que los penſamientos de Griſoſtomo jamas dexaron de obedecerte en vida, haré, que aun el muerto, te obedezcan los de todos aquellos que ſe llamaron ſus amigos?

No vengo, ó Ambroſio, á ninguna coſa de las que has dicho, reſpondió Marcela, ſino á bolver por mí miſma, y á dar á entender, quan fuera de razon van todos aquellos que de ſus penas, y de la muerte de Griſoſtomo me culpan: y así ruego á todos los que aquí eſtays, me eſteys atentos, que no será meneſter mucho tiempo, ni gaſtar muchas palabras, para perſuadir una verdad á los diſcretos. Hizóme el cielo, ſegun voſotros decis, hermoſa, y de tal manera, que ſin ſer poderoſos á otra coſa, á que me ameys, os mueve mi hermoſura. Y por el amor que me moſtrays, decis, y aun quereys que eſté yo obligada á amaros. Yo conozco con el natural entendimiento que Dios me ha dado, que todo lo hermoſo es amable: mas no alcanzo, que por razon de ſer amado, eſté obligado lo que es amado por hermoſo á amar á quien le ama. Y mas, que podria acontecer, que el amador de lo hermoſo fueſe feo, y ſiendo lo feo digno de ſer aborrecido, cae muy mal el decir; Quiero te por hermoſa, haſme de amar aunque ſea feo. Pero pueſto caſo que corran igualmente las hermoſuras, no por eſo han de correr iguales los deſeos, que no todas hermoſuras enamoran, que algunas alegran la viſta y no rinden la voluntad. Que ſi todas las bellezas enamoraſen, y rindieſen, ſeria un andar las voluntades confuſas, y deſcaminadas, ſin ſaber en qual avian de parar: porque ſiendo infinitos los ſujetos hermoſos: infinitos avian de ſer los deſeos, y ſegun yo he oído decir, el verdadero amor no ſe divide, y ha de ſer voluntario, y no forzoſo. Siendo eſto así, como yo creo que lo es, porque quereys que rinda mi voluntad por fuerza, obligada no mas, de que decis que me quereys bien? Sino decidme, ſi como el cielo me hizó hermoſa, me hiciera fea, fuera juſto que me quexara de voſotros, porque no me amavades? Quanto mas, que aveys de conſiderar, que yo no eſcogi la hermoſura que tengo,

que

que tal qual es, el cielo me la dió de gracia, sin yo pedilla, ni escogella, Y así como la vibora no mereve ser culpada por la ponzoña que tiene, puesto que con ella mata, por averselà dado naturaleza: tampoco yo merezco ser reprehendida por ser hermosa, que la hermosura en la muger honestà es como el fuego apartado, ó como la espada aguda, que ni el quema, ni ella corta á quien á ellos no se acerca. La honra, y las virtudes, son adornos del alma, sin las quales el cuerpo aunque lo sea, no deve de parecer hermoso. Pues si la honestidad es una de las virtudes, que al cuerpo y alma mas adornan, y hermosean, porque la ha de perder la que es amada por hermosa, por corresponder á la intencion de aquel que por solo su gusto, con todas sus fuerzas, é industrias, procura, que la pierda? Yo naci libre, y para poder vivir libre, escogi la soledad de los campos. Los arboles destas montañas son mi compañia, las claras aguas destos arroyos mis espejos: con los arboles, y con las aguas comunico mis pensamientos, y hermosura. Fuego soy apartado, y espada puesta lexos. A los que he enamorado con la vista he desengañado con las palabras. Y si los deseos se sustentan con esperanzas, no aviendo yo dado alguna á Grisostomo, ni á otro alguno el fin de ninguno dellos, bien se puede decir, que antes le mató su porfia, que mi crueldad. Y si se me hace cargo, que eran honestos sus pensamientos, y que por esto estava obligada á corresponder á ellos, digo, que quando en ese mismo lugar donde aora se cava su sepultura, me descubrió la bondad de su intencion, le dixe yo, que la mia era vivir en perpetua soledad, y de que sola la tierra gozase el fruto de mi recogimiento, y los despojos de mi hermosura: y si él con todo este desengaño, quisó porfiar contra la esperanza, y navegar contra el viento, que mucho que se anegase en la mitad del golfo de su desatino? Si yo

le entretuviera, fuera falſa: ſi le contentara, hiciera contra mi mejor intencion, y proſupueſto. Porfió deſengañado: deſeſperó ſin ſer aborrecido, mirad aora ſi ſera razon, que de ſu pena ſe me dé á mi la culpa? Quexeſe el engañado: deſeſpereſe aquel á quien le faltaron las prometidas eſperanzas: confieſe él que yo llamare, ufaneſe él que yo admitiere: pero no me llame cruel, ni homicida, aquel á quien yo no prometo, engaño, llamo, ni admito. El cielo aun aſta aora no ha querido, que yo ame por deſtino, y el penſar que tengo de amar por elecion es eſcuſado. Eſte general deſengaño, ſirva á cada uno de los que me ſolicitan, de ſu particular provecho: y entiendaſe de aqui adelante, que ſi alguno por mi muriere, no muere de zeloſo, ni deſdichado, porque quien á nadie quiere á ninguno deve dar zelos, que los deſengaños no ſe han de tomar en cuenta de deſdenes. El que me llama fiera, y baſiliſco, dexeme como coſa perjudicial, y mala: él que me llama ingrata, no me ſirva, él que deſconocida, no me conozca: quien cruel, no me ſiga: que eſta fiera, eſte baſiliſco, eſta ingrata, eſta cruel, y eſta deſconocida, ni los buſcará, ſervirá, conocerá, ni ſeguirá en ninguna manera. Que ſi á Griſoſtomo mató ſu impaciencia, y arrojado deſeo, porque ſe ha de culpar mi honeſto proceder, y recato? Si yo conſervo mi limpieza con la compañia de los arboles, porque ha de querer que la pierda, él que quiere que la tenga con los hombres? Yo como ſabeys, tengo riquezas propias, y no codicio las agenas. Tengo libre condicion, y no guſto de ſujetarme, ni quiero, ni aborrezco á nadie. No engaño á eſte, ni ſolicito aquel, ni burlo con uno, ni me entretengo con el otro. La converſacion honeſta de las zagalas deſtas aldeas, y el cuidado de mis cabras me entretiene. Tienen mis deſeos por termino eſtas montañas: y ſi de aquí ſalen, es á contemplar la hermoſura

moſura del cielo, paſos con que camina el alma á ſu morada primera.

Y en diciendo eſto, ſin querer oir reſpueſta alguna, bolvió las eſpaldas, y ſe entró por lo mas cerrado de un monte que alli cerca eſtava, dexando admirados tanto de ſu diſcrecion, como de ſu hermoſura, á todos los que alli eſtavan. Y algunos dieron mueſtras (de aquellos que de la poderoſa flecha de los rayos de ſus bellos ojos eſtavan heridos) de quererla ſeguir, ſin aprovecharſe del manifieſto deſengaño, que avian oido. Lo qual viſto por Don Quixote, pareciendole que alli venia bien uſar de ſu cavalleria, ſocorriendo á las donzellas meneſteroſas, pueſta la mano en el puño de ſu eſpada, en altas, é intelegibles vozes, dixó: Ninguna perſona de qualquier eſtado, y condicion que ſea, ſe atreva á ſeguir á la hermoſa Marcela, ſo pena de caer en la furioſa indignacion mia. Ella ha moſtrado con claras razones la poca, ó ninguna culpá que ha tenido en la muerte de Griſoſtomo, y quan agena vive de condeſcender con los deſeos de ninguno de ſus amantes: á cuya cauſa, es juſto, que en lugar de ſer ſeguida, y perſeguidá, ſea honrada, y eſtimada de todos los buenos del mundo, pues mueſtra, que en él ella es ſola la que con tan honeſta intencion vive. O ya que fueſe por las amenazas de Don Quixote, ó porque Ambroſio les dixó, que concluyeſen con lo que á ſu buen amigo devian, ninguno de los paſtores ſe movió, ni apartó de alli, haſta que acabada la ſepultura, y abraſados los papeles de Griſoſtomo, puſieron ſu cuerpo en ella, no ſin muchas lagrimas de los circunſtantes. Cerraron la ſepultura con una grueſa peña, en tanto que ſe acabava una loſa, que ſegun Ambroſio dixó, penſava mandar hacer, con un epitafio que avia de decir deſta manera.

Yace aquí de un amador
El mísero cuerpo elado,
Que fue pastor de ganado,
Perdido por desamor.
Murió á manos del rigor
De una esquiva hermosa ingrata,
Con quien su imperio dilata
La tiranía de amor.

Luego esparcieron por cima de la sepultura muchas flores, y ramos: y dando todos el pesame á su amigo Ambrosio, se despidieron dél. Lo mesmo hicieron Vivaldo, y su compañero; y Don Quixote se despidió de sus huespedes, y de los caminantes, los quales le rogaron se viniese con ellos á Sevilla, por ser lugar tan acomodado á hallar aventuras, que en cada calle, y tras cada esquina se ofrecen mas que en otro alguno. Don Quixote les agradeció el aviso, y el animo, que mostravan de hacerle merced, y dixó, que por entonces no queria, ni devia ir á Sevilla, hasta que huviese despojado todas aquellas sierras de ladrones Malandrines, de quien era fama que todas estavan llenas. Viendo su buena determinacion, no quisieron los caminantes importunarle mas, sino tornandose á despedir de nuevo le dexaron, y prosiguieron su camino, en el qual no les faltó de que tratar así de la historia de Marcela, y Grisostomo, como de las locuras de Don Quixote: el qual determinó de ir á buscar á la pastora Marcela, y ofrecerle todo lo que él podia en su servicio. Mas no le avinó como él pensava, segun se cuenta en el discurso desta verdadera historia, dando aquí fin la segunda parte.

Cap.

Cap. XV. Donde ſe cuenta la deſgraciada aventura que ſe topó Don Quixote, en topar con unos deſalmados Yangueſes.

CUENTA El ſabio Cide Hamete Benengeli, que aſí como Don Quixote ſe deſpidió de ſus hueſpedes, y de todos los que ſe hallaron al entierro del Paſtor Griſoſtomo: él, y ſu eſcudero ſe entraron por el meſmo boſque, donde vieron que ſe avia entrado la Paſtora Marcela. Y aviendo andado mas de dos horas por el, buſcandola por todas partes ſin poder hallarla, vinieron á parar á un prado lleno de freſca yerva, junto del qual corria un arroyo apacible, y freſco: tanto, que combidó, y forzó á paſar alli las horas de la ſieſta, que riguroſamente comenzava ya á entrar. Apearonſe Don Quixote, y Sancho, y dexando al jumento, y á Rozinante á ſus anchuras pacer de la mucha yerva que alli avia, dieron ſaco á las alforjas, y ſin ceremonia alguna, en buena paz y compañia, Amo, y mozo comieron lo, que en ellas hallaron. No ſe havia curado Sancho de echar fueltas á Rozinante, ſeguro de que le conociá por tan manſo, y tan poco rijoſo, que todas las yeguas de la Dehesa de Cordova no le hicieran tomar mal finieſtro. Ordenó pues la ſuerte, y el diablo, que no todas veces duerme, que andavan por aquel valle paciendo una manada de hacas Galicianas de unos harrieros Yangueſes: de los quales es coſtumbre feſtear con ſu recua en lugares, y ſitios de yerva, y agua. Y aquel, donde acertó á hallarſe Don Quixote, era muy á propoſito de los Yangueſes. Sucedió pues, que á Rozinante le vinó en deſeo de refocilarſe con las ſeñoras facas: y ſaliendo, aſí como las olió, de ſu natural paſo, y coſtumbre, ſin pedir licencia á ſu dueño, tomó

mó un trotillo algo picadillo, y ſe fue á comunicar ſu neceſidad con ellas. Mas ellas, que á lo que pareció, devian de tener mas gana de pacer, que de al, recibieronle con las herraduras, y con los dientes, de tal manera, que á poco eſpacio ſe le rompieron las cinchas, y quedó ſin ſilla en pelota. Pero lo, que él devió mas de ſentir fue, que viendo los harrieros la fuerza, que á ſus yeguas ſe les hacia, acudieron con eſtacas, y tantos palos le dieron, que le derribaron mal parado en el ſuelo.

Ya en eſto Don Quixote, y Sancho (que la paliza de Rozinante avian viſto) llegavan hijadeando. Y dixó Don Quixote á Sancho: A lo que yo veo amigo Sancho, eſtos no ſon cavalleros, ſino gente ſoez, y de baxa ralea: Digolo, porque bien me puedes ayudar á tomar la devida venganza del agravio, que delante de nueſtros ojos ſe le ha hecho á Rozinante. Que diablos de venganza hemos de tomar, reſpondió Sancho, ſi eſtos ſon mas de veinte, y noſotros no mas de dos, y aun quiza noſotros, ſino uno, y medio. Yo valgo por ciento, replicó Don Quixote, y ſin hacer mas diſcurſos echó mano á ſu eſpada, y arremetió á los Yangueſes, y lo meſmo hizó Sancho Panza, incitado, y movido del exemplo de ſu Amo. Y á las primeras, dió Don Quixote una cuchillada á uno, que le abrió un ſayo de cuero de que venia veſtido con gran parte de la eſpalda. Los Yangueſes que ſe vieron maltratar de aquellos dos hombres ſolos, ſiendo ellos tantos, acudieron á ſus eſtacas, y cogiendo á los dos en medio, comenzaron á menudear ſobre ellos con grande ahinco, y vehemencia. Verdad es, que al ſegundo toque, dieron con Sancho en el ſuelo, y lo miſmo le avinó á Don Quixote, ſin que le valieſe ſu deſtreza, y buen animo. Y quiſó ſu ventura, que vinieſe á caer á los pies de Rozinante, que aun no ſe avia levantado: donde

ſe

se echa de ver la furia con que machacan estacas puestas en manos rusticas, y enojadas. Viendo pues los Yangueses el mal recado, que avian hecho, con la mayor presteza que pudieron, cargaron su recua, y siguieron su camino, dexando á los dos aventureros de mala traza, y de peor talante. El primero que se resintió, fue Sancho Panza, y hallandose junto á su señor, con voz enferma, y lastimada dixó: Señor Don Quixote? á señor Don Quixote? Que quieres Sancho hermano? respondió Don Quixote, con el mismo tono afeminado, y doliente, que Sancho. Querria si fuese posible, respondió Sancho Panza, que vuestra merçed me diese dos tragos de aquella bevida del feo Blas, si es, que la tiene vuestra merced aí á mano, quiza será de provecho para los quebrantamientos de huesos, como lo es para las feridas. Pues á tenerla yo aquí, desgraciado yo! que nos faltava? respondió Don Quixote: Mas, yo te juro Sancho Panza, á fé de cavallero andante que antes, que pasen dos dias (si la fortuna no ordena otra cosa) la tengo de tener en mi poder, ó mal me han de andar las manos. Pues en quantos le parece á vuestra merced, que podremos mover los pies, replicó Sancho Panza. De mi sé decir (dixó el molido cavallero Don Quixote) que no sabre poner termino á esos dias: Mas yo me tengo la culpa de todo, que no avia de poner mano á la espada contra hombres, que no fuesen armados cavalleros como yo. Y así creo que en pena de aver pasado las leyes de la cavalleria, ha permitido el Dios de las batallas, que se me diese este castigo: por lo qual hermano Sancho, conviene que estes advertido en esto que aora te dire, porque importa mucho á la salud de entrambos: y es, que quando veas que semejante canalla nos hace algun agravio, no aguardes á que yo ponga mano al espada para ellos, porque no lo haré en ninguna manera, sino pon

tu mano á tu eſpada y caſtigalos muy á tu ſabor, que ſi en ſu ayuda, y defenſa acudieren cavalleros, yo te ſabre defender, y ofendellos con todo mi poder, que ya auras viſto por mil ſeñales, y experiencias, haſta adonde ſe eſtiende el valor de eſte mi fuerte brazo. (Tal quedó de arrogante el pobre ſeñor con el vencimiento del valiente Vizcayno.) Mas no le pareció tambien á Sancho Panza el aviſo de ſu amo, que dexaſe de reſponder, diciendo: Señor, yo ſoy hombre pacifico, manſo, ſoſegado, y ſé diſimular qualquiera injuria, porque tengo muger, y hijos que ſuſtentar, y criar. Así, que ſeale á vueſtra merced tambien aviſo (pues no puede ſér mandato) que en ninguna manera pondre mano á la eſpada, ni contra villano, ni contra cavallero. Y que deſde aquí para delante de Dios, perdono quantos agravios me han hecho, y han de hacer: ora me los aya hecho, ó haga, ó aya de hacer perſona alta, ó baxa, rico, ó pobre, hidalgo, ó pechero, ſin eceptar eſtado, ni condicion alguna. Lo qual oido por ſu Amo, le reſpondió. Quiſiera tener aliento para poder hablar un poco deſcanſado, y que el dolor que tengo en eſta coſtilla ſe aplacara tanto quanto, para darte á entender, Panza, en el error en que eſtás. Ven aca pecador, ſi el viento de la fortuna, haſta aora tan contrario, en nueſtro favor ſe buelve, llenandonos las velas del deſeo, para que ſeguramente, y ſin contraſte alguno tomemos puerto en alguna de las Inſulas que te tengo prometida: que ſeria de ti, ſi ganandola yo, te hiciéſe ſeñor della, pues lo vendras á impoſibilitar por no ſer cavallero, ni quererlo ſer, ni tener valor, ni intencion de vengar tus injurias, y defender tu ſeñorio: Porque has de ſaber, que en los Reynos, y provincias nuevamente conquiſtados, nunca eſtan tan quietos los animos de ſus naturales, ni tan de parte del nuevo ſeñor, que no ſe tenga temor, de que

han

han de hacer alguna novedad, para alterar de nuevo las cosas y bolver como dicen, á provar ventura: y así es menester, que el nuevo posesor tenga entendimiento para saberse govornar, y valor para ofender, y defenderse en qualquier acontecimiento. En este que aora nos ha acontecido, respondió Sancho, quisiera yo tener ese entendimiento, y ese valor, que vuestra merced dice: mas yo le juro á fé de pobre hombre, que mas estoy para bizmas, que para praticas. Mire vuestra merced si se puede levantar, y ayudaremos á Rozinante, aunque no lo merece, porque él fue la causa principal de todo este molimiento. Iamas tal crey de Rozinante, que le tenia por persona casta, y tan pacifica como yo. En fin, bien dicen, que es menester mucho tiempo para venir á conocer las personas: y que no ay cosa segura en esta vida. Quien dixera, que tras de aquellas tan grandes cuchilladas, como vuestra merced dió á aquel desdichado cavallero andante, avia de venir por la posta, y en seguimiento suyo esta tan grande tempestad de palos, que ha descargado sobre nuestras espaldas? Aun las tuyas Sancho, replicó Don Quixote, deven de estar hechas á semejantes nublados, pero las mias criadas entre finabafas, y olandas, claro está que sentiran mas el dolor desta desgracia. Y sino fuese porque imagino (que digo imagino?) sé muy cierto, que todas estas incomodidades son muy anejas al exercicio de las armas, aquí me dexaria morir de puro enojo. A esto replicó el escudero: Señor, ya que estas desgracias son de la cosecha de la cavalleria, digame vuestra merced, si suceden muy amenudo, ó si tienen sus tiempos limitados en que acaecen, porque me parece á mi, que á dos cosechas quedaremos inutiles para la tercera, si Dios por su infinita misericordia no nos socorre. Sabete, amigo Sancho, respondió Don Quixote, que la vida de los cavalleros andantes está sujeta á mil

peligros, y desventuras: y ni mas, ni menos está en potencia propinqua de ser los Cavalleros andantes Reyes, y Emperadores, como lo ha mostrado la experiencia en muchos, y diversos cavalleros, de cuyas historias yo tengo entera noticia. Y pudierate contar aora (si el dolor me diera lugar) de algunos, que solo por el valor de su brazo, han subido á los altos grados, que he contado. Y estos mesmos se vieron antes, y despues, en diversas calamidades, y miserias: porque el valeroso Amadis de Gaula se vió en poder de su mortal enemigo Arcalaus el encantador, de quien se tiene por averiguado, que le dió teniendo le preso mas de docientos azotes con las riendas de su cavallo, atado á una coluna de un patio. Y aun ay un autor secreto, y de no poco credito, que dice, que aviendo cogido al Cavallero del Febo con una cierta trampa, que se le hundió debaxo de los pies, en un cierto castillo, y al caer se halló en una honda sima debaxo de tierra, atado de pies, y manos, y alli le echaron una destas que llaman melezinas de agua de nieve, y arena, de lo que llegó muy al cabo: y sino fuera socorrido en aquella gran cuyta de un sabio grande amigo suyo, ló pasara muy mal el pobre cavallero. Así, que bien puedo yo pasar entre tanta buena gente, que mayores afrentas son las que estos pasaron, que no las, que aora nosotros pasamos: porque quiero hacerte sabidor, Sancho, que no afrentan las heridas, que se dan con los instrumentos, que á caso se hallan en las manos. Y esto está en la ley del duelo escrito por palabras expresas, que si el zapatero dé á otro con la horma, que tiene en la mano, puesto que verdaderamente es de palo, no por eso se dirái que queda apaleado aquel á quien dió con ella. Digo esto, porque no pienses, que puesto que quedamos desta pendencia molidos, quedamos afrentados, porque las armas que aquellos

quellos hombres trayan con que nos machacaron, no eran otras que ſus eſtacas, y ninguno dellos (á lo que ſe me acuerda) tenia eſtoque, eſpada, ni puñal. No me dieron á mí lugar, reſpondió Sancho, á que miraſe en tanto, porque á penas puſe mano á mi tizona, quando me ſantiguaron los ombros con ſus pinos, de manera que me quitaron la viſtá de los ojos, y la fuerza de los pies, dando conmigo adonde aora yago, y adonde no me da pena alguna el penſar ſi fue afrenta ó no, lo de los eſtacazos, como me la da el dolor de los golpes, que me han de quedar tan impreſos en la memoria, como en las eſpaldas. Con todo eſo, te hago ſaber, hermano Panza, replicó Don Quixote, que no ay memoria á quien el tiempo no acabe, ni dolor que muerte no le conſuma. Pues que mayor deſdicha puede ſer, replicó Panza, de aquella, que aguarda al tiempo que la conſuma, y á la muerte que la acabe? Si eſta nueſtra deſgracia fuera de aquellas que con un par de bizmas ſe curan, aun no tan malo: pero voy viendo, que no han de baſtar todos los emplaſtos de un hoſpital, para ponerlas en buen termino ſiquiera. Dexate deſo, y ſaca fuerzas de flaqueza Sancho, reſpondió Don Quixote, que así hare yo, y veamos como eſtá Rozinante, que á lo que me parece, no le ha cabido al pobre la menor parte deſta deſgracia. No ay de que maravillarſe deſo, reſpondió Sancho, ſiendo él tambien cavallero andante. De lo que yo me maravillo es, de que mi jumento aya quedado libre, y ſin coſtas, donde noſotros ſalimos ſin coſtillas. Siempre dexa la ventura una puerta abierta en las deſdichas, para dar remedio á ellas, dixó Don Quixote. Digolo, porque eſa beſtezuela podra ſuplir aora la falta de Rozinante, llevandome á mi deſde aquí á algun caſtillo, donde ſea curado de mis feridas. Y mas, que no tendré á deſhonra la tal cavalleria, porque me acuerdo aver leido,

do, que aquel buen viejo Sileno, ayo, y pedagogo del alegre Dios de la riſa, quando entró en la ciudad de las cien puertas iva muy á ſu placer cavallero ſobre un muy hermoſo aſno. Verdad ſerá, que él devia de ir cavallero como vueſtra merced dice, reſpondió Sancho: pero ay grande diferencia del ir cavallero, al ir atraveſado como coſtal de vaſura. A lo qual reſpondió Don Quixote: Las feridas que ſe reciben en las batallas antes dan honra, que la quitan. Así que, Panza amigo, no me repliques mas, fino como ya te he dicho, levantate lo mejor que pudieres: y ponme de la manera que mas te agradare encima de tu jumento, y vamos de aquí antes que la noche venga, y nos ſaltee en eſte deſpoblado. Pues yo he oido decir á vueſtra merced, dixó Panza, que es muy de cavalleros andantes el dormir en los paramos, y deſiertos lo mas del año, y que lo tienen, á mucha ventura. Eſo es dixó Don Quixote, quando no pueden mas, ó quando eſtan enamorados: y es tan verdad eſto, que ha avido cavallero que ſe ha eſtado ſobre una peña, al Sol y á la ſombra, y á las inclemencias del cielo, dos años, ſin que lo ſupieſe ſu ſeñora. Y uno deſtos fue Amadis quando llamandoſe Beltenebros, ſe aloxó en la peña Pobre, ni ſé ſi ocho años, ó ocho meſes, que no eſtoy muy bien en la cuenta. Baſta que él eſtuvo alli, haciendo penitencia, por no ſé que ſinſabor que le hizó la Señora Oriana. Pero dexemos ya eſto Sancho, y acaba antes que ſuceda otra deſgracia al jumento, como á Rozinante. Aun ahi ſeria el diablo, dixó Sancho, y deſpidiendo treinta ayes, y ſeſenta ſoſpiros, y ciento y veinte peſetes, y reniegos de quien alli le avia traído, ſe levantó, quedandoſe agoviado en la mitad del camino, como arco Turqueſco, ſin poder acabar de enderezarſe: y con todo eſte trabajo aparejó ſu aſno (que tambien avia andado algo diſtraido con la demaſiada

mañada libertad de aquel dia. Levantó luego á Rozinante, el qual ſi tuviera lengua con que quexarſe, á buen ſeguro, que Sancho, ni ſu Amo no le fueran en zaga. En reſolucion Sanchó acomodó á Don Quixote ſobre el aſno, y puſo de reata á Rozinante: y llevando al aſno de cabeſtro, ſe encaminó poco mas á menos bácia donde le pareció que podia eſtar el camino Real. Y lá fuerte, que ſus coſas de bien en mejor iva guiando, aun no huvo andado una pequeña legua, quando le deparó el camino, en el qual deſcubrió una venta, que á peſar ſuyo, y guſto de Don Quixote, avia de ſer caſtillo. Porfiava Sancho que era venta, y ſu Amo que nó, ſino caſtillo: y tanto duró la porfia, que tuvieron lugar ſin acabar la, de llegar á ella, en la qual Sancho ſe entró ſin mas averiguacion con toda ſu recua.

Cap. XVI. De lo que le ſucedió al Ingenioſo Hidalgo en la venta, que él imaginava ſer caſtillo.

EL Ventero, que vió á Don Quixote atraveſado en el aſno, preguntó á Sancho, que mal traya? Sancho le reſpondió, que no era nada, ſino, que avia dado una caida de una peña abaxo, y que venia algo brumadas las coſtillas. Tenia el ventero por muger á una, no de la condicion que ſuelen tener las de ſemejante trato, porque naturalmente era caritativa, y ſe dolia de las calamidades de ſus proximos, y así acudió luego á curar á Don Quixote: y hizó, que una hija ſuya donzella, muchacha, y de muy buen parecer la ayudaſe á curar á ſu hueſped. Servia en la venta así meſmo una moza Aſturiana, ancha de cara, llana de cogote, de

de nariz roma, del un ojo tuerta, y del otro no muy ſana. Verdad es, que la gallardia del cuerpo ſuplia las demas faltas. No tenia ſiete palmos de los pies á la cabeza, y las eſpaldas que algun tanto le cargavan, la hacían mirar al ſuelo, mas de lo que ella quiſiera. Eſta gentil moza pues ayudó á la donzella, y las dos hicieron una muy mala cama á Don Quixote en un camaranchon, que en otros tiempos dava manifieſtos indicios que avia ſervido de pajar muchos años: en la qual tambien aloxava un harriero, que tenia ſu cama hecha un poco mas allá de la de nueſtro Don Quixote. Y aunque era de las enxalmas, y mantas de ſus machos, hacía mucha ventaja á la de Don Quixote, que ſolo contenia quatro mal liſas tablas, ſobre dos no muy iguales bancos, y un colchon, que en lo ſutil parechia colcha, lleno de bodoques, que á no moſtrar que eran de lana por algunas roturas, al tiento en la dureza ſemejavan de guijarro, y dos ſavanas hechas de cuero de adarga, y una frazada, cuyos hilos ſi ſe quiſieran contar, no ſe perdiera uno ſolo de la cuenta. En eſta maldita cama ſe acoſtó Don Quixote: y luego la Ventera, y ſu hija le emplaſtaron de arriba á baxo, alumbrandoles Maritornes, que así ſe llamava la Aſturiana. Y como al bizmalle vieſe la Ventera tan acardenalado á partes á Don Quixote, dixó, que aquello mas parecían golpes, que caida. No fueron golpes, dixó Sancho, ſino que la peña tenia muchos picos, y tropezones, y que cada uno avia hecho ſu cardenal. Y tambien le dixó: Haga vueſtra merced, ſeñora de manera que queden algunas eſtopas, que no faltara quien las aya meneſter, que tambien me duelen á mi un poco los lomos. Deſa manera, reſpondió la ventera, tanbien deviſtes vos de caer? No cay, dixó Sancho Panza, ſino que del ſobreſalto que tomé de ver caer á mi Amo, de tal manera me duele á mi el cuerpo, que

me

me parece, que me han dado mil palos. Bien podria ſer eſo dixó la donzella, que á mí me ha acontecido muchas veces ſoñar, que caya de una torre abaxo, y que nunca acabava de llegar al ſuelo, y quando deſpertava del ſueño, hallarme tan molida, y quebrantada, como ſi verdaderamente huviera caido. Aí eſtá el toque ſeñora, reſpondió Sancho Panza, que yo ſin ſoñar nada, ſino eſtando mas deſpierto, que aora eſtoy, me hallo con pocos menos cardenales, que mi ſeñor Don Quixote. Como ſe llama eſte cavallero? preguntó la Aſturiana Maritornes. Don Quixote de la Mancha, reſpondió Sancho Panza, y es cavallero aventurero, y de los mejores, y mas fuertes que de luengos tiempos aca ſe han viſto en el mundo. Que es cavallero aventurero? replicó la moza. Tan nueva ſoys en el mundo, que no lo ſabeys vos? reſpondió Sancho Panza; Pues ſabed hermana mia, que cavallero aventurero es una coſa, que en dos palabras ſe vee apaleado, y Emperador. Oy eſtá la mas deſdichada criatura del mundo, y la mas meneſteroſa, y mañana tendra dos, ó tres coronas de Reynos que dar á ſu eſcudero. Pues como vos, ſiendolo deſte tan buen ſeñor, dixó la ventera, no teneys, á lo que parece, ſiquiera algun Condado? Aun es temprano, reſpondió Sancho, porque no ha ſino un mes que andamos buſcando las aventuras, y haſta aora no hemos topado con ninguna, que lo ſea. Y tal vez ay, que ſe buſca una coſa, y ſe halla otra. Verdad es, que ſi mi ſeñor Don Quixote ſana deſta herida, ó caida, y yo no quedo contrecho della, no trocaria mis eſperanzas con el mejor titulo de Eſpaña.

Todas eſtas platicas eſtava eſcuchando muy atento Don Quixote, y ſentandoſe en el lecho como pudo tomando de la mano á la ventera, le dixó: Creedme fermoſa ſeñora, que os podeys llamar venturoſa por aver alojado en eſte vueſtro caſtillo á mi perſona, que es tal, que ſi yo no la alabo, es por lo que ſuele decirſe, que la ala-

alabanza propia envilece; pero mi eſcudero os dirá quien ſoy: ſolo os digo, que tendre eternamente eſcrito en mi memoria el ſervicio que me avedes fecho, para agradeceroſſo mientras la vida me durare. Y pluguiera á los altos cielos, que el amor no me tuviera tan rendido, y tan ſujeto á ſus leyes, y los ojos de aquella hermoſa ingrata, que digo entre mis dientes, que los deſta hermoſa donzella fueran ſeñores de mi libertad. Confuſas eſtavan la ventera, y ſu hija, y la buena de Maritornes, oyendo las razones del andante cavallero, que así las entendian como ſi hablara en Griego: aunque bien alcanzaron que todas ſe encaminavan á ofrecimiento, y requiebros: y como no uſadas á ſemejante lenguage, miravanle, y admiravanſe, y pareciales otro hombre de los que ſe uſavan, y agradeciendole con venteriles razones ſus ofrecimientos, le dexaron. Y la Aſturiana Maritornes curó á Sancho, que no menos lo avia meneſter, que ſu Amo. Avia el harriero concertado con ella, que aquella noche ſe refocilarian juntos: y ella le avia dado ſu palabra, de que en eſtando ſoſegados los hueſpedes, y durmiendo ſus amos, le iria á buſcar, y ſatisfacerle el guſto en quanto le mandaſe. Y cuentaſe deſta buena moza, que jamas dió ſemejantes palabras que no las cumpliefe, aunque las dieſe en un monte, y ſin teſtigo alguno: porque preſumia muy de hidalga, y no tenia por afrenta eſtar en aquel exercicio de ſervir en la venta; porque decia ella, que deſgracias, y malos ſuceſos, la avian traido á aquel eſtado. El duro, eſtrecho, apocado, y fementido lecho de Don Quixote, eſtava primero en mitad de aquel eſtrellado eſtablo: y luego junto á el hizó el ſuyo Sancho, que ſolo contenia una eſtera de enea, y una manta, que antes monſtrava ſer de angeo tundido, que de lana. Sucedia á eſtos dos lechos el del harriero, fabricado como ſe ha dicho, de las enxalmas, y de todo el adorno de los dos mejores mulos que traya: aunque eran doce,

lucios,

lucios, gordos, y famoſos, porque eran unos de los ricos harrieros de Arevalo, ſegun lo dice el autor deſta hiſtoria, que deſte harriero hace particular mencion, porque le conocia muy bien, y aun quieron decir que era algo pariente ſuyo. Fuera de que Cide Hamete Benengeli fue hiſtoriador muy curioſo, y muy puntual en todas las coſas: y echaſe bien de ver, pues las que quedan referidas, con ſer tan minimas, y tan rateras, no las quiſo paſar en ſilencio. De donde podran tomar exemplo los hiſtoriadores graves, que nos cuentan las acciones, tan corta, y ſucintamente, que apenas nos llegan á los labios, dexandoſe en el tintero, ya por deſcuido, por malicia, ó ignorancia, lo mas ſuſtancial de la obra. Bien aya mil veces el autor de Tablante de Ricamonte, y aquel del otro libro, donde ſe cuentan los hechos del Conde Tomillas, y con que puntualidad lo deſcriven todo. Digo pues que deſpues de aver viſitado el harriero á ſu recua, y dadole el ſegundo pienſo, ſe tendió en ſus enxalmas, y ſe dió á eſperar á ſu puntualiſima Maritornes. Ya eſtava Sancho bizmado y acoſtado, y aunque procurava dormir, no lo conſentia el dolor de ſus coſtillas: y Don Quixote con el dolor de las ſuyas, tenia los ojos abiertos como liebre. Toda la venta eſtava en ſilencio, y en toda ella no avia otra luz que la que dava una lampara, que colgada en medio del portal ardía. Eſta maravilloſa quietud, y los penſamientos que ſiempre nueſtro cavallero traya, de los ſuceſos que á cada paſo ſe cuentan en los libros, autores de ſu deſgracia, le truxó á la imaginacion, una de las eſtrañas locuras, que buenamente imaginarſe pueden: y fue, que él ſe imaginó aver llegado á un famoſo caſtillo (que como ſe ha dicho, caſtillos eran á ſu parecer todas las ventas donde aloxava) y que la hija del ventero, lo era del ſeñor del caſtillo: la qual vencida de ſu gentileza, ſe avia enamorado del, y prometido que aquella noche á furto de ſus padres, vendria á yazer con él una buena pieza.

Y teniendo toda eſta quimera (que él ſe avia fabricado) por firme, y valedera, ſe comenzó á acuitar, y á penſar en el peligroſo trance en que ſu honeſtidad ſe avia de ver. Y propuſo en ſu corazon, de no cometer alevosía á ſu ſeñora Dulcinea del Toboſo, aunque la miſma Reyna Ginebra con ſu dama Quintañona ſe le puſieſen delante. Penſando pues en eſtos diſparates, ſe llegó el tiempo, y la hora (que para el fue menguada) de la venida de la Aſturiana, la qual en camiſa, y deſcalza, cogidos los cabellos en una alvanega de fuſtan, con tacitos, y atentados paſos entró en el apoſento, donde los tres aloxavan, en buſca del harriero. Pero apenas llegó á la puerta quando Don Quixote la ſintió, y ſentandoſe en la cama á peſar de ſus bizmas, y con dolor de ſus coſtillas, tendió los brazos para recebir á ſu fermoſa donzella la Aſturiana, que toda recogida, y callando, iva con las manos delante, buſcando á ſu querido. Topó con los brazos de Don Quixote, el qual la aſió fuertemente de una muñeca, y tirandola hácia ſi (ſin que ella oſaſe hablar palabra) la hizó ſentar ſobre la cama. Tentóle luego la camiſa, y aunque ella era de harpillera, á él le pareció ſer de finiſimo, y delgado cendal. Traya en las muñecas unas cuentas de vidro, pero á él le dieron viſlumbres de precioſas perlas Orientales. Los cabellos, que en alguna manera tiravan á crines, él los marcó por hebras de lucidiſimo oro de Arabia, cuyo reſplandor al del miſmo Sol eſcurecía. Y el aliento, que ſin duda alguna olia á enſalada, fiambre, y traſnochada, á él le pareció que arrojava de ſu boca un olor ſuave, y aromatico: y finalmente él la pintó en ſu imaginacion de la miſma traza, y modo, lo que avia leido en ſus libros de la otra Princeſa, que vinó á ver el mal ferido cavallero, vencido de ſus amores, con todos los adornos que aquí van pueſtos. Y era tanta la ceguedad del pobre hidalgo que el tacto, ni el aliento, ni otras coſas que traya en ſí la buena donzella, no le deſengañavan,

las

las quales pudieran hacer vomitar á otro que no fuera harriero. Antes le parecia que tenia entre sus brazos á la diosa de la hermosura. Y teniendola bien asida, con voz amorosa, y baxa, le comenzo á decir: Quisiera hallarme en terminos, fermosa, y alta señora, de poder pagar tamaña merced, como la que con la vista de vuestra gran fermosura me avedes fecho: pero ha querido la fortuna (que no se canssa de perseguir á los buenos) ponerme en este lecho, donde yago tan molido y quebrantado, que aunque de mi voluntad quisiera satisfacer á la vuestra, fuera imposible. Y mas que se añade á esta imposibilidad otra mayor, que es la prometida fé, que tengo dada, á la sin par Dulcinea del Toboso, unica señora de mis mas escondidos pensamientos: que si esto no huviera de por medio, no fuera yo tan sandio cavallero, que dexara passar en blanco la venturosa ocasion en que vuestra gran bondad me ha puesto. Maritornes estava congoxadissima, y trasudando, de verse tan asida de Don Quixote, y sin entender ni estar atenta á las razones que le decia, procurava sin hablar palabra desasirse. El bueno del harriero, á quien tenian despierto sus malos deseos, desde el punto que entró su Coyma por la puerta la sintió: estuvo atentamente escuchando todo lo que Don Quixote decia, y zeloso de que la Asturiana le huviesse faltado la palabra por otro, se fue llegando mas al lecho de Don Quixote, y estuvose quedo hasta ver en que paravan aquellas razones que él no podia entender. Pero como vió que la moza forcejava por desasirse, y Don Quixote trabajava por tenerla: pareciendole mal la burla, enarboló el brazo en alto, y descargó tan terrible ppñada sobre las estrechas quixadas del enamorado cavallero, que le bañó toda la boca en sangre: y no contento con esto, se le subió encima de las costillas, y con los pies, mas que de trote, se las paseó todas de cabo á cabo. El lecho,

que

que era un poco endeble, y de no firmes fundamentos, no pudiendo ſufrir la añádidura del harriero, dió conſigo en el ſuelo, á cuyo gran ruydo deſpertó el ventero, y luego imaginó que devian de ſer pendencias de Maritornes, porque aviendola llamado á voces no reſpondia. Con eſta ſoſpecha ſe levantó, y encendiendo un candil, ſe fue hácia donde avia ſentido la pelaza. La moza viendo que ſu amo venia, y que era de condicion terrible, toda medroſica y alborotada, ſe acogió á la cama de Sancho Panza, que aun dormia, y allí ſe acortucó, y ſe hizo un ovillo. El ventero entró diciendo: Adonde eſtás puta? A buen ſeguro que ſon tus coſas eſtas. En eſto deſpertó Sancho, y ſintiendo aquel bulto caſi encima de sí, penſó que tenia la peſadilla, y comenzó á dar puñadas á una y otra parte, y entre otras alcanzó con no ſé quantas á Maritornes, la qual ſentida del dolor, echando á rodar la honeſtidad, dió el retorno á Sancho con tantas, que á ſu deſpecho le quitó el ſueño: el qual viendoſe tratar de aquella manera, y ſin ſaber de quien, alzandoſe como pudo, ſe abrazó con Maritornes, y comenzaron entre los dos la mas reñida, y gracioſa eſcaramuza del mundo. Viendo pues el harriero á la lumbre del candil del ventero, qual andava ſu dama, dexando á Don Quixote, acudió á dalle el ſocorro neceſario: lo miſmo hizó el ventero, pero con intencion diferente: porque fue á caſtigar á la moza, creyendo ſin duda, que ella ſola era la ocaſion de toda aquella armonia. Y así como ſuele decirſe, el gato al rato, el rato á la cuerda, la cuerda al palo: dava el harriero á Sancho, Sancho á la moza, la moza á el, el ventero á la moza, y todos menudeavan con tanta prieſa, que no ſe davan punto de repoſo: y fue lo bueno, que al ventero ſe le apagó el candil, y como quedaron aſcuras, davanſe tan ſin compaſion todos á bulto, que á do quiera que ponian la mano, no dexavan coſa ſana. Aloxava á caſo

caſo aquella noche en la venta un quadrillero, de los que llaman de la Santa Hermandad vieja de Toledo, el qual oyendo así miſmo el eſtraño eſtruendo de la peléa, aſió de ſu media vara, y de la caxa de lata de ſus titulos, y entró aſcuras en el aposento, diciendo: Tenganſe á la juſticia, tenganſe á la Santa Hermandad. Y el primero con quien topó, ſue con el apuñeado de Don Quixote, que eſtava en ſu derribado lecho, tendido boca arriba ſin ſentido alguno, y echandole á tiento mano á las barbas, no ceſava de decir: Favor á la juſticia: pero viendo que él que tenia aſido, no ſe bullia, ni meneava, ſe dió á entender que eſtava muerto, y que los que alli dentro eſtavan eran ſus matadores: y con eſta ſoſpecha, reforzó la voz, diciendo: Cierreſe la puerta de la venta, miren no ſe vaya nadie, que han muerto aquí á un hombre. Eſta voz ſobreſaltó á todos, y cada qual dexó la pendencia en el grado que le tomó la voz. Retiróſe el ventero á ſu aposento, el harriero á ſus enxalmas, la moza á ſu rancho: ſolos los deſventurados, Don Quixote, y Sancho, no ſe pudieron mover de donde eſtavan. Soltó en eſto el quadrillero la barba de Don Quixote, y ſalió á buſcar luz para buſcar, y prender los delinquentes, mas no la halló, porque el ventero de induſtria avia muerto la lampara, quando ſe retiró á ſu eſtancia, y fuele forzoſo acudir á la chimenea, donde con mucho trabajo, y tiempo encendió el quadrillero otro candil.

Cap.

Cap. XVII. Donde se prosiguen los inumerables trabajos, que el bravo Don Quixote, y su buen escudero Sancho Panza pasaron en la venta, que por su mal pensó que era Castillo.

AVIA ya buelto en este tiempo de su parasismo Don Quixote, y con el mismo tono de voz con que el dia antes avia llamado á su escudero, quando estava tendido en el val de las estacas, le comenzó á llamar, diciendo: Sancho amigo duermes? Duermes amigo Sancho? Que tengo de dormir, pesia á mi, respondió Sancho lleno de pesadumbre, y de despecho, que no parece sino que todos los diablos han andado conmigo esta noche. Puedes lo creer así sin duda, respondió Don Quixote: porque ó yo sé poco, ó este castillo es encantado. Porque has de saber, mas esto que aora quiero decirte hasme de jurar que lo tendras secreto hasta despues de mi muerte. Si juro, respondió Sancho. Digolo, replicó Don Quixote, porque soy enemigo de que se quite la honra á nadie. Digo que si juro, tornó á decir Sancho, que lo callaré hasta despues de los dias de vuestra merced, y plega á Dios que lo pueda descubrir mañana. Tan malas obras te hago Sancho, respondió Don Quixote, que me querrias ver muerto con tanta brevedad? No es por eso, respondió Sancho, sino por que soy enemigo de guardar mucho las cosas, y no querria que se me pudriesen de guardadas. Sea por lo que fuere, dixó Don Quixote, que mas fio de tu amor, y de tu cortesia: y así has de saber, que esta noche me há sucedido una de las mas estrañas aventuras, que yo sabré encarecer, y por contartela en breve, sabras, que poco há

que

que á mí vinó la hija del ſeñor deſte caſtillo, que es la mas apueſta y fermoſa donzella, que en gran parte de la tierra ſe puede hallar, Que te podria decir del adorno de ſu perſona? Que de ſu gallardo entendimiento? Que de otras coſas ocultas, que por guardar la fé que devo á mi ſeñora Dulcinea del Toboſo, dexare paſar intactas, y en ſilencio? Solo te quiero decir, que embidioſo el cielo de tanto bien, como la ventura me avia pueſto en las manos, O quiza (y eſto es lo mas cierto) que como tengo dicho, es encantado eſte caſtillo, al tiempo que yo eſtava con ella en dulciſimos, y amoroſiſimos coloquios, ſin que yo la vieſe, ni ſupieſe por donde venia, vinó una mano pegada á algun brazo de algun deſcomunal Gigante, y aſentóme una puñada en las quixadas, tal, que las tengo todas bañadas en ſangre, y deſpues me molió de tal ſuerte, que eſtoy peor que ayer quando los harrieros, que por demaſias de Rozinante, nos hizieron el agravio que ſabes. Por donde conjeturo, que el teſoro de la fermoſura deſta donzella, le deve de guardar algun encantado Moro, y no deve de ſer para mí. Ni para mí tampoco, reſpondió Sancho, porque mas de quatrocientos Moros me han aporreado de manera, que el molimiento de las eſtacas fue tortas y pan pintado. Pero digame ſeñor: Como llama á eſta buena y rara aventura, aviendo quedado della qual quedamos? Aun vueſtra merced menos mal, pues tuvo en ſus manos aquella incomparable fermoſura que ha dicho. Pero yo que tuve, ſino los mayores porrazos que pienſo recebir en toda mi vida? Deſdichado de mi, y de la madre que me parió, que ni ſoy cavallero andante, ni lo pienſo ſer jamas, y de todas las malandanzas me cabe la mayor parte. Luego tambien eſtás tu aporreado, reſpondió Don Quixote? No le he dicho que sí, peſe á mi linage? dixó Sancho. No tengas pena amigo, dixó Don Quixote, que yo haré aora el balſamo precioſo, con que ſanaremos en un abrir y

cerrar de ojos. Acabó en eſto de encender el candil el quadrillero, y entró á ver él que penſava que era muerto, y así como le vió entrar Sancho, viendole venir en camiſa, y con ſu paño de cabeza, y candil en la mano, y con una muy mala cara, preguntó á ſu amo: Señor, ſi ſerá eſte á dicha el Moro encantado que nos buelve á caſtigar, ſi ſe dexó algo en el tintero? No puede ſer el Moro, reſpondió Don Quixote, porque los encantados no ſe dexan ver de nadie. Sino ſe dexan ver, dexanſe ſentir, dixó Sancho, ſino diganlo mis eſpaldas. Tambien lo podrian decir las mias, reſpondió Don Quixote, pero no es baſtante indicio eſe, para creer, que eſte que ſe vee ſea el encantado Moro. Llegó el quadrillero, y como los halló hablando en tan ſoſegada converſacion, quedó ſuſpenſo. Bien es verdad, que aun Don Quixote ſe eſtava boca arriba, ſin poderſe menear de puro molido, y emplaſtado. Llegóſe á él el quadrillero, y dixole: Pues, como va buen hombre? Hablara yo mas bien criado, reſpondió Don Quixote, ſi fuera que vos. Uſaſe en eſta tierra hablar deſa ſuerte á los cavalleros andantes, majadero? El quadrillero que ſe vió tratar tan mal de un hombre de tan mal parecer, no lo pudó ſufrir, y alzando el candil con todo ſu azeyte, dió á Don Quixote con el en la cabeza, de ſuerte que le dexó muy bien deſcalabrado, y como todo quedó á eſcuras, ſalióſe luego. Y Sancho Panza dixó: Sin duda ſeñor, que eſte es el Moro encantado, y deve de guardar el teſoro para otros, y para noſotros ſolo guarda las puñadas, y los candilazos. Así es, reſpondió Don Quixote, y no ay que hacer caſo deſtas coſas de encantamentos, ni ay para que tomar colera, ni enojo con ellas, que como ſon inviſibles y fantaſticas, no hallaremos de quien vengarnos, aunque mas lo procuremos. Levantate Sancho ſi puedes, y llama al alcayde deſta fortaleza, y procura que ſe me dé un poco de azeyte, vino, ſal, y romero, para hacer el ſalutifero balſamo, que

en verdad que creo que lo he bien meneſter aora, porque ſe me va mucha ſangre de la herida que eſta fantaſma me ha dado. Levantóſe Sancho con harto dolor de ſus hueſos, y fue aſcuras donde eſtava el ventero, y encontrandoſe con el quadrillero, que eſtava eſcuchando en que parava ſu enemigo, le dixó: Señor quien quiera que ſeays, hacednos merced, y beneficio, de darnos un poco de romero, azeite, ſal y vino, que es meneſter para curar uno de los mejores cavalleros andantes que ay en la tierra, el qual yace en aquella cama mal ferido por las manos del encantado Moro, que eſtá en eſta venta. Quando el quadrillero tal oyó, tuvole por hombre falto de ſeſo. Y porque ya comenzava á amanecer, abrió la puerta de la venta, y llamando al ventero, le dixó lo que aquel buen hombre queria. El ventero le proveyó de quanto quiſó, y Sancho ſe lo llevó á Don Quixote, que eſtava con las manos en la cabeza, quexandoſe del dolor del candilazo, que no le avia hecho mas mal, que levantarle dos chichones algo crecidos: y lo que el penſava que era ſangre, no era ſino ſudor que ſudava con la congoxa de la paſada tormenta. En reſolucion, él tomó ſus ſimples, de los quales hizó un compueſto, mezclandolos todos, y cociendolos un buen eſpacio, haſta que le pareció que eſtava en ſu punto. Pidió luego alguna redoma para echallo, y como no la huvo en la venta, ſe reſolvió de ponello en una alcuza, ó azeytera de hoja de lata, de quien el ventero le hizó grata donacion. Y luego dixó ſobre la alcuza mas de ochenta Pater noſtres, y otras tantas Ave Marias, Salves, y Credos, y á cada palabra acompañava una cruz á modo de bendicion: á todo lo qual ſe hallaron preſentes, Sancho, el ventero, y quadrillero, que ya el harriero ſoſegadamente andava entendiendo en el beneficio de ſus machos. Hecho eſto, quiſó el miſmo hacer luego la eſperiencia de la virtud de aquel precioſo balſamo que él ſe imaginava: y así ſe bevió de lo que no

pudó caber en la alcuza, y quedava en la olla donde ſe avia cocido caſi media azumbre, y apenas lo acabó de bever, quando comenzó á vomitar de manera, que no le quedó coſa en el eſtomago, y con las anſias, y agitacion del vomito, le dió un ſudor copioſiſimo, por lo qual mandó que le arropaſen, y le dexaſen ſolo. Hicieronlo aſí, y quedóſe dormido mas de tres horas, al cabo de las quales deſpertó, y ſe ſintió aliviadiſimo del cuerpo, y en tal manera mejor de ſu quebrantamiento, que ſe tuvo por ſano. Y verdaderamente creyó que avia acertado con el balſamo de Fierabras, y que con aquel remedio, podia acometer deſde alli adelante ſin temor alguno, qualeſquiera ruinas, batallas, y pendencias, por peligroſas que fueſen.

Sancho Panza, que tambien tuvo á milagro la mejoria de ſu Amo, le rogó que le dieſe á él lo que quedava en la olla, que no era poca cantidad. Concedióſelo Don Quixote, y él tomandola á dos manos, con buena fé, y mejor talante, ſe la echó á pechos, y envaſó bien poco menos que ſu Amo. Es pues el caſo, que el eſtomago del pobre Sancho, no devia de ſer tan delicado como el de ſu Amo, y aſí primero que vomitaſe le dieron tantas anſias, y vaſcas, con tantos traſudores, y deſmayos, que el penſó bien y verdaderamente, que era llegada ſu ultima hora: y viendoſe tan afligido, y congoxado, maldecia el balſamo, y al ladron que ſe lo avia dado. Viendole aſí Don Quixote, le dixó: Yo creo Sancho que todo eſte mal te viene de no ſer armado cavallero: porque tengo para mí, que eſte licor no deve de aprovechar á los que no lo ſon. Si eſo ſabia vueſtra merced, replicó Sancho, mal aya yo, y toda mi parentela, para que conſintió que lo guſtaſe? En eſto hizó ſu operacion el brevage, y comenzó el pobre eſcudero á deſaguarſe por entrambas canales, con tanta prieſa, que la eſtera de enea ſobre quien ſe avia buelto á echar, ni la manta de angeo con

que

que se cubria, fueron mas de provecho. Sudava, y trasudava con tales parasismos, y accidentes, que no solamente él, sino todos pensaron que se le acabava la vida. Duróle esta borrasca, y mala andanza casi dos horas, al cabo de las quales no quedó como su Amo, sino tan molido, y quebrantado, que no se podia tener. Pero Don Quixote, que como se ha dicho, se sintió aliviado y sano, quisó partirse luego á buscar aventuras, pareciendole que todo el tiempo que alli se tardava, era quitarsele al mundo, y á los en el menesterosos de su favor y amparo: y mas con la seguridad, y confianza que llevava en su balsamo: y así forzado deste deseo, él mismo ensilló á Rozinante, y enalbardó al jumento de su escudero, á quien tambien ayudó á vestir, y á subir en el asno. Pusóle luego á cavallo, y llegandose á un rincon de la venta, asió de un lanzon que alli estava, para que le sirviese de lanza. Estavanle mirando todos quantos avía en la venta, que pasavan de mas de veinte personas: miravale tambien la hija del ventero, y él tambien no quitava los ojos della, y de quando en quando arrojava un suspiro, que parecia que lo arrancava de lo profundo de sus entrañas, y todos pensavan que devia de ser del dolor que sentia en las costillas, alomenos pensavanlo aquellos que la noche antes le avian visto bizmar. Ya que estuvieron los dos á cavallo, puesto á la puerta de la venta, llamó al ventero, y con voz muy reposada y grave, le dixó: Muchas y muy grandes son las mercedes, señor Alcayde, que en este vuestro castillo he recebido, y quedo obligadisimo á agradeceroslas todos los dias de mi vida. Si os las puedo pagar en haceros vengado de algun sobervia que os aya fecho algun agravio, sabed que mi oficio no es otro sino valer á los que poco pueden, y vengar á los que reciben tuertos, y castigar alevosías. Recorred vuestra memoria, y si hallays alguna cosa deste jaez que encomendarme, no ay sino decilla, que yo os prometo, por la orden de cavallero

que

que recebi, de faceros ſatisfecho, pagado, á toda vueſtra voluntad. El ventero le reſpondió con el miſmo ſoſiego: Señor cavallero, yo no tengo neceſidad de que vueſtra merced me vengue ningun agravio, porque yo ſé tomar la venganza que me parece, quando ſe me hacen. Solo he meneſter que vueſtra merced me pague el gaſto que eſta noche ha hecho en la venta, así de la paja, y cevada de ſus dos beſtias, como de la cena, y camas. Luego venta es eſta? Replicó Don Quixote. Y muy honrada, reſpondió el ventero. Engañado he vivido haſta aquí, reſpondió Don Quixote, que en verdad que penſe que era caſtillo, y no malo: pero pues es así, que no es caſtillo ſino venta: lo que ſe podra hacer por aora es, que perdoneys por la paga, que yo no puedo contravenir á la orden de los cavalleros andantes: de los quales ſé cierto (ſin que haſta aora aya leido coſa en contrario) que jamas pagaron poſada, ni otra coſa, en venta donde eſtuvieſen. Porque ſe les deve de fuero, y de derecho, qualquier buen acogimiento que ſe les hiciere, en pago del inſufrible trabajo que padecen, buſcando las aventuras de noche, y de dia, en invierno, y en verano, á pie, y á cavallo, con ſed, y con hambre, con calor, y con frio, ſugetos á todas las inclemencias del cielo, y á todos los incomodos de la tierra. Poco tengo yo que ver en eſo, reſpondió el ventero, pagueſeme lo que ſe me deve, y dexemonos de cuentos, ni de cavallerias, que yo no tengo cuenta con otra coſa, que con cobrar mi hacienda. Vos ſoys un ſandio, y mal hoſtalero, reſpondió Don Quixote, y poniendo piernas á Rozinante, y terciando ſu lanzon ſe ſalió de la venta ſin que nadie le detuvieſe: y él ſin mirar ſi le ſeguia ſu eſcudero, ſe alongó un buen trecho.

El ventero que le vió ir, y que no le pagava, acudió á cobrar de Sancho Panza, el qual dixó, que pues ſu ſeñor no avia querido pagar, que tampoco él pagaria, porque ſiendo él eſcudero de cavallero

vallero andante como era, la miſma regla, y razon corria por él, como por ſu Amo, en no pagar coſa alguna, en los meſones, y ventas. Amohinóſe mucho deſto el ventero, y amenazóle, que ſino le pagava, que lo cobraria de modo que le peſaſe. A lo qual Sancho reſpondió, que por la ley de cavalleria que ſu Amo avia recebido, no pagaría un ſolo cornado, aunque le coſtaſe la vida, porque no avia de perder por él la buena, y antigua uſanza de los cavalleros andantes, ni ſe avian de quexar de los eſcuderos de los tales, que eſtavan por venir al mundo, reprochandole el quebrantamiento de tan juſto fuero. Quiſó la mala ſuerte del deſdichado Sancho, que entre la gente que eſtava en la venta, ſe hallaſen quatro perayles de Segovia, tres agujeros del potro de Cordova, y dos vecinos de la heria de Sevilla, gente alegre, bien intencionada, maleante, y juguetona, los quales caſi como inſtigados, y movidos de un miſmo eſpiritu, ſe llegaron á Sancho, y apeandole del aſno, uno dellos entró por la manta de la cama del hueſped: y echandole en ella, alzaron los ojos, y vieron que el techo era algo mas baxo de lo que avian meneſter para ſu obra, y determinaron ſalirſe al corral, que tenia por limite el cielo. Y alli pueſto Sancho en mitad de la manta, comenzaron á levantarle en alto, y á holgarſe con él, como con perro por carneſtolendas. Las voces que el miſero manteado dava, fueron tantas, que llegaron á los oidos de ſu Amo: el qual deteniendoſe á eſcuchar atentamente, creyó, que alguna nueva aventura le venía, haſta que claramente conoció que él que gritava era ſu eſcudero, y bolviendo las riendas con un penado galope llegó á la venta, y hallandola cerrada la rodeó, por ver ſi hallava por donde entrar. Pero no huvo llegado á las paredes del corral (que no eran muy altas) quando vió el mal juego que ſe le hacía á ſu eſcudero. Vióle baxar y ſubir por el ayre, con tanta gracia, y preſteza, que ſi la colera le

dexara,

dexara, tengo para mí que ſe riéra. Provó á ſubir deſde el cavallo á las bardas, pero eſtava tan molido y quebrantado, que aun apearſe no pudó: y así deſde encima del cavallo comenzó á decir tantos denueſtos, y baldones á los que á Sancho manteavan, que no es poſible acertar á eſcrevillos, mas no por eſto ceſavan ellos de ſu riſa, y de ſu obra, ni el bolador Sancho dexava ſus quexas, mezcladas ya con amenazas, ya con ruegos, mas todo aprovechava poco, ni aprovechó, haſta que de puro canſados le dexaron. Truxeronle alli ſu aſno, y ſubiendole encima, le arroparon con ſu gavan. Y la compaſiva de Maritornes, viendole tan fatigado, le pareció ſer bien ſocorrelle con un jarro de agua, y así ſe le truxó del pozo, por ſer mas frio. Tomole Sancho, y llevandole á la boca, ſe paró á las voces que ſu Amo le dava, diciendo: Hijo Sancho no bevas agua, hijo no la bevas, que te matará, ves aquí tengo el ſantiſimo balſamo (y enſeñavale la alcuza del brevage) que con dos gotas que del bevas ſanarás ſin duda. A eſtas voces bolvió Sancho los ojos como de traves, y dixó con otras mayores: Por dicha haſele olvidado á vueſtra merced, como yo no ſoy cavallero, ó quiere que acabe de vomitar las entrañas, que me quedaron de á noche? Guardeſe ſu licor con todos los diablos, y dexeme á mí. Y el acabar de decir eſto, y el comenzar á bever, todo fue uno: mas como al primer trago vió que era agua, no quiſó paſar adelante, y rogó á Maritornes que ſe le truéſe de vino: y así lo hizó ella de muy buena voluntad, y lo pagó de ſu miſmo dinero, porque en efecto ſe dice della, que aunque eſtava en aquel trato, tenia unas ſombras, y lexos de Chriſtiana. Así como bevió Sancho, dió de los carcaños á ſu aſno, y abriendole la puerta de la venta de par en par, ſe ſalió della muy contento de no aver pagado nada, y de aver ſalido con ſu intencion, aunque avia ſido á coſta de ſus acoſtumbrados fiadores, que eran

ſus

ſus eſpaldas. Verdad es, que el ventero ſe quedó con ſus alforjas, en pago de lo que ſe le devia: mas Sancho no las echó menos, ſegun ſalió turbado. Quiſó el ventero atrancar bien la puerta, así como le vió fuera, mas no lo conſintieron los manteadores, que era gente, que aunque Don Quixote fuera verdaderamente de los cavalleros andantes de la Tabla Redonda, no le eſtimaran en dos ardites.

Cap. XVIII. Donde ſe cuentan las razones que pasó Sancho Panza con ſu ſeñor Don Quixote, con otras Aventuras dignas de ſer contadas.

LLEGO Sancho á ſu Amo, marchito, y deſmayado, tanto que no podia harrear á ſu jumento. Quando así le vió Don Quixote, le dixó: Aora acabo de creer, Sancho el bueno, que aquel caſtillo, ó venta, es encantado ſin duda, porque aquellos que tan atrozmente tomaron paſatiempo contigo, que podian ſer ſino fantaſmas, y gente del otro mundo? Y confirmo eſto, por aver viſto, que quando eſtava por las bardas del corral mirando los actos de tu triſte tragedia, no me fue poſible ſubir por ellas, ni menos pude apearme de Rozinante, porque me devian de tener encantado: que te juro por la fé de quien ſoy, que ſi pudiera ſubir, ó apearme, que yo te hiciera vengado de manera, que aquellos follones, y Malandrines, ſe acordaran de la burla para ſiempre, aunque en ello ſupiera contravenir á las leyes de cavalleria, que como ya muchas veces te he dicho, no conſienten que cavallero ponga mano contra quien no lo ſea, ſino fuere en defenſa de ſu propia vida, y perſona, en caſo de urgente, y gran neceſidad.

Tambien me vengara yo ſi pudiera, fuera, ó no fuera armado cavallero, pero no pude: aunque tengo para mi, que aquellos que ſe holgaron conmigo, no eran fantaſmas, ni hombres encantados, como vueſtra merced dice, ſino hombres de carne, y de hueſo, como noſotros: y todos ſegun los oy nombrar, quando me bolteavan, tenian ſus nombres, que el uno ſe llamava Pedro Martinez, y el otro Tenorio Hernandez; y el ventero oy que ſe llamava Iuan Palomeque el Zurdo. Así que ſeñor, el no poder ſaltar las bardas del corral, ni apearſe del cavallo, en al eſtuvo, qne en encantamentos. Y lo que yo ſaco en limpio de todo eſto es, que eſtas aventuras que andamos buſcando, al cabo, al cabo, nos han de traer á tantas deſventuras, que no ſepamos qual es nueſtro pie derecho. Y lo que ſeria mejor, y mas acertado, ſegun mi poco entendimiento, fuera el bolvernos á nueſtro lugar, aora que es tiempo de la ſiega, y de entender en la hacienda, dexandonos de andar de ceca en meca, y de zoca en colodra, como dicen. Que poco ſabes Sancho, reſpondió Don Quixote, de achaque de cavalleria! calla, y ten paciencia, que dia vendra, donde veas por viſta de ojos, quan honroſa coſa es andar en eſte exercicio. Sino dime, que mayor contento puede aver en el mundo, ó que guſto puede igualarſe al de vencer una batalla, y al de triunfar de ſu enemigo? Ninguno ſin duda alguna. Así deve de ſer, reſpondió Sancho, pueſto que yo no lo ſé. Solo ſé, que deſpues que ſomos cavalleros andantes, ó vueſtra merced lo es (que yo no ay para que me cuente en tan honroſo numero) jamas hemos vencido batalla alguna, ſino fue la del Vizcayno, y aun de aquella ſalió vueſtra merced con media oreja, y media zelada menos, que deſpues acá todo ha ſido palos, y mas palos, puñadas, y mas puñadas, llevando yo de ventaja el manteamiento, y averme ſucedido por perſonas encantadas, de quien no puedo vengarme, para ſaber haſta

donde

donde llega el gusto del vencimiento del enemigo, como vuestra merced dice. Esa es la pena que yo tengo, y la que tu deves tener Sancho, respondió Don Quixote: pero de aqui adelante, yo procuraré aver á las manos alguna espada hecha por tal maestria, que al que la truxere consigo, no le puedan hacer ningun genero de encantamentos. Y aun podria ser que me deparase la ventura aquella de Amadis, quando se llamava el cavallero de la ardiente espada, que fue una de las mejores espadas que tuvo cavallero en el mundo: porque fuera que tenia la virtud dicha, cortava como una navaja, y no avia armadura por fuerte, y encantada que fuese, que se le parase delante. Yo soy tan venturoso, dixó Sancho, que quando eso fuese, y vuestra merced viniese á hallar espada semejante, solo vendria á servir, y aprovechar á los armados cavalleros, como el balsamo, y á los escuderos que se los papen duelos. No temas eso Sancho, dixó Don Quixote, que mejor lo hará el cielo contigo.

En estos coloquios ivan Don Quixote, y su escudero: quando vió Don Quixote, que por el camino que ivan, venia hacia ellos una grande, y espesa polvareda, y en viendola se bolvió á Sancho, y le dixó: Este es el dia, ó Sancho, en el qual se ha de ver el bien que me tiene guardado mi suerte. Este es el dia digo, en que se ha de mostrar tanto como en otro alguno, el valor de mi brazo, y en el que tengo de hacer obras que queden escritas en el libro de la fama, por todos los venideros siglos. Ves aquella polvareda, que alli se levanta Sancho? Pues toda esquaxada de un copiosisimo exercito, que de diversas é inumerables gentes por alli viene marchando. A esa cuenta dos deven de ser, dixó Sancho, porque desta parte contraria se levanta así mismo otra semejante polvareda. Bolvió á mirarlo Don Quixote, y vió que así era la verdad: y alegrandose sobremanera, pensó sin duda alguna, que eran dos ex-

ercitos que venian á enveſtirſe, y á encontrarſe en mitad de aquella eſpacioſa llanura. Porque tenia á todas horas, y momentos llena la fantaſia de aquellas batallas, encantamentos, ſuceſos, deſatinos, amores, deſafios, que en los libros de cavallerias ſe cuentan: y todo quanto hablava penſava, ó hacía, era encaminado á coſas ſemejantes, y la polvareda que avia viſto, la levantavan dos grandes manadas de ovejas y carneros, que por aquel miſmo camino, de dos diferentes partes venian, las quales con el polvo no ſe echaron de ver, haſta que llegaron cerca. Y con tanto ahinco afirmava Don Quixote, que eran exercitos, que Sancho lo vinó á creer, y á decirle: Señor, pues que hemos de hacer noſotros? Que? dixó Don Quixote, favorecer, y ayudar á los meneſteroſos, y deſvalidos. Y has de ſaber Sancho, que eſte que viene por nueſtra frente, le conduce, y guia el grande Emperador Alifanfaron, ſeñor de la grande Iſla Trapobana: eſte otro que á mis eſpaldas marcha, es el de ſu enemigo el Rey de los Garamantas, Pentapolin del arremangado brazo, porque ſiempre entra en las batallas con el brazo derecho deſnudo. Pues porque ſe quieran tan mal eſtos dos ſeñores, preguntó Sancho? Quierenſe mal, reſpondió Don Quixote, porque eſte Alifanfaron es un furibundo Pagano, y eſtá enamorado de la hija de Pentapolin, que es una muy fermoſa, y ademas agraciada ſeñora, y es Chriſtiana, y ſu padre no ſe la quiere entregar al Rey Pagano, ſino dexa primero la ley de ſu falſo Profeta Mahoma, y ſe buelve á la ſuya. Para mis barbas, dixó Sancho, ſino hace muy bien Pentapolin, y que le tengo de ayudar en quanto pudiere. En eſo harás lo que deves Sancho, dixó Don Quixote, porque para entrar en batallas ſemejantes, no ſe requiere ſer armado cavallero. Bien ſe me alcanza eſo, reſpondió Sancho: pero donde pondremos á eſte aſno, que eſtemos ciertos de hallarle deſpues de paſada la refriega, porque

en entrar en ella en semejante cavalleria, no creo que esta en uso hasta aora. Así es verdad, dixó Don Quixote, lo que puedes hacer del es, dexarle á sus aventuras, aora se pierda, ó no, porque serán tantos los cavallos que tendremos despues que salgamos vencedores, que aun corre peligro Rozinante, no le trueque por otro. Pero estame atento, y mira que te quiero dar cuenta de los cavalleros mas principales que en estos dos exercitos vienen. Y para que mejor los veas, y notes, retiremonos á aquel altillo qué alli se hace, de donde se deven de descubrir los dos exercitos. Hicieronlo así, y pusieronse sobre una loma, desde la qual se verian bien las dos manadas, que á Don Quixote se le hicieron exercito, si las nubes del polvo que levantavan no les turbara, y cegara la vista: pero con todo esto, viendo en su imaginacion lo que no veya, ni avia, con voz levantada comenzó á decir.

Aquel cavallero que alli ves, de las armas jaldes, que trae en el escudo un leon coronado, rendido á los pies de una donzella, es el valeroso Laurcalco, señor de la puente de Plata: el otro de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Micocolembo, gran Duque de Quirocia: el otro de los miembros Giganteos, que está á su derecha mano, es el nunca medroso Brandabarbaran de Boliche, señor de las tres Arabias, que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo una puerta, que segun es fama, es una de las del templo, que derribó Sanson, quando con su muerte se vengó de sus enemigos. Pero buelve los ojos á estotra parte, y veras delante, y en la frente destotro exercito, al siempre vencedor, y jamas vencido, Timonel de Carcajona, principe de la nueva Vizcaya, que viene armado con las armas partidas á quarteles, azules, verdes, blancas, y amarillas, y trae en el escudo un gato de oro en campo leonado, con una letra que dice, Miu, que es el

principio

principio del nombre de ſu dama, que, ſegun ſe dice, es la ſin par Miulina, hija del Duque Alfeñiquen del Algarve. El otro que carga, y oprime los lomos de aquella poderoſa Alfana, que trae los armas como nieve blancas, y el eſcudo blanco, y ſin empreſa alguna, es un cavallero novel de nacion Frances, llamado Pierres Papin, ſeñor de las Baronias de Utrique: el otro que bate las hijadas con los herrados carcaños á aquella pintada, y ligera cebra y trae las armas de los veros azules, es el poderoſo Duque de Nerbia, Eſpartafilardo del Boſque, que trae por empreſa en el eſcudo una eſparraguera, con una letra en Caſtellano, que dice así, Raſtrea mi ſuerte. Y deſta manera ſue nombrando muchos cavalleros del uno, y del otro eſquadron que él ſe imaginava: y á todos les dió ſus armas, colores, empreſas, y motes de improviſo, llevado de la imaginacion de ſu nunca viſta locura, y ſin parar, proſiguió diciendo: A eſte eſquadron frontero forman y hacen gentes de diverſas naciones; aquí eſtan los que beven las dulces aguas del famoſo Xanto, los Montuoſos que piſan los Maſilicos campos: los que criban el finiſimo, y menudo oro en la felice Arabia: los que gozan las famoſas, y freſcas riberas del claro Termodonte: los que ſangran por muchas, y diverſas vias al dorado Pactolo: los Numidas dudoſos en ſus promeſas: los Perſas en arcos, y flechas famoſos: los Partos, los Medos, que pelean huyendo: los Arabes de mudables caſas: los Citas tan crueles como blancos: los Etiopes de horadados labios, y otras infinitas naciones, cuyos roſtros conozco y veo, aunque de los nombres no me acuerdo. En eſtotro eſquadron vienen los que beven las corrientes criſtalinas del olivifero Betis, los que terſan, y pulen ſus roſtros con el licor del ſiempre rico, y dorado Tajo: los que gozan las provechoſas aguas del divino Genil: los que piſan los Tarteſios campos de paſtos abundantes: los que ſe alegran en los Eliſeos Xerezanos prados:

los

los Manchegos ricos, y coronados de rubias eſpigas: los de hierro veſtidos, reliquias antiguas de la ſangre Goda: los que en Piſuerga ſe bañan, famoſo por la manſedumbre de ſu corriente, los que ſu ganado apacientan en las eſtendidas deheſas del tortuoſo Guadiana, celebrado por ſu eſcondido curſo: los que tiemblan con el frio del ſilvoſo Pirineo, y con los blancos copos del levantado Apenino. Finalmente, quantos toda la Europa en sí contiene y encierra. Valame Dios, y quantas provincias dixó, quantas naciones nombró, dandole á cada una con maravilloſa preſteza los atributos que le pertenecian, todo abſorto, y empapado en lo que avia leido en ſus libros mentiroſos! Eſtava Sancho Panza colgado de ſus palabras ſin hablar ninguna, y de quando en quando bolvia la cabeza á ver ſi veya los cavalleros, y Gigantes que ſu Amo nombrava: y como no deſcubria á ninguno, le dixó: Señor, encomiendo al diablo hombre ni Gigante, ni cavallero de quantos vueſtra merced dice, parece por todo eſto alomenos yo no los veo, quiza todo deve ſer encantamento, como las fantaſmas de á noche. Como dices eſo, reſpondió Don Quixote? No oyes el relinchar de los cavallos, el tocar de los clarines, el ruido de los atambores? No oigo otra coſa, reſpondió Sancho, ſino muchos balidos de ovejas y carneros: y aſí era la verdad, porque ya llegavan cerca los dos rebaños. El miedo que tienes, dixó Don Quixote, te hace, Sancho, que ni veas, ni oyas á derechas. Porque uno de los efetos del miedo es, turbar los ſentidos, y hacer que las coſas no parezcan lo que ſon: y ſi es que tanto temes, retirate á una parte, y dexame ſolo, que ſolo baſto á dar la vitoria á la parte á quien yo diere mi ayuda: y diciendo eſto, puſó las eſpuelas á Rozinante, y pueſta la lanza en el riſtre, baxó de la coſtezuela como un rayo. Dióle voces Sancho, diciendole: Buelvaſe vueſtra merced ſeñor Don Quixote, que voto á Dios que ſon carneros, y ovejas las que va.

va á enveſtir. Buelvaſe, deſdichado del padre que me engendró, que locura es eſta? Mire que no ay Gigante, ni cavallero alguno, ni gatos, ni armas, ni eſcudos partidos, ni enteros; ni veros azules, ni endiablados: que es lo que hace, pecador ſoy yo á Dios? Ni por eſas bolvió Don Quixote, antes en altas vozes iva diciendo: Ea cavalleros, los que ſeguis, y militays debaxo de las vanderas del valeroſo Emperador Pentapolin del arremangado brazo, ſeguidme todos, vereys quan facilmente le doy venganza de ſu enemigo Alifanfaron de la Trapobana. Eſto diciendo ſe entró por medio del eſquadron de las ovejas, y comenzó de alanceallas con tanto corage, y denuedo, como ſi de veras alanceara á ſus mortales enemigos. Los paſtores, y ganaderos, que con la manada venian, davanle voces, que no hicieſe aquello, pero viendo que no aprovechavan, deſciñeronſe las hondas, y comenzaron á ſaludalle los oidos con piedras como el puño. Don Quixote no ſe curava de las piedras, antes diſcurriendo á todas partes decia. Adonde eſtás ſobervio Alifanfaron, vente á mí, que un cavallero ſolo ſoy, que deſea de ſolo á ſolo provar tus fuerzas, y quitarte la vida, en pena de la que das al valeroſo Pentapolin Garamanta. Llegó en eſto una peladilla de arroyo, y dandole en un lado le ſepultó dos coſtillas en el cuerpo. Viendoſe tan mal trecho, creyó ſin duda que eſtava muerto, ó mal ferido; y acordandoſe de ſu licor, ſacó ſu alcuza, y puſoſela á la boca, y comenzó á echar licor en el eſtomago: mas antes que acabaſe de envaſar lo que á él le parecia que era baſtante, llegó otra almendra y dióle en la mano, y en el alcuza tan de lleno, que ſe la hizo pedazos, llevandole de camino tres ó quatro dientes, y muelas de la boca, y machucandole malamente dos dedos de la mano. Tal fue el golpe primero, y tal el ſegundo, que le fue forzoſo al pobre cavallero, dar conſigo del cavallo abaxo. Llegaronſe á él los paſtores, y creyeron que le avian muerto. Y así

con

con mucha priesa recogieron su ganado, y cargaron de las reses muertas, que pasavan de siete, y sin averiguar otra cosa se fueron. Estavase todo este tiempo Sancho sobre la cuesta, mirando las locuras que su Amo hacía, y arrancavase las barbas, maldiciendo la hora, y el punto en que la fortuna se le avia dado á conocer. Viendole pues caido en el suelo, y que ya los pastores se avian ido, baxó de la cuesta, y llegóse á él, y hallóle de muy mal arte, aunque no avia perdido el sentido, y dixole: No le decia yo, señor Don Quixote, que se bolviese, que los que iva á acometer no eran exercitos, sino manadas de carneros? Como eso puede desparecer, y contrahacer aquel ladron del sabio mi enemigo. Sabete Sancho que es muy facil cosa á los tales hacernos parecer lo que quieren, y este maligno que me persigue, embidioso de la gloria que vió que yo avia de alcanzar desta batalla, ha buelto los esquadrones de enemigos en manadas de ovejas. Sino haz una cosa, Sancho, por mi vida, porque te desengañes y veas ser verdad lo que te digo, sube en tu asno, y siguelos bonitamente, y veras como en alexandose de aqui algun poco, se buelven en su ser primero, y dexando de ser carneros, son hombres hechos y derechos, como yo te los pinté primeró. Pero no vayas ahora, que he menester tu favor, y ayuda: llegate á mi, y mira quantas muelas, y dientes me faltan, que me parece que no me ha quedado ninguno en la boca. Llegóse Sancho tan cerca, que casi le metia los ojos en la boca, y fue á tiempo que ya avia obrado el balsamo en el estomago de Don Quixote, y al tiempo que Sancho llegó á mirarle la boca, arrojo de sí mas rezio que una escopeta quanto dentro tenia, y dió con todo ello en las barbas del compasivo escudero. Santa Maria! dixó Sancho, y que es esto que me ha sucedido? sin duda este pecador está herido de muerte, pues vomita sangre por la boca. Pero reparando un poco mas en ello, echó de ver en la color, sabor, y olor,

lor, que no era ſangre, ſino el balſamo de la alcuza, que él le avia viſto bever: y fue tanto el aſco que tomó, que rebolviendoſele el eſtomago, vomitó las tripas ſobre ſu miſmo ſeñor, y quedaron entrambos como de perlas. Acudió Sancho á ſu aſno para ſacar de las alforjas con que limpiarſe, y con que curar á ſu Amo, y como no las halló, eſtuvo á punto de perder el juicio: maldixóſe de nuevo, y propuſo en ſu corazon, de dexar á ſu Amo, y bolverſe á ſu tierra, aunque perdieſe el ſalario de lo ſervido, y las eſperanzas del govierno de la prometida Inſula. Levantóſe en eſto Don Quixote, y pueſta la mano izquierda en la boca, porque no ſe le acabaſen de ſalir los dientes, aſió con la otra las riendas de Rozinante, que nunca ſe avia movido de junto á ſu amo (tal era de leal, y bien acondicionado) y fueſe adonde ſu eſcudero eſtava, de pechos ſobre ſu aſno, con la mano en la mexilla, en guiſa de hombre penſativo ademas. Y viendole Don Quixote de aquella manera, con mueſtras de tanta triſteza, le dixó: Sabete Sancho, que no es un hombre mas que otro ſino hace mas que otro. Todas eſtas borraſcas que nos ſuceden ſon ſeñales de que preſto ha de ſerenar el tiempo, y han de ſucedernos bien las coſas, porque no es poſible, que el mal, ni el bien ſean durables, y de aquí ſe ſigue, que aviendo durado mucho el mal, el bien eſtá ya cerca. Así que no deves congojarte por las deſgracias, que á mí me ſuceden, pues á ti no te cabe parte dellas. Como no? reſpondió Sancho: por ventura él que ayer mantearon, era otro que el hijo de mi padre? Y las alforjas que oy me faltan con todas mis alhajas ſon de otro que del miſmo? Que te faltan las alforjas Sancho? dixó Don Quixote: Si que me faltan, reſpondió Sancho. Deſe modo no tenemos que comer oy, replicó Don Quixote. Eſo fuera, reſpondió Sancho, quando faltarán por eſtos prados las yervas que vueſtra merced dice que conoce, con que ſuelen ſuplir ſemejantes faltas los tan mala-

venturados

venturadòs cavalleros andantes, como vueſtra merced es. Con todo eſo, reſpondió Don Quixote, tomara yo aora mas ayna un quartal de pan, ó una hogaza, y dos cabezas de ſardinas arenques, que quantas yervas deſcrive Dioſcorides, aunque fuera el iluſtrado por el Doctor Laguna. Mas con todo eſto ſube en tu jumento Sancho el bueno, y vente tras mi, que Dios que es proveedor de todas las coſas, no nos ha de faltar: y mas andando tan en ſu ſervicio, como andamos, pues no falta á los moſquitos del ayre, ni á los gufanillos de la tierra, ni á los renaquajos del agua. Y es tan piadoſo, que hace ſalir ſu Sol, ſobre los buenos, y los malos, y llueve ſobre los injuſtos, y juſtos. Mas bueno era vueſtra merced, dixó Sa cho, para predicadór, que para cavallero andante. De todo ſabian, y han de ſaber los cavalleros andantes, Sancho, dixó Don Quixote, porque cavallero andante huvo en los paſados ſiglos, que así ſe parava á hacer un ſermon, ó platica en mitad de un campo real, como ſi fuera graduado por la univerſidad de Paris: de donde ſe infiere, que nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza. Aora bien, ſea así como vueſtra merced dice, reſpondió Sancho, vamos aora de aquí, y procuremos donde alox-ar eſta noche, y quiera Dios que ſea en parte donde no aya mantas, ni manteadores, ni fantaſmas, ni Moros encantados, que ſi los ay, daré al diablo el hato, y el garavato. Pideſelo tu á Dios hijo, dixó Don Quixote, y guia tu por donde quiſieres, que eſta vez quiero dexar á tu elecion el alojarnós: pero dame acá la mano, y atientame con el dedo, y mira bien quantos dientes, y muelas me faltan deſte lado derecho, de la quixada alta, que alli ſiento el dolor. Metió Sancho los dedos, y eſtandole tentando, le dixó: Quantas muelas ſolia vueſtra merced tener en eſta parte? Quatro, reſpondió Don Quixote, fuera de la cordal, todas enteras, y muy ſanas. Mire vueſtra merced bien lo que dice ſeñor, reſpondió

Sancho. Digo quatro, ſino eran cinco, reſpondió Don Quixote, porque en toda mi vida me han ſacado diente ni muela de la boca, ni ſe me ha caido, ni comido de neguijon, ni de reuma alguna. Pues en eſta parte de abaxo, dixó Sancho, no tiene vueſtra merced mas de dos muelas, y media: y en la de arriba, ni media, ni ninguna, que toda eſtá raſa como la palma de la mano. Sin ventura yo, dixó Don Quixote, oyendo las triſtes nuevas que ſu eſcudero le dava, que mas quiſiera que me huvieran derribado un brazo, como no fuera el de la eſpada. Porque te hago ſaber Sancho, que la boca ſin muelas es como molino ſin piedra, y en mucho mas ſe ha de eſtimar un diente, que un diamante. Mas á todo eſto eſtamos ſugetos los que profeſamos la eſtrecha orden de la cavalleria: ſube amigo, y guia, que yo te ſeguire al paſo que quiſieres. Hizólo asi Sancho, y encaminóſe hácia donde le pareció que podia hallar acogimiento, ſin ſalir del camino real, que por alli iva muy ſeguido. Yendoſe pues poco á poco, porque el dolor de las quixadas de Don Quixote no le dexava ſoſegar, ni atender á darſe priſa, quiſo Sancho entretenelle, y divertirle, diciendole alguna coſa, y entre otras que le dixó, fue, lo que ſe dirá en el ſiguiente capitulo.

Cap. XIX. De las diſcretas razones que Sancho paſava con ſu Amo, y de la Aventura que le ſucedió con un cuerpo muerto: con otros acontecimientos famoſos.

PAreceme ſeñor mio, que todas eſtas deſventuras que eſtos dias nos han ſucedido, ſin duda alguna han ſido pena del pecado cometido por vueſtra merced contra la orden de ſu cavalleria, no aviendo cumplido el juramento que hizó, de no comer pan á manteles, ni con lan Reyna folgar, con todo aquello que á eſto ſe ſigue, y vueſtra merced juró de cumplir, haſta quitar aquel almete de Malandrino, ó como ſe llama el Moro, que no me acuerdo bien. Tienes mucha razon Sancho, dixó Don Quixote. Mas para decirte verdad, ello ſe me avia paſado de la memoria: y tambien puedes tener por cierto, que por la culpa de no avermelo tu acordado en tiempo, te ſucedió aquello de la manta: pero yo haré la enmienda, que modos ay de compoſicion en la orden de la cavalleria para todo. Pues juré yo algo por dicha, reſpondió Sancho? No importa que no ayas jurado, dixó Don Quixote, baſta que yo entiendo, que de participantes no eſtás muy ſeguro: y por ſí, ó por no, no ſerá malo proveernos de remedio. Pues ſi ello es aſí, dixó Sancho, mire vueſtra merced no ſe le torne á olvidar eſto, como lo del juramento, quiza les bolvera la gana á las fantaſmas, de ſolazarſe otra vez conmigo, y aun con vueſtra merced ſi le ven tan pértinaz. En eſtas, y otras platicas, les tomó la noche en mitad del camino, ſin tener, ni deſcubrir donde aquella noche ſe recogieſen: y lo que no avia de bueno en ello, era, que perecian de hambre, que con la falta de las alforjas, les faltó toda

da la deſpenſa, y matalotaje. Y para acabar de confirmar eſta deſgracia, les ſucedió una aventura, que ſin artificio alguno, verdaderamente lo parecia. Y fue, que la noche cerró con alguna eſcuridad, pero con todo eſto caminavan, creyendo Sancho, que pues aquel camino era Real, á una, ó dos leguas, de buena razon hallaria en alguna venta. Yendo pues deſta manera, la noche eſcura, el eſcudero hambriento, y el Amo con gana de comer, vieron que por el miſmo camino que ivan, venian hacia ellos gran multitud de lumbres, que no parecian ſino eſtrellas que ſe movian. Paſmóſe Sancho en viendolas, y Don Quixote no las tuvo todas conſigo: tiró el uno del cabeſtro á ſu aſno, y el otro de las riendas á ſu Rozino, y eſtuvieron quedos, mirando atentamente lo que podia ſer aquello, y vieron que las lumbres ſe ivan acercando á ellos, y mientras mas ſe llegavan, mayores parecian, A cuya viſta Sancho comenzó á temblar como un azogado, y los cabellos de la cabeza ſe le erizaron á Don Quixote. El qual animandoſe un poco, dixó: Eſta ſin duda Sancho deve de ſer grandiſima, y peligroſiſima aventura, donde ſerá neceſario que yo mueſtre todo mi valor y eſfuerzo. Deſdichado de mí, reſpondió Sancho, ſi acaſo eſta aventura fueſe de fantaſmas, como me lo va pareciendo, adonde avra coſtillas que la ſufran? Por mas fantaſmas que ſean, dixó Don Quixote, no conſentire yo, que te toque en el pelo de la ropa: que ſi la otra vez ſe burlaron contigo, fue porque no pude yo ſaltar las paredes del corral, pero aora eſtamos en campo raſo, donde podré yo como quiſiere eſgrimir mi eſpada. Y ſi le encantan y entomecen, como la otra vez lo hicieron, dixó Sancho, que aprovechará eſtar en campo abierto, ó no? Con todo eſo, replicó Don Quixote, te ruego Sancho, que tengas buen animo, que la experiencia te dará á entender el, que yo tengo. Si tendré, ſi á Dios plaze, reſpondió Sancho, y apartandoſe los dos á un lado del camino, tornaron

naron á mirar atentamente, lo que aquello de aquellas lumbres que caminavan podia ſer: y de alli á muy poco deſcubrieron muchos encamiſados, cuya temeroſa viſion de todo punto remató el animo de Sancho Panza, el qual comenzó á dar diente con diente, como quien tiene frio de quartana: y creció mas el batir, y dentellear, quando diſtintamente vieron lo que era, porque deſcubrieron haſta veinte encamiſados, todos á cavallo, con ſus hachas encendidas en las manos: detras de los quales venia una litera, cubierta de luto, á la qual ſeguian otros ſeys de á cavallo, enlutados haſta los pies de las mulas, que bieñ vieron que no eran cavallos en el ſoſiego con que caminavan. Ivan lós encamiſados murmurando entre sí con una voz baxá, y compaſiva. Eſta eſtraña viſion á tales horas, y en tal deſpoblado, bien baſtava para poner miedo en el corazon de Sancho, y aun en el de ſu Amo: y así fuera en quanto á Don Quixote, que ya Sancho avia dado al traves con todo ſu esfuerzo. Lo contrario le avinó á ſu Amo, al qual en aquel punto ſe le repreſentó en ſu imaginacion al vivo, que aquella era una de las aventuras de ſus libros. Figuróſele, que la litera eran andas, donde devia de ir algun mal ferido, ó muerto cavallero, cuya venganza á él ſolo eſtava reſervada: y ſin hacer otro diſcurſo enriſtró ſu lanzon, puſóſe bien en la ſillá, y con gentil brio, y continente ſe puſó en la mitad del camino por donde los encamiſados forzoſamente avian de paſar; y quando los vió cerca, alzó la voz, y dixó: Deteneos cavalleros, quien quiera que ſeays, y dadme cuenta de quien ſoys? de donde venis? adonde vays? que es lo que en aquellas andas llevays? que ſegun las mueſtras, ó voſotros aveys ſecho, ó vos han fecho algun deſaguiſado, y conviene, y es meneſter que yo lo ſepa, ó bien para caſtigaros del mal que feziſtes, ó bien para vengaros, del tuerto que vos fizieron. Vamos de prieſa, reſpondió uno de los encamiſados, y eſtá la venta

lexos,

lexos, y no nos podemos detener á dar tanta cuenta como pedis: y picando la mula paſó adelante. Sintióſe deſta reſpueſta grandemente Don Quixote, y travando del freno, dixó: Deteneos, y ſed mas bien criado, y dadme cuenta de lo que os he preguntado, ſino conmigo ſoys todos en batalla. Era la mula aſombradiza, y al tomarla del freno ſe eſpantó de manera, que alzandoſe en los pies dió con ſu dueño por las ancas en el ſuelo. Un mozo que iva á pie, viendo caer el encamiſado, comenzó á denoſtár á Don Quixote, el qual ya encolerizado, ſin eſperar mas, enriſtrando ſu lanzon, arremetió á uno de los enlutados, y mal ferido dió con él en tierra: y rebolviendoſe por los demas, era coſa de ver con la preſteza que los acometia, y deſbaratava, que no parecia ſino que en aquel inſtante le avian nacido alas á Rozinante, ſegun andava de ligero, y orgulloſo. Todos los encamiſados era gente medroſa, y ſin armas, y así con facilidad en un momento dexaron la refriega, y comenzaron á correr por aquel campo, con las hachas encendidas, que no parecian ſino á los de las maſcaras, que en noche de regozijo, y fieſta corren. Los enlutados así miſmo rebueltos, y embueltos en ſus faldamentos, y lobas, no ſe podian mover: así que muy á ſu ſalvo Don Quixote los apaleó á todos, y les hizó dexar el ſitio mal de ſu grado: porque todos penſaron que aquel no era hombre, ſino diablo del infierno que les ſalia á quitar el cuerpo muerto, que en la litera llevavan. Todo lo mirava Sancho, admirado del ardimiento de ſu ſeñor, y decia entre sí: Sin duda eſte mi Amo es tan valiente, y esforzado como él dice. Eſtava una hacha ardiendo en el ſuelo, junto al primero que derribó la mula, á cuya luz le pudo ver Don Quixote, y llegandoſe á él le puſo la punta del lanzon en el roſtro, diciendole, que ſe rindieſe, ſino que le mataria. A lo qual reſpondió el caído: Harto rendido eſtoy, pues no me puedo mover, que tengo una pierna quebrada, ſuplico

á vueſtra

á vueſtra merced, ſi es cavallero Chriſtiano, que no me mate, que cometerá un gran ſacrilegio, que ſoy Licenciado, y tengo las primeras ordenes. Pues quien diablos os ha traido aquí, dixó Don Quixote, ſiendo hombre de Igleſia? Quien ſeñor? replicó el caido, mi deſventura. Pues otra mayor os amenaza, dixó Don Quixote, ſino me ſatisfaceys á todo quantó primero os pregunté. Con facilidad ſerá vueſtra merced ſatisfecho, reſpondió el Licenciado, y así ſabra vueſtra merced, que aunque denantes dixe que yo era Licenciado, no ſoy ſino Bachiller, y llamome Alonſo Lopez, ſoy natural de Alcovendas, vengo de la ciudad de Baeza, con otros once Sacerdotes, que ſon los que huyeron con las hachas: vamos á la ciudad de Segovia acompañando un cuerpo muerto que va en aquella litera, que es de un cavallero que murió en Baeza, donde fue depoſitado, y aora (como digo) llevavamos ſus hueſos á ſu ſepultura, que eſtá en Segovia, de donde es natural. Y quien le mató? preguntó Don Quixote. Dios por medio de unas calenturas peſtilentes que le dieron, reſpondió el Bachiller. Deſa ſuerte, dixó Don Quixote, quitado me ha nueſtro Señor del trabajo que avia de tomar en vengar ſu muerte, ſi otro alguno le huviera muerto: pero aviendole muerto quien le mató, no ay ſino callar, y encoger los ombros, porque lo miſmo hiciera ſi á mí miſmo me matara. Y quiero que ſepa vueſtra reverencia, que yo ſoy un cavallero de la Mancha, llamado Don Quixote, y es mi oficio y exercicio, andar por el mundo enderezando tuertos, y desfaciendo agravios. No ſé como pueda ſer eſo de enderezar tuertos, dixó el Bachiller, pues á mí de derecho me aveys buelto tuerto, dexandome una pierna quebrada, la qual no ſe verá derecha en todos los dias de ſu vida: y el agravio que en mí aveys deſhecho, ha ſido dexarme agraviado de manera, que me quedaré agraviado para ſiempre: y harta deſventura ha ſido topar con vos

que vays buſcando aventuras. No todas las coſas, reſpondió Don Quixote, ſuceden de un miſmo modo: el daño eſtuvo, ſeñor Bachiller Alonſo Lopez, en venir, como veniades de noche, veſtidos con aquellas ſobrepellizes, con las hachas encendidas, rezando, cubiertos de luto, que propiamente ſemejavades coſa mala, y del otro mundo, y así yo no pude dexar de cumplir con mi obligacion acometiendoos, y os acometiera, aunque verdaderamente ſupiera que erades los miſmos Satanaſes del infierno, que por tales os juzgué, y tuve ſiempre. Ya que así lo ha querido mi ſuerte, dixó el Bachiller, ſuplico á vueſtra merced ſeñor cavallero andante (que tan mala andanza me ha dado) me ayude á ſalir de debaxo deſta mula, que me tiene tomada una pierna entre el eſtribo, y la ſilla. Hablara yo para mañana, dixó Don Quixote, y haſta quando aguardavades á decirme vueſtro afan? Dió luego voces á Sancho Panza, que viniese: pero él no ſe curó de venir, porque andava ocupado deſbalijando una azemila de repueſto, que trayan aquellos buenos ſeñores, bien baſtecida de coſas de comer. Hizó Sancho coſtal de ſu gavan, y recogiendo todo lo que pudo, y cupo en el talego, cargó ſu jumento, y luego acudió á las voces de ſu Amo, y ayudó á ſacar al ſeñor Bachiller, de la opreſion de la mula: y poniendole encima della, le dió la hacha, y Don Quixote le dixó, que figuieſe la derrota de ſus compañeros, á quien de ſu parte pidieſe perdon del agravio, que no avia ſido en ſu mano dexar de averle hecho. Dixóle tambien Sancho: Si á caſo quiſieren ſaber eſos ſeñores, quien ha ſido el valeroſo, que tales los puſo, dirales vueſtra merced, que es el famoſo Don Quixote de la Mancha, que por otro nombre ſe llama, el cavallero de la triſte figura. Con eſto ſe fue el Bachiller, y Don Quixote preguntó á Sancho, que que le avia movido á llamarle el cavallero de la triſte figura, mas entonces que nunca? Yo ſe lo dire, reſpondió Sancho, porque

que

que le he eſtado mirando un rato á la luz de aquella hacha, que lleva aquel malandante, y verdaderamente tiene vueſtra merced la mas mala figura de poco acá, que jamas he viſto: y develo de aver cauſado, ó ya el canſancio deſte combate, ó ya la falta de las muelas, y dientes. No es eſo, reſpondió Don Quixote, ſino que el ſabio á cuyo cargo deve de eſtar el eſcrevir la hiſtoria de mis hazañas, le avra parecido, que ſerá bien que yo tome algun nombre apelativo, como lo tomavan todos los cavalleros paſados: qual ſe llamava el de la Ardiente Eſpada: qual el del Unicornio: aquel de las Donzellas: aqueſte el dal ave Fenix: el otro el cavallero del Grifo, eſtotro el de la Muerte: y por eſtos nombres, é inſignias eran conocidos por toda la redondez de la tierra. Y así digo, que el Sabio ya dicho, te avra pueſto en la lengua, y en el penſamiento aora, que me llamaſes el cavallero de la triſte figura, como pienſo llamarme deſde oy en adelante: y para que mejor me quadre tal nombre, determino de hacer pintar, quando aya lugar, en mi eſcudo una muy triſte figura. No ay para que, ſeñor, querer gaſtar tiempo, y dineros en hacer eſa figura, dixó Sancho, ſino lo que ſe ha de hacer es, que vueſtra merced deſcubra la ſuya, y dé roſtro á los que le miraren, que ſin mas ni mas, y ſin otra imagen, ni eſcudo le llamarán el de la triſte Figura: y creame que le digo verdad, porque le prometo á vueſtra merced ſeñor, (y eſto ſea dicho en burlas) que le hace tan mala cara la hambre, y la falta de las muelas, que como yo tengo dicho, ſe podrá muy bien eſcuſar la triſte pintura. Rióſe Don Quixote del donayre de Sancho, pero con todo propuſo de llamarſe de aquel nombre, en pudiendo pintar ſu eſcudo, ó rodela, como avia imaginado, y dixole: Yo entiendo Sancho, que quedo deſcomulgado, por aver pueſto las manos violentamente en coſa ſagrada, *Iuxta illud, ſi quis ſuadente diabolo, &c.* Aunque ſé bien que no puſe las manos, ſino

ſino eſte lanzon: quanto mas, que yo no penſe que ofendia á Sacerdotes, ni á coſas de la Igleſia, á quien reſpeto, y adoro como Catolico, y fiel Chriſtiano que ſoy, ſino a fantaſmas, y á veſtiglos del otro mundo. Y quando eſo así fueſe, en la memoria tengo lo que le paſo al Cid Ruy Diaz, quando quebró la ſilla del Embaxador de aquel Rey, delante de ſu Santidad del Papa, por lo qual lo deſcomulgó, y anduvo aquel dia el buen Rodrigo de Vivar, como muy honrado, y valiente cavallero. En oyendo eſto el Bachiller ſe fue, como queda dicho, ſin replicarle palabra. Quiſiera Don Quixote mirar, ſi el cuerpo que venia en la litera eran hueſos, ó no, pero no lo conſintió Sancho, diciendole: Señor, vueſtra merced ha acabado eſta peligroſa aventura lo mas á ſu ſalvo, de todas las que yo he viſto, eſta gente aunque vencida, y deſbaratada, podria ſer que cayeſe en la cuenta, de que los venció ſola una perſona, y corridos, y avergonzados deſto, bolvieſen á rehacerſe, y á buſcarnos, y nos dieſen muy bien en que entender. El jumento eſtá como conviene, la montaña es cerca, la hambre carga, no ay que hacer mas, ſino retirarnos con gentil compas de pies: y como dicen, vayaſe el muerto á la ſepultura, y el vivo á la hogaza: y antecogiendo ſu aſno, rogó á ſu ſeñor que le figuieſe: el qual pareciendole que Sancho tenia razon, ſin bolverle á replicar le figuió. Y á poco trecho que caminavan por entre dos montañuelas, ſe hallaron en un eſpacioſo, y eſcondido valle, donde ſe apearon, y Sancho alivió el jumento, y tendidos ſobre la verde yerva, con la ſalſa de ſu hambre, almorzaron, comieron, merendaron, y cenaron á un miſmo punto, ſatisfaciendo ſus eſtomagos con mas de una fiambrera que los ſeñores clerigos del difunto (que pocas veces ſe dexan mal paſar) en la azemila de ſu repueſto trayan. Mas ſucedióles otra deſgracia, que Sancho la tuvo por la peor de todas, y fue, que no tenian vino que bever, ni aun agua que llegar

gar á la boca: y acoſados de la ſed, dixó Sancho, viendo que el prado donde eſtavan eſtava colmado de verde, y menuda yerva, lo que ſe dirá en el ſiguiente capitulo.

Cap. XX. De la jamas viſta, ni oida aventura que con mas poco peligro fue acabada del famoſo cavallero en el mundo, como la que acabó el valeroſo Don Quixote de la Mancha.

NO es poſible ſeñor mio, ſino que eſtas yervas dan teſtimonio, de que por aquí cerca deve de eſtar alguna fuente, ó arroyo, que eſtas yervas humedece: y así ſerá bien que vamos un poco mas adelante, que ya toparemos donde podamos mitigar eſta terrible ſed que nos fatiga, que ſin duda cauſa mayor pena que la hambre. Parecióle bien el conſejo á Don Quixote, y tomando de la rienda á Rozinante, y Sancho del cabeſtro á ſu aſno, deſpues de aver pueſto ſobre el los relieves que de la cena qurdaron, comenzaron á caminar por el prado arriba á tiento, porque la eſcuridad dela noche no les dexava ver coſa alguna: mas no huvieron andado docientos paſos quando llegó á ſus oidos un grande ruido de agua, como que de algunos grandes, y levantados riſcos ſe deſpeñava. Alegróles el ruido en gran manera, y parandoſe á eſcuchar hacia que parte ſonava, oyerón á deſhora otro eſtruendo, que les aguó el contento del agua, eſpecialmente á Sancho, que naturalmente era medroſo, y de poco animo. Digo que oyerón que davan unos golpes á compas, con un cierto cruxir de hierros, y cadenas, que acompañados del furioſo eſtruendo del agua, que pufieran pavor á qualquier otro corazon que no fuera el de Don Quixote. Era la noche, como ſe ha dicho, eſcura, y ellos acertaron á entrar

entrar entre unos arboles altos, cuyas hojas movidas del blando viento, hacían un temeroso, y manso ruido: de manera que la soledad, el sitio, la escuridad, el ruido del agua, con el susurro de las hojas, todo causava horror, y espanto, y mas quando vieron, que ni los golpes cesavan, ni el viento dormia, ni la mañana llegava: añadiendose á todo esto, el ignorar el lugar donde se hallavan. Pero Don Quixote, acompañado de su intrepido corazon, saltó sobre Rozinante, y embrazando su rodela, terció su lanzon, y dixó: Sancho amigo, has de saber, que yo naci por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la de oro, ó la dorada, como suele llamarse. Yo soy aquel, para quien estan guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos. Yo soy, digo otra vez, quien ha de resucitar los de la Tabla Redonda, los Doce de Francia, y los Nueve de la Fama, y él que ha de poner en olvido los Platires, los Tablantes, Olivantes, y Tirantes: los Febos, y Belianises, con toda la caterva de los famosos cavalleros andantes del pasado tiempo, haciendo en este en que me hallo tales grandezas, estrañezas y fechos de armas, que escurezcan las mas claras que ellos ficieron. Bien notas escudero fiel, y legal, las tinieblas desta noche, su estraño silencio, el sordo y confuso estruendo destos arboles, el temeroso ruido de aquella agua en cuya busca venimos, que parece que se despeña, y derumba desde los altos montes de la luna, y quel incesable golpear que nos hiere, y lastima los oidos; las quales cosas todas juntas, y cada una por sí, son bastantes á infundir miedo, temor, y espanto en el pecho del mismo Marte, quanto mas en aquel que no está acostumbrado á semejantes acontecimientos, y aventuras. Pues todo esto, que yo te pinto, son incentivos, y despertadores de mi animo, que ya hace que el

corazon

corazon me rebiente en el pecho, con el deſeo que tiene de acometer eſta aventura, por mas dificultoſa que ſe mueſtra. Así que aprieta un poco las cinchas á Rozinante, y quedate á Dios, y eſperame aquí haſta tres dias no mas, en los quales ſino bolviere, puedes tu bolverte á nueſtra aldea, y deſde alli, por hacerme merced, y buena obra, iras al Toboſo, donde diras á la incomparable ſeñora mia Dulcinea, que ſu cautivo cavallero murió, por acometer coſas que le hicieſen digno de poder llamarſe ſuyo. Quando Sancho oyó las palabras de ſu Amo comenzó á llorar con la mayor ternura del mundo, y á decirle: Señor, yo no ſé porque quiere vueſtra merced acometer eſta tan temeroſa aventura: aora es de noche, aquí no nos vee nadie, bien podemos torcer el camino, y deſviarnos del peligro, aunque no bevamos en tres dias: y pues no ay quien nos vea, menos avra quien nos note de cobardes. Quanto mas, que yo he oido muchas veces predicar al cura de nueſtro lugar (que vueſtra merced muy bien conoce) que quien buſca el peligro perece en el: ási que no es bien tentar á Dios, acometiendo tan deſaforado hecho, donde no ſe puede eſcapar ſino por milagro: y baſta los que ha hecho el cielo con vueſtra merced, en librarle de ſer manteado, como yo lo fuy, y en ſacarle vencedor, libre, y ſalvo de entre tantos enemigos como acompañavan al difunto. Y quando todo eſto no mueva, ni ablande eſe duro corazon, muevale el penſar, y creer, que apenas ſe avra vueſtra merced apartado de aquí, quando yo de miedo dé mi anima á quien quiſiere llevarla. Yo ſali de mi tierra, y dexé hijos, y muger, por venir á ſervir á vueſtra merced, creyendo valer mas, y no menos: pero como la cudicia rompe el ſaco, á mí me ha raſgado mis eſperanzas, pues quando mas vivas las tenia de alcanzar aquella negra y mal hadada Inſula, que tantas veces vueſtra merced me ha prometido, veo que en pago, y trueco della, me quiere aora dexar

en

en un lugar tan apartado del trato humano. Por un ſolo Dios, ſeñor mio, que no ſe me faga tal deſaguiſado: y ya que del todo no quiera vueſtra merced deſiſtir de acometer éſte fecho, dílatelo, alomenos haſtá la mañana, que á lo que á mí me mueſtra la ciencia que aprendí, quando era paſtor, no deve aver deſde aquí al alva tres horas: porque la boca de la bózina eſtá encima de la cabeza, y hace la media noche en la línea del brazo izquierdo. Como puedes tu Sancho, dixó Don Quixote, ver, donde hace eſa linea, ni donde eſtá eſa boca, ó eſe colodrillo que dices, ſi hace la noche tan eſcura, que no parece en todo el cielo eſtrella alguna? Así es, dixó Sancho, pero tiene el miedo muchos ojos, y vee las coſas debaxo de tierra, quanto mas encima en el cielo, pueſto que por buen diſcurſo bien ſe puede entender que ay poco de aquí al dia. Falte lo que faltare, reſpondió Don Quixote, que no ſe ha de decir por mí aora, ni en ningun tiempo, que lagrimas, y ruegos me apartaron de hacer lo que devia á eſtilo de cavallero: y así te ruegó Sancho, que calles, que Dios que me ha pueſto en corazon de acometer aora eſta tan no viſta, y tan temeroſa aventura, tendrá cuydado de mirar por mi ſalud, y de conſolar tu triſteza. Lo que has de hacer es, apretar bien las cinchas á Rozinante, y quedarte aquí, que yo daré la buelta preſto, ó vivo, ó muerto. Viendo pues Sancho la ultima reſolucion de ſu Amo, y quan poco valian con él ſus lagrimas, conſejos, y ruegos, determinó de aprovecharſe de ſu induſtria, y hacerle eſperar haſta el dia ſi pudieſe: y así quando apretava las cinchas al cavallo, bonitamente, y ſin ſer ſentido ató con el cabeſtro de ſu aſno ambos pies á Rozinante, de manera que quando Don Quixote ſe quiſó partir no pudó, porque el cavallo no ſe podia mover ſino á ſaltos. Viendo Sancho Panza el buen ſuceſo de ſu embuſte, dixó: Ea ſeñor, que el cielo comovido de mis lagrimas, y plegarias, ha ordenado que no ſe pueda

mover Rozinante, y ſi vos quereys porfiar, y eſpolear, y dalle, ſerá enojar á la Fortuna, y dar coces (como dicen) contra el aguijon. Deſeſperavaſe con eſto Don Quixote, y por mas que ponia las piernas al cavallo, menos le podia mover: y ſin caer en la cuenta de la ligadura, tuvo por bien de ſoſegarſe, y eſperar, ó á que amaneciese, ó á que Rozinante ſe meneaſe, creyendo ſin duda, que aquello venia de otra parte que de la induſtria de Sancho, y así le dixó: Pues así es Sancho, que Rozinante no puede moverſe, yo ſoy contento de eſperar á que ria el alva, aunque yo llore lo que ella tardare en venir. No ay que llorar, reſpondió Sancho, que yo entretendre á vueſtra merced, contando cuentos deſde aquí al dia, ſi ya no es que ſe quiere apear, y echarſe á dormir un poco ſobre la verde yerva, á uſo de cavalleros andantes, para hallarſe mas deſcanſado quando llegue el dia, y punto de acometer eſta tan deſemejable aventura, que le eſpera. A que llamas apear, ó á que dormir, dixó Don Quixote? Soy yo por ventura de aquellos cavalleros que toman repoſo en los peligros? Duerme tu que naciſtes para dormir, ó haz lo que quiſieres, que yo hare lo que viere, que mas viene con mi pretenſion. No ſe enoje vueſtra merced, ſeñor mio, reſpondió Sancho, que no le dixe por tanto: y llegandoſe á él, puſo la una mano en el arzon delantero y la otra en el otro, de modo que quedó abrazado con el muſlo izquierdo de ſu Amo, ſin oſarſe apartar dél un dedo: tal era el miedo que tenía á los golpes, que toda via alternativamente ſonavan. Dixóle Don Quixote, que contaſe algun cuento para entretenerle, como ſe lo avia prometido: á lo que Sancho dixó, que ſi hiciera, ſi le dexara el temor de lo que oya, pero con todo eſo yo me esforzare á decir una hiſtoria, que ſi la acierto á contar, y no me van á la mano, es la mejor de las hiſtorias: y eſtéme vueſtra merced atento, que ya comienzo. Eraſe que ſe era, el bien que viniera para todos ſea,

y el mal para quien lo fuere á buſcar. Y advierta vueſtra merced, ſeñor mio, que el principio que los antiguos dieron á ſus conſejas, no fue así como quiera, que fue una ſentencia de Caton Zonzorino Romano, que dice. Y el mal para quien le fuere á buſcar, que viene aquí como anillo al dedo, para que vueſtra merced ſe eſté quedo, y no vaya á buſcar el mal á ninguna parte, ſino que nos bolvamos por otro camino, pues nadie nos fuerza á que ſigamos eſte, donde tantos miedos nos ſobreſaltan. Sigue tu cuento, Sancho, dixó Don Quixote, y del camino que hemos de ſeguir, dexame á mí el cuydado. Digo pues, proſiguió Sancho, que en un lugar de Eſtremadura avia un paſtor cabrerizo, quiero decir, que guardava cabras, el qual paſtor, ó cabrerizo como digo, de mi cuento, ſe llamava Lope Ruyz, y eſte Lope Ruyz, andava enamorado de una paſtora que ſe llamava Torralva, la qual paſtora llamada Torralva, era hija de un ganadero rico, y eſte ganadero rico—Si deſa manera cuentas tu cuento Sancho, dixó Don Quixote, repitiendo dos veces lo que vas diciendo, no acabaras en dos dias: dilo ſeguidamente, y cuentalo como hombre de entendimiento, y ſino, no digas nada. De la miſma manera que yo lo cuento, reſpondió Sancho, ſe cuentan en mi tierra todas las conſejas, y yo no ſé contarlo de otra, ni es bien que vueſtra merced me pida que haga uſos nuevos. Di como quiſieres, reſpondió Don Quixote, que pues la ſuerte quiere que no pueda dexar de eſcucharte, proſigue. Así que, ſeñor mio de mi anima, proſiguió Sancho, que como ya tengo dicho, eſte paſtor andava enamorado de Torralva la paſtora, que era una moza rolliza, zahareña, y tirava algo á hombruna, porque tenia unos pocos vigotes, que parece que aora la veo. Luego cocociſtela tu, dixó Don Quixote? No la conocí yo, reſpondió Sancho, pero quien me contó eſte cuento, me dixó, que era tan cierto y verdadero, que

podia

podia, bien quando lo contaſe á otro, afirmar y jurar, que lo avia viſto todo. Así que, yendo dias, y viniendo dias, el diablo que no duerme, y que todo ló añaſca, hizo de manera, que el amor que el paſtor tenia á la paſtora, ſe bolvieſe en omezillo, y mala voluntad, y la cauſa fue, ſegun malas lenguas, una cierta cantidad de zelillos que ella le dió, tales, que paſavan de la raya, y llegavan á lo vedado, y fue tanto lo que el paſtor la aborreció de alli ad lante, que por no verla, ſe quiſó auſentar de aquella tierra, é irſe donde ſus ojos no la vieſen jamas. La Torralva que ſe vió deſdeñada del Lope, luego le quiſó bien, mas que nunca le avia querido. Eſa es natural condicion de mugeres, dixó Don Quixote, deſdeñar á quien las quiere, y amar á quien las aborrece, paſa adelante Sancho. Sucedió, dixo Sancho, que el paſtor puſo por obra ſu determinacion, y antecogiendo ſus cabras ſe encaminó por los campos de Eſtremadura, para paſarſe á los Reynos de Portugal. La Torralva que lo ſupo ſe fue tras el, y ſeguiale á pie y deſcalza deſde lexos, con un bordon en la mano, y con unas alforjas al cuello, donde llevava (ſegun es fama) un pedazo de eſpejo, y otro de un peyne, y no ſé que botezillo de mudas para la cara: mas llevaſe lo que llevaſe, que yo no me quiero meter aora en averiguallo. Solo diré que dicen, que el paſtor llegó con ſu ganado á paſar el rio Guadiana, y en aquella ſazon iva crecido, y caſi fuera de madre: y por la parte que llegó no avia barca, ni barco, ni quien le paſaſe á el, ni á ſu ganado de la otra parte, de lo que ſe congoxó mucho, porque veya que la Torralva venia ya muy cerca, y le avia de dar mucha peſadumbre con ſus ruegos, y lagrimas: mas tanto anduvo mirando, que vió un peſcadór que tenia junto á ſi un barco tan pequeño, que ſolamente podian caber en el una perſona, y una cabra: y con todo eſto le habló, y concertó con él, que le paſaſe á el, y á trezientas cabras que llevava. Entró

tró el pescadór en el barco, y pasó una cabra, bolvió y pasó otra, tornó a bolver y tornó á pasar otra. Tenga vuestra merced cuenta con las cabras que el pescadór va pasando, porque si se pierde una de la memoria, se acabará el cuento, y no será posible contar mas palabra del. Sigo pues, y digo, que el desembarcadero de la otra parte, estava lleno de cieno, y resbaloso, y tardava el pescadór mucho tiempo en ir, y bolver. Con todo esto, bolvió por otra cabra, y otra, y otra. Haz cuenta que las pasó todas, dixó Don Quixote, no andes yendo, y viniendo desa manera, que no acabarás de pasarlas en un año. Quantas han pasado hasta aora, dixó Sancho? Yo que diablos sé? respondió Don Quixote. He ay lo que yo dixe, que tuviese buena cuenta. Pues por Dios que se ha acabado el cuento, que no ay pasar adelante. Como puede ser eso, respondió Don Quixote? tan de esencia de la historia es, saber las cabras que han pasado por estenso, que si se yerra una del numero, no puedes seguir adelante con la historia? No señor, en ninguna manera, respondió Sancho, porque así como yo pregunté á vuestra merced, que me dixese quantas cabras avian pasado, y me respondió que no sabia, en aquel mismo instante se me fue á mí de la memoria quanto me quedava por decir, y á fé que era de mucha virtud y contento. De modo, dixó Don Quixote, que ya la historia es acabada? Tan acabada es como mi madre, dixó Sancho. Digote de verdad, respondió Don Quixote, que tu has contado una de las mas nuevas consejas, cuento, ó historia, que nadie pudo pensar en el mundo, y que tal modo de contarla, ni dexarla, jamas se podrá ver, ni aurá visto en toda la vida, aunque no esperava yo otra cosa de tu buen discurso, mas no me maravillo, pues quiza estos golpes que no cesan, te deven de tener turbado el entendimiento. Todo puede ser, respondió Sancho, mas yo sé que en lo de mi cuento, no ay mas que decir, que alli se acaba,

caba, do comienza el yerro de la cuenta del paſage de las cabras. Acabe norabuena donde quiſiere, dixó Don Quixote, y veamos ſi ſe puede mover Rozinante. Tornóle á poner las piernas, y el tornó á dar ſaltos y á eſtarſe quedo, tanto eſtava de bien atado. En eſto parece ſer, ó que el frio de la mañana que ya venia, ó que Sancho huvieſe cenado algunas coſas lenitivas, ó que fueſe coſa natural (que es lo que mas ſe deve creer) á él le vinó en voluntad, y deſeo de hacer lo que otro no pudiera hacer por él. Mas era tanto el miedo que avia entrado en ſu corazon, que no oſava apartarſe un negro de uña de ſu Amo. Pues penſar de no hacer lo que tenia gana, tampoco era poſible, y así lo que hizo por bien de paz, fue ſoltar la mano derecha, que tenia aſida al arzon traſero, con la qual bonitamente, y ſin rumor alguno, ſe ſoltó la lazada corrediza, con que los calzones ſe ſoſtenian, ſin ayuda de otra alguna, y en quitandoſela dieron luego á baxo, y ſe le quedaron como grillos: tras eſto alzó la camiſa lo mejor que pudo, y echó al ayre entrambas poſaderas, (que no eran muy pequeñas.) Hecho eſto (que el penſó que era lo mas que tenia que hacer, para ſalir de aquel terrible aprieto, y anguſtia) le ſobrevinó otra mayor, que fue, que le pareció que no podia mudarſe, ſin hacer eſtrepito, y ruido, y comenzó, á apretar los dientes, y á encoger los ombros, recogiendo en ſí el aliento todo quanto podia. Pero con todas eſtas diligencias, fue tan deſdichado, que al cabo al cabo, vino á hacer un poco de ruido, bien diferente de aquel que á él le ponia tanto miedo. Oyólo Don Quixote, y dixó: Que rumor es eſe Sancho? No ſé ſeñor, reſpondió él, alguna coſa nueva deve de ſer, que las aventuras, y deſventuras, nunca comienzan por poco. Tornó otra vez á provar ventura, y ſucedióle tan bien, que ſin mas ruido, ni alboroto que el paſado, ſe halló libre de la carga que tanta peſadumbre le avia dado. Mas como Don Quixote tenía el ſentido del olfato,

tan

tan vivo como el de los oidos, y Sancho eſtava tan junto, y coſido con él, que caſi por linea recta ſubian los vapores hácia arriba, no ſe pudo eſcuſar, de que algunos no llegaſen á ſus narizes: y apenas huvieron llegado, quando él fue al ſocorro, apretandolas entre los dos dedos, y con tono algo gangoſo, dixó: Pareceme Sancho, que tienes mucho miedo? Si tengo, reſpondió Sancho; mas en que lo echa de ver vueſtra merced aora mas que nunca? En que aora mas que nunca hueles, y no á ambar, reſpondió Don Quixote. Bien podra ſer, dixo Sancho, mas yo no tengo la culpa, ſino vueſtra merced, que me trae á deſhoras, y por eſtos no acoſtumbrados paſos. Retirate tres, ó quatro alla amigo, dixó Don Quixote (todo eſto ſin quitarſe los dedos de las narizes) y deſde aquí adelante ten mas cuenta con tu perſona, y con lo que deves á la mia, que la mucha converſacion que tengo contigo, ha engendrado eſte menoſprecio. Apoſtaré, replicó Sancho, que pienſa vueſtra merced, que yo he hecho de mi perſona alguna coſa que no deva. Peor es meneallo, amigo Sancho, reſpondió Don Quixote. En eſtos coloquios, y otros ſemejantes, paſaron la noche Amo y mozo. Mas viendo Sancho que á mas andarſe venia la mañana, con mucho tiento deſligó á Rozinante, y ſe ató los calzones. Como Rozinante ſe vió libre (aunque él de ſuyo no era nada brioſo) parece que ſe reſintió, y comenzó á dar manotadas, porque corbetas (con perdon ſuyo) no las ſabia hacer. Viendo pues Don Quixote, que ya Rozinante ſe movía, lo tuvo á buena ſeñal, y creyó que lo era, de que acometieſe aquella temeroſa aventura. Acabó en eſto de deſcubrirſe el alva, y de parecer diſtintamente las coſas, y vió Don Quixote, que eſtava entre unos arboles altos, que eran caſtaños, que hacen la ſombra muy eſcura: ſintió tambien que el golpear no ceſava, pero no vió quien lo podia cauſar. Y así ſin mas detenerſe, hizó ſentir las eſpuelas á Rozinante,

zinante, y tornando á deſpedirſe de Sancho, le mandó que alli le aguardaſe tres dias, á lo mas largo (como ya otra vez ſe lo avia dicho) y que ſi al cabo dellos no huvieſe buelto tuvieſe por cierto, que Dios avia ſido ſervido, de que en aquella peligroſa aventura ſe le acabaſen ſus dias. Tornóle á referir el recado y embaxada, que avia de llevar de ſu parte á ſu ſeñora Dulcinea, y que en lo que tocava á la paga de ſus ſervicios, no tuvieſe pena, porque el avia dexado hecho ſu teſtamento, antes que ſaliera de ſu lugar, donde ſe hallaria gratificado de todo lo tocante á ſu ſalario, rata por cantidad del tiempo que huvieſe ſervido. Pero que ſi Dios le ſacava de aquel peligro, ſano, y ſalvo, y ſin cautela, ſe podia tener por muy mas que cierta la prometida Inſula. De nuevo tornó á llorar Sancho, oyendo de nuevo las laſtimeras razones de ſu buen ſeñor, y determinó de no dexarle, haſta el ultimo tranſito, y fin de aquel negocio. Deſtas lagrimas, y determinacion tan honrada de Sancho Panza, ſaca el autor deſta hiſtoria, que devia de ſer bien nacido, y por lo menos Chriſtiano viejo. Cuyo ſentimiento enterneció algo á ſu Amo, pero no tanto que moſtraſe flaqueza alguna, antes diſimulando lo mejor que pudo, comenzó á caminar hácia la parte por donde le pareció que el ruido del agua, y del golpear venia. Seguiale Sancho á pie, llevando, como tenia de coſtumbre, del cabeſtro á ſu jumento, perpetuo compañero de ſus proſperas, y adverſas fortunas. Y aviendo andado una buena pieza por entre aquellos caſtaños, y arboles ſombrios, dieron en un pradezillo que al pie de unas altas peñas ſe hacía, de las quales ſe precipitava un grandiſimo golpe de agua. Al pie de las peñas eſtavan unas caſas mal hechas, que mas parecían ruinas de edificios, que caſas, de entre las quales advirtieron que ſalia el ruido, y eſtruendo de aquel golpear (que aun no ceſava.) Alborotóſe Rozinante con el eſtruendo del agua, y de los golpes: y ſoſegandole

Don

Don Quixote, ſe fue llegando poco á poco á las caſas, encomendandoſe de todo corazon á ſu ſeñora, ſuplicandole que en aquella temeroſa jornada, y empreſa le favoreciese: y de camino ſe encomendava tambien á Dios, que no le olvidaſe. No ſe le quitava Sancho del lado, el qual alargava quanto podia el cuello, y la viſta por entre las piernas de Rozinante, por ver ſi veria ya lo, que tan ſuſpenſo, y medroſo le tenia. Otros cien paſos ſerian los que anduvieron, quando al doblar de una punta, pareció deſcubierta, y patente la miſma cauſa, ſin que pudieſe ſer otra, de aquel horriſono, y para ellos eſpantable ruido, que tan ſuſpenſos, y medroſos toda la noche los avia tenido. Y eran (ſi no lo has, ó lector, por peſadumbre, y enojo) ſeys mazos de batan, que con ſus altérnativos golpes á quel eſtruendo formavan. Quando Don Quixote vió lo que era, enmudeció, y paſmóſe de arriba á baxo. Miróle Sancho, y vió que tenia la cabeza inclinada ſobre el pecho, con mueſtras de eſtar corrido. Miró tambien Don Quixote á Sancho, y vióle que tenia los carillos hinchados, y la boca llena de riſa, con evidentes ſeñales de querer rebentar con ella: y no pudo ſu melancolia tanto con él, que á la viſta de Sancho, pudieſe dexar de reirſe, y como vió Sancho que ſu Amo avia comenzado, ſoltó la preſa de manera, que tuvo neceſidad de apretarſe las hijadas con los puños, por no rebentar ryendo. Quatro veces ſoſegó, y otros tantas bolvió á ſu riſa con el miſmo impetu que primero: de lo qual ya ſe dava al diablo Don Quixote: y mas quando le oyó decir como por modo de fiſga: Has de ſaber, ó Sancho amigo, que yo naci por querer del cielo en eſta nueſtra edad de hierro, para reſucitar en ella la dorada, ó de oro. Yo ſoy aquel para quien eſtan guardados los peligros, la hazáñas grandes, los valeroſos fechos. Y por aquí fue repitiendo, todas, ó las mas razones que Don Quixote dixó la vez primera que oyeron los temeroſos

roſos golpes. Viendo pues Don Quixote, que Sancho hacía burla dél, ſe corrió, y enojó en tanta manera, que alzó el lanzon, y le aſentó dos palos, tales, que ſi como los recibió en las eſpaldas, los recibiera en la cabeza, quedara libre de pagarle el ſalario, ſino fuera á ſus herederos. Viendo Sancho que ſacava tan malas veras de ſus burlas, con temor de que ſu Amo no paſaſe adelante en ellas, con mucha humildad le dixó: Soſieguese vueſtra merced, que por Dios que me burlo. Pues porque os burlays, no me burlo yo, reſpondió Don Quixote. Venid acá, ſeñor alegre, pareceos á vos, que ſi, como eſtos fueron mazos de batán, fueran otra peligroſa aventura, no avia yo moſtrado el animo, que convenia, para emprendella, y acaballa? Eſtoy yo obligado á dicha (ſiendo, como ſoy, cavallero) á conocer, y diſtinguir los ſones, y ſaber quales ſon de batánes, ó no? Y mas que podria ſer (como es verdad) que no los he viſto en mi vida, como vos los avreys viſto, como villano ruin que ſoys, criado, y nacido entre ellos. Sino haced vos, que eſtos ſeys mazos ſe buelvan en ſeys Iayanes, y echadmelos á las barbas uno á uno, ó todos juntos, y quando yo no diere con todos patas arriba, haced de mí la burla que quiſieredes. No aya mas ſeñor mio, replicó Sancho, que yo confieſo, que he andado algo riſueño en demaſia, pero digamé vueſtra merced, aora que eſtamos en paz, así Dios le ſaque de todas las aventuras que le ſucedieren, tan ſano, y ſalvo como le ha ſacado deſta, no ha ſido coſa de reir, y lo es de contar, el gran miedo que hemos tenido, alomenos el que yo tuve, que de vueſtra merced, ya yo ſé, que no le conoce, ni ſabe que es temor, ni eſpanto? No niego yo, reſpondió Don Quixote, que lo que nos ha ſucedido, no ſea coſa digna de riſa, pero no es digna de contarſe, que no ſon todas las perſonas tan diſcretas, que ſepan poner en ſu punto las coſas. Alomenos, reſpondió Sancho, ſupo vueſtra merced poner en ſu punto el lan-

zon, apuntandome á la cabeza, y dandome en las eſpaldas: gracias á Dios, y á la diligencia que puſe en ladearme. Pero vaya, que todo ſaldra en la colada, que yo he oido decir: Eſe te quiere bien, que te hace llorar: y mas que ſuelen los principales ſeñores, tras una mala palabra que dicen á un criado, darle luego unas calzas, aunque no ſé lo que le ſuelen dar tras averle dado de palos: ſi ya no es, que los cavalleros andantes dan tras palos Inſulas, ó Reynos en tierra firme. Tal podria correr el dado, dixó Don Quixote, que todo lo que dices vinieſe á ſer verdad: y perdona lo paſado, pues eres diſcreto, y ſabes que los primeros movimientos no ſon en mano del hombre: y eſtá advertido de aquí adelante en una coſa (para que te abſtengas, y reportes en el hablar demaſiado conmigo) que en quantos libros de cavallerias he leido, que ſon infinitos, jamas he hallado que ningun eſcudero hablaſe tanto con ſu ſeñor, como tu con el tuyo. Y en verdad que lo tengo á gran falta tuya, y mia: tuya, en que me eſtimas en poco: mia, en que no me dexo eſtimar en mas. Si que Gandalin, eſcudero de Amadis de Gaula, Conde fue de la Inſula firme. Y ſe lee del, que ſiempre hablava á ſu ſeñor con la gorra en la mano inclinada la cabeza, y doblado el cuerpo (more Turqueſco.) Pues que diremos de Gaſabal, eſcudero de Don Galaor, que fue tan callado, que para declararnos la excelencia de ſu maravilloſo ſilencio, ſola una vez ſe nombra ſu nombre en toda aquella tan grande como verdadera hiſtoria. De todo lo que he dicho, has de inferir Sancho, que es meneſter hacer diferencia, de amo á mozo, de ſeñor á criado, y de cavallero á eſcudero. Así que deſde oy en adelante nos hemos de tratar con mas reſpeto, ſin darnos cordelejo, porque de qualquiera manera que yo me enoje con vos, han de ſer mal para el cantaro. Las mercedes, y beneficios que yo os he prometido, llegarán á ſu tiempo, y ſino llegaren, el ſalario

alomenos no ſe ha de perder (como ya os he dicho.) Eſtá bien quanto vueſtra merced dice, dixó Sancho. Pero querria yo ſaber (por ſi á caſo no llegaſe el tiempo de las mercedes, y fueſe neceſario acudir al de los ſalarios) quanto ganava un eſcudero de un cavallero andante en aquellos tiempos? y ſi ſe concertavan por meſes, ó por dias, como peones de alvañir? No creo yo, reſpondió Don Quixote, que jamas los tales eſcuderos eſtuvieron á ſalario, ſino á merced. Y ſi yo aora te le he ſeñalado á tí en el teſtamento cerrado, que dexe en mi caſa, fue por lo que podia ſuceder, que aun no ſé como prueva en eſtos tan calamitoſos tiempos nueſtros la cavalleria, y no querria que por pocas coſas penaſe mi anima en el otro mundo. Porque quiero que ſepas Sancho, que en el no ay eſtado mas peligroſo, que el de los aventureros. Así es verdad, dixó Sancho, pues ſolo el ruido de los mazos de un batán pudo alborotar, y deſaſoſegar el corazon de un tan valeroſo andante aventurero, como es vueſtra merced. Mas bien puede eſtar ſeguro, que de aquí adelante, no deſpliegue mis labios, para hacer donayre de las coſas de vueſtra merced, ſino fuere para honrarle como á mi Amo, y ſeñor natural. Deſa manera, replicó Don Quixote, vivirás ſobre la haz de la tierra, porque deſpues de á los padres, á los amos ſe ha de reſpetar, como ſi lo fueſen.

Cap. XXI. Que trata de la alta aventura, y rica ganancia del Yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas á nuestro invencible cavallero.

EN esto comenzó á llover un poco, y quisiera Sancho que se entraran en el molino de los batánes. Mas aviales cobrado tal aborrecimiento Don Quixote por la pasada burla, que en ninguna manera quisó entrar dentro: y así torciendo el camino á la derecha mano dieron en otro como el que avian llevado el dia de antes. De allí á poco descubrió Don Quixote un hombre á cavallo, que traya en la cabeza una cosa que relumbrava, como si fuera de oro, y aun él apenas le huvo visto, quando se bolvió á Sancho, y le dixó: Parecemé, Sancho, que no ay refrañ que no sea verdadero, porque todos son sentencias sacadas de la misma experiencia, madre de las ciencias todas: especialmente aquel que dice: Donde una puerta se cierra, otra se abre. Digólo, porque si á noche nos cerró la ventura la puerta de la que buscavamos, engañandonos con los batánes, aora nos abre de par en par otra, para otra mejor, y mas cierta aventura, que si yo no acertare á entrar por ella, mia será la culpa, sin que la pueda dar á la poca noticia de batánes, ni á la escuridad de la noche. Digo esto, porque sino me engaño, hácia nosotros viene uno, que trae en su cabeza puesto el yelmo de Mambrino, sobre que yo hice el juramento que sabes. Mire vuestra merced bien lo que dice, y mejor lo que hace, dixó Sancho, que no querria que fuesen otros batánes, que nos acabasen de batanar, y aporrear el sentido. Valate el diablo por hombre, replicó Don Quixote, que va de yelmo á ba-

á batanes? No sé nada, respondió Sancho, mas á fe, que si yo pudiera hablar tanto como solia, que quizá diera tales razones, que vuestra merced viera, que se engañava en lo que dice. Como me puedo engañar en lo que digo, traydor escrupuloso, dixó Don Quixote? Dime, no ves aquel cavallero que hácia nosotros viene, sobre un cavallo rucio rodado, que trae puesto en la cabeza un yelmo de oro? Lo que veo, y columbro, respondió Sancho, no es sino un hombre sobre un asno pardo, como el mio, que trae sobre la cabeza una cosa que relumbra. Pues ese es el yelmo de Mambrino, dixó Don Quixote, apartate á una parte, y dexame con él á solas, verás quan sin hablar palabra, por ahorrar del tiempo, concluyo esta aventura, y que da por mio el yelmo que tanto he deseado. Yo me tengo en cuydado el apartarme, replicó Sancho: mas quiera Dios, torno á decir, que oregano sea, y no batánes. Ya os he dicho hermano, que no me menteys, ni por pienso mas eso de los batanes, dixó Don Quixote, que voto, y no digo mas, que os batanee el alma. Calló Sancho, con temor que su Amo no cumpliese el voto, que le avia echado redondo como una bola. Es pues el caso, que el yelmo, y el cavallo, y cavallero que Don Quixote veya, era esto, que en aquel contorno avia dos lugares, el uno tan pequeño, que ni tenia botíca, ni barbero, y el otro que estava junto á el, sí, y así el barbero del mayor servia al menor: en el qual tuvo necesidad un enfermo de sangrarse, y otro de hacerse la barba, para lo qual venia el barbero, y traya una bacia de azofar. Y quisó la fuerte, que al tiempo que venia, comenzó á llover, y porque no se le manchase el sombrero, que devia de ser nuevo, se puso la bacia sobre la cabeza, y como estava limpia, desde media legua relumbrava. Venia sobre un asno pardo, como Sancho dixó, y esta fue la ocasion que á Don Quixote le parecio cavallo ruzio rodado, y cavallero, y el yelmo de oro: que

todas las cosas que veya, con mucha facilidad las acomodava á sus desvariadas cavallerias, y mal andantes pensamientos. Y quando él vió que el pobre cavallero llegava cerca, sin ponerse con él en razones, á todo correr de Rozinante, le enristró con el lanzon baxo, llevando intencion de pasarle de parte á parte. Mas quando á él llegava, sin detener la furia de su carrera, le dixó: Defiendete cautiva criatura, ó entriegame de tu voluntad lo que con tanta razon se me deve. El barbero, que tan sin pensarlo, ni temerlo, vió venir aquella fantasma sobre sí, no tuvo otro remedio, para poder guardarse del golpe de la lanza, sino fue el dexarse caer del asno á baxo, y no huvo tocado al suelo, quando se levantó mas ligero que un gamo, y comenzó á correr por aquel llano, que no le alcanzara el viento. Dexóse la bacia en el suelo, con la qual se contentó Don Quixote, y dixó que el pagano avia andado discreto, y que avia imitado al Castor, el qual viendose acosado de los cazadores, se taraza, y corta con los dientes aquello, por lo que él por distinto natural sabe, que es perseguido. Mandó á Sancho, que alzase el yelmo, el qual tomandole en las manos, dixó: Por Dios que la bacia es buena, y que vale un real de á ocho, como un maravedí. Y dandosela á su Amo, se la puso luego en la cabeza, rodeandola á una parte, y á otra, buscandole el encaxe: y como no se le hallava, dixó: Sin duda que el pagano, á cuya medida se forjó primero esta famosa celada, devia de tener grandisima cabeza, y lo peor dello es, que le falta la mitad. Quando Sancho oyó llamar á la bacia celada, no pudo tener la risa, mas vinósele á las mientes la colera de su Amo, y calló en la mitad della. De que te ries Sancho, dixó Don Quixote? Riome, respondió él, de considerar la gran cabeza que tenia el pagano, dueño deste almete, que no semeja sino una bacia de barbero, pintiparada. Sabes que imagino Sancho, que esta famosa pieza deste encantado

yelmo,

yelmo, por algun eſtraño acidente devió de venir á manos de quien no ſupo conocer, ni eſtimar ſu valor, y ſin ſaber lo que hacía, viendola de oro puriſimo, devió de fundir la otra mitad para aprovecharſe del precio, y de la otra mitad hizó eſta que parece bacia de barbero, como tu dices: pero ſea lo que fuere, que pára mí que la conozco, no hace al caſo ſu tranſmutacion, que yo la aderezaré en el primer lugar donde aya herrero, y de ſuerte que no le haga ventaja, ni aun le llegue, la que hizó, y forjó el dios de las herrerias para el dios de las batallas: y en eſte entretanto la traeré como pudiere, que mas vale algo que no nada, quanto mas, que bien ſerá baſtante, para defenderme de alguna pedrada. Eſo ſerá, dixó Sancho, ſino ſe tira con honda, como ſe tiraron en la pelea de los dos exercitos, quando le ſantiguaron á vueſtra merced las muelas, y le rompieron el alcuza, donde venía aquel benditiſimo brevaje, que me hizó vomitar las aſaduras. No me da mucha pena el averle perdido, que ya ſabes tu, Sancho, dixó Don Quixote, que yo tengo la receta en la memoria. Tambien la tengo yo, reſpondió Sancho. Pero ſi yo le hiciere, ni le provare mas en mi vida, aqui ſea mi hora. Quanto mas que no pienſo ponerme en ocaſion de averle meneſter, porque pienſo guardarme con todos mis cinco ſentidos, de ſer ferido, ni de ferir á nadie. De lo del ſer otra vez manteado, no digo nada, que ſemejantes diſgracias mal ſe pueden prevenir, y ſi vienen, no ay que hacer otra coſa, ſino encoger los ombros, detener al aliento, cerrar los ojos, y dexarſe ir por donde la ſuerte, y la manta nos llevare. Mal Chriſtiano eres Sancho, dixó oyendo eſto Don Quixote, porque nunca olvidas la injuria que una vez te han hecho: pues ſabete que es de pechos nobles, y generoſos, no hacer caſo de niñerias. Que pie ſacaſte coxo, que coſtilla quebrada, que cabeza rota, para que no ſe te olvide aquella burla? que bien apuñada la coſa, burla fue, y paſatiempo, que á no entenderlo yo así,

ya yo huviera buelto alla, y huviera hecho en tu venganza mas daño, que el, que hicieron los Griegos por la robada Elena. La qual ſi fuera en eſte tiempo, ó mi Dulcinea fuera en aquel, pudiera eſtar ſegura, que no tuviera tanta fama de hermoſa como tiene: y aquí dió un ſuſpiro, y le puſo en las nubes. Y dixó Sancho, por burlas, pues la venganza no puede paſar en veras: péro yo ſé de que calidad fueron las veras, y las burlas, y ſé tambien que no ſe me caeran de la memoria, como nunca ſe quitaren de las eſpaldas. Pero dexando eſto á parte, digame vueſtra merced, que haremos deſte cavallo ruzio rodado, que parece aſno pardo, que dexó aqui deſamparado aquel Martino, que vueſtra merced derribó, que ſegun el puſo los pies en polvoroſa, y cogio las de Villadiego, no lleva pergenio de bolver por él jamas, y para mis barbas, ſinó es bueno el ruzio. Nunca yo acoſtumbro, dixó Don Quixote, deſpojar á los que venzo, ni es uſo de cavalleria, quitarles los cavallos, y dexarlos á pie: ſi ya no fueſe que el vencedor huvieſe perdido en la pendencia el ſuyo, que en tal caſo, licito es tomar el del vencido, como ganado en guerra licita. Así que, Sancho, dexa eſe cavallo, ó aſno, ó lo que tu quiſieres que ſea, que como ſu dueño nos vea alongados de aquí, bolverá por el. Dios ſabe ſi quiſiera llevarle, replicó Sancho, ó por lo menos trocalle con eſte mio, que no me parece tan bueno, verdaderamente que ſon eſtrechas las leyes de cavalleria, pues no ſe eſtienden á dexar trocar un aſno por otro, y querria ſaber ſi podria trocar los aparejos ſiquiera. En eſo no eſtoy muy cierto, reſpondió Don Quixote, y en caſo de duda (haſta eſtar mejor informado) digo que los trueques, ſi es que tienes dellos neceſidad eſtrema. Tan eſtrema es, reſpondió Sancho, que ſi fueran para mi miſma perſona, no los huviera meneſter mas: y luego abilitado con aquella licencia, hizo mutatio caparum, y puſo ſu jumento á las mil lindezas, dexandole

mejorado

mejorado en tercio, y quinto. Hecho eſto, almorzaron de las ſobras del real que del azemila deſpojaron, bevieron del agua del arroyo de los batánes, ſin bolver la cara á mirallos (tal era el aborrecimiento que les tenian) por el miedo en que les avian pueſto, que cortada la colera, y aun la melancolia, ſubieron á cavallo, y ſin tomar determinado camino (por ſer muy de cavalleros andantes el no tomar ninguno cierto) ſe puſieron á caminar por donde la voluntad de Rozinante quiſó (que ſe llevava tras sí la de ſu Amo, y aun la del aſno, que ſiempre le ſeguia por donde quiera que guiava, en buen amor, y compañia.) Con todo eſto bolvieron al camino real, y ſiguieron por el á la ventura, ſin otro deſignio alguno. Yendo pues así caminando, dixó Sancho á ſu Amo: Señor, quiere vueſtra merced darme licencia, que departa un poco con él, que deſpues que me puſo aquel aſpero mandamiento del ſilencio, ſe me han podrido mas de quatro coſas en el eſtomago, y una ſola que aora tengo en el pico de la lengua, no querria que ſe malograſe? Dila, dixó Don Quixote, y ſe breve en tus razonamientos, que ninguno ay guſtoſo, ſi es largo. Digo pues ſeñor, reſpondió Sancho, que de algunos dias á eſta parte he conſiderado, quan poco ſe gana, y grangea, de andar buſcando eſtas aventuras, que vueſtra merced buſca por eſtos deſiertos, y encrucijadas de caminos, donde ya que ſe venzan, y acaben las mas peligroſas, no ay quien las vea, ni ſepa, y así ſe han de quedar en perpetuo ſilencio, y en perjuicio de la intencion de vueſtra merced, y de lo que ellas merecen. Y así me parece que ſeria mejor (ſalvo el mejor parecer de vueſtra merced) que nos fueſemos á ſervir á algun Emperador, ó á otro Principe grande, que tenga alguna guerra, en cuyo ſervicio vueſtra merced mueſtre el valor de ſu perſona, ſus grandes fuerzas, y mayor entendimiento: que viſto eſto del ſeñor á quien ſerviremos, por fuerza nos ha de remune-

rar, á cada qual ſegun ſus meritos, y alli no faltará quien ponga en eſcrito las hazañas de vueſtra merced, para perpetua memoria. De las mias no digo nada, pues no han de ſalir de los limites eſcuderiles: aunque ſé decir, que ſi ſe uſa en la cavalleria eſcrivir hazañas de eſcuderos, que no pienſo que ſe han de quedar las mias entre renglones. No dices mal Sancho, reſpondió Don Quixote, mas antes que ſe llegue á eſe termino, es meneſter andar por el mundo, como en aprovacion, buſcando las aventuras: para que acabando algunas, ſe cobre nombre, y fama, tal, que quando ſe fuere á la Corte de algun gran Monarca, ya ſea el cavallero conocido por ſus obras, y que apenas le ayan viſto entrar los muchachos por la puerta de la ciudad, quando todos le ſigan, y rodeen, dando voces, diciendo: Eſte es el cavallero del Sol, ó de la Serpiente, ó de otra inſignia alguna, debaxo de la qual huviere acabado grandes hazañas. Eſte es, diran, el que venció en ſingular battalla al Gigantazo Brocabruno de la gran fuerza, él que deſencantó al gran Mameluco de Perſia del largo encantamento, en que avia eſtado caſi novecientos años. Así que de mano en mano irán pregonando ſus hechos, y luego al alboroto de los muchachos, y de la demas gente, ſe parará á las feneſtras de ſu Real palacio el Rey de aquel Reyno: y así como vea al cavallero, conociendole por las armas, ó por la empreſa del eſcudo, forzoſamente ha de decir: Ea ſus ſalgan mis cavalleros, quantos en mi Corte eſtan, á recebir á la flor de la cavalleria que alli viene, á cuyo mandamiento ſaldran todos, y él llegará haſta la mitad de la eſcalera, y le abrazará eſtrechiſimamente, y le dará paz, beſandole en el roſtro, y luego le llevara por la mano al apoſento de la ſeñora Reyna, adonde el cavallero la hallará con la Infanta ſu hija, que ha de ſer una de las mas fermoſas, y acabadas donzellas, que en gran parte de lo deſcubierto de la tierra á

duras

duras penas ſe puede hallar. Sucederá tras eſto, luego en continente, que ella ponga los ojos en el cavallero, y él en los della, y cada uno parezca al otro coſa mas divina que humana, y ſin ſaber como, ni como no, han de quedar preſos, y enlazados en la intricable red amoroſa, y con gran cuyta en ſus corazones, por no ſaber como ſe han de fablar, para deſcubrir ſus anſias, y ſentimientos. Deſde alli le llevaran ſin duda á algun quarto del palacio, ricamente aderezado: donde aviendole quitado las armas, le traeran un rico manton de eſcarlata, con que ſe cubra: y ſi bien pareció armado, tan bien, y mejor ha de parecer en farſeto. Venida la noche, cenará con el Rey, Reyna, é Infanta, donde nunca quitará los ojos della, mirandola á furto de los circumſtantes: y ella hará lo miſmo, y con la miſma ſagacidad, porque como tengo dicho, es muy diſcreta donzella. Levantarſe han las tablas, y entrará á deſhora por la puerta de la ſala un feo, y pequeño enano, con una fermoſa dueña, que entre dos Gigantes, detras del enano viene, con cierta aventura, hecha por un antiquiſimo ſabio, que él, que la acabare, ſerá tenido por el mejor cavallero del mundo. Mandará luego el Rey, que todos los que eſtan preſentes la prueven, y ninguno le dará fin, y cima, ſino el cavallero hueſped, en mucho pro de ſu fama, de lo qual quedará contentiſima la infanta, y ſe tendrá por contenta, y pagada ademas, por aver pueſto, y colocado ſus penſamientos en tan alta parte. Y lo bueno es, que eſte Rey, ó Principe, ó lo que es, tiene una muy reñida guerra, con otro tan poderoſo como él: y el cavallero hueſped le pide (al cabo de algunos dias que ha eſtado en ſu Corte) licencia para ir á ſervirle en aquella guerra dicha. Daraſela el Rey de muy buen talante, y él cavallero le beſara corteſmente la manos por la merced que le faze. Y aquella noche ſe deſpedirá de ſu ſeñora la Infanta, por las rexas de un jardin, que cae en el apoſento donde

ella duerme, por las quales ya otras muchas veces la avia fablado, ſiendo medianera, y ſabidora de todo, una donzella de quien la Infanta mucho ſe fia. Suſpirará él, deſmayaráſe ella, traerá agua la donzella, acuytaráſe mucho, porque viene la mañana, y no querria que fueſen deſcubiertos, por la honra de ſu ſeñora. Finalmente, la Infanta bolverá en sí, y dará ſus blancas manos por la reja al cavallero, el qual ſe las beſará mil, y mil veces, y ſe las bañara en lagrimas. Quedará concertado entre los dos del modo que ſe han de hacer ſaber ſus buenos, ó malos ſuceſos: y rogarále la Princeſa, que ſe detenga lo menos que pudiere: prometerſelo ha él con muchos juramentos, tornale á beſar las manos, y deſpideſe con tanto ſentimiento, que eſtará poco por acabar la vida: vaſe deſde alli á ſu apoſento, echaſe ſobre ſu lecho, no puede dormir del dolor de la partida, madruga muy de mañana, vaſe á deſpedir del Rey, y de la Reyna, y de la Infanta: diciendole (aviendoſe deſpedido de los dos) que la ſeñora Infanta eſtá mal diſpueſta, y que no puede recebir viſita: pienſa el cavallero, que es de pena de ſu partida, traſpaſaſele el corazon, y falta poco de no dar indicio manifieſto de ſu pena: eſtá la donzella medianera delante, ha lo de notar todo, vaſelo á decir á ſu ſeñora, la qual la recibe con lagrimas, y le dice, que una de las mayores peñas que tiene es no ſaber quien ſea ſu cavallero, y ſi es de linage de Reyes, ó no: aſegurala la donzella, que no puede caber tanta corteſia, gentileza, y valentia, como la de ſu cavallero, ſino en ſujeto real, y grave. Conſuelaſe con eſto la cuytada, y procura conſolarſe, por no dar mal indicio de sí á ſus padres. Y á cabo de dos dias ſale en publico: ya ſe es ido el cavallero, pelea en la guerra, vence al enemigo del Rey, gana muchas ciudades, triunfa de muchas batallas, buelve á la Corte, ve á ſu ſeñora por donde ſuele, conciertaſe que la pida á ſu padre por muger, en pago de ſus ſervicios,

vicios, no ſe la quiere dar el Rey, porque no ſabe quien es. Pero con todo eſto, ó robada, ó de otra qualquier ſuerte que ſea, la Infanta viene á ſer ſu eſpoſa, y ſu padre lo viene á tener á gran ventura, porque ſe vinó á averiguar, que el tal cavallero, es hijo de un valeroſo Rey de no ſé que Reyno, porque creo que no deve de eſtar en el Mapa. Muereſe el padre, hereda la Infanta, queda Rey el cavallero en dos palabras. Aquí entra luego el hacer merced á ſu eſcudero, y á todos aquellos que le ayudaron á ſubir á tan alto eſtado. Caſa á ſu eſcudero con una donzella de la Infanta, que ſerá ſin duda la, que ſue tercera en ſus amores, que es hija de un Duque muy principal. Eſo pido, y barras derechas, dixó Sancho, á eſo me atengo, porque todo al pie de la letra ha de ſuceder por vueſtra merced, llamandoſe el cavallero de la triſte Figura. No lo dudes Sancho, replicó Don Quixote, porque del miſmo, y por los miſmos paſos que eſto he contado, ſuben, y han ſubido los cavalleros andantes á ſer Reyes, y Emperadores. Solo falta aora mirar, que Rey de los Chriſtianos, ó de los Paganos tenga guerra, y tenga hija hermoſa: pero tiempo avrá para penſar eſto, pues como te tengo dicho, primero ſe ha de cobrar fama por otras partes, que ſe acuda á la Corte. Tambien me falta otra coſa, que puesto caſo que ſe halle Rey con guerra, y con hija hermoſa, y que yo aya cobrado fama increible por todo el univerſo, no ſé yo, como ſe podia hallar que yo ſea de linage de Reyes, ó por lo menos, primo ſegundo de Emperador. Porque no me querrá el Rey dar á ſu hija por muger, ſino eſtá primero muy enterado en eſto, aunque mas lo merezcan mis famoſos hechos: así que por eſta falta, temo perder lo que mi brazo tiene bien merecido. Bien es verdad, que yo ſoy hijodalgo, de ſolar conocido, de poſeſion, y propiedad, y de devengar quinientos ſueldos: y podria ſer que el ſabio que eſcrivieſe mi hiſtoria, deſlindaſe de tal

manera:

manera mi parentela, y decendencia, que me hallaſe quinto, ó ſexto nieto de Rey. Porque te hago ſaber Sancho, que ay dos maneras de linages en el mundo: unos que traen, y derivan ſu decendencia de Principes y Monarcas, á quien poco á poco el tiempo ha deſhecho, y han acabado en punta, como piramides. Otros tuvieron principio de gente baxa, y van ſubiendo de grado en grado, haſta llegar á ſer grandes ſeñores. Demanera que eſtá la diferencia, en que unos fueron, que ya no ſon: y otros ſon que ya no fueron, y podria ſer yo deſtos que deſpues de averiguado, huvieſe ſido mi principio grande y famoſo, con lo qual ſe devia de contentar el Rey mi ſuegro que huviere de ſer. Y quando no, la Infanta me ha de querer de manera, que á peſar de ſu padre, aunque claramente ſepa que ſoy hijo de un azacan, me ha de admitir por ſeñor, y por eſpoſo: y ſino aquí entra el roballa, y llevarla donde mas guſto me diere, que el tiempo, ó la muerte ha de acabar el enojo de ſus padres. Ay entra bien tambien, dixó Sancho, lo que algunos deſalmados dicen. No pidas de grado, lo que puedes tomar por fuerza. Aunque mejor quadra decir: Mas vale ſalto de mata, que ruego de hombres buenos. Digolo, porque ſi el ſeñor Rey, ſuegro de vueſtra merced, no ſe quiſiere domeñar á entregarle á mi ſeñora la Infanta, no ay ſino como vueſtra merced dice, roballa, y traſponella. Pero eſtá el daño, que en tanto que ſe hagan las paces, y ſe goze pacificamente del Reyno, el pobre eſcudero ſe podrá eſtar á diente en eſto de las mercedes: ſi ya no es, que la donzella tercera, que ha de ſer ſu muger, ſe ſale con la Infanta, y él paſe con ella ſu mala ventura, haſta que el cielo ordene otra coſa, porque bien podrá, creo yo, deſde luego darſela ſu ſeñor por legitima eſpoſa. Eſo no ay quien lo quite, dixó Don Quixote. Pues como eſo ſea, reſpondió Sancho, no ay ſino encomendarnos á Dios, y dexar correr la ſuerte,

por donde mejor lo encaminare. Hagalo Dios, reſpondió Don Quixote, como yo deſeo, y tu Sancho has meneſter, y ruin ſea quien por ruin ſe tiene. Sea por Dios, dixó Sancho, que yo Chriſtiano viejo ſoy, y para ſer Conde eſto me baſta. Y aun te ſobra, dixó Don Quixote, y quando no lo fueras, no hacía nada al caſo, porque ſiendo yo el Rey, bien te puedo dar nobleza, ſin que la compres, ni me ſirvas con nada: porque en haciendote Conde, catate ay cavallero, y digan lo que dixeren, que á buena fe que te han de llamar ſeñoria, mal que les peſe. Y montas que no ſabria yo autorizar el litado, dixó Sancho, Ditado has de decir, que no litado, dixó ſu Amo. Sea aſí, reſpondió Sancho Panza. Digo que le ſabria bien acomodar, porque por vida mia que un tiempo fuy muñidor de una cofradia, y que me aſentava tan bien la ropa de muñidor, que decian todos, que tenia preſencia para poder ſer Prioſte de la miſma cofradia. Pues que ſerá, quando me ponga un ropon Ducal acueſtas, ó me viſta de oro, y de perlas, á uſo de Conde eſtrangero, para mí tengo, que me han de venir á ver de cien leguas. Bien parecerás, dixó Don Quixote, pero ſerá meneſter que te rapes las barbas amenudo, que ſegun las tienes de eſpeſas, aborraſcadas, y mal pueſtas, ſino te las rapas á navaja cada dos dias por lo menos, á tiro de eſcopeta ſe echará de ver lo que eres. Que ay mas, dixó Sancho, ſino tomar un barbero, y tenerle aſalariado en caſa? y aun ſi fuera meneſter, le haré que ande tras mí, como cavallerizo de Grande. Pues como ſabes tu, preguntó Don Quixote, que los Grandes llevan detras de sí á ſus cavallerizos? Yo ſe lo diré, repondió Sancho: Los años paſados eſtuve un mes en la Corte, y alli vi, que paſeandoſe un ſeñor muy pequeño, que decian que era muy grande, un hombre le ſeguia á cavallo á todas las bueltas que dava, que no parecia ſino que era ſu rabo. Pregunté que como aquel hombre no ſe juntava

con

con el otro hombre, ſino que ſiempre andava tras del? Reſpondieron me, que era ſu cavallerizo, y que era uſo de Grandes, llevar tras sí á los tales. Deſde entonces lo ſé tambien que nunca ſe me ha olvidado. Digo que tienes razon, dixó Don Quixote, y que así puedes tu llevar á tu barbero, que los uſos no vinieron todos juntos, ni ſe inventaron á una, y puedes ſer tu el primero Conde que lleva tras sí ſu barbero: y aun es de mas confianza el hacer la barba, que enſillar un cavallo. Quedeſe eſo del barbero á mi cargo, dixó Sancho, y al de vueſtra merced ſe quede el procurar venir á ſer Rey, y el hacerme Conde. Así ſerá, reſpondió Don Quixote, y alzando los ojos vió, ló que ſe dirá en el ſiguiente capitulo.

Cap. XXII. De la libertad que dió Don Quixote á muchos deſdichados, que mal de ſu grado los llevavan donde no quiſieran ir.

CUENTA Cide Hamete Benengeli, autor Arabigo, y Manchego, en eſta graviſima, altiſonante, minima, dulce, é imaginada hiſtoria, que deſpues que entre el famoſo Don Quixote de la Mancha, y Sancho Panza ſu eſcudero paſaron aquellas razones, que en el fin del capitulo veinte y uno quedan referidas: Que Don Quixote alzó los ojos, y vió que por el camino que llevava, venian haſta doce hombres á pie, enſartados como cuentas en una gran cadena de hierro por los cuellos, y todos con eſpoſas á las manos. Venian así miſmo con ellos dos hombres de á cavallo, y dos de á pie. Los de á cavallo con eſcopetas de rueda, y los de á pie con dardos, y eſpadas, y que así como San-

Sancho Panza los vidó, dixo: Esta es cadena de Galeotes, gente forzada del Rey, que va á las galeras. Como gente forzada, preguntó Don Quixote? es posible que el Rey haga fuerza á ninguna gente? No digo eso, respondió Sancho, sino que es gente, que por sus delitos va condenada á servir al Rey en las galeras de por fuerza. En resolucion, replicó Don Quixote: como quiera que ello sea, esta gente, aunque los llevan, van de por fuerza, y no de su voluntad. Así es, dixo Sancho. Pues desa manera, dixo su Amo, aquí encaxa la execucion de mi oficio, desfazer fuerzas, y socorrer, y acudir á los miserables. Advierta vuestra merced, dixó Sancho, que la justicia, que es el mismo Rey, no hace fuerza, ni agravio á semejante gente, sino que los castiga en pena de sus delitos. Llegó en esto la cadena de los Galeotes, y Don Quixote, con muy corteses razones, pidió á los, que ivan en su guarda, fuesen servidos de informalle, y decille la causa, ó causas, porque llevavan aquella gente de aquella manera. Una de las guardas de á cavallo respondió, que eran galeotes, gente de su Magestad, que iva á galeras, y que no avia mas que decir, ni él tenia mas que saber. Con todo eso, replicó Don Quixote, querria saber de cada uno dellos en particular la causa de su desgracia. Añadió á estas, otras tales, y tan comedidas razones, para moverlos á que le dixesen lo que deseava, que la otra guarda de á cavallo le dixo: Aunque llevamos aquí el registro, y la fé de las sentencias, de cada uno destos malaventurados, no es tiempo este de detenerles á sacarlas, ni á leellas, vuestra merced llegue, y se lo pregunte á ellos mismos, que ellos lo diran, si quisieren, que sí querran, porque es gente que recibe gusto, de hacer, y decir vellaquerias. Con esta licencia que Don Quixote se tomara, aunque no se la dieran, se llegó á la cadena, y al primero le preguntó: Que por que pecados iva de tan mala guisa? El respondió, que por

enamorado. Por eſo no mas? replicó Don Quixote, pues ſi por enamorados echan á galeras, dias ha que pudiera yo eſtar bogando en ellas. No ſon los amores como los que vueſtra merced pienſa, dixo el galeote, que los mios fueron, que quiſe tanto á una canaſta de colar, ateſtada de ropa blanca, que la abracé conmigo tan fuertemente, que á no quitarmela la juſticia por fuerza, aun haſta aora no la huviera dexado de mi voluntad. Fue en fragante, no huvo lugar de tormento, concluyoſe la cauſa, acomodaronme las eſpaldas con ciento, y por añadidura tres años de gurapas, y acabóſe la obra. Que ſon gurapas, preguntó Don Quixote? Gurapas ſon galeras, reſpondió el galeote, el qual era un mozo, de haſta edad de veinte y quatro años, y dixo que era natural de Piedrahita. Lo miſmo preguntó Don Quixote al ſegundo, el qual no reſpondió palabra, ſegun iva de triſte, y melancolico; mas reſpondió por él el primero, y dixo: Eſte ſeñor va por Canario, digo, que por muſico, y cantor. Pues como, repitió Don Quixote, por muſicos, y cantores van tambien á galeras? Sí ſeñor, reſpondió el galeote, que no ay peor coſa que cantar en el anſia. Antes he yo oido decir, dixó Don Quixote, que quien canta, ſus males eſpanta. Acá es el reves, dixo el galeote, que quien canta una vez llora toda la vida. No lo entiendo, dixo Don Quixote; mas una de las guardas le dixo: Señor cavallero, cantar en el anſia ſe dice entre eſta gente non ſanta confeſar en el tormento. A eſte pecadór le dieron tormento, y confeſó ſu delito, que era ſer quatrero, que es ſer ladron de beſtias, y por aver confeſado, le condenaron por ſeys años á galeras, amen de docientos azotes que ya lleva en las eſpaldas. Y va ſiempre penſativo, y triſte, porque los demas ladrones que allá quedan, y aquí van, le maltratan, y aniquilan, y eſcarnecen, y tienen en poco, porque confeſó, y no tuvo animo de decir nones. Porque dicen ellos, que

tantas

tantas letras tiene un no, como un sí: y que harta ventura tiene un delinquente, que está en su lengua su vida, ó su muerte, y no en la de los testigos, y provanzas, y para mí tengo, que no van muy fuera de camino. Y yo lo entiendo así, respondió Don Quixote, el qual pasando al tercero, preguntó lo que á los otros: el qual de presto, y con mucho desenfado respondió, y dixo: Yo voy por cinco años á las señoras gurapas, por faltarme diez ducados. Yo daré veinte de muy buena gana, dixó Don Quixote, por libraros desa pesadumbre. Eso me parece, respondió el galeote, como quien tiene dineros en mitad del golfo, y se está muriendo de hambre, sin tener adonde comprar lo que ha menester. Digolo, porque si á su tiempo tuviera yo esos veinte ducados, que vuestra merced aora me ofrece, huviera untado con ellos la pendola del escrivano, y avivado el ingenio del procurador, de manera, que oy me viera en mitad de la plaza de Zocodover de Toledo, y no en este camino atraillado como galgo, pero Dios es grande, paciencia, y basta. Pasó Don Quixote al quarto, que era un hombre de venerable rostro, con una barba blanca, que le pasava del pecho: el qual oyendose preguntar la causa, porque alli venia, comenzó á llorar, y no respondió palabra: mas el quinto condenado le sirvió de lengua, y dixo: Este hombre honrado vá por quatro años á galeras, aviendo paseado las acostumbradas, vestido en pompa, y á cavallo. Eso es, dixo Sancho Panza, á lo que á mí me parece, aver salido á la verguenza. Así es, replicó el galeote: y la culpa, porque le dieron esta pena, es por aver sido corredor de oreja, y aun de todo el cuerpo: en efeto quiero decir, que este cavallero vá por alcahuete, y por tener asimismo sus puntas, y collar de hechizero. A no averle añadido esas puntas y collar, dixo Don Quixote, por solamente el alcahuete limpio, no merecia él ir á bogar en las galeras, sino á mandallas, y á ser General

dellas, porque no es así como quiera el oficio de alcahuete, que es oficio de diſcretos, y neceſariſimo en la republica bien ordenada, y que no le devia exercer ſino gente muy bien nacida: y aun avia de aver veedor, y examinador de los tales, como le ay de los demas oficios, con numero deputado, y conocido, como corredores de lonja; y deſta manera ſe eſcuſarian muchos males, que ſe cauſan, por andar eſte oficio, y exercicio entre gente idiota, y de poco entendimiento: como ſon mugercillas de poco mas á menos, pajezillos, y truhanes de pocos años, y de muy poca experiencia, que á la mas neceſaria ocaſion, y quando es meneſter dar una traza que importe, ſe les yelan las migas entre la boca, y la mano, y no ſaben qual es ſu mano derecha. Quiſiera paſar adelante, y dar las razones, porque convenia hacer eleccion de los, que en la republica avian de tener tan neceſario oficio: pero no es el lugar acomodado para ello, algun dia lo dire, á quien lo pueda proveer, y remediar. Solo digo aora, que la pena, que me ha cauſado ver eſtas blancas canas, y eſte roſtro venerable en tanta fatiga por alcahuete, me ha quitado el aſunto de ſer hechizero. Aunque bien ſé, que no ay hechizos en el mundo, que puedan mover, y forzar la voluntad, como algunos ſimples pienſan, que es libre nueſtro alvedrio, y no ay yerva ni encantó que le fuerce: lo que ſuelen hacer algunas mugerzillas ſimples, y algunos embuſteros vellacos, es algunas miſturas, y venenos con que buelven locos á los hombres, dando á entender que tienen fuerza para hacer querer bien, ſiendo, como digo, coſa impoſible, forzar la voluntad. Así es, dixo el buen viejo, y en verdad ſeñor, que en lo de hechizero, que no tuve culpa; en lo de alcahuete, no lo pude negar: pero nunca penſé que hacía mal en ello, que toda mi intencion era, que todo el mundo ſe holgaſe, y vivieſe en paz, y quietud, ſin pendencias ni penas: pero no me aprovechó nada eſte buen deſeo

para

para dexar de ir adonde no eſpero bolver, ſegun me cargan los años, y un mal de orina que llevo, que no me dexa repoſar un rato: y aquí tornó á ſu llanto como de primero, y tuvole Sancho tanta compaſion, que ſacó un real de á quatro del ſeno, y ſe le dió de limoſna. Paſó adelante Don Quixote, y preguntó á otro ſu delito, el qual reſpondió con no menos, ſino con mucha mas gallardia que el paſado: Yo voy aquí porque me burlé demaſiadamente con dos primas hermanas mias, y con otras dos hermanas, que no lo eran mias: finalmente tanto me burlé con todas, que reſultó de la burla, crecer la parentela tan intricadamente, que no ay Sumiſta que la declare. Provóſeme todo, faltó favor, no tuve dineros, vime á pique de perder los tragaderos: ſentenciaronme á galeras por ſeys años, conſenti; caſtigo es de mi culpa, mozo ſoy, dure la vida, que con ella todo ſe alcanza. Si vueſtra merced, ſeñor cavallero, lleva alguna coſa con que ſocorrer á eſtos pobretes, Dios ſe lo pagará en el cielo, y noſotros tendremos en la tierra cuydado de rogar á Dios en nueſtras oraciones por la vida, y ſalud de vueſtra merced, que ſea tan larga, y tan buena, como ſu buena preſencia merece. Eſte iva en habito de eſtudiante, y dixo una de las guardas, que era muy grande hablador, y muy gentil Latino.

Tras todos eſtos, venia un hombre de muy buen parecer, de edad de treinta años, ſino que al mirar metia él un ojo en el otro: un poco venia diferentemente atado que los demas, porque traya una cadena al pie, tan grande, que ſe la liava por todo el cuerpo, y dos argollas á la garganta, la una en la cadena, y la otra, de las que llaman guarda amigo, ó pie de amigo. De la qual decendian dos hierros, que llegavan a la cintura, en los quales ſe asían dos eſpoſas, donde llevava las manos cerradas con un grueſo candado, de manera, que ni con las manos podia llegar á la boca, ni podia baxar la cabeza á llegar á las manos. Preguntó Don Quixote,

ote, que como iva aquel hombre con tantas prisiones, mas que los otros? Respondióle la guarda: Porque tenia aquel solo mas delitos, que todos los otros juntos: y que era tan atrevido y tan grande vellaco, que aunque le llevavan de aquella manera, no ivan seguros dél, sino que temian que se les avia de huir. Que delitos puede tener, dixó Don Quixote, sino han merecido mas pena que echarle á las galeras? Va por diez años, replicó la guarda, que es como muerte civil: No se quiera saber mas, sino que este buen hombre es el famoso Gines de Passamonte, que por otro nombre llaman Ginesillo de Parapilla. Señor Comisario, dixo entonces el galeote, vayase poco á poco, y no andemos aora á deslindar nombres, y sobrenombres, Gines me llamo, y no Ginesillo, y Passamonte es mi alcurnia, y no Parapilla, como boace dice, y cada uno se dé una buelta á la redonda, y no hara poco. Hable con menos tono, replicó el Comisario, señor ladron de mas de la marca, sino quiere que le haga callar, mal que le pese. Bien parece, respondió el galeote, que va el hombre como Dios es servido, pero algun dia sabra alguno, si me llaman Ginesillo de Parapilla, ó no. Pues no te llaman así embustero, dixo la guarda? Si llaman, respondió Gines, mas yo haré que no me lo llamen, ó me las pelaria, donde yo digo entre mis dientes. Señor cavallero, si tiene algo que darnos, denos lo ya, y vaya con Dios, que ya enfada con tanto querer saber vidas agenas: y si la mia quiere saber, sepa que yo soy Gines de Passamonte, cuya vida está escrita por estos pulgares. Dice verdad, dixo el Comisario, que el mismo ha escrito su historia, que no ay mas que desear, y dexa empeñado el libro en la carcel en docientos reales. Y le pienso quitar, dixo Gines, si quedara en docientos ducados. Tan bueno es? dixo Don Quixote. Es tan bueno, respondió Gines, que mal año para Lazarillo de Tormes, y para todos quantos de aquel genero

ſe han eſcrito, ó eſcrivieren. Lo que le ſé decir á boace es, que trata verdades, y que ſon verdades tan lindas, y tan donoſas, que no pueden aver mentiras que ſe le igualen. Y como ſe intitula el libro, preguntó Don Quixote? La vida de Gines de Paſſamonte, reſpondió el miſmo. Y eſtá acabado, preguntó Don Quixote? Como puede eſtar acabado, reſpondió él, ſi aun no eſtá acabada mi vida? lo que eſtá eſcrito, es deſde mi nacimiento, haſta el punto que eſta ultima vez me han echado en galeras. Luego otra vez aveys eſtado en ellas, dixó Don Quixote? Para ſervir á Dios, y al Rey, otra vez he eſtado quatro años, y ya ſé á que ſabe el vizcocho, y el corbacho, reſpondió Gines: y no me peſa mucho de ir á ellas, porque alli tendre lugar de acabar mi libro, que me quedan muchas coſas que decir: y en las galeras de Eſpaña, ay mas ſoſiego de aquel que ſeria meneſter, aunque no es meneſter mucho mas para lo que yo tengo de eſcrivir, porque me lo ſé de coro. Abil pareces, dixó Don Quixote? Y deſdichado, reſpondió Gines, porque ſiempre las deſdichas perſiguen al buen ingenio. Perſiguen á los vellacos, dixo el Comiſario. Ya le he dicho, ſeñor Comiſario, reſpondió Paſſamonte, que ſe vaya poco á poco, que aquellos ſeñores no le dieron eſa vara, para que maltrataſe á los pobretes, que aqui vamos, ſino para que nos guiaſe, y llevaſe, adonde ſu Mageſtad manda: ſino por vida de, baſta; que podria ſer que ſalieſen algun dia en la colada las manchas, que ſe hicieron en la venta; y todo el mundo calle, y viva bien, y hable mejor, y caminemos, que ya es mucho regodeo eſte. Alzó la vara en alto el Comiſario, para dar a Paſſamonte en reſpueſta de ſus amenazas, mas Don Quixote ſe puſo en medio, y le rogó que no le maltrataſe, pues no era mucho, que quien llevava tan atadas las manos, tuvieſe algun tanto ſuelta la lengua: y bolviendoſe á todos los de la cadena, dixo: De todo quanto me aveys dicho, hermanos cariſimos,

ſimos, he ſacado en limpio, que aunque os han caſtigado por vueſtras culpas, las penas que vays á padecer no os dan mucho guſto, y que vays á ellas muy de mala gana, y muy contra vueſtra voluntad: y que podria ſer, que el poco animo que aquel tuvo en el tormento, la falta de dineros deſte, el poco favor del otro, y finalmente el torcido juicio del juez, huvieſe ſido cauſa de vueſtra perdicion, y de no aver ſalido con la juſticia que de vueſtra parte teniades. Todo lo qual ſe me repreſenta á mí aora en la memoria, de manera que me eſtá diciendo, perſuadiendo, y aun forzando, que mueſtre con voſotros el efeto para que el cielo me arrojó al mundo, y me hizo profeſar en el la orden de cavalleria que profeſo, y el voto que en ella hice, de favorecer á los meneſteroſos, y opreſos de los mayores. Pero porque ſé que una de las partes de la prudencia es, que lo que ſe puede hacer por bien no ſe haga por mal, quiero rogar á eſtos ſeñores guardianes, y Comiſario, ſean ſervidos de deſataros, y dexaros ir en paz, que no faltaran otros que ſirvan al Rey en mejores ocaſiones: porque me parece duro caſo hacer eſclavos á los, que Dios y naturaleza hizo libres. Quanto mas, ſeñores guardas, añadió Don Quixote, que eſtos pobres no han cometido nada contra voſotros, allá ſe lo aya cada uno con ſu pecado, Dios ay en el cielo, que no ſe deſcuyda de caſtigar al malo, ni de premiar al bueno: y no es bien que los hombres honrados ſean verdugos de los otros hombres, no yendoles nada en ello. Pido eſto con eſta manſedumbre, y ſoſiego, porque tenga, ſi lo cumplis, algo que agradeceros: y quando de grado no lo hagays, eſta lanza, y eſta eſpada, con el valor de mi brazo, haran que lo hagays por fuerza. Donoſa majaderia, reſpondió el Comiſario: bueno eſtá el donayre con que ha ſalido á cabo de rato, los forzados del Rey quiere que le dexemos, como ſi tuvieramos autoridad para ſoltarlos, ó él la tuviera para mandarnoſlo. Vayaſe vueſ-

tra

tra merced, ſeñor, norabuena ſu camino adelante, y endereceſe eſe bacin que trae en la cabeza, y no ande buſcando tres pies al gato. Vos ſoys el gato, y el rato, y el vellaco, reſpondió Don Quixote: y diciendo, y haciendo, arremetió con él tan preſto, que ſin que tuvieſe lugar de ponerſe en defenſa, dió con él en el ſuelo mal herido de una lanzada: y avinóle bien, que eſte era el de la eſcopeta. Las demas guardas quedaron atonitas, y ſuſpenſas del no eſperado acontecimiento, pero bolviendo ſobre sí, puſieron mano á ſus eſpadas los de á cavallo, y los de á pie á ſus dardos, y arremetieron á Don Quixote, que con mucho ſoſiego los aguardava: y ſin duda lo paſara mal, ſi los Galeotes viendo la ocaſion que ſe les ofrecia de alcanzar libertad, no la procuraran, procurando romper la cadena donde venian enſartados. Fue la rebuelta de manera, que las guardas, ya por acudir á los Galeotes que ſe deſatavan, ya por acometer á Don Quixote, que los acometía, no hicieron coſa que fueſe de provecho. Ayudó Sancho por ſu parte á la ſoltura de Gines de Paſſamonte, que fue el primero que ſaltó en la campaña libre, y deſembarazado: y arremetiendo al Comiſario caido, le quitó la eſpada, y la eſcopeta, con la qual apuntando al uno, y ſeñalando al otro, ſin diſparalla jamas, no quedó guarda en todo el campo, porque ſe fueron huyendo, así de la eſcopeta de Paſſamonte, como de las muchas pedradas que los ya ſueltos galeotes les tiravan. Entriſteciόſe mucho Sancho deſte ſuceſo, porque ſe le repreſentó que los que ivan huyendo avian de dar noticia del caſo á la ſanta Hermandad, la qual á campana herida ſaldria á buſcar los delinquentes, y así ſe lo dixo á ſu Amo, y le rogó que luego de alli ſe partieſen, y ſe emboſcaſen en la ſierra, que eſtava cerca. Bien eſtá eſo, dixo Don Quixote, pero yo ſé lo que aora conviene que ſe haga: y llamando á todos los galeotes, que andavan alborotados, y avian deſpojado al Comiſario, haſta dexarle en cueros,

ſe le puſieron todos á la redonda para ver lo que les mandava, y así les dixo: De gente bien nacida es agradecer los beneficios que reciben, y uno de los pecados, que mas á Dios ofende, es la ingratitud. Digolo, porque ya aveys viſto, ſeñores, con manifieſta experiencia, el que de mí aveys recebido, en pago del qual querria, y es mi voluntad, que cargados de eſa cadena, que quité de vueſtros cuellos, luego os pongays en camino, y vays á la ciudad del Toboſo, y alli os preſenteys ante la ſeñora Dulcinea del Toboſo, y le digays, que ſu cavallero, el de la triſte figura, ſe le embia á encomendar: y le conteys punto por punto todos los que ha tenido eſta famoſa aventura, haſta poneros en la deſeada libertad: y hecho eſto os podreys ir donde quiſieredes, á la buena ventura. Reſpondió por todos Gines de Paſſamonte, y dixo: Lo que vueſtra merced nos manda, ſeñor, y libertador nueſtro, es imposible de toda imposibilidad cumplirlo, porque no podemos ir juntos por los caminos, ſino ſolos y divididos, y cada uno por ſu parte, procurando meterſe en las entrañas de la tierra, por no ſer hallado de la ſanta Hermandad, que ſin duda alguna ha de ſalir en nueſtra buſca: lo que vueſtra merced puede hacer, y es juſto que haga, es, mudar eſe ſervicio y montazgo de la ſeñora Dulcinea del Toboſo en alguna cantidad de Ave Marias, y Credos, que noſotros diremos por la intencion de vueſtra merced, y eſta es coſa que ſe podra cumplir de noche, y de dia: huyendo, ó repoſando: en paz, ó en guerra: pero penſar que hemos de bolver aora á las ollas de Egypto, digo, á tomar nueſtra cadena, y á ponernos en camino del Toboſo, es penſar que es aora de noche, que aun no ſon las diez del dia, y es pedir á noſotros eſo, como pedir peras al olmo. Pues voto á tal, dixó Don Quixote (ya pueſto en colera) Don hijo de la puta, don Gineſillo de Paropillo, ó como os llamays, que aveys de ir vos ſolo, rabo entre piernas, con toda la cadena acueſtas.

Paſa-

Paſſamonte, que no era nada bien ſufrido, eſtando ya enterado que Don Quixote no era muy cuerdo (pues tal diſparate avia cometido, como el de querer darles libertad) viendoſe tratar mal, y de aquella manera, hizó del ojo á los compañeros, y apartandoſe á parte, comenzaron á llover tantas y tantas piedras ſobre Don Quixote, que no ſe dava manos á cubrirſe con la rodela: y el pobre de Rozinante no hacía mas caſo de la eſpuela, que ſi fuera hecho de bronze. Sancho ſe puſo tras ſu aſno, y con el ſe defendia de la nube, y pedriſco que ſobre entrambos llovía. No ſe pudo eſcudar tan bien Don Quixote, que no le acertaſen no ſé quantos guijarros en el cuerpo, con tanta fuerza, que dieron con él en el ſuelo: y apenas huvo caido, quando fue ſobre él el eſtudiante, y le quitó la bacia de la cabeza, y dióle con ella tres, ó quatro golpes en las eſpaldas, y otros tantos en la tierra, con que la hizo caſi pedazos. Quitaronle una ropilla que traya ſobre las armas, y las medias calzas le querian quitar, ſi las grevas no lo eſtorvaran. A Sancho le quitaron el gavan, y dexandole en pelota, repartiendo entre sí los demas deſpojos de la batalla, ſe fueron cada uno por ſu parte, con mas cuydado de eſcaparſe de la Hermandad que temian, que de cargarſe de la cadena, é ir á preſentarſe ante la Señora Dulcinea del Toboſo. Solos quedaron Jumento, y Rozinante, Sancho, y Don Quixoté: El Jumento cabizbaxo, y penſativo, ſacudiendo de quando en quando las orejas, penſando que aun no avia ceſado la borraſca de las piedras, que le perſeguian los oidos: Rozinante, tendido junto á ſu Amo, que tambien vinó al ſuelo de otra pedrada: Sancho en pelota, y temeroſo de la ſanta Hermandad: Don Quixote mohiniſimo de verſe tan mal parado por los miſmos, á quien tanto bien avia hecho.

Cap. XXIII. De lo que le aconteció al famoso Don Quixote en Sierra Morena, que fue una de las mas raras Aventuras que en esta verdadera historia se cuentan.

VIendose tan mal parado Don Quixote, dixo á su escudero: Siempre, Sancho, lo he oido decir, que el hacer bien á villanos, es echar agua en la mar. Si yo huviera creido lo que me dixiste, yo huviera escusado esta pesadumbre, pero ya está hecho, paciencia, y escarmentar para desde aquí adelante. Así escarmentará vuestra merced, respondió Sancho, como yo soy Turco: pero pues dice, que si me huviera creido se huviera escusado este daño, creame aora, y escusará otro mayor: porque le hago saber, que con la santa Hermandad no ay usar de cavallerias, que no se le dá á ella por quantos cavalleros andantes ay dos maravedís: y sepa que ya me parece, que sus saetas me zumban por los oidos. Naturalmente eres covarde Sancho, dixo Don Quixote, pero porque no digas que soy contumaz, y que jamas hago lo que me aconsejas, por esta vez quiero tomar tu consejo, y apartarme de la furia que tanto temes, mas ha de ser con una condicion, que jamas en vida, ni en muerte has de decir á nadie, que yo me retiré, y aparté deste peligro de miedo, sino por complacer á tus ruegos: que si otra cosa dixeres, mentirás en ello: y desde aora para entonces, y desde entonces para aora te desmiento, y digo que mientes, y mentirás todas las veces que lo pensares, ó lo dixeres: y no me repliques mas, que en solo pensar que me aparto, y retiro de algun peligro, especialmente deste, que parece que lleva algun es no es de sombra de miedo, estoy ya para quedarme, y

para

para aguardar aquí ſolo, no ſolamente á la ſanta Hermandad que dices y temes, ſino á los hermanos de los doce Tribus de Iſrael, y á los ſiete Mancebos, y á Caſtor, y á Polux, y aun á todos los hermanos, y hermandades que ay en el mundo. Señor, reſpondió Sancho, que el retirar no es huir, ni el eſperar es cordura, quando el peligro ſobrepuja á la eſperanza: y de ſábios es guardarſe oy para mañana, y no aventurarſe todo en un dia. Y ſepa, que aunque zafio, y villano, toda via ſe me alcanza algo deſto que llaman, buen govierno: así que no ſe arrepienta de aver tomado mi conſejo, ſino ſuba en Rozinante, ſi puede, ó ſino, yo le ayudare, y ſigame, que el caletre me dice, que hemos meneſter aora mas los pies que las manos. Subió Don Quixote, ſin replicarle mas palabra, y guiando Sancho ſobre ſu aſno, ſe entraron por una parte de Sierra Morena, que alli junto eſtava, llevando Sancho intencion de atraveſarla toda, é ir á falir al Viſo, ó á Almodovar del Campo, y eſconderſe algunos dias por aquellas aſperezas, por no ſer hallados, ſi la Hermandad los buſcaſe. Animóle á eſto aver viſto, que de la refriega de los Galeotes ſe avia eſcapado libre la deſpenſa que ſobre ſu aſno venia, coſa que la juzgó á milagro, ſegun fue lo que llevaron, y buſcaron los Galeotes. Aquella noche llegaron á la mitad de las entrañas de Sierra Morena, adonde le pareció á Sancho, paſar aquella noche, y aun otros algunos dias, alomenos todos aquellos que duraſe el matalotaje que llevava: y así hicieron noche entre dos peñas, y entre muchos alcornoques. Pero la ſuerte fatal, que ſegun opinion de los, que no tienen lumbre de la verdadera Fe, todo lo guia, guiſa, y compone á ſu modo, ordenó, que Gines de Paſſamonte, el famoſo embuſtero, y ladron, que de la cadena, por virtud, y locura de Don Quixote, ſe avia eſcapado, llevado del miedo de la ſanta Hermandad (de quien con juſta razon temia) acordó de eſconderſe en aquellas montañas: y llevole

ſu

ſu ſuerte, y ſu miedo á la miſma parte donde avia llevado á Don Quixote, y á Sancho Panza, á hora y tiempo que los pudo conocer, y á punto que lós dexó dormir. Y como ſiempre los malos ſon deſagradecidos, y la neceſidad ſea ocaſion de acudir á lo que ſe deve, y el remedio preſente venza á lo por venir, Gines, que no era ni agradecido, ni bien intencionado, acordó de hurtar el aſno á Sancho Panza, no curandoſe de Rozinante, por ſer prenda tan mala para empeñada, como para vendida. Dormia Sancho Panza, hurtóle ſu jumento, y antes que amaneciese ſe halló bien lexos de poder ſer hallado. Salió el Aurora alegrando la tierra, y entriſteciendo á Sancho Panza, porque halló menos ſu Ruzio, el qual viendoſe ſin el, comenzó á hacer el mas triſte, y doloroſó llanto del mundo: y fue de manera, que Don Quixote deſpertó á las voces, y oyó que en ellas decia: O hijo de mis entrañas, nacido en mi miſma caſa, brinco de mis hijos, regalo de mi muger, embidia de mis vecinos, alivio de mis cargas: y finalmente, ſuſtentador de la mitad de mi perſona, porque con veinte, y ſeys maravedís que ganava cada dia, mediava yo mi deſpenſa. Don Quixote que vió el llanto, y ſupó la cauſa, conſoló á Sancho con las mejores razones que pudo, y le rogó que tuvieſe paciencia, prometiendole de darle una cedula de cambio, para que le dieſen tres en ſu caſa, de cinco que avia dexádo en ella. Conſolóſe Sancho con eſto, y limpió ſus lagrimas, templó ſus ſollozos, y agradeció á Don Quixote la merced que le hacía. El qual como entró por aquellas montañas, ſe le alegró el corazon, pareciendole aquellos lugares acomodados para las aventuras que buſcava. Reducianſele á la memoria los maravilloſos acaecimientos, que en ſemejantes ſoledades, y aſperezas avian ſucedido á cavalleros andantes: Iva penſando en eſtas coſas, tan embevecido, y tranſportado en ellas, que de ninguna otra ſe acordava. Ni Sancho llevava otro

cuy-

cuydado (deſpues que le pareció que caminava por parte ſegura) ſino de ſatisfacer ſu eſtomago con los relieves, que del deſpojo clerical avian quedado, y así iva tras ſu Amo cargado con todo aquello que avia de llevar el Ruzio, ſacando de un coſtal, y embaulando en ſu panza: y no ſe le diera por hallar otra aventura, entretanto que iva de aquella manera, un ardite. En eſto alzó los ojos, y vió que ſu Amo eſtava parado, procurando con la punta del lanzon alzar no ſé que bulto que eſtava caido en el ſuelo, por lo qual ſe dió prieſa á llegar á ayudarle, ſi fueſe meneſter: y quando llegó fue á tiempo, que alzava con la punta del lanzon un coxin, y una maleta aſida á el, medio podridos, ó podridos del todo, y deſhechos: mas peſava tanto, que fue neceſario que Sancho ſe apeaſe á tomar los, y mandóle ſu Amo, que vieſe lo que en la maleta venia. Hizolo con mucha preſteza Sancho, y aunque la maleta venia cerrada con una cadena, y ſu candado, por lo roto, y podrido della vió lo que en ella avia, que eran quatro camiſas de delgada olanda, y otras coſas de lienzo, no menos curioſas que limpias, y en un pañizuelo halló un buen montonzillo de eſcudos de oro: y así como los vió, dixo: Bendito ſea todo el cielo, que nos ha deparado una aventura que ſea de provecho. Y buſcando mas, halló un librillo de memoria, ricamente guarnecido. Eſte le pidió Don Quixote, y mandóle que guardaſe el dinero, y lo tomaſe para él. Beſóle las manos Sancho por la merced, y deſbalijando á la balija de ſu lenceria, la puſo en el coſtal de la deſpenſa. Todo lo qual viſto por Don Quixote, dixo: Pareceme Sancho (y no es poſible que ſea otra coſa) que algun caminante deſcaminado devió de paſar por eſta Sierra, y ſalteandole Malandrines, le devieron de matar, y le truxeron á enterrar en eſta tan eſcondida parte. No puede ſer eſo, reſpondió Sancho, porque ſi fueran ladrones, no ſe dexaran aquí eſte dinero. Verdad dices, dixo Don Quixote, y así

no adivino, ni doy en lo que esto pueda ser: mas esperate, veremos si en este librillo de memoria ay alguna cosa escrita, por donde podemos rastrear, y venir en conocimiento de lo que deseamos. Abrióle, y lo primero que halló en el, escrito como en borrador, aunque de muy buena letra, fue un Soneto, que leyendole alto porque Sancho tambien lo oyese, vió que decia desta manera.

O Le falta al amor conocimiento,
O le sobra crueldad, ó no es mi pena
Igual á la ocasion que me condena
Al genero mas duro de tormento.
Pero si Amor es Dios, es argumento,
Que nada ignora, y es razon muy buena,
Que un dios no sea cruel: pues quien ordena
El terrible dolor que adoro, y siento?
Si digo que soys vos, Fili, no acierto,
Que tanto mal en tanto bien no cabe,
Ni me viene del cielo esta ruina.
Presto avre de morir, que es lo mas cierto,
Que al mal, de quien la causa no se sabe,
Milagro es acertar la medicina.

Por esa troba, dixo Sancho, no se puede saber nada, si ya no es que por ese hilo que está ay se saqué el ovillo de todo. Que hilo está aquí, dixo Don Quixote? Pareceme, dixo Sancho, que vuestra merced nombró ay hilo. No dixe sino Fili, respondió Don Quixote, y este sin duda es el nombre de la dama de quien se quexa el autor deste Soneto: y á fé que deve de ser razonable Poeta, ó yo sé poco del arte. Luego tambien, dixo Sancho, se le entiende á vuestra merced de trobas? Y mas de lo que tu piensas,

enſas, reſpondió Don Quixote, y veraſlo quando lleves una carta eſcrita en verſo de arriba á baxo, á mi ſeñora Dulcinea del Toboſo: porque quiero que ſepas Sancho, que todos, ó los mas cavalleros andantes de la edad paſada, eran grandes trobadores, y grandes muſicos, que eſtas dos habilidades, ó gracias (por mejor decir) ſon anexas á los enamorados andantes. Verdad es, que las coplas de los paſados cavalleros tienen mas de eſpiritu, que de primor. Lea mas vueſtra merced, dixó Sancho, que ya hallará algo que nos ſatisfaga. Bolvió la hoja Don Quixote, y dixo: Eſto es proſa, y parece carta. Carta miſiva, ſeñor, preguntó Sancho? En el principio no parece ſino de amores, reſpondió Don Quixote. Pues lea vueſtra merced alto, dixó Sancho, que guſto mucho deſtas coſas de amores. Que me plaze, dixo Don Quixote, y leyendola alto, como Sancho ſe lo avia rogado, vió que decia deſta manera.

Tu falſa promeſa, y mi cierta deſventura, me llevan á parte, donde antes bolveran á tus oidos las nuevas de mi muerte, que las razones de mis quexas. Deſechaſteme, ó ingrata, por quien tiene, mas no por quien vale mas que yo: mas ſi la virtud fuera riqueza que ſe eſtimara, no embidiara yo dichas agenas, ni llorará deſdichas propias. Lo que levantó tu hermoſura, han derribado tus obras: por ella entendi, que eras Angel, y por ellas conozco que eres muger. Quedate en paz, cauſadora de mi guerra, y haga el cielo, que los engaños de tu eſpoſo eſten ſiempre encubiertos, porque tu no quedes arrepentida de lo que hiciſte, y yo no tome venganza de lo que no deſeo.

Acabando de leer la carta, dixó Don Quixote: Menos por eſta que por los verſos ſe puede ſacar mas, de que quien la eſcrivió es algun deſdeñado amante. Y hojeando caſi todo el librillo, halló otros verſos, y cartas, que algunos pudo leer, y otros no: pero lo

que todos contenian, eran quexas, lamentos, desconfianzas, sabores, y sinsabores: favores, y desdenes, solenizados los unos, y llorados los otros. En tanto que Don Quixote pasava el libro, pasava Sancho la maleta, sin dexar rincon en toda ella, ni en el coxin que no buscase, escudriñase, é inquiriese, ni costura que no deshiciese, ni vedixa de lana que no escarmenase, porque no se quedase nada por diligencia, ni mal recado: tal golosina avian despertado en él los hallados escudos, que pasavan de ciento. Y aunque no halló mas de lo hallado, dió por bien empleados los buelos de la manta, el vomitar del brevaje, las bendiciones de las estacas, las puñadas del harriero, la falta de las alforjas, el robo del gavan, y toda la hambre, sed, y cansancio que avia pasado en servicio de su buen señor, pareciendole que estava mas que bien pagado con la merced recebida, de la entrega del hallazgo. Con gran deseo quedó el cavallero de la triste figura, de saber quien fuese el dueño de la maleta, conjeturando por el Soneto, y carta, por el dinero en oro, y por las tan buenas camisas, que devia de ser de algun principal enamorado, á quien desdenes, y malos tratamientos de su dama, devian de aver conducido á algun desesperado termino. Pero como por aquel lugar inhabitable, y escabroso, no parecia persona alguna de quien poder informase, no se curó de mas, que de pasar adelante, sin llevar otro camino que aquel que Rozinante queria, que era por donde él podia caminar: siempre con imaginacion que no podia faltar por aquellas malezas, alguna estraña aventura.

Yendo pues con este pensamiento, vió que por cima de una montañuela, que delante de los ojos se le ofrecia, iva saltando un hombre de risco en risco, y de mata en mata, con estraña ligereza. Figuróse le que iva desnudo, la barba negra, y espesa, los cabellos muchos, y rebultados, los pies descalzos, y las piernas

ernas sin cosa alguna: los muslos cubrian unos calzones, al parecer de terciopelo leonado, mas tan hechos pedazos, que por muchas partes se le descubrian las carnes. Traya la cabeza descubierta, y aunque pasó con la ligereza que se ha dicho, todas estas menudencias miró, y notó el Cavallero de la triste figura: y aunque lo procuró no pudo seguille, porque no era dado á la debilidad de Rozinante andar por aquellas asperezas, y mas siendo él de suyo pisacorto, y flematico. Luego imaginó Don Quixote, que aquel era el dueño del coxin, y de la maleta, y propuso en sí de buscalle, aunque supiese andar un año por aquellas montañas hasta hallarle: y así mandó á Sancho, que se apease del asno, y atajase por la una parte de la montaña, que el iria por la otra, y podria ser que topasen con esta diligencia con aquel hombre que con tanta priesa se les avia quitado de delante. No podre hacer eso, respondió Sancho, porque en apartandome de vuestra merced, luego es conmigo el miedo, que me asalta con mil generos de sobresaltos, y visiones. Y sirvale esto que digo de aviso, para que de aquí adelante no me aparte un dedo de su presencia. Así será, dixo el de la triste figura, y yo estoy muy contento de que te quieras valer de mi animo, el qual no te ha de faltar, aunque te falte el anima del cuerpo: y vente aora tras mí poco á poco, ó como pudieres, y haz de los ojos lanternas, rodearemos esta serrezuela, quiza toparemos con aquel hombre que vimos, el qual sin duda alguna no es otro, que el dueño de nuestro hallazgo. A lo que Sancho respondió: Harto mejor seria no buscarle, porque si le hallamos, y á caso fuese el dueño del dinero, claro está que lo tengo de restituir, y así fuera mejor, sin hacer esta inutil diligencia, poseerlo yo con buena fé, hasta que por otra via menos curiosa, y diligente pareciera su verdadero señor, y quiza fuera á tiempo que lo huviera gastado, y entonces el Rey me hacía franco. Engañaste

en eſo, Sancho, reſpondió Don Quixote, que ya que hemos caido en ſoſpecha de quien es el dueño, caſi delante, eſtamos obligados á buſcarle, y bolverſelos: y quando no le buſcaſemos, la vehemente ſoſpecha que tenemos de que él lo ſea, nos pone ya en tanta culpa como ſi lo fueſe. Así que Sancho amigo, no te dé pena el buſcalle, por la que á mí ſe me quitará, ſi le hallo: y así picó á Rozinante, y ſiguióle Sancho á pie, y cargado, merced á Gineſillo de Paſſamonte. Y aviendo rodeado la montaña, hallaron en un arroyo caida, muerta, y medio comida de perros, y picada de grajos, una mula, enſillada, y enfrenada. Todo lo qual confirmó en ellos mas la ſoſpecha, de que aquel que huya era el dueño de la mula, y del coxin. Eſtandola mirando, oyeron un ſilvo como de paſtor que guardava ganado: y á deſhora á ſu ſinieſtra mano, parecieron una buena cantidad de cabras, y tras ellas por cima de la montaña, pareció el cabrero que las guardava, que era un hombre anciano. Dióle voces Don Quixote, y rogóle que baxaſe donde eſtavan. El reſpondió á gritos, que quien les avia traido por aquel lugar, pocas, ó ningunas veces piſado, ſino de pies de cabras, ó de lobos, y otras fieras que por alli andavan? Reſpondiéle Sancho, que baxaſe, que de todo le darian buena cuenta. Baxó el cabrero, y en llegando adonde Don Quixote eſtava, dixo: Apoſtaré, que eſtá mirando la mula de alquiler que eſtá muerta en eſa hondonada, pues á buena fé que ha ya ſeys meſes que eſtá en eſe lugar. Digan me, han topado por ay á ſu dueño? No hemos topado á nadie, reſpondió Don Quixote, ſino á un coxin, y á una maletilla que no lexos deſte lugar hallamos. Tambien la hallé yo, reſpondió el cabrero, mas nunca la quiſe alzar, ni llegar á ella, temeroſo de algun deſman, y de que no me la pidieſen por de hurto, que es el diablo ſotil, y debaxo de los pies ſe levanta al hombre coſa donde tropiece, y caya, ſin ſaber como, ni

como no. Eſo miſmo es lo que yo digo, reſpondió Sancho, que tambien la hallé yo, y no quiſe llegar á ella con un tiro de piedra: alli la dexé, y alli ſe queda como ſe eſtava, que no quiero perro con cencerro. Decidme buen hombre, dixo Don Quixote, ſabeys vos quien ſea el dueño deſtas prendas? Lo que ſabré yo decir, dixo el cabrero, es, que avra al pie de ſeys meſes, poco mas á menos, que llegó á una majada de paſtores, que eſtará como tres leguas deſte lugar, un mancebo de gentil talle, y apoſtura, cavallero ſobre eſa miſma mula que aí eſtá muerta, y con el miſmo coxin, y maleta, que decis que hallaſtes, y no tocaſtes. Preguntónos, que qual parte deſta ſierra era la mas aſpera, y eſcondida. Diximoſle, que era eſta donde aora eſtamos: y es así la verdad, porque ſi entrays media legua mas adentro, quiza no acertareys á ſalir: y eſtoy maravillado de como aveys podido llegar aquí, porque no ay camino, ni ſenda que á eſte lugar encamine. Digo pues, que en oyendo nueſtra reſpueſta el mancebo, bolvió las riendas, y encaminó hacia el lugar donde le ſeñalamos, dexandonos á todos contentos de ſu buen talle, y admirados de ſu demanda, y de la prieſa con que le viamos caminar, y bolverſe hacia la ſierra: y deſde entonces nunca mas le vimos, haſta que deſde alli á algunos dias ſalió al camino á uno de nueſtros paſtores, y ſin decille nada ſe allegó á él, y le dió muchas puñadas, y coces, y luego ſe fue á la borrica del hato, y le quitó quanto pan, y queſo en ella traya: y con eſtraña ligereza, hecho eſto, ſe bolvió á entrar en la ſierra. Como eſto ſupimos algunos cabreros, le anduvimos á buſcar caſi dos dias, por lo mas cerrado deſta ſierra, al cabo de los quales le hallamos metido en el hueco de un grueſo, y valiente alcornoque. Salió á noſotros con mucha manſedumbre, yá roto el veſtido, y el roſtro desfigurado, y toſtado del Sol, de tal ſuerte, que apenas le conocimos, ſino que los veſtidos, aunque rotos, con la noticia que dellos teniamos,

niamos, nos dieron á entender que era él que buſcavamos. Saludónos cortéſmente, y en pocas, y muy buenas razones nos dixo, que no nos maravillaſemos de verle andar de aquella ſuerte, porque así le convenia para cumplir cierta penitencia, que por ſus muchos pecados le avia ſido impueſta. Rogamoſle que nos dixeſe quien era, mas nunca lo pudimos acabar con él. Pedimoſle tambien, que quando huvieſe meneſter el ſuſtento (ſin el qual no podia paſar) nos dixeſe donde le hallariamos, porque con mucho amor, y cuydado ſe lo llevariamos: y que ſi eſto tampoco fueſe de ſu guſto, que alomenos ſalieſe á pedirlo, y no á quitarlo á los paſtores. Agradeció nueſtro ofrecimiento, pidió perdon de los aſaltos paſados, y ofreció de pedillo de alli adelante por amor de Dios, ſin dar moleſtia alguna á nadie. En quanto lo que tocava á la eſtancia de ſu habitacion dixo, que no tenia otra que aquella que le ofrecia la ocaſion donde le tomava la noche, y acabó ſu platica con un tan tierno llanto, que bien fueramos de piedra los que eſcuchado le aviamos, ſi en el no le acompañaramos: conſiderandole como le aviamos viſto la vez primera, y qual le veyamos entonces. Porque como tengo dicho, era un muy gentil, y agraciado mancebo, y en ſus corteſes, y concertadas razones, moſtrava ſer bien nacido, y muy corteſana perſona. Que pueſto que eramos ruſticos los que le eſcuchavamos, ſu gentileza era tanta, que baſtava á darſe á conocer á la miſma ruſticidad. Y eſtando en lo mejor de ſu platica paró, y enmudecióſe: clavó los ojos en el ſuelo por un buen eſpacio, en el qual todos eſtuvimos quedos, y ſuſpenſos, eſperando en que avia de parar aquel embeleſamiento, con no poca laſtima de verlo, porque por lo que hacía de abrir los ojos, eſtar fixo mirando al ſuelo, ſin mover peſtaña gran rato, y otras veces cerrarlos, apretando los labios, y enarcando las cejas, facilmente conocimos, que algun accidente de locura le avia ſobrevenido: mas él nos dió á entender

preſto,

preſto, ſer verdad lo que penſavamos: porque ſe levantó con gran furia del ſuelo, donde ſe avia echado, y arremetió con el primero que halló junto á sí con tal denuedo, y rabia, que ſino ſe le quitaramos le matara á puñadas, y á bocados. Y todo eſto hacía, diciendo: A fementido Fernando, aquí, aquí me pagarás la ſinrazon que me hiciſte, eſtas manos te ſacarán el corazon, donde alvergan, y tienen manida todas las maldades juntas, principalmente la fraude, y el engaño: y á eſtas añadia otras razones, que todas ſe encaminavan á decir mal de aquel Fernando, y á tacharle de traidor y fementido. Quitamos ſe le pues con no poca peſadumbre, y él ſin decir mas palabra ſe apartó de noſotros, y ſe emboſcó corriendo por entre eſtos xarales, y malezas, de modo que nos impoſibilitó el ſeguille. Por eſto conjeturamos, que la locura le venia á tiempos, y que alguno que ſe llamava Fernando, le devia de aver hecho alguna mala obra, tan peſada, quanto lo moſtrava el termino á que le avia conducido. Todo lo qual ſe ha confirmado deſpues acá, con las veces (que han ſido muchas) que él ha ſalido al camino, unas á pedir á los paſtores le den de lo que llevan para comer, y otras á quitarſelo por fuerza: porque quando eſtá con el accidente de la locura, aunque los paſtores ſe lo oſrezcan de buen grado, no lo admite, ſino que lo toma á puñadas: y quando eſtá en ſu ſeſo lo pide por amor de Dios, cortés, y comedidamente, y rinde por ello muchas gracias, y no con falta de lagrimas. Y en verdad os digo, ſeñores, proſiguió el cabrero, que ayer determinamos yo, y quatro zagales, los dos criados, y los dos amigos mios, de buſcarle, haſta tanto que le hallemos, y deſpues de hallado, ya por fuerza, ya por grado, le hemos de llevar á la villa de Almodovar, que eſtá de aquí ocho leguas, y alli le curaremos, ſi es que ſu mal tiene cura, ó ſabremos quien es, quando eſté en ſu ſeſo, y ſi tiene parientes á quien dar noticia de ſu deſgracia. Eſto es, ſeño-

res, lo que ſabre deciros de lo que me aveys preguntado: y entended que el dueño de las prendas que hallaſtes, es el miſmo que viſtes paſar con tanta ligereza, como deſnudez: que ya le avia dicho Don Quixote; como avia viſto paſar aquel hombre ſaltando por la ſierra. El qual quedó admirado de lo que al cabrero avia oido, y quedó con mas deſeo de ſaber quien era el deſdichado loco, y propuſo en sí lo miſmo que ya tenia penſado, de buſcalle por toda la montaña, ſin dexar rincon, ni cueva en ella que no miraſe, haſta hallarle. Pero hizolo mejor la ſuerte, de lo que él penſava, ni eſperava: porque en aquel miſmo inſtante pareció por entre una quebrada de una ſierra que ſalia donde ellos eſtravan, el mancebo que buſcava: el qual venia hablando entre sí coſas, que no podian ſer entendidas de cerca, quanto mas de lexos. Su trage era qual ſe ha pintado, ſólo que llegando cerca vió Don Quixote, que un coleto hecho pedazos que ſobre ſi traya, era de ambar: por donde acabó de entender, que perſona que tales habitos traya, no devia de ſer de infima calidad. En llegando el mancebo á ellos, los ſaludó con una voz deſentonada, y bronca, pero con mucha corteſia. Don Quixote le bolvió las ſaludes, con no menos comedimiento, y apeandoſe de Rozinante, con gentil continente, y donayre le fue á abrazar, y le tuvo un buen eſpacio eſtrechamente entre ſus brazos, como ſi de luengos tiempos le huviera conocido. El otro, á quien podemos llamar, el Roto de la mala figura (como á Don Quixote, el de la triſte) deſpues de averſe dexado abrazar, le apartó un poco de sí, y pueſtas ſus manos en los ombros de Don Quixote, le eſtuvo mirando, como que queria ver ſi le conocia: no menos admirado quiza, de ver la figura, talle, y armas de Don Quixote, que Don Quixote lo eſtava de verle á él. En reſolucion, el primero que habló deſpues del abrazamiento, fue el Roto, y dixo lo que ſe dirá adelante.

Cap.

Cap. XXIV. Donde ſe proſigue la aventura de la Sierra Morena.

DICE la hiſtoria, que era grandiſima la atencion con que Don Quixote eſcuchava al aſtroſo cavallero de la Sierra, el qual proſiguiendo ſu platica, dixo: Por cierto, ſeñor, quien quiera que ſeays, que yo no os conozco, yo os agradezco las mueſtras, y la corteſia que conmigo aveys uſado: y quiſiera yo hallarme en terminos que con mas que la voluntad pudiera ſervir la que aveys moſtrado tenerme, en el buen acogimiento que me aveys hecho, mas no quiere mi ſuerte darme otra coſa con que correſponda á las buenas obras que me hacen, que buenos deſeos de ſatisfacerlas. Los que yo tengo, reſpondió Don Quixote, ſon de ſerviros, tanto, que tenia determinado de no ſalir deſtas ſierras haſta hallaros, y ſaber de vos ſi al dolor que en la eſtrañeza de vueſtra vida moſtrays tener, ſe podia hallar algun genero de remedio: y ſi fuera meneſter buſcarle, buſcarle con la diligencia poſible. Y quando vueſtra deſventura fuera de aquellas que tienen cerradas las puertas á todo genero de conſuelo, penſava ayudaros á llorarla, y á plañirla como mejor pudiera, que toda via es conſuelo en las deſgracias, hallar quien ſe duela dellas. Y ſi es que mi buen intento merece ſer agradecido con algun genero de corteſia, yo os ſuplico ſeñor, por la mucha que veo que en vos ſe encierra: y juntamente os conjuro, por la coſa que en eſta vida mas aveys amado, ó amays, que me digays quien ſoys, y la cauſa que os ha traido á vivir, y á morir entre eſtas ſoledades, como bruto animal, pues morays entre ellos, tan ageno de vos miſmo, qual lo mueſtra vueſtro trage, y perſona. Y juro (añadió Don Quixote) por la orden de cavalle-

ria que recebi (aunque indigno, y pecadór) y por la profesion de cavallero andante, que si en esto, señor, me complaceys, de serviros con las veras á que me obliga el ser quien soy: ora remediando vuestra desgracia, si tiene remedio: ora ayudando os á llorarla, como os lo he prometido. El cavallero del bosque, que de tal manera oyó hablar al de la triste figura, no hacía sino mirarle, y remirarle, y tornarle á mirar de arriba á baxo: y despues que le huvo bien mirado, le dixo: Si tienen algo que darme á comer, por amor de Dios que me lo den, que despues de aver comido yo haré todo lo que se me manda, en agradecimiento de tan buenos deseos como aquí se me han mostrado. Luego sacaron, Sancho de su costal, y el cabrero de su zurron, con que satisfizo el Roto su hambre, comiendo lo que le dieron como persona atontada, tan aprieſa, que no dava espacio de un bocado al otro, pues antes los engullia, que tragava: y en tanto que comia ni él, ni los que le miravan hablavan palabra. Como acabó de comer, les hizo de señas que le siguiesen, como lo hicieron, y el los llevó á un verde pradezillo, que á la buelta de una peña, poco desviada de alli estava. En llegando á él, se tendió en el suelo, encima de la yerva, y los demas hicieron lo mismo: y todo esto sin que ninguno hablase, hasta que el Roto, despues de averse acomodado en su asiento, dixo: Si gustays señores, que os diga en breves razones la inmensidad de mis desventuras, aveysme de prometer, de que con ninguna pregunta, ni otra cosa, no interrompereys el hilo de mi triste historia: porque en el punto que lo hagays, en ese se quedará lo que fuere contando. Estas razones del Roto, truxeron á la memoria á Don Quixote el cuento que le avia contado su escudero, quando no acertó el numero de las cabras que avian pasado el rio, y se quedó la historia pendiente. Pero bolviendo al Roto, prosiguió, diciendo: Esta prevencion que hago, es, porque querria

pasar

paſar brevemente por el cuento de mis deſgracias: que el traerlas á la memoria no me ſirve de otra coſa que añadir otras de nuevo: y mientras menos me preguntaredes, mas preſto acabaré yo de decillas, pueſto que no dexaré por contar coſa alguna, que ſea de importancia, para no ſatisfacer del todo á vueſtro deſeo. Don Quixote ſe lo prometió en nombre de los demas: y él con eſte ſeguro, comenzó deſta manera.

Mi nombre es Cardenio, mi patria una ciudad de las mejores deſta Andaluzía, mi linage noble, mis padres ricos, mi deſventura tanta, que la deven de aver llorado mis padres, y ſentido mi linage, ſin poderla aliviar con ſu riqueza: que para remediar deſdichas del cielo, poco ſuelen valer los bienes de fortuna. Vivia en eſta miſma tierra un cielo, donde puſo el amor toda la gloria que yo acertara á deſearme. Tal es la hermoſura de Luſcinda, donzella tan noble, y tan rica como yo, pero de mas ventura, y de menos firmeza de la que á mis honrados penſamientos ſe devia. A eſta Luſcinda amé, quiſe, y adoré, deſde mis tiernos, y primeros años, y ella me quiſó á mí con aquella ſencillez, y buen animo, que ſu poca edad permitia. Sabian nueſtros padres nueſtros intentos, y no les peſava dello, porque bien veyan, que quando paſaran adelante, no podian tener otro fin, que el de caſarnos: coſa que caſi la concertava la igualdad de nueſtro linage, y riquezas. Creció la edad, y con ella el amor de entrambos, que al padre de Luſcinda le pareció, que por buenos reſpetos eſtava obligado á negarme la entrada de ſu caſa: caſi imitando en eſto, á los padres de aquella Tiſbe, tan decantada de los Poetas. Y fue eſta negacion añadir llama á llama, y deſeo á deſeo: porque aunque puſieron ſilencio á las lenguas, no le pudieron poner á las plumas, las quales con mas libertad que las lenguas ſuelen dar á entender á quien quieren, lo que en el alma eſtá encerrado, que muchas veces la preſencia de la coſa amada turba, y

enmudece la intencion mas determinada, y la lengua mas atrevida. Ay cielos, y quantos billetes la eſcrivi? Quan regaladas, y honeſtas reſpueſtas tuve? Quantas canciones compuſe, y quantos enamorados verſos, donde el alma declarava, y traſladava ſus ſentimientos, pintava ſus encendidos deſeos, entretenía ſus memorias, y recreava ſu voluntad? En efeto, viendome apurado, y que mi alma ſe conſumía con el deſeo de verla, determiné poner por obra, y acabar en un punto lo, que me pareció, que mas convenia para ſalir con mi deſeado, y merecido premio: y fue, el pedirſela á ſu padre por legitima eſpoſa, como lo hize. A lo que él me reſpondió: Que me agradecia la voluntad que moſtrava de honrarle, y de querer honrarme con prendas ſuyas, pero que ſiendo mi padre vivo, á él tocava de juſto derecho, hacer aquella demanda: porque ſino fueſe con mucha voluntad, y guſto ſuyo, no era Luſcinda para tomarſe, ni darſe á hurto. Yo le agradecí ſu buen intento, pareciendome que llevava razon en lo que decia, y que mi padre vendria en ello, como yo ſe lo dixeſe. Y con eſte intento, luego en aquel miſmo inſtante fuy á decirle á mi padre lo que deſeava: y al tiempo que entré en un apoſento donde eſtava, le hallé con una carta abierta en la mano, la qual antes que yo le dixeſe palabra, me la dió, y me dixo: Por eſa carta veras Cardenio, la voluntad que el Duque Ricardo, tiene de hacerte merced. Eſte Duque Ricardo, como ya voſotros, ſeñores, deveys de ſaber, es un Grande de Eſpaña, que tiene ſu eſtado en lo mejor deſta Andaluzía. Tomé, y ley la carta, la qual venia tan encarecida, que á mí miſmo me pareció mal, ſi mi padre dexava de cumplir lo que en ella ſe le pedia, que era, que me embiaſe luego donde él eſtava, que queria, que fueſe compañero, no criado, de ſu hijo el mayor: y que él tomava á cargo el ponerme en eſtado, que correſpondieſe á la eſtimacion en que me tenia. Ley la carta, y enmudecí leyendola, y

mas quando oy que mi padre me decia: De aquí á dos días te partiras, Cardenio, á hacer la voluntad del Duque, y da gracias á Dios que te vá abriendo camino por donde alcances lo que yo sé que mereces. Añadió á estas otras razones de padre consejero. Llegóse el termino de mi partida, hablé una noche á Luscinda, dixele todo lo que pasava, y lo mismo hize á su padre, suplicandole se entretuviese algunos dias, y dilatase el darla estado, hasta que yo viese lo que Ricardo me queria. El me lo prometió, y ella me la confirmó con mil juramentos, y mil desmayos. Vine en fin donde el Duque Ricardo estava, fuy dél tan bien recebido, y tratado, que desde luego comenzó la embidia á hacer su oficio, teniendomela los criados antiguos; pareciendoles, que las mueſtras que el Duque dava de hacerme merced, avian de ser en perjuicio suyo. Pero él que mas se holgó con mi ida, fue un hijo segundo del Duque, llamado Fernando, mozo gallardo, gentilhombre, liberal y enamorado: el qual en poco tiempo quisó que fuese tan su amigo, que dava que decir á todos: y aunque el mayor me quería bien, y me hacía merced, no llegó al estremo con que Don Fernando me quería, y tratava. Es pues el caso, que como entre los amigos no ay cosa secreta, que no se comunique, y la privanza que yo tenia con Don Fernando, dexava de serlo, por ser amistad, todos sus pensamientos me declarava, especialmente uno enamorado, que le traya con un poco de desasosiego. Quería bien á una labradora, vasalla de su padre: y ella los tenia muy ricos, y era tan hermosa, recatada, discreta, y honesta, que nadie que la conocia se determinava, en qual destas cosas tuviese mas excelencia, ni mas se aventajase. Estas tan buenas partes de la hermosa labradora reduxeron á tal termino los deseos de Don Fernando, que se determinó para poder alcanzarlo (y conquistar la entereza de la labradora) darle palabra de ser su esposo, porque de otra manera, era procurar lo imposible.

Yo

Yo obligado de ſu amiſtad, con las mejores razones que ſupe, y con los mas vivos exemplos que pude, procuré eſtorvarle, y apartarle de tal propoſito. Pero viendo que no aprovechava, determiné de decirle el caſo al Duque Ricardo ſu padre. Mas Don Fernando, como aſtuto, y diſcreto, ſe rezeló, y temió deſto, por parecerle que eſtava yo obligado, en vez de buen criado, no tener encubierta coſa que tan en perjuicio de la honra de mi ſeñor el Duque venia: y así por divertirme, y engañarme, me dixo: Qué no hallava otro mejor remedio para poder apartar de la memoria la hermoſura que tan ſugeto le tenia, que el auſentarſe por algunos meſes: y que queria que el auſencia fueſe, que los dos nos viniesemos en caſa de mi padre, con ocaſion que dirian al Duque, que venia á ver, y á feriar unos muy buenos cavallos, que en mi ciudad avia, que es madre de los mejores del mundo. A penas le oy yo decir eſto, quando (movido de mi aficion) aunque ſu determinacion no fuera tan buena, la aprovara yo por una de las mas acertadas que ſe podian imaginar: por ver quan buena ocaſion, y coyuntura ſe me ofreciá, de bolver á ver á mi Luſcinda. Con eſte penſamiento, y deſeo, aprové ſu parecer, y esforcé ſu propoſito, diciendole, que lo puſieſe por obra con la brevedad poſible, porque en efeto la auſencia hacía ſu oficio, á peſar de los mas firmes penſamientos. Y quando él me vinó á decir eſto, ſegun deſpues ſe ſupó, avia gozado á la labradora, con titulo de eſpoſo, y eſperava ocaſion de deſcubrirſe á ſu ſalvo, temeroſo de lo que el Duque ſu padre haría, quando ſupieſe ſu diſparate: Sucedió pues, que como el amor en los mozos, por la mayor parte no lo es, ſino apetito, el qual como tiene por ultimo fin el deleyte, en llegando á alcanzarle, ſe acaba, y ha de bolver atras aquello que parecía amor: porque no puede paſar adelante del termino que le puſo naturaleza, el qual termino no le puſo á lo que es verdadero amor.

Quiero

Quiero decir, que así como Don Fernando gozó á la labradora, ſe le aplacaron ſus deſeos, y ſe resfriaron ſus ahincos: y ſi primero fingia quererſe auſentar por remediarlos, aora de veras procurava irſe, por no ponerlos en execucion. Dióle el Duque licencia, y mandóme que le acompañaſe. Venimos á mi ciudad, recibióle mi padre como quien era: vi yo luego á Luſcinda, tornaron á vivir (aunque no avian eſtado muertos, ni amortiguados) mis deſeos, de los quales di cuenta, por mi mal, á Don Fernando, por parecerme, que en la ley de la mucha amiſtad que moſtrava, no le devia encubrir nada. Alabéle la hermoſura, donayre, y diſcrecion de Luſcinda, de tal manera, que mis alabanzas movieron en él los deſeos de querer ver donzella de tan buenas partes adornada. Cumpliſelos yo por mi corta ſuerte, enſeñandoſela una noche, á la luz de una vela, por una ventana por donde los dos ſoliamos hablarnos. Vióla, en ſayo tal, que todas las bellezas haſta entonces por el viſtas, las puſo en olvido. Enmudeció, perdió el ſentido, quedó abſorto: y finalmente tan enamorado, qual lo vereys en el diſcurſo del cuento de mi deſventura. Y para encenderle mas el deſeo (que á mi me zelava, y al cielo á ſolas deſcubria) quiſó la fortuna, que hallaſe un dia un billete ſuyo, pidiendome que la pidieſe á ſu padre por epoſa: tan diſcreto, tan honeſto, y tan enamorado, que en leyendolo me dixo, que en ſola Luſcinda ſe encerravan todas las gracias de hermoſura, y de entendimiento, que en las demas mugeres del mundo eſtavan repartidas. Bien es verdad, que quiero confeſar aora, que pueſto que yo veya con quan juſtas cauſas Don Fernando á Luſcinda alabava, me peſava de oir aquellas alabanzas de ſu boca, y comencé á temer, y con razon á rezelarme del, porque no ſe paſava momento, donde no quiſieſe que trataſemos de Luſcinda, y él movia la platica, aunque la truxeſe por los cabellos, coſa que deſpertava en mí un no ſé que de zelos, no porque yo

temieſe reves alguno de la bondad, y de la fé de Luſcinda, pero con todo eſo me hacía temer mi ſuerte, lo miſmo que ella me aſegurava. Procurava ſiempre Don Fernando leer los papeles que yo á Luſcinda embiava, y los que ella me reſpondia, á titulo que de la diſcrecion de los dos guſtava mucho. Acaeció pues, que aviendome pedido Luſcinda un libro de cavallerias en que leer, de quien era ella muy aficionada, que era el de Amadis de Gaula No huvo bien oido Don Quixote nombrar libro de cavallerias, quando dixo: Con que me dixera vueſtra merced al principio de ſu hiſtoria, que ſu merced de la ſeñora Luſcinda era aficionada á libros de cavallerias, no fuera meneſter otra exageracion, para darme á entender la alteza de ſu entendimiento, porque no le tuviera tan bueno, como vos ſeñor le aveys pintado, ſi careciera del guſto de tan ſabroſa leyenda: así que para conmigo no es meneſter gaſtar mas palabras en declararme ſu hermoſura, valor, y entendimiento, que con ſolo aver entendido ſu aficion, la confirmo por la mas hermoſa, y mas diſcreta muger del mundo: y quiſiera yo, ſeñor, que vueſtra merced le huviera embiado junto con Amadis de Gaula al bueno de Don Rugel de Grecia, que yo ſé que guſtara la ſeñora Luſcinda mucho de Darayda, y Garaya, y de las diſcreciones del paſtor Darinel, y de aquellos admirables verſos de ſus Bucolicas, cantadas, y repreſentadas por él con todo donayre, diſcrecion, y deſemboltura: pero tiempo podra venir en que ſe enmiende eſa falta, y no dura mas en hacerſe la enmienda, de quanto quiera vueſtra merced ſer ſervido de venirſe conmigo á mi aldea, que alli le podré dar mas de trecientos libros, que ſon el regalo de mi alma, y el entretenimiento de mi vida: aunque tengo para mí, que ya no tengo ninguno, merced á la malicia de malos, y embidioſos encantadores. Y perdoneme vueſtra merced, el aver contravenido á lo que prometimos, de no interromper ſu platica, pues en oyendo

endo coſas de cavallerias, y de cavalleros andantes, así es en mi mano dexar de hablar en ellos, como lo es en la de los rayos del Sol dexar de calentar, ni humedecer en los de la Luna. Así que, perdon, y proſeguir, que es lo que aora hace mas al caſo: En tanto que Don Quixote eſtava diciendo lo que queda dicho, ſe le avia caido á Cardenio la cabeza ſobre el pecho, dando mueſtras de eſtar profundamente penſativo. Y pueſto que dos veces le dixo Don Quixete, que proſiguieſe ſu hiſtoria, ni alzava la cabeza, ni reſpondiá palabra. Pero al cabo de un buen eſpacio la levantó, y dixo: No ſe me puede quitar del penſamiento, ni avrá quien me lo quite en el mundo, ni quien me dé á entender otra coſa: y ſeria un majadero él que lo contrario entendieſe, ó creyeſe, ſino que aquel vellaconazo del Maeſtro Eliſabat eſtava amancebado con la Reyna Madaſima. Eſo no, voto á tal, reſpondió con mucha colera Don Quixote, (y arrojóle como tenia de coſtumbre) y eſa es una muy gran malicia, ó vellaqueria, por mejor decir. La Reyna Madaſima fue muy principal ſeñora, y no ſe ha de preſumir, que tan alta Princeſa ſe avia de amancebar con un ſaca potras: y quien lo contrario entendiere, miente como muy gran vellaco. Y yo ſe lo daré á entender, á pie, ó á cavallo: armado, ó deſarmado: de noche, ó de dia, ó como mas guſto le diere. Eſtavale mirando Cardenio muy atentamente, al qual ya avia venido el accidente de ſu locura, y no eſtava para proſeguir ſu hiſtoria, ni tampoco Don Quixote ſe la oyera, ſegun le avia diſguſtado lo que de Madaſima le avia oido. Eſtraño caſo, que así bolvió por ella, como ſi verdaderamente fuera ſu verdadera, y natural ſeñora: tal le tenian ſus deſcomulgados libros. Digo pues, que como ya Cardenio eſtava loco, y ſe oyó tratar de mentis, y de vellaco, con otros denueſtos ſemejantes, parecióle mal la burla, y alzó un guijarro que halló junto á ſi, y dió con el en los pechos tal golpe á Don Quixote, que

le hizo caer de eſpaldas. Sancho Panza que de tal modo vió parar á ſu ſeñor, arremetió al loco con el puño cerrado: y el Roto le recibió de tal ſuerte, que con una puñada dió con él á ſus pies, y luego ſe ſubió ſobre él, y le brumó las coſtillas muy á ſu ſabor. El cabrero que le quiſó defender, corrió el miſmo peligro. Y deſpues que los tuvo á todos rendidos, y molidos, los dexó, y ſe fue con gentil ſoſiego, á emboſcarſe en la montaña. Levantóſe Sancho, y con la rabia que tenia de verſe aporreado tan ſin merecerlo, acudió á tomar la venganza del cabrero, diciendole, que él tenia la culpa de no averles aviſado que á aquel hombre le tomava á tiempos la locura, que ſi eſto ſupieran, huvieran eſtado ſobre aviſo para poderſe guardar. Reſpondió el cabrero, que ya lo avia dicho, y que ſi él no lo avia oido, que no era ſuya la culpa. Replicó Sancho Panza, y tornó á replicar el cabrero: y fue el fin de las replicas, aſirſe de las barbas, y darſe tales puñadas, que, ſi Don Quixote no los puſiera en paz, ſe hicieran pedazos. Decia Sancho aſido con el cabrero: Dexeme vueſtra merced, Señor Cavallero de la triſte Figura, que en eſte que es villano como yo, y no eſtá armado cavallero, bien puedo á mi ſalvo fatisfacerme del agravio que me ha hecho, peleando con él mano á mano, como hombre honrado. Así es, dixo Don Quixote: pero yo ſé que él no tiene ninguna culpa de lo ſucedido. Con eſto los apaciguó, y Don Quixote bolvió á preguntar al cabrero, ſi ſeria poſible hallar á Cardenio, porque quedava con grandiſimo deſeo de ſaber el fin de ſu hiſtoria. Dixole el cabrero lo que primero avia dicho, que era no ſaber de cierto ſu manida: pero que ſi anduvieſe mucho por aquellos contornos, no dexaria de hallarle, ó cuerdo, ó loco.

Cap. XXV. Que trata de las eſtrañas coſas que en Sierra Morena ſucedieron al valiente Cavallero de la Mancha: y de la imitacion que hizo á la penitencia de Beltenebros.

DEſpidióſe del cabrero Don Quixote, y ſubiendo otra vez ſobre Rozinante, mandó á Sancho que le ſiguieſe, el qual lo hizo con ſu jumento, de muy mala gana. Ivanſe poco á poco entrando en lo mas aſpero de la montaña, y Sancho iva muerto por razonar con ſu Amo, y deſeava que él comenzaſe la platica, por no contravenir á lo que le tenia mandado: mas no pudiendo ſufrir tanto ſilencio, le dixo: Señor Don Quixote, vueſtra merced me eche ſu bendicion, y me dé licencia, que deſde aquí me quiero bolver á mi caſa, y a mi muger, y á mis hijos, con los quales por lo menos hablaré, y departiré todo lo que quiſiere, porque querer vueſtra merced que vaya con el por eſtas ſoledades, de dia, y de noche, y que no le hable quando me diere guſto, es enterrarme en vida. Si ya quiſiera la ſuerte que los animales hablaran, como hablavan en tiempo de Guiſopete, fuera menos mal, porque departiera yo con mi jumento lo que me viniera en gana, y con eſto paſara mi mala ventura: que es rezia coſa, y que no ſe puede llevar en paciencia, andar buſcando aventuras toda la vida, y no hallar, ſino coces, y manteamientos, ladrillazos, y puñadas, y con todo eſto, nos hemos de coſer la boca, ſin oſar decir lo que el hombre tiene en ſu corazon, como ſi fuera mudo. Ya te entiendo Sancho, reſpondió Don Quixote, tu mueres porque te alce el entredicho que te tengo pueſto en la lengua, dale por alzado, y di lo que quiſieres, con condicion, que no ha de durar eſte alzamiento mas de en quanto

auduvieremos por eſtas ſierras. Sea así, dixo Sancho, hable yo aora, que deſpues Dios ſabe lo que ſerá, y comenzando á gozar de eſe ſalvo conduto, digo: Que que le iva á vueſtra merced en bolver tanto por aquella Reyna Magimaſa, ó como ſe llama? O que hacia al caſo, que aquel Abad fueſe ſu amigo, ó no? Que ſi vueſtra merced paſara con ello, pues no era ſu juez, bien creo yo, que el loco paſara adelante con ſu hiſtoria, y ſe huvieran ahorrado el golpe del guijarro, y las coces, y aun mas de ſeys torniſcones. A ſé Sancho, reſpondió Don Quixote, que ſi tu ſupieras como yo lo ſé, quan honrada, y quan principal ſeñora era la Reyna Madaſima, yo ſé que dixeras, que tuve mucha paciencia, pues no quebré la boca por donde tales blasfemias ſalieron. Porque es muy gran blasfemia decir, ni penſar, que una Reyna eſté amancebada con un cirujano. La verdad del cuento es, que aquel maeſtro Eliſabat, que el loco dixo, fue un hombre muy prudente, y de muy ſanos conſejos, y firvió de ayo, y de medico á la Reyna: pero penſar que ella era ſu amiga, es diſparate digno de muy gran caſtigo. Y porque veas que Cardenio no ſupo lo que dixo, has de advertir, que quando lo dixo, ya eſtava ſin juicio. Eſo digo yo, dixo Sancho, que no avia para que hacer cuenta de las palabras de un loco: porque ſi la buena ſuerte no ayudara á vueſtra merced, y encaminara el guijarro á la cabeza, como le encaminó al pecho, buenos quedaramos, por aver buelto por aquella mi ſeñora, que Dios cohonda. Pues montas que no ſe librara Cardenio por loco. Contra cuerdos, y contra locos, eſtá obligado qualquier cavallero andante á bolver por la honra de las mugeres, qualeſquiera que ſean, quanto mas por las Reynas de tan alta guiſa, y pro, como fue la Reyna Madaſima, á quien yo tengo particular aficion, por ſus buenas partes: porque fuera de aver ſido fermoſa ademas, fue muy prudente, y muy ſufrida en ſus calamidades, que las tuvo

muchas.

muchas. Y los consejos, y compañia del maestro Elisabat le fue, y le fueron de mucho provecho, y alivio, para poder llevar sus trabajos con prudencia, y paciencia. Y de aquí tomó ocasion el vulgo ignorante, y mal intencionado, de decir, y pensar, que ella era su manceba: y mienten digo otra vez, y mentirán otras docientas todos los que tal pensaren, y dixeren. Ni yo lo digo, ni lo pienso, respondió Sancho, allá se lo ayan, con su pan se lo coman; si fueron amancebados, ó no, á Dios avrán dado la cuenta; de mis viñas vengo, no sé nada, no soy amigo de saber vidas agenas, que él que compra, y miente, en su bolsa lo siente. Quanto mas, que desnudo naci, desnudo me hallo, ni pierdo, ni gano; mas que lo fuesen, que me va á mi? Y muchos piensan que ay tozinos, y no ay estacas. Mas quien puede poner puertas al campo? Quanto mas, que de Dios dixeron. Valame Dios, dixo Don Quixote, y que de necedades vas Sancho ensartando, que va de lo que tratamos á los refranes que enhilas? Por tu vida Sancho que calles, y de aquí adelante entremetete en espolear á tu asno, y dexa de hacello en lo que no te importa. Y entiende con todos cinco sentidos, que todo quanto yo he hecho, hago, é hiciere, va muy puesto en razon, y muy conforme á las reglas de cavalleria, que las sé mejor que quantos cavalleros las profesaron en el mundo. Señor, respondió Sancho, y es buena regla de cavalleria, que andemos perdidos por estas montañas, sin senda, ni camino, buscando á un loco el qual despues de hallado, quiza le vendrá en voluntad de acabar lo que dexó comenzado, no de su cuento, sino de la cabeza de vuestra merced, y de mis costillas, acabandonos las de romper de todo punto? Calla, te digo otra vez, Sancho, dixo Don Quixote, porque te hago saber, que no solo me trae por estas partes el deseo de hallar al loco, quanto el que tengo de hacer en ellas una hazaña, con que he de ganar perpetuo nombre, y fama, en todo lo descubierto de la tierra,

y se-

y ſerá tal, que he de echar con ella el ſello á todo aquello que puede hacer perfeto, y famoſo á un andante cavallero. Y es de muy gran peligro eſa hazaña, preguntó Sancho Panza? No, reſpondió el de la triſte Figura, pueſto que de tal manera podia correr el dado, que echaſemos azar en lugar de encuentro, pero todo ha de eſtar en tu diligencia. En mi diligencia, dixo Sancho? Sí, dixo Don Quixote, porque ſi buelves preſto, de adonde pienſo embiarte, preſto ſe acabará mi pena, y preſto comenzará mi gloria: y porque no es bien que te tenga mas ſuſpenſo, eſperando en lo que han de parar mis razones, quiero Sancho que ſepas, que el famoſo Amadis de Gaula, fue uno de los mas perfetos cavalleros andantes: no he dicho bien, fue uno; fue el ſolo, el primero, el unico, el ſeñor de todos quantos huvo en ſu tiempo en el mundo. Mal año, y mal mes para Don Belianis, y para todos aquellos que dixeren, que ſe le igualó en algo, porque ſe engañan, juro cierto. Digo así miſmo, que quando algun pintor quiere ſalir famoſo en ſu arte procura imitar los originales de los mas unicos pintores que ſabe. Y eſta miſma regla corre por todos los mas oficios, ó exercicios de cuenta, que ſirven para adorno de las republicas. Y así lo ha de hacer, y hace él, que quiſiere alcanzar nombre de prudente, y ſufrido, imitando á Ulifes, en cuya perſona, y trabajos nos pinta Homero un retrato vivo de prudencia, y de ſufrimiento, como tambien nos moſtró Virgilio, en perſona de Eneas, el valor de un hijo piadoſo, y la ſagacidad de un valiente, y entendido capitan, no pintandolo, ni deſcubriendolo como ellos fueron: ſino como avian de ſer, para quedar exemplo á los venideros hombres de ſus virtudes. Deſta miſma ſuerte Amadis fue el norte, el luzero, el ſol de los valientes, y enamorados cavalleros, á quien devemos de imitar todos aquellos, que debaxo de la vandera de amor y de la cavalleria militamos. Siendo pues eſto así, como lo es,

hallo

hallo yo, Sancho amigo, que el cavallero andante que mas le imitare, eſtará mas cerca de alcanzar la perfecion de la cavalleria. Y una de las coſas en que mas eſte cavallero moſtró ſu prudencia, valor, valentia, ſufrimiento, firmeza, y amor, ſue, quando ſe retiró, deſdeñado de la ſeñora Oriana, á hacer penitencia en la Peña Pobre, mudando ſu nombre en el de Beltenebros, nombre por cierto ſignificativo, y propio para la vida que él de ſu voluntad avia eſcogido. Así que me es á mí mar facil imitarle en eſto, que no en hender Gigantes, deſcabezar ſerpientes, matar endriagos, deſbaratar exercitos, fracaſar armadas, y deſhacer encantamentos. Y pues eſtos lugares ſon tan acomodados para ſemejantes efetos, no ay para que ſe dexe paſar la ocaſion, que aora con tanta comodidad me ofrece ſus guedejas. En efeto, dixo Sancho, que es lo que vueſtra merced quiere hacer, en eſte tan remoto lugar? Ya no te he dicho, reſpondió Don Quixote, que quiero imitar á Amadis, haciendo aquí del deſeſperado, del ſandio, y del furioſo? Por imitar juntamente al valiente Don Roldan, quando halló en una fuente las ſeñales de que Angelica la Bella avia cometido vileza con Medoro. De cuya peſadumbre ſe bolvió loco, y arrancó los arboles, enturbió las aguas de las claras fuentes, mató paſtores, deſtruyó ganados, abraſó chozas, derribó caſas, arraſtró yeguas, y hizo otras cien mil inſolencias, dignas de eterno nombre, y eſcritura. Y pueſto que yo no pienſo imitar á Roldan, ó Orlando, ó Rotolando (que todos eſtos tres nombres tenia) parte por parte, en todas las locuras que hizo, dixo, y penſó, haré el boſquexo, como mejor pudiere, en las que me pareciere ſer mas eſenciales. y podrá ſer que vinieſe á contentarme con ſola la imitacion de Amadis, que ſin hacer locuras de daño, ſino de lloros, y ſentimientos, alcanzó tanta fama como el que mas. Pareceme á mí, dixo Sancho, que los cavalleros que lo tal fizieron, fueron provocados,

y tu-

y tuvieron causa para hacer esas necedades, y penitencias: pero vuestra merced, que causa tiene para bolverse loco? Que dama le ha desdeñado? O que señales ha hallado, que le den á entender, que la señora Dulcinea del Toboso há hecho alguna niñería con Moro, ó Christiano? Ay está el punto, respondió Don Quixote, y esa es la fineza de mi negocio: que bolverse loco un cavallero andante con causa, ni grado ni gracias: el toque está desatinar sin ocasion, y dar á entender á mi dama, que si en seco hago esto, que hiciera en mojado. Quanto mas, que harta ocasion tengo en la larga ausencia que he hecho de la siempre señora mia Dulcinea del Toboso, que como ya oyste decir á aquel pastor de marras Ambrosio, quien está ausente todos los males tiene, y teme. Así que, Sancho amigo, no gastes tiempo en aconsejarme, que dexe tan rara, tan felize, y tan no vista imitacion. Loco soy, loco he de ser, hasta tanto que tu buelvas con la respuesta de una carta que contigo pienso embiar á mi señora Dulcinea: y si fuere tal qual á mi fe se le deve, acabarse ha mi sandez, y mi penitencia: y si fuere al contrario, seré loco de veras, y siendolo no sentiré nada. Así que de qualquiera manera que responda, saldré del conflito, y trabajo en que me dexares, gozando el bien que me truxeres, por cuerdo, ó no sintiendo el mal que me aportares, por loco. Pero dime Sancho, traes bien guardado el yelmo de Mambrino, que ya vi que le alzaste del suelo, quando aquel desagradecido le quiso hacer pedazos? pero no pudo; donde se puede echar de ver la fineza de su temple. A lo qual respondió Sancho: Vive Dios, señor cavallero de la triste Figura, que no puedo sufrir, ni llevar en paciencia algunas cosas que vuestra merced dice, y que por ellas vengo á imaginar, que todo quanto me dice de cavallerias, y de alcanzar Reynos, é Imperios, de dar Insulas, y de hacer otras mercedes y grandezas, como es uso de cavalleros andantes,

que

que todo deve de ser cosa de viento y mentira, y todo pastraña, ó patraña, ó como lo llamaremos: porque quien oyere decir á vuestra merced, que una bacia de barbero es el yelmo de Mambrino, y que no salga deste error en mas de quatro dias, que ha de pensar, sino que quien tal dice, y afirma deve de tener guero el juicio. La bacia yo la llevo en el costal toda abollada, y llevola para aderezarla en mi casa, y hacerme la barba en ella, si Dios me diere tanta gracia que algun dia me vea con mi muger, y hijos. Mira Sancho, por el mismo que denantes juraste, te juro, dixo Don Quixote, que tienes el mas corto entendimiento que tiene, ni tuvo escudero en el mundo: que es posible, que en quanto ha que andas conmigo, no has echado de ver, que todas las cosas de los cavalleros andantes parecen quimeras, necedades, y desatinos, y que son todas hechas al reves? Y no porque sea ello así, sino porque andan entre nosotros siempre una caterva de encantadores, que todas nuestras cosas mudan, y truecan, y las buelven segun su gusto, y segun tienen la gana de favorecernos, ó destruirnos, y así eso que á tí te parece bacia de barbero, me parece á mí el yelmo de Mambrino, y á otro le parecerá otra cosa. Y fue rara providencia del Sabio que es de mi parte, hacer que parezca bacia á todos, lo que real, y verdaderamente es yelmo de Mambrino: á causa, que siendo el de tanta estima, todo el mundo me perseguirá, por quitarmele, pero como ven que no es mas de un bacin de barbero, no se curan de procuralle. Como se mostró bien en él que quiso rompelle, y le dexó en el suelo sin llevarle, que á fé que si le conociera, que nunca él le dexara. Guardale amigo, que por aora no le he menester, que antes me tengo de quitar todas estas armas, y quedar desnudo como quando naci, si es que me da en voluntad de seguir en mi penitencia mas á Roldan, que á Amadis.

Llegaron en eſtas platicas al pie de una alta montaña, que caſi como peñon tajado eſtava ſola entre otras muchas que la rodeavan. Corria por ſu falda un manſo arroyuelo, y haciaſe por todo ſu redondez un prado tan verde, y vicioſo, que dava contento á los ojos que le mirava. Avia por alli muchos arboles ſilveſtres, y algunas plantas, y flores, que hacian el lugar apacible. Eſte ſitio eſcogió el Cavallero de la triſte Figura, para hacer ſu penitencia, y así en viendole, comenzó á decir en voz alta, como ſi eſtuviera ſin juicio: Eſte es el lugar, ó cielos, que diputo, y eſcojo para llorar la deſventura en que voſotros miſmos me aveys pueſto. Eſte es el ſitio donde el humor de mis ojos acrecentará las aguas deſte pequeño arroyo, y mis continuos, y profundos ſuſpiros moverán á la continua las hojas deſtos montarazes arboles, en teſtimonio, y ſeñal, de la pena que mi aſendereado corazon padece. O voſotros, quien quiera que ſeays, ruſticos Dioſes, que en eſte inhabitable lugar teneys vueſtra morada, oid las quexas deſte deſdichado amante, á quien una luenga auſencia, y unos imaginados zelos, han traido á lamentarſe entre eſtas aſperezas, y á quexarſe de la dura condicion de aquella ingrata y bella, termino, y fin de toda humana hermoſura. O voſotras Napeas, y Driadas, que teneys por coſtumbre de habitar en las eſpeſuras de los montes, así los ligeros, y laſcivos fatiros, de quien ſoys, aunque en vano, amadas, no perturben jamas vueſtro dulce ſoſiego, que me ayudeys á lamentar mi deſventura, ó alomenos, no os canſeys de oilla. O Dulcinea del Toboſo, dia de mi noche, gloria de mi pena, norte de mis caminos, eſtrella de mi ventura, así el cielo te la dé buena, en quanto acertares á pedirle, que conſideres el lugar, y el eſtado á que tu auſencia me ha conducido, y que con buen termino correſpondas al que á mi fé ſe le deve. O ſolitarios arboles (que deſde oy en adelante aveys de hacer compañia á mi ſoledad) dad indicio con

el

el blando movimiento de vueſtras ramas, que no os deſagrade mi preſencia. O tu eſcudero mio, agradable compañero, en mis proſperos, y adverſos ſuceſos, toma bien en la memoria lo que aquí me verás hacer, para que lo cuentes, y recetes á la cauſa total de todo ello. Y diciendo eſto, ſe apeó de Rozinante, y en un momento le quitó el freno, y la ſilla, y dandole una palmada en las ancas, le dixo: Libertad te da él que ſin ella queda, ó cavallo tan eſtremado por tus obras, quan deſdíchado por tu ſuerte. Vete por do quiſieres, que en la frente llevas eſcrito, que no te igualó en ligereza el Hipogrifo de Aſtolfo, ni el nombrado Frontino, que tan caro le coſtó á Bradamante. Viendo eſto Sancho, dixo: Bien aya quien nos quitó aora del trabajo de deſenalbardar al Ruzio, que á fé que no faltaran palmadicas que dalle, ni coſas que decille en ſu alabanza: pero ſi el aqui eſtuviera, no conſintiera yo que nadie le deſalbardara, pues no avia para que, que á el no le tocavan las generales, de enamorado, ni de deſeſperado, pues no lo eſtava ſu amo, que era yo, quando Dios queria! Y en verdad, ſeñor Cavallero de la triſte Figura, que ſi es que mi partida, y ſu locura de vueſtra merced, va de veras, que ſerá bien tornar á enfillar á Rozinante, para que ſupla la falta del Ruzio, porque ſerá ahorrar tiempo á mi ida, y buelta, que ſi la hago á pie, no ſé quando llegaré, ni quando bolveré, porque en reſolucion, ſoy mal caminante. Digo Sancho, reſpondió Don Quixote, que ſea como tu quiſieres, que no me parece mal tu deſignio: y digo que de áquí á tres dias te partiras, porque quiero que en eſte tiempo veas lo que por ella hago, y digo, para que ſe lo digas. Pues que mas tengo de ver, dixo Sancho, que lo que he viſto? Bien eſtás en el cuento, reſpondió Don Quixote, aora me falta raſgar las veſtiduras, eſparcir las armas, y darme de calabazadas por eſtas peñas, con otras coſas deſte jaez, que te han de admirar. Por amor de Dios,

dixo Sancho, que mire vueſtra merced como ſe da eſas calabazadas, que á tal peña podrá llegar, y en tal punto, que con la primera ſe acabaſe la maquina deſta penitencia: y ſeria yo de parecer, que ya que á vueſtra merced le parece, que ſon aquí neceſarias calabazadas, y que no ſe puede hacer eſta obra ſin ellas, ſe contentaſe, pues todo eſto es fingido, y coſa contrahecha, y de burla, ſe contentaſe, digo, con darſelas en el agua, ó en alguna coſa blanda, como algodon, y dexeme á mí el cargo, que yo diré á mi ſeñora, que vueſtra merced ſe las dava en una punta de peña, mas dura que la de un diamante. Yo agradezco tu buena intencion, amigo Sancho, reſpondió Don Quixote, mas quierote hacer ſabidor de que todas eſtas coſas que hago, no ſon de burlas, ſino muy de veras, porque de otra manera, ſeria contravenir á las ordenes de cavalleria, que nos mandan, que no digamos mentira alguna, pena de relaſos, y el hacer una coſa por otra, lo miſmo es que mentir. Así que mis calabazadas, han de ſer verdaderas, firmes, y valederas, ſin que lleven nada del ſofiſtico, ni del fantaſtico. Y ſerá neceſario, que me dexes algunas hilas para curarme, pues que la ventura quiſó que nos faltaſe el balſamo que perdimos. Mas ſue perder el aſno, reſpondió Sancho, pues ſe perdieron en él las hilas, y todo, y ruegole á vueſtra merced, que no ſe acuerde mas de aquel maldito brevage, que en ſolo oirle mentar, ſe me rebuelve el alma, quanto y mas el eſtomago. Y mas le ruego, que haga cuenta que ſon ya paſados los tres dias que me ha dado de termino, para ver las locuras que hace, que ya las doy por viſtas, y por paſadas en coſa juzgada, y diré maravillas á mi ſeñora, y eſcriva la carta, y deſpacheme luego, porque tengo gran deſeo de bolver á ſacar á vueſtra merced deſte purgatorio donde le dexó. Purgatorio le llamas Sancho, dixo Don Quixote, mejor hicieras de llamarle infierno, y aun peor, ſi ay otra coſa que lo ſea.

ſea. Quien ha infierno, reſpondió Sancho, nula es retencio, ſegun he oido decir. No entiendo que quiere decir retencio, dixo Don Quixote. Retencio es, reſpondió Sancho, que quien eſtá en el infierno nunca ſale del, ni puede. Lo qual ſerá al reves en vueſtra merced, ó á mí me andarán mal los pies, ſi es que llevo eſpuelas para avivar á Rozinante: y pongame yo una por una en el Toboſo, y delante de mi ſeñora Dulcinea, que yo le diré tales coſas, de las necedades, y locuras (que todo es uno) que vueſtra merced ha hecho, y queda haciendo, que la venga á poner mas blanda que un guante, aunque la halle mas dura que un alcornoque, con cuya reſpueſta dulce, y melificada, bolveré por los ayres como bruxo, y ſacaré á vueſtra merced deſte purgatorio, que parece infierno, y no lo es, pues ay eſperanza de ſalir del: la qual, como tengo dicho, no la tienen de ſalir los que eſtan en el infierno, ni creo que vueſtra merced dirá otra coſa. Así es la verdad, dixo el de la triſte Figura, pero que haremos para eſcrivir la carta? y la libranza pollinezca tambien, añadio Sancho? Todo irá inſerto, dixo Don Quixote, y ſeria bueno, ya que no ay papel, que la eſcrivieſemos como hacian los antiguos, en hojas de arboles, ó en unas tablitas de cera, aunque tan dificultoſo ſerá hallarſe eſo aora, como el papel. Mas ya me ha venido á la memoria, donde ſerá bien, y aun mas que bien, eſcrivilla, que es, en el librillo de memoria que fue de Cardenio, y tu tendras cuydado, de hacerla traſladar en papel de buena letra en el primer lugar que hallares, donde aya maeſtro de eſcuela de muchachos, ó ſino qualquiera ſacriſtan te la traſladará: y no ſe la des á traſladar á ningun eſcrivano, que hacen letra proceſada, que no la entenderá Satanas. Pues que ſe ha de hacer de la firma, dixo Sancho? Nunca las cartas de Amadis ſe firmaron, reſpondió Don Quixote. Eſtá bien, reſpondió Sancho, pero la libranza forzoſamente ſe ha de firmar, y eſa ſi ſe traſlada, di-

rán

rán que la firma es falſa, y quedareme ſin pollinos. La libranza irá en el miſmo librillo firmada, que en viendola mi Sobrina, no pondrá dificultad en cumplilla. Yen lo que toca á la carta de amores, pondrás por firma: Vueſtro haſta la muerte, el Cavallero de la triſte Figura. Y hará poco al caſo, que vaya de mano agena, porque á lo que yo me ſé acordar, Dulcinea no ſabe eſcrivir, ni leer, y en toda ſu vida ha viſto letra mia, ni carta mia, porque mis amores, y los ſuyos, han ſido ſiempre Platonicos, ſin eſtenderſe á mas, que á un honeſto mirar. Y aun eſto tan de quando en quando, que oſaré jurar con verdad, que en doce años que ha que la quiero mas que á la lumbre deſtos ojos, que han de comer la tierra, no la he viſto quatro veces, y aun podrá ſer, que deſtas quatro veces no huvieſe ella echado de ver la una que la mirava. Tal es el recato, y encerramiento con que ſus padres, Lorenzo Corchuelo, y ſu madre Aldonza Nogales, la han criado. Ta, ta, dixo Sancho, que la hija de Lorenzo Corchuelo es la ſeñora Dulcinea del Toboſo, llamada por otro nombre, Aldonza Lorenzo? Eſa es, dixo Don Quixote, y es la que merece ſer ſeñora de todo el univerſo. Bien la conozco, dixo Sancho, y ſé decir, que tira tan bien una barra, como el mas forzudo zagal de todo el pueblo. Vive el dador, que es moza de chapa, hecha, y derecha, y de pelo en pecho, y que puede ſacar la barba del lodo á qualquier cavallero andante, ó por andar, que la tuviere por ſeñora. O hideputa, que rejo que tiene, y que voz! Sé decir, que ſe puſo un dia encima del campanario del aldea, á llamar unos zagales ſuyos que andavan en un barbecho de ſu padre, y aunque eſtavan de alli mas de media legua, así la oyeron, como ſi eſtuvieran al pie de la torre: y lo mejor que tiene es, que no es nada melindroſa, porque tiene mucho de corteſana, con todos ſe burla, y de todo hace mueca, y donayre. Aora digo, Señor Cavallero de la

triſte

triſte Figura, que no ſolamente puede, y deve vueſtra merced hacer locuras por ella, ſino que con juſto titulo puede deſeſperarſe, y ahorcarſe, que nadie avrá que lo ſepa, que no diga que hizo demaſiado de bien, pueſto que le lleve el diablo: y querria ya verme en camino, ſolo por vella, que ha muchos dias que no la veo, y deve de eſtar ya trocada, porque gaſta mucho la faz de las mugeres andar ſiempre al campo, al ſol, y al ayre. Y confieſo á vueſtra merced una verdad, Señor Don Quixote, que haſta aquí he eſtado en una grande ignorancia, que penſava bien, y fielmente, que la ſeñora Dulcinea devia de ſer alguna Princeſa, de quien vueſtra merced eſtava enamorado, ó alguna perſona tal, que mereciefe los ricos preſentes que vueſtra merced le ha embiado: así el del Vizcayno, como el de los Galeotes, y otros muchos que deven ſer, ſegun deven de ſer muchas las vitorias que vueſtra merced ha ganado, y ganó en el tiempo que yo aun no era ſu eſcudero. Pero bien conſiderado, que ſe le ha de dar á la ſeñora Aldonza Lorenzo, digo á la Señora Dulcinea del Toboſo, de que ſe le vayan á hincar de rodillas delante della, los vencidos que vueſtra merced embia, y ha de embiar? Porque podria ſer, que al tiempo que ellos llegaſen, eſtuvieſe ella raſtrillando lino, ó trillando en las heras, y ellos ſe corrieſen de verla, y ella ſe riyeſe, y enfadaſe del preſente. Ya te tengo dicho antes de aora muchas veces Sancho, dixo Don Quixote, que eres muy grande hablador, y que, aunque de ingenio boto, muchas veces deſpuntas de agudo: mas para que veas quan necio eres tu, y quan diſcreto ſoy yo, quiero que me oigas un breve cuento: Has de ſaber, que una viuda hermoſa, moza libre, y rica, y ſobre todo deſenfadada, ſe enamoró de un mozo motilon, rollizo, y de buen tomo: alcanzólo á ſaber ſu mayor, y un dia dixo á la buena viuda, por via de fraternal reprehenſion: Maravillado eſtoy, ſeñora, y no ſin mucha cauſa, de que una muger tan principal,

tan

tan hermoſa, y tan rica como vueſtra merced, ſe aya enamorado de un hombre tan ſoez, tan baxo, y tan idiota como fulano, aviendo en eſta caſa tantos maeſtros, tantos preſentados, y tantos teologos, en quien vueſtra merced pudiera eſcoger, como entre peras, y decir, eſte quiero, aqueſte no quiero? Mas ella le reſpondió con mucho donayre, y deſemboltura: Vueſtra merced ſeñor mio, eſtá muy engañado, y pienſa muy á lo antiguo, ſi pienſa que yo he eſcogido mal en fulano por idiota que le parece, pues para lo que yo le quiero, tanta filoſofia ſabe, y mas que Ariſtoteles. Así que Sancho, por lo que yo quiero á Dulcinea del Toboſo, tanto vale como la mas alta Princeſa de la tierra. Si que no todos los Poetas que alaban damas, debaxo de un nombre que ellos á ſu alvedrio les ponen, es verdad que las tienen. Pienſas tu que las Amarilis, las Filis, las Silvias, las Dianas, las Galateas, las Alidas, y otras tales, de que los libros, los romances, las tiendas de los barberos, los teatros de las comedias eſtan llenos, fueron verdaderamente damas de carne, y hueſo, y de aquellos que las celebran, y celebraron? No por cierto, ſino que las mas ſe las fingen por dar ſujeto á ſus verſos, y porque los tengan por enamorados, y por hombres que tienen valor para ſerlo. Y así baſtame á mi penſar, y creer, que la buena de Aldonza Lorenzo es hermoſa y honeſta: y en lo del linage importa poco, que no han de ir á hacer la informacion del, para darle algun habito, y yo me hago cuenta, que es la mas alta Princeſa del mundo. Porque has de ſaber Sancho, ſi no lo ſabes, que dos coſas ſolas incitan á amar mas que otras, que ſon la mucha hermoſura, y la buena fama, y eſtas dos coſas ſe hallan conſumadamente en Dulcinea, porque en ſer hermoſa, ninguna le iguala, y en la buena fama, pocas le llegan. Y para concluir con todo, yo imagino, que todo lo que digo es así, ſin que ſobre, ni falte nada. Y pintola en mi imaginacion como la deſeo,

así

así en la belleza, como en la principalidad: y ni la llega Elena, ni la alcanza Lucrecia, ni otra alguna de las famosas mugeres de las edades preteritas, Griega, Barbara, ó Latina. Y diga cada uno lo que quisiere, que si por esto fuere reprehendido de los ignorantes, no seré castigado de los riguroſos. Digo que en todo tiene vuestra merced razon, respondió Sancho, y que soy un asno: mas no sé yo para que nombro asno en mi boca, pues no se ha de mentar la soga en casa del ahorcado: pero venga la carta, y á Dios que me mudo. Sacó el libro de memoria Don Quixote, y apartandose á una parte, con mucho sosiego comenzó á escrivir la carta, y en acabandola llamó á Sancho, y le dixo, que se la queria leer, porque la tomase de memoria, si á caso se le perdiese por el camino, porque de su desdicha todo se podia temer. A lo qual respondió Sancho: Escrivala vuestra merced dos, ó tres veces ay en el libro, y demele, que yo le llevare bien guardado, porque pensar que yo la he de tomar en la memoria, es disparate, que la tengo tan mala, que muchas veces se me olvida como me llamo. Pero con todo eso, digamela, que holgaré mucho de oilla, que deve de ir como de molde. Escucha, que así dice, dixo Don Quixote.

Carta de Don Quixote, á Dulcinea del Toboso.

Soberana, y alta Señora.

EL ferido de punta de ausencia, y el llagado de las telas del corazon, dulcisima Dulcinea del Toboso, te embia la salud que él no tiene. Si tu fermosura me desprecia: Si tu valor no es en mi pro: Si tus desdenes son en mi afincamiento: maguer que yo sea asaz de sufrido, mal podré sostenerme en esta cuyta, que ademas de ser fuerte, es muy duradera. Mi buen escudero Sancho te dará entera relacion, ó bella ingrata, amada enemiga mia, del

modo que por tu cauſa quedo: ſi guſtares de acorrerme, tuyo ſoy, y ſi no, haz lo que te viniere en guſto, que con acabar mi vida avré ſatisfecho á tu crueldad, y a mi deſeo.

Tuyo haſta la muerte.

El Cavallero de la triſte Figura:

Por vida de mi padre, dixo Sancho en oyendo la carta, que es la mas alta coſa que jamas he oido. Peſia á mí, y como que le dice vueſtra merced ay todo quanto quiere, y que bien que encaxa en la firma, el Cavallero de la triſte Figura. Digo de verdad, que es vueſtra merced el miſmo diablo, y que no ay coſa que no ſepa. Todo es meneſter, reſpondió Don Quixote, para el oficio que yo traigo. Ea pues, dixo Sancho, ponga vueſtra merced en eſotra buelta la cedula de los tres pollinos, y firmela con mucha claridad, porque la conozcan en viendola. Que me plaze, dixo Don Quixote, y aviendola eſcrito ſe la leyó, que decia así.

Mandará vueſtra merced, por eſta primera de pollinos, ſeñora Sobrina, dar á Sancho Panza mi eſcudero tres de los cinco que dexé en caſa, y eſtán á cargo de vueſtra merced. Los quales tres pollinos, ſe los mando librar, y pagar por otros tantos aquí recebidos de contado, que con eſta, y con ſu carta de pago ſerán bien dados. Fecha en las entrañas de Sierra Morena, á veinte y ſiete de Agoſto deſte preſente año.

Buena eſtá, dixo Sancho, firmela vueſtra merced. No es meneſter firmarla, dixo Don Quixote, ſino ſolamente poner mi rubrica, que es lo miſmo que firma, y para tres aſnos, y aun para trecientos fuera baſtante. Yo me confio de vueſtra merced, reſpondió Sancho, dexeme, iré á enfillar á Rozinante, y aparejeſe á echarme ſu bendicion, que luego pienſo partirme ſin ver las ſandezes

dezes que vueſtra merced ha de hacer, que yo diré que le vi hacer tantas, que no quiera mas. Por lo menos quiero, Sancho, y porque es meneſter así, quiero, y digo, que me veas en cueros, y hacer una, ó dos docenas de locuras, que las haré en menos de media hora, porque aviendolas tu viſto por tus ojos, puedas jurar á tu ſalvo en las demas que quiſieres añadir: y aſegurote, que no dirás tu tantas, quantas yo pienſo hacer. Por amor de Dios, Señor mio, que no vea yo en cueros á vueſtra merced, que me dará mucha laſtima, y no podré dexar de llorar, y tengo tal la cabeza del llanto que á noche hize por el Ruzio, que no eſtoy para meterme en nuevos lloros: y ſi es que vueſtra merced guſta, de que yo vea algunas locuras, hagalas veſtido, breves, y las que le vinieren mas á cuento. Quanto mas, que para mí no era meneſter nada deſo, y como ya tengo dicho, fuera ahorrar el camino de mi buelta, que ha de ſer con las nuevas que vueſtra merced deſea, y merece. Y ſino aparejeſe la ſeñora Dulcinea, que ſino reſponde como es razon, voto hago ſolene á quien puedo, que le tengo de ſacar la buena reſpueſta del eſtomago á coces, y á bofetones: porque donde ſe ha de ſufrir, que un cavallero andante, tan famoſo como vueſtra merced, ſe buelva loco, ſin que, ni para que, ni por una? No me lo haga decir la ſeñora, porque por Dios que deſpotrique, y lo eche todo á doce, aunque nunca ſe venda. Bonico ſoy yo para eſo, mal me conoce: pues á fe que ſi me conocieſe, que me ayunaſe. A fe Sancho, dixo Don Quixote, que á lo que parece, que no eſtas tu mas cuerdo que yo. No eſtoy tan loco, reſpondió Sancho, mas eſtoy mas colerico. Pero dexando eſto á parte, que es lo que ha de comer vueſtra merced, en tanto que yo buelvo? Ha de ſalir al camino, como Cardenio, á quitarſelo á los paſtores? No te dé pena eſe cuidado, reſpondió Don Quixote, porque aunque tuviera, no comiera otra coſa que las yervas, y frutos, que eſte prado, y eſtos

arboles me dieren, que la fineza de mi negocio eſtá en no comer, y en hacer otras aſperezas. A eſto dixo Sancho, ſabe vueſtra merced que temo, que no tengo de acertar á bolver á eſte lugar donde aora le dexo, ſegun eſtá eſcondido. Toma bien las ſeñas, que yo procurare no apartarme deſtos contornos, dixo Don Quixote: y aun tendré cuidado de ſubirme por eſtos mas altos riſcos, por ver ſi te deſcubro quando buelvas. Quanto mas, que lo mas acertado ſerá para que no me yerres, y te pierdas, que cortes algunas retamas, de las muchas que por aquí ay, y las vayas poniendo de trecho á trecho, haſta ſalir á lo raſo, las quales te ſervirán de mojones, y ſeñales, para que me halles quando buelvas, á imitacion del laberinto de Perſeo. Así lo haré, reſpondió Sancho Panza: y cortando algunas, pidio la bendicion á ſu ſeñor, y no ſin muchas lagrimas de entrambos, ſe deſpidió dél. Y ſubiendo ſobre Rozinante, á quien Don Quixote encomendó mucho, y que miraſe por él, como por ſu propia perſona, ſe puſo en camino del llano, eſparciendo de trecho á trecho los ramos de la retama, como ſu Amo ſe lo avia aconſejado: y así ſe fue, aunque toda via le importunava Don Quixote, que le vieſe ſi quiera hacer dos locuras. Mas no huvo andado cien paſos, quando bolvió, y dixo: Digo ſeñor, que vueſtra merced ha dicho muy bien, que para que pueda jurar ſin cargo de conciencia, que le he viſto hacer locuras, ſerá bien que vea ſi quiera una, aunque bien grande la he viſto en la quedada de vueſtra merced. No te lo decia yo? dixo Don Quixote: eſperate Sancho, que en un credo las haré. Y deſnudandoſe con toda prieſa los calzones, quedó en carnes, y en pañales, y luego ſin mas ni mas dió dos zapatetas en el ayre, y dos tumbas la cabeza á baxo, y los pies en alto, deſcubriendo coſas, que, por no ver las otra vez, bolvió Sancho la rienda á Rozinante, y ſe dió

por

por contento, y satisfecho, de que podia jurar, que su Amo quedava loco, y así le dexaremos ir su camino hasta la buelta, que fue breve.

Capitulo XXVI. Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo Don Quixote en Sierra Morena.

Y Bolviendo á contar lo que hizo él de la triste Figura, despues que se vió solo: dice la historia, que así como Don Quixote acabó de dar las tumbas, ó bueltas, de medio abaxo desnudo, y de medio arriba vestido, y que vió que Sancho se avia ido, sin querer aguardar á ver mas sandeze:, se subió sobre una punta de una alta peña, y alli tornó á pensar lo que otras muchas veces avia pensado, sin averse jamas resuelto en ello. Y era, que qual seria mejor, y le estaria mas á cuento imitar á Roldan en las locuras desaforadas que hizo, ó á Amadis en las melancolicas, y hablando entre sí mismo decia: Si Roldan fue tan buen cavallero, y tan valiente como todos dicen, que maravilla, pues al fin era encantado, y no le podia matar nadie, sino era metiendole un alfiler de ablanca por la punta del pie, y él traya siempre los zapatos con siete suelas de hierro. Aunque no le valieron tretas con Bernardo del Carpio, que se las entendió, y le ahogó entre los brazos en Roncesvalles. Pero dexando en él lo de la valentia á una parte, vengamos á lo de perder el juicio, que es cierto que le perdió por las señales que halló en la fuente, y por las nuevas que le dió el pastor, de que Angelica avia dormido mas de dos siestas con Medoro, un Morillo de cabellos enrizados, y page de Agramante. Y si él entendio que esto era verdad, y que su dama le avia cometido

desa-

deſaguiſado, no hizo mucho en bolverſe loco. Pero yo como puedo imitarle en las locuras, ſino le imitó en la ocaſion dellas, porque mi Dulcinea del Toboſo, oſare yo jurar, que no ha viſto en todos los dias de ſu vida Moro alguno, así como él es, en ſu miſmo trage, y que ſe eſtá oy como la madre que la pario: y hariale agravio manifieſto, ſi imaginando otra coſa della, me bolvieſe loco de aquel genero de locura de Roldan el furioſo. Por otra parte veo, que Amadis de Gaula, ſin perder el juicio, y ſin hacer locuras, alcanzó tanta fama de enamorado, como el que mas. Porque lo que hizo, ſegun ſu hiſtoria, no fue mas, de que por verſe deſdeñado de ſu ſeñora Oriana, que le avia mandado, que no pareciese ante ſu preſencia, haſta que fueſe ſu voluntad: de que ſe retiró á la Peña Pobre, en compañia de un hermitaño, y alli ſe hartó de llorar, haſta que el cielo le acorrió en medio de ſu mayor cuita, y neceſidad. Y ſi eſto es verdad, como lo es, para que quiero yo tomar trabajo aora de deſnudarme del todo, ni dar peſadumbre á eſtos arboles, que no me han hecho mal alguno? Ni tengo para que enturbiar el agua clara deſtos arroyos, los quales me han de dar de bever, quando tenga gana. Viva la memoria de Amadis, y ſea imitado de Don Quixote de la Mancha, en todo lo que pudiere: del qual ſe dirá lo que del otro ſe dixo, que ſino acabó grandes coſas, murió por acometellas. Y ſi yo no ſoy deſechado, ni deſdeñado de mi Dulcinea, baſtame, como ya he dicho, eſtar auſente della, Ea pues, manos á la obra, venid á mi memoria coſas de Amadis, y enſeñadme por donde tengo de comenzar á imitaros: mas ya ſé que lo mas que el hizo, fue rezar, y así lo haré yo. Y ſirvieronle de roſario unas agallas grandes de un alcornoque, que enſartó, de que hizo un diez. Y lo que le fatigava mucho, era no hallar por alli otro hermitaño, que le confeſaſe, y con quien conſolarſe: y así ſe entretenia paſeandoſe por el pradezillo, eſcriviendo, y gravando

vando por las cortezas de los arboles, y por la menuda arena, muchos verſos, todos acomodados á ſu triſteza, y algunos en alabanza de Dulcinea. Mas los que ſe pudieron hallar enteros, y que ſe pudieſen leer, deſpues que á él alli le hallaron, no fueron mas que eſtos que aqui ſe ſiguen.

ARboles, yervas, y plantas,
Que en aqueſte ſitio eſtays,
Tan altas, verdes, y tantas,
Si de mi mal no os holgays
Eſcuchad mis quexas ſantas
Mi dolor no os alborote,
Aunque mas terrible ſea,
Pues por pagaros eſcote,
Aquí lloró Don Quixote
Auſencias de Dulcinea
Del Toboſo.
Es aquí el lugar, adonde
El amador mas leal
De ſu ſeñora ſe eſconde,
Y ha venido á tanto mal
Sin ſaber como, ó por donde.
Traele amor al eſtricote,
Que es de muy mala ralea,
Y así haſta henchir un pipote,
Aquí lloró Don Quixote
Auſencias de Dulcinea
Del Toboſo.
Buſcando las aventuras
Por entre las duras peñas,

Maldi-

Maldiciendo entrañas duras,
Que entre riſcos, y entre breñas,
Halla el triſte deſventuras.
Hirióle amor con ſu azote,
No con ſu blanda correa,
Y en tocandole al cogote,
Aquí lloró Don Quixote
Auſencias de Dulcinea
Del Toboſo.

No cauſó poca riſa en los que hallaron los verſos referidos, el añadidura del Toboſo al nombre de Dulcinea: porque imaginaron que devió de imaginar Don Quixote, que ſi en nómbrando á Dulcinea, no decia tambien el Toboſo, no ſe podria entender la copla, y así fue la verdad, como él deſpues confeſó. Otros muchos eſcrivió, pero como ſe ha dicho, no ſe pudieron ſacar en limpio, ni enteros, mas deſtas tres coplas. En eſto, y en ſuſpirar, y en llamar á los Faunos, y Silvanos de aquellos boſques, á las ninfas de los rios, á la doloroſa, y humida Eco, que le reſpondieſen, conſolaſen, y eſcuchaſen, ſe entretenia, y en buſcar algunas yervas con que ſuſtentarſe, en tanto que Sancho bolvia, que ſi como tardó tres dias, tardará tres ſemanas, el Cavallero de la triſte Figura quedará tan desfigurado, que no lo conociera la madre que lo parió.

Y ſerá bien dexalle embuelto entre ſus ſuſpiros, y verſos, por contar lo que le avinó á Sancho Panza en ſu mandaderia. Y fue, que en ſaliendo al camino Real, ſe puſo en buſca del del Toboſo, y otro dia llegó á la venta, donde le avia ſucedido la deſgracia de la manta, y no la huvo bien viſto, quando le pareció que otra vez andava en los aires, y no quiſó entrar dentro, aunque llegó á

hora

hora que lo pudiera, y deviera hacer, por ſer la del comer, y llevar en deſeo de guſtar algo caliente, que avia grandes dias que todo era fiambre. Eſta neceſidad le forzó á que llegaſe junto á la venta, toda via dudoſo, ſi entraría, ó no. Y eſtando en eſto ſalieron de la venta dos perſonas, que luego le conocieron: y dixo el uno al otro. Digame, Señor Licenciado, aquel del cavallo no es Sancho Panza, él que dixo el Ama de nueſtro Aventurero, que avia ſalido con ſu ſeñor por eſcudero? Sí es, dixo el Licenciado, y aquel es el cavallo de nueſtro Don Quixote. Y conocieronle tambien, como aquellos que eran el Cura, y el Barbero de ſu miſmo lugar, y los que hicieron el eſcrutinio, y auto general de los libros, los quales así como acabaron de conocer á Sancho Panza, y á Rozinante, deſeoſos de ſaber de Don Quixote, ſe fueron á él, y el Cura le llamó por ſu nombre, diciendole: Amigo Sancho Panza, adonde queda vueſtro Amo? Conociólos luego Sancho Panza, y determinó de encubrir el lugar, y la ſuerte, donde, y como ſu Amo quedava: y así les reſpondió, que ſu Amo quedava ocupado en cierta parte, y en cierta coſa que le era de mucha importancia, la qual no podia deſcubrir por los ojos que en la cara tenia. No, no, dixo el Barbero, Sancho Panza, ſi vos no nos decis donde queda, imaginaremos, como ya imaginamos, que vos le aveys muerto, y robado, pues venis encima de ſu cavallo: en verdad que nos aveys de dar el dueño del rozin, ó ſobre eſo morena. No ay para que conmigo amenazas, que yo no ſoy hombre que robo, ni mato á nadie, á cada uno mate ſu ventura, ó Dios que le hizo. Mi Amo queda haciendo penitencia en la mitad deſta montaña, muy á ſu ſabor. Y luego de corrida, y ſin parar les contó de la ſuerte que quedava, las aventuras que le avian ſucedido, y como llevava la carta á la ſeñora Dulcinea del Toboſo, que era la hija de Lorenzo Corchuelo, de quien eſtava enamorado haſta los higados. Que-

daron admirados los dos de lo que Sancho Panza les contava, y aunque ya ſabian la locura de Don Quixote, y el genero della, ſiempre que la oyan ſe admiravan de nuevo. Pidieronle á Sancho Panza, que les enſeñaſe la carta que llevava á la ſeñora Dulcinea del Toboſo. El dixo, que iva eſcrita en un libro de memoria, y que era orden de ſu Señor, que la hizieſe traſladar en papel, en el primer lugar que llegaſe. A lo qual dixo el Cura, que ſe la moſtraſe, que el la traſladaria de muy buena letra. Metió la mano en el ſeno Sancho Panza, buſcando el librillo: pero no le halló, ni le podia hallar, ſi le buſcara haſta aora, porque ſe avia quedado Don Quixote con el, y no ſe le avia dado, ni á él ſe le acordó de pedirſele. Quando Sancho vió que no hallava el libro, fueſele parando mortal el roſtro: y tornandoſe á tentar todo el cuerpo muy apriesa, tornó á echar de ver que no le hallava, y ſin mas ni mas, ſe echó entrambos puños á las barbas, y ſe arrancó la mitad dellas: y luego apriesa, y ſin ceſarſe dió media dozena de puñadas en el roſtro, y en las narizes, que ſe las bañó todas en ſangre. Viſto lo qual por el Cura, y el Barbero, le dixeron, que que le avia ſucedido, que tan mal ſe parava? Que me ha de ſuceder, reſpondió Sancho, ſino el aver perdido de una mano á otra en un inſtante tres pollinos, que cada uno era como un caſtillo. Como es eſo, replicó el Barbero? He perdido el libro de memoria, reſpondió Sancho, donde venia carta para Dulcinea, y una cedula firmada de ſu Señor, por la qual mandava, que ſu Sobrina me diese tres pollinos, de quatro, ó cinco, que eſtavan en caſa. Y con eſto les contó la perdida del Ruzio. Conſolóle el Cura, y dixole, que en hallando á ſu ſeñor, él le haria revalidar la manda, y que tornaſe á hacer la libranza en papel, como era uſo, y coſtumbre, porque las que ſe hacían en libros de memoria jamas ſe acetavan, ni cumplian. Con eſto ſe conſoló Sancho, y dixo, que como aquello

quello fueſe así, que no le dava mucha pena la perdida de la carta de Dulcinea, porque él la ſabia caſi de memoria, de la qual ſe podria traſladar, donde, y quando quiſieſen. Dezid la Sancho pues, dixo el Barbero, que deſpues la traſladaremos. Paróſe Sancho Panza á raſcar la cabeza, para traer á la memoria la carta: y ya ſe ponia ſobre un pie, y ya ſobre otro. Unas veces mirava al ſuelo, otras al cielo: y al cabo de averſe roido la mitad de la yema de un dedo, teniendo ſuſpenſos á los que eſperavan que ya la dixeſe, dixo al cabo de un grandiſimo rato: Por Dios, ſeñor Licenciado, que los diablos lleven la coſa que de la carta ſe me acuerda, aunque en el principio decia: Alta, y ſobajada ſeñora. No dirá, dixo el Barbero, ſobajada, ſino ſobrehumana, ó ſoberana ſeñora. Así es, dixo Sancho. Luego ſi mal no me acuerdo, proſeguia, ſi mal no me acuerdo, el llagado, y falto de ſueño, y el ferido beſa á vueſtra merced las manos, ingrata, y muy deſconocida hermoſa, y no ſé que decia de ſalud, y de enfermedad, que le embiava: y por aquí iva eſcurriendo, haſta que acabava en, vueſtro haſta la muerte, El Cavallero de la triſte Figura. No poco guſtaron los dos de ver la buena memoria de Sancho Panza, y alabaronſela mucho, y le pidieron que dixeſe la carta otras dos veces, para que ellos anſi miſmo la tomaſen de memoria, para traſladalla á ſu tiempo. Tornóla á decir Sancho otras tres veces, y otras tantas bolvió á decir otros tres mil diſparates. Tras eſto contó aſimiſmo las coſas de ſu Amo, pero no habló palabra acerca del manteamiento, que le avia ſucedido en aquella venta, en la qual rehuſava entrar. Dixo tambien, como ſu Señor en trayendo, que le truxeſe, buen deſpacho de la Señora Dulcinea del Toboſo, ſe avia de poner en camino, á procurar como ſer Emperador, ó por lo menos Monarca, que así lo tenian concertado entre los dos: y era coſa muy facil venir á ſerlo, ſegun era el valor de ſu perſona, y la fuerza de ſu brazo, y

que en ſiendolo, le avia de caſar a él, porque ya ſeria viudo, que no podia ſer menos. Y le avia de dar por muger á una donzella de la Emperatriz, heredera de un rico, y grande eſtado de tierra firme, ſin Inſulos, ni Inſulas, que ya no las queria. Decia eſto Sancho con tanto repoſo, limpiandoſe de quando en quando las narizes, y con tan poco juicio, que los dos ſe admiraron de nuevo, conſiderando, quan vehemente avia ſido la locura de Don Quixote, pues avia llevado tras sí el juicio de aquel pobre hombre. No quiſieron canſarſe en ſacarle del error en que eſtava, pareciendoles, que pues no le dañava nada la conciencia, mejor era dexarle en el, y á ellos les ſeria de mas guſto, oir ſus necedades: y así le dixeron, que rogaſe á Dios por la ſalud de ſu ſeñor, que coſa contingente, y muy agible era venir con el diſcurſo del tiempo á ſer Emperador, como él decia, ó por lo menos Arzobiſpo, ó otra dignidad equivalente. A lo qual reſpondió Sancho: Señores, ſi la fortuna rodeaſe las coſas de manera, que á mi Amo le vinieſe en voluntad de no ſer Emperador, ſino de ſer Arzobiſpo, querria yo ſaber aora, que ſuelen dar los Arzobiſpos andantes á ſus eſcuderos? Suelenles dar, reſpondió el Cura, algun beneficio ſimple, ó curado, ó alguna ſacriſtania, que les vale mucho de renta arrentada, amen del pie de altar, que ſe ſuele eſtimar en otro tanto. Para eſo ſerá meneſter, replicó Sancho, que el eſcudero no ſea caſado, y que ſepa ayudar á Miſa por lo menos: y ſi eſto es así, deſdichado de yo, que, ſoy caſado, y no ſé la primera letra del A. b. c. Que ſerá de mí, ſi mi Amo le da antojo de ſer Arzobiſpo, y no Emperador, como es uſo, y coſtumbre de los cavalleros andantes? No tengays pena, Sancho amigo, dixo el Barbero, que aquí rogaremos á vueſtro Amo, y ſe lo aconſejaremos, y aun ſe lo pondremos en caſo de conciencia, que ſea Emperador, y no Arzobiſpo, porque le ſerá mas facil á cauſa de que él es mas valiente, que eſtudiante.

Así

Así me ha parecido á mí, reſpondió Sancho, aunque ſé decir, que para todo tiene abilidad. Lo que yo pienſo hacer de mi parte es rogarle á nueſtro Señor, que le eche á aquellas partes donde el mas ſe ſirva, y adonde á mí mas mercedes me haga. Vos lo decis como diſcreto, dixo el Cura, y lo hareis como buen Chriſtiano. Mas lo que aora ſe ha de hacer es dar orden como ſacar á vueſtro Amo de aquella inutil penitencia, que decis que queda haciendo, y para penſar el modo que hemos de tener; y para comer, que ya es horá, ſera bien nos entremos en eſta venta. Sancho dixo, que entraſen ellos, que él eſperaria alli fuera, y que deſpues les diria la cauſa porque no entrava, ni le convenia entrar en ella: mas que les rogava que la ſacaſen alli algo de comer, que fueſe coſa caliente, y asímiſmo cevada para Rozinante. Ellos ſe entraron, y le dexaron, y de alli á poco, el Barbero le ſacó de comer. Deſpues aviendo bien penſado entre los dos el modo que tendrian para conſeguir lo que deſeavan, vinó el Cura en un penſamiento muy acomodado al guſto de Don Quixote, y para lo que ellos querian. Y fue, que dixo al Barbero, que lo que avia penſado era, que él ſe veſtiria en habito de donzella andante, y que él procuraſe ponerſe lo mejor que pudieſe, como eſcudero, y que así irian á donde Don Quixote eſtava, fingiendo ſer ella una donzella afligida, y meneſteroſa, y le pediria un don, el qual él no podria dexarſele de otorgar, como valeroſo cavallero andante. Y que el don, que le penſava pedir, era, que ſe vinieſe con ella, donde ella le llevaſe, á desfazelle un agravio, que un mal cavallero le tenia fecho: y que le ſuplicava anſimiſmo, que no la mandaſe quitar ſu antifaz, ni la demandaſe coſa de ſu fazienda, faſta que la huvieſe fecho derecho de aquel mal cavallero, y que creyeſe ſin duda, que Don Quixote vendria en todo quanto le pidieſe por eſte termino, y que deſta manera le ſacarian de alli, y le llevarian á ſu lugar donde procurarian ver ſi tenia algun remedio ſu eſtraña locura.

Cap.

Cap. XXVII. De como ſalieron con ſu intencion el Cura y el Barbero, con otras coſas dignas de que ſe cuenten en eſta grande hiſtoria.

NO le Pareció mal al Barbero la invencion del Cura, ſino tan bien, que luego la puſieron por obra. Pidieronle á la Ventera una ſaya, y unas tocas, dexandole en prendas una ſotana nueva del Cura. El Barbero hizo una gran barba de una cola rucia, ó roxa de buey, donde el Ventero tenia colgado el peyne. Preguntóles la Ventera, que para que le pedian aquellas coſas? El Cura le contó en breves razones la locura de Don Quixote, y como convenia aquel difraz, para ſacarle de la montaña donde á la ſazon eſtava. Cayeron luego el Ventero, y la Ventera en que el loco era ſu hueſped del balſamo, y el amo del manteado eſcudero, y contaron al Cura todo lo que con él les avia paſado, ſin callar lo, que tanto callava Sancho. En reſolucion, la Ventera viſtió al Cura de modo, que no avia mas que ver. Puſole una ſaya de paño, llena de faxas de terciopelo negro, de un palmo en ancho, todas acuchilladas, y unos corpiños de terciopelo verde, guarnecidos con unos ribetes de raſo blanco, que ſe devieron de hacer ellos, y la ſaya en tiempo del Rey Bamba. No conſintió el Cura que le tocaſen, ſino puſoſe en la cabeza un birretillo de lienzo colchado que llevava para dormir de noche: y ciñóſe por la frente una liga de tafetan negro, y con otra liga hizo antifaz con que ſe cubrió muy bien las barbas, y el roſtro. Encaſquetóſe ſu ſombrero, que era tan grande que le podia ſervir de quitaſol: y cubriendoſe el herreruelo, ſubió en ſu mula á mugeriegas, y el Barbero en la ſuya, con ſu barba

barba que le llegava á la cintura, entre roxa, y blanca, como aquella que (como se ha dicho) era hecha de la cola de un buey barroso. Despidieronse de todos, y de la buena de Maritornes, que prometió de rezar un rosario, aunque pecadora, porque Dios les diese buen suceso en tan arduo, y tan Christiano negocio, como era el que avian emprendido. Mas á penas huvo salido de la venta, quando le vinó al Cura un pensamiento, que hacía mal en averse puesto de aquella manera, por ser cosa indecente, que un Sacerdote se pusiese así, aunque le fuese mucho en ello: y diciendoselo al Barbero, le rogó, que trocasen trages, pues era mas justo, que él fuese la donzella menesterosa, y que él haría el escudero, y que así se profanava menos su dignidad: y que sino lo queria hacer, determinava de no pasar adelante, aunque á Don Quixote se le llevase el diablo. En esto llegó Sancho, y de ver á los dos en aquel trage, no pudo tener la risa. En efeto, el Barbero vinó en todo aquello que el Cura quiso: y trocando la invencion, el Cura le fue informando el modo que avia de tener, y las palabras que avia de decir á Don Quixote, para moverle, y forzarle, á que con él se viniese, y dexase la querencia del lugar que avia escogido para su vana penitencia. El Barbero respondió, que sin que se le diese licion, él lo pondria bien en su punto. No quiso vestirse por entonces, hasta que estuviesen junto de donde Don Quixote estava, y así dobló sus vestidos, y el Cura acomodó su barba, y siguieron su camino, guiandolos Sancho Panza: el qual les sue contando lo que les aconteció con el loco que hallaron en la sierra: encubriendo empero el hallazgo de la maleta, y de quanto en ella venia, que maguer que tonto, era un poco codicioso el mancebo.

Otro dia llegaron al lugar donde Sancho avia dexado puestas las señales de las ramas, para acertar el lugar donde avia dexado á su señor: y en reconociendole, les dixo, como aquella era la entrada,

trada, y que bien ſe podian veſtir, ſi era que aquello hacía al caſo para la libertad de ſu ſeñor: por que ellos le avian dicho antes, que el ir de aquella ſuerte, y veſtirſe de aquel modo, era toda la importancia, para ſacar á ſu Amo de aquella mala vida, que avia eſcogido: y que le encargavan mucho, que no dixeſe á ſu Amo quien ellos eran, ni que los conocia. Y que ſi le preguntaſe, como ſe lo avia de preguntar, ſi dió la carta á Dulcinea, dixeſe que sí, y que por no ſaber leer, le avia reſpondido de palabra, diciendole, que le mandava, ſo pena de la ſu deſgracia, que luego al momento ſe vinieſe á ver con ella, que era coſa, que le importava mucho: porque con eſto, y con lo que ellos penſavan decirle, tenian por coſa cierta, reducirle á mejor vida, y hacer con él que luego ſe puſieſe en camino, para ir á ſer Emperador, ó Monarca, que en lo de ſer Arzobiſpo, no avia de que temer. Todo lo eſcuchó Sancho, y lo tomó muy bien en la memoria, y les agradeció mucho la intencion que tenian de aconſejar á ſu ſeñor, fueſe Emperador, y no Arzobiſpo, porque él tenia para sí, que para hacer mercedes á ſus eſcuderos, mas podian los Emperadores, que los Arzobiſpos andantes. Tambien les dixo, que ſeria bien, que él fueſe delante á buſcarle, y darle la reſpueſta de ſu ſeñora, que ya ſeria ella baſtante á ſacarle de aquel lugar, ſin que ellos ſe puſieſen en tanto trabajo. Parecióles bien lo que Sancho Panza decia, y así determinaron de aguardarle haſta que bolvieſe con las nuevas del hallazgo de ſu Amo. Entróſe Sancho por aquellas quebradas de la ſierra, dexando a los dos en una, por donde corria un pequeño, y manſo arroyo, á quien hacían ſombra agradable, y freſca otras peñas, y algunos arboles que por alli eſtavan. El calor, y el dia que alli llegaron, era de los del mes de Agoſto, que por aquellas partes ſuele ſer el ardor muy grande: la hora, las tres de la tarde: todo lo qual hacía al ſitio mas agradable, y que combidaſe á que en

el

el eſperaſen la buelta de Sancho, como lo hicieron. Eſtando pues los dos alli, ſoſegados, y á la ſombra, llegó á ſus oidos una voz, que ſin acompañarla ſon de algun otro inſtrumento, dulce, y regaladamente ſonava: de que no poco ſe admiraron, por parecerles que aquel no era lugar donde pudieſe aver quien tan bien cantaſe. Porque aunque ſuele decirſe, que por las ſelvas, y campos ſe hallan paſtores de voces eſtremadas, mas ſon encarecimientos de Poetas, que verdades: y mas quando advirtieron que lo que oyan cantar eran verſos, no de ruſticos ganaderos, ſino de diſcretos Corteſanos. Y confirmó eſta verdad, aver ſido los verſos que oyeron eſtos.

QUIEN menoſcaba mis bienes?
Deſdenes.
Y quien aumenta mis duelos?
Los zelos.
Y quien prueva mi paciencia?
Auſencia:
De eſe modo en mi dolencia
Ningun remedio ſe alcanza,
Pues me matan la eſperanza,
Deſdenes, zelos, y auſencia.
Quien me cauſa eſte dolor?
Amor.
Y quien mi gloria repugna?
Fortuna.
Y quien conſiente mi duelo?
El Cielo.
De eſe modo yo rezelo
Morir deſte mal eſtraño,
Pues ſe aunan en mi daño
Amor, fortuna, y el Cielo.

Quien mejorará mi ſuerte?
La muerte.
Y el bien de amor quien le alcanza?
Mudanza.
Y ſus males quien los cura?
Locura.
De eſe modo no es cordura
Querer curar la paſion,
Quando los remedios ſon,
Muerte, Mudanza, y Locura.

La hora, el tiempo, la ſoledad, la voz, y la deſtreza dél que cantava, cauſó admiracion, y contento en los dos oyentes, los quales ſe eſtuvieron quedos, eſperando ſi otra alguna coſa oyan: pero viendo que durava algun tanto el ſilencio, determinaron de ſalir á buſcar el muſico, que con tan buena voz cantava. Y queriendolo poner en efeto, hizo la miſma voz que no ſe moviesen, la qual llegó de nuevo á ſus oidos, cantando eſte Soneto.

SONETO.

SAnta amiſtád, que con ligeras alas,
Tu apariencia quedandoſe en el ſuelo,
Entre benditas almas en el cielo,
Subiſte alegre á las Impireas ſalas.
Deſde alla (quando quieres) nos ſeñalas
La juſta paz, cubierta con un velo,
Por quien á veces ſe traſluce el zelo
De buenas obras, que á la fin ſon malas.
Dexa el cielo, ó amiſtád, ó no permitas,
Que el engaño ſe viſta tu librea,
Con que deſtruye á la intencion ſincera.
Que ſi tus apariencias no le quitas,

Preſto

Preſto ha de verſe el mundo en la pelea
De la diſcorde confuſion primera.

El canto ſe acabó con un profundo ſuſpiro, y los dos con atencion bolvieron á eſperar ſi mas ſe cantava: pero viendo que la muſica ſe avia buelto en ſollozos, y en laſtimeros ayes, acordaron de ſaber, quien era el triſte, tan eſtremado en la voz, como doloroſo en los gemidos. Y no anduvieron mucho, quando al bolver de una punta de una peña, vieron á un hombre, del miſmo talle, y figura que Sancho Panza les avia pintado, quando les contó el cuento de Cardenio: el qual hombre quando los vió, ſin ſobreſaltarſe eſtuvo quedo, con la cabeza inclinada ſobre el pecho, á guiſa de hombre penſativo, ſin alzar los ojos á mirarlos, mas de la vez primera, quando de improviſo llegaron. El Cura, que era hombre bien hablado (como el que ya tenia noticia de ſu deſgracia, pues por las ſeñas le avia conocido) ſe llegó á él, y con breves, aunque muy diſcretas razones, le rogó, y perſuadió, que aquella tan miſerable vida dexaſe, porque alli no la perdieſe, que era la deſdicha mayor de las deſdichas. Eſtava Cardenio entonces en ſu entero juicio, libre de aquel furioſo accidente, que tan amenudo le ſacava de sí miſmo: y así aviendo á los dos en trage tan no uſado de los que por aquellas ſoledades andavan, no dexó de admirarſe algun tanto: y mas quando oyó que le avian hablado en ſu negocio, como en coſa ſabida (porque las razones que el Cura le dixo, así lo dieron á entender) y así reſpondió deſta manera: Bien veo yo, ſeñores, quien quiera que ſeays, que el cielo, que tiene cuidado de ſocorrer á los buenos, y aun á los malos muchas veces, ſin yo merecerlo, me embia en eſtos tan remotos, y apartados lugares del trato comun de las gentes, algunas perſonas, que poniendome delante de los ojos con vivas, y varias razones, quan ſin ella an-

do, en hacer la vida que hago, han procurado ſacarme deſta á mejor parte: pero como no ſaben que ſé yo, que en ſaliendo deſte daño, he de caer en otro mayor, quiza me deven de tener por hombre de flacos diſcurſos: y aun lo que peor ſeria, por de ningun juicio. Y no ſeria maravilla, que así fueſe, porque á mí ſe me traſluze, que la fuerza de la imaginacion de mis deſgracias es tan intenſa, y puede tanto en mi perdicion, que ſin que yo pueda ſer parte á eſtorvarlo, vengo á quedar como piedra, falto de todo buen ſentido, y conocimiento: y vengo á caer en la cuenta deſta verdad, quando algunos me dicen, y mueſtran ſeñales de las coſas que he hecho en tanto que aquel terrible accidente me ſeñorea, y no ſé mas, que dolerme en vano, y maldecir ſin provecho mi ventura: y dar por diſculpa de mis locuras, el decir la cauſa dellas, á quantos oir la quieren, porque viendo los cuerdos qual es la cauſa, no ſe maravillarán de los efetos: y ſino me dieren remedio, alomenos no me darán culpa, convirtiendoſeles el enojo de mi deſemboltura, en laſtima de mis deſgracias. Y ſi es que voſotros ſeñores venis con la miſma intẽcion que otros han venido, antes que paſeys adelante en vueſtras diſcretas perſuaſiones, os ruego, que eſcucheys el cuento, que no le tiene de mis deſventuras: porque quizá deſpues de entendido, ahorrareys del trabajo que tomareys en conſolar un mal, que de todo conſuelo es incapaz. Los dos, que no deſeavan otra coſa, que ſaber de ſu miſma boca la cauſa de ſu daño, le rogaron ſe la contaſe, ofreciendole de no hacer otra coſa de la que él quiſieſe en ſu remedio, ó conſuelo: y con eſto el triſte cavallero comenzó ſu laſtimera hiſtoria, caſi por las miſmas palabras, y paſos que la avia contado á Don Quixote, y al Cabrero, pocos dias atras, quando por ocaſion del Maeſtro Eliſabat, y puntualidad de Don Quixote, en guardar el decoro á la Cavalleria, ſe quedó el cuento imperfeto, como la hiſtoria lo dexa contado. Pero aora quiſo la buena ſuerte, que ſe

detuvo

detuvo el accidente de la locura, y le dió lugar de contarlo haſta el fin: y así llegando al paſo del billete, que avia hallado Don Fernando entre el libro de Amadís de Gaula, dixo Cardenio, que le tenia bien en la memoria, y que decia deſta manera.

Luſcinda á Cardenio.

CADA dia deſcubro en vos valores, que me obligan, y fuerzan, á que en mas os eſtime: y así ſi quiſieredes ſacarme deſta deuda, ſin executarme en la honra, lo podreys muy bien hacer. Padre tengo, que os conoce, y que me quiere bien, el qual ſin forzar mi voluntad cumplirá lo que ſerá juſto que vos tengays, ſi es que me eſtimays como decis, y como yo creo.

Por eſte billete me movi á pedir á Luſcinda por eſpoſa, como ya os he contado, y eſte fue por quien quedó Luſcinda en la opinion de Don Fernando, por una de las mas diſcretas, y aviſadas mugeres de ſu tiempo. Y eſte billete fue el, que le puſo en deſeo de deſtruirme, antes que el mio ſe efetuaſe. Dixele yo á Don Fernando, en lo que reparava el padre de Luſcinda, que era en que mi padre ſe la pidieſe: lo qual yo no le oſava decir, temeroſo que no vendria en ello: no porque no tuvieſe bien conocida la calidad, bondad, virtud, y hermoſura de Luſcinda, y que tenia partes baſtantes para enoblecer qualquier otro linage de Eſpaña: ſino porque yo entendia dél, que deſeava que no me caſaſe tan preſto, haſta ver lo que el Duque Ricardo hacía conmigo. En reſolucion, le dixe, que no me aventurava á decirſelo á mi padre, así por aquel inconveniente, como por otros muchos que me acobardavan, ſin ſaber quales eran: ſino que me parecia, que lo que yo deſeaſe jamas avia de tener efeto. A todo eſto me reſpondió Don Fernando, que él ſe encargava de hablar á mi padre, y hacer con él, que hablaſe al de Luſcinda. O Mario ambicioſo, ó Catilina cruel, ó Syla facinoroſo, ó Galalon embuſtero, ó Vellido traidor, ó Iulian vengativo, ó Iudas codicioſo. Traidor, cruel, vengativo, y em-

embuſtero, que deſervicios te avia hecho eſte triſte, que con tanta llaneza te deſcubrió los ſecretos, y contentos de ſu corazon? Que ofenſa te hice? Que palabras te dixe, ó que conſejos te di, que no fueſen todos encaminados á acrecentar tu honra, y tu provecho? Mas de que me quexo, deſventurado de mí, pues es coſa cierta, que quando traen las deſgracias la corriente de las eſtrellas, como víenen de alto á baxo deſpeñandoſe con furor, y con violencia, no ay fuerza en la tierra que las detenga, ni induſtria humana que prevenirlas pueda. Quien pudiera imaginar, que Don Fernando, cavallero iluſtre, diſcreto, obligado de mis ſervicios, poderoſo para alcanzar lo que el deſeo amoroſo le pidieſe, donde quiera que le ocupaſe, ſe avia de enconar (como ſuele decirſe) en tomarme á mí una ſola oveja, que aun no poſeya? Pero quedenſe eſtas conſideraciones aparte, como inutiles, y ſin provecho, y añudemos el roto hilo de mi deſdichada hiſtoria. Digo pues, que pareciendole á Don Fernando, que mi preſencia le era inconveniente para poner en execucion ſu falſo, y mal penſamiento, determinó de embiarme á ſu hermano mayor, con ocaſion de pedirle unos dineros, para pagar ſeys cavallos, que de induſtria, y ſolo para eſte efeto de que me auſentaſe (para poder mejor ſalir con ſu dañado intento) el miſmo dia que ſe ofreció hablar á mi padre los conpró, y quiſo que yo vinieſe por el dinero. Pude yo prevenir eſta traicion? Pude por ventura caer en imaginarla? No por cierto, antes con grandiſimo guſto me ofrecí á partir luego, contento de la buena compra hecha. Aquella noche hablé con Luſcinda, y le dixe lo que con Don Fernando quedava concertado, y que tuvieſe firme eſperanza, de que tendrian efeto nueſtros buenos, y juſtos deſeos. Ella me dixo, tan ſegura como yo de la traicion de Don Fernando, que procuraſe bolver preſto, porque creya que no tardaria mas la concluſion de nueſtras voluntades, que tardaſe mi padre de hablar al tuyo. No ſé que ſe fue, que en acabando de decirme

cirme eſto, ſe le llenaron los ojos de lagrimas, y un nudo ſe le atraveſó en la garganta, que no le dexava hablar palabra, de otras muchas que me pareció que procurava decirme. Quedé admirado deſte nuevo accidente, haſta alli jamas en ella viſto, porque ſiempre nos hablavamos, las veces que la buena fortuna, y mi diligencia lo concedia, con todo regozijo, y contento, ſin mezclar en nueſtras platicas lagrimas, ſuſpiros, zelos, ſoſpechas, ó temores. Todo era engrandecer yo mi ventura, por avermela dado el cielo por ſeñora. Eſagerava ſu belleza, admiravame de ſu valor, y entendimiento. Bolviame ella el recambio, alabando en mí lo que como enamorada le pareció digno de alabanza. Con eſto nos contavamos cien mil niñerias, y acaecimientos de nueſtros vecinos, y conocidos: y á lo que mas ſe eſtendia mi deſemboltura, era á tomarle, caſi por fuerza, una de ſus bellas, y blancas manos, y llegarla á mi boca, ſegun dava lugar la eſtrecheza de una baxa rexa que nos dividia. Pero la noche, que precedió al triſte dia de mi partida, ella lloró, gimió, y ſuſpiró, y ſe fue, y me dexó lleno de confuſion, y ſobreſalto, eſpantado de aver viſto tan nuevas, y tan triſtes mueſtras de dolor, y ſentimiento en Luſcinda. Pero por no deſtruir mis eſperanzas, todo lo atribuy á la fuerza del amor que me tenía, y al dolor que ſuele cauſar la auſencia en los que bien ſe quieren. En fin yo me parti triſte, y penſativo, llena el alma de imaginaciones, y ſoſpechas, ſin ſaber lo que ſoſpechava, ni imaginava: Claros indicios que moſtravan el triſte ſuceſo, y deſventura que me eſtava guardada. Llegué al lugar donde era embiado. Di las cartas al hermano de Don Fernando. Fuy bien recebido, pero no bien deſpachado, porque me mandó aguardar (bien á mi diſguſto) ocho dias, y en parte donde el Duque ſu padre no me vieſe: porque ſu hermano le eſcrivia, que le embiaſe cierto dinero, ſin ſu ſabiduria. Y todo fue invencion del falſo Don Fernando, pues no le faltavan á ſu hermano dineros

para

para deſpacharme luego. Orden, y mandato fue eſte, que me puſo en condicion de no obedecerle, por parecerme impoſible ſuſtentar tantos dias la vida en el auſencia de Luſcinda, y mas aviendola dexado con la triſteza que os he contado. Pero con todo eſto obedecí, como buen criado, aunque veya que avia de ſer á coſta de mi ſalud. Pero a los quatro dias que alli llegué, llegó un hombre en mi buſca con una carta que me dió, que en el ſobreſcrito conocí ſer de Luſcinda, porque la letra del era ſuya. Abrila temeroſo, y con ſobreſalto, creyendo que coſa grande devia de ſer la que la avia movido á eſcrivirme, eſtando auſente, pues preſente pocas veces lo hacía. Preguntéle al hombre, antes de leerla, quien ſe la avia dado, y el tiempo que avia tardado en el camino. Dixome, que á caſo paſando por una calle de la ciudad á la hora de medio dia, una ſeñora muy hermoſa le llamó deſde una ventana, los ojos llenos de lagrimas, y que con mucha prieſa le dixo: Hermano, ſi ſoys Chriſtiano, como pareceys, por amor de Dios os ruego, que encamineys luego luego eſta carta al lugar, y á la perſona que dice el ſobreſcrito, que todo es bien conocido, y en ello haréys un gran ſervicio á nueſtro Señor. Y para que no os falte comodidad de poderlo hacer, tomad lo que vá en eſte pañuelo: y diciendo eſto, me arrojó, por la ventana un pañuelo donde venian atados cien reales, y eſta ſortija de oro que aquí traigo, con eſa carta que os he dado: y luego ſin aguardar reſpueſta mia, ſe quitó de la ventana; aunque primero vió como yo tomé la carta, y el pañuelo, y por ſeñas le dixe, que haría lo que me mandava. Y así viendome tan bien pagado del trabajo que podia tomar en traeroſla, y conociendo por el ſobreſcrito, que erades vos á quien ſe embiava, porque yo, ſeñor, os conozco muy bien: y obligado aſimiſmo de las lagrimas de aquella hermoſa ſeñora, determiné de no fiarme de otra perſona, ſino venir yo miſmo á daroſla. Y en diez, y ſeys horas que ha que ſe me dió,

he

he hecho el camino que ſabeys, que es de diez, y ocho leguas. En tanto que el agradecido, y nuevo correo eſto me decia, eſtava yo colgado de ſus palabras, temblandome las piernas de manera, que á penas podia ſoſtenerme. En efeto abrí la á carta, y vi que contenia eſtas razones.

La palabra que Don Fernando os dió, de hablar á vueſtro padre para que hablaſe al mio, la ha cumplido mucho mas en ſu guſto que en vueſtro provecho. Sabed ſeñor, que él me ha pedido por eſpoſa, y mi padre llevado de la ventaja que él pienſa que Don Fernando os hace, ha venido en lo que quiere, con tantas veras, que de aquí á dos dias ſe ha de hacer el deſpoſorio: tan ſecreto, y tan á ſolas, que ſolo han de ſer teſtigos los cielos, y alguna gente de caſa. Qual yo quedo, imaginadlo. Si os cumple venir, vedlo. Y ſi os quiero bien, ó no, el ſuceſo deſte negocio os lo dará á entender. A Dios plega, que eſta llegue á vueſtras manos, antes que la mia ſe vea en condicion de juntarſe con la de quien tan mal ſabe guardar la fé que promete.

Eſtas en ſuma fueron las razones que la carta contenia, y las que me hicieron poner luego en camino, ſin eſperar otra reſpueſta, ni otros dineros: que bien claro conocí entonces, que no la compra de los cavallos, ſino la de ſu guſto, avia movido á Don Fernando á embiarme á ſu hermano. El enojo que contra Don Fernando concebí, junto con el temor de perder la prenda que con tantos años de ſervicios, y deſeos tenía grangeada, me puſieron alas, pues caſi como en buelo, otro dia me puſe en mi lugar al punto, y hora que convenia para ir á hablar á Luſcinda. Entré ſecreto, y dexé una mula en que venia, en caſa del buen hombre que me avia llevado la carta. Y quiſo la ſuerte, que entonces la tuvieſe tan buena, que hallé á Luſcinda pueſta á la rexa, teſtigo de nueſtros amores. Conocióme Luſcinda luego, y conocila yo, mas no como devia ella conocerme, y yo conocerla. Pero quien ay en

el mundo que ſe pueda alabar, que ha penetrado, y ſabido el confuſo penſamiento, y condicion mudable de una muger? Ninguno por cierto. Digo pues, que así como Luſcinda me vió, me dixo: Cardenio de boda eſtoy veſtida, ya me eſtan aguardando en la ſala Don Fernando el traidor, y my padre el codicioſo, con otros teſtigos, que antes lo ſeran de mi muerte, que de mi deſpoſorio. No te turbes amigo, ſino procura hallarte preſente á eſte ſacrificio, el qual ſino pudiere ſer eſtorvado de mis razones, una daga llevo eſcondida, que podra eſtorvar mis determinadas fuerzas, dando fin á mi vida, y principio á que conozcas la voluntad que te he tenido, y tengo. Yo le reſpondí turbado, y apriesa, temeroſo no me faltaſe lugar para reſponderla: Hagan, ſeñora, tus obras verdaderas tus palabras, que ſi tu llevas daga para acreditarte, aquí llevo yo eſpada para defenderte con ella, ó para matarme, ſi la ſuerte nos fuere contraria. No creo que pudo oir todas eſtas razones, porque ſenti que la llamavan apriesa, porque el deſpoſado aguardava. Cerróſe con eſto la noche de mi triſteza: puſoſeme el ſol de mi alegria: quedé ſin luz en los ojos, y ſin diſcurſo en el entendimiento. No acertava á entrar en ſu caſa, ni podia moverme á parte alguna: pero conſiderando quanto importava mi preſencia, para lo que ſuceder pudieſe en aquel caſo, me animé, lo mas que pude, y entré en ſu caſa. Y como ya ſabia muy bien todas ſus entradas y ſalidas, y mas con el alboroto que de ſecreto en ella andava, nadie me echó de ver. Así que ſin ſer viſto, tuve lugar de ponerme en el hueco que hácia una ventana de la miſma ſala, que con las puntas, y remates de dos tapices ſe cubria, por entre las quales podia yo ver, ſin ſer viſto, todo quanto en la ſala ſe hacía. Quien pudiera decir aora los ſobreſaltos que me dió el corazon mientras alli eſtuve? Los penſamientos que me ocurrieron? Las conſideraciones que hice? que fueron tantas, y tales, que ni ſe pueden decir, ni aun es bien que ſe digan: baſta que ſepays que el

deſ-

deſpoſado entró en la ſala, ſin otro adorno que los miſmos veſtidos ordinarios que ſolia. Traya por padrino á un primo hermano de Luſcinda, y en toda la ſala no avia perſona de fuera, ſino los criados de caſa. De alli á un poco ſalió de una recamara Luſcinda, acompañada de ſu madre, y de dos donzellas ſuyas: tan bien aderezada, y compueſta, como ſu calidad y hermoſura merecian: y como quien era la perfecion de la gala, y bizarria corteſana. No me dió lugar mi ſuſpenſion, y arrobamiento, para que miraſe, y notaſe en particular lo que traya veſtido, ſolo pude advertir á las colores, que eran encarnado, y blanco: y en las viſlumbres que las piedras, y joyas del tocado, y de todo el veſtido hacían, á todo lo qual ſe aventajava la belleza ſingular de ſus hermoſos, y rubios cabellos, tales, que en competencia de las precioſas piedras, y de las luces de quatro hachas que en la ſala eſtavan, la ſuya con mas reſplandor á los ojos ofrecian. O memoria, enemiga mortal de mi deſcanſo, de que ſirve repreſentarme aora la incomparable belleza de aquella adorada enemiga mia? No ſerá mejor, cruel memoria, que me acuerdes, y repreſentes lo que entonces hizo, para que movido de tan manifieſto agravio, procure, ya que no la venganza, alomenos perder la vida? No os canſeys ſeñores, de oir eſtas digreſiones que hago, que no es mi pena de aquellas que puedan, ni devan contarſe ſucintamente, y de paſo, pues cada circunſtancia ſuya me parece á mí, que es digna de un largo diſcurſo. A eſto le reſpondió el Cura, que no ſolo no ſe canſavan en oirle, ſino que les dava mucho guſto las menudencias que contava, por ſer tales, que merecian no paſarſe en ſilencio, y la miſma atencion que lo principal del cuento. Digo pues, proſiguió Cardenio, que eſtando todos en la ſala, entró el Cura de la parrochia, y tomando á los dos por la mano, para hacer lo que en tal acto ſe requiere, al decir: Quereys, ſeñora Luſcinda, al ſeñor Don Fernando que eſtá preſente, por vueſtro legitimo eſpoſo, como lo manda la ſanta

madre Igleſia? yo ſaqué toda la cabeza, y cuello, de entre los tapizes, y con atentiſimos oidos, y alma turbada, me puſe á eſcuchar lo que Luſcinda reſpondiá: eſperando de ſu reſpueſta la ſentencia de mi muerte, ó la confirmacion de mi vida. O quien ſe atreviera á ſalir entonces, diciendo á voces: A Luſcinda, Luſcinda, mira lo que haces, conſidera lo que me deves, mira que eres mia, y que no puedes ſer de otro. Advierte, que el decir tu, Sí, y el acabarſeme la vida, ha de ſer todo á un punto. A traidor Don Fernando, robador de mi gloria, muerte de mi vida, que quieres? que pretendes? conſidera, que no puedes Chriſtianamente llegar al fin de tus deſeos, porque Luſcinda es mi eſpoſa, y yo ſoy ſu marido. A loco de mí, aora que eſtoy auſente, y lexos del peligro, digo que avia de hacer lo que no hice. Aora que dexé robar mi cara prenda, maldigo al robador, de quien pudiera vengarme, ſi tuviera corazon para ello, como lo tengo para quexarme. En fin, pues ſuy entonces covarde, y necio, no es mucho que muera aora corrido, arrepentido, y loco. Eſtava eſperando el Cura la reſpueſta de Luſcinda, que ſe detuvo un buen eſpacio en darla, y quando yo penſe que ſacava la daga para acreditarſe, ó deſatava la lengua para decir alguna verdad, ó deſengaño, que en mi provecho redundaſe, oigo que dixo con voz deſmayada, y flaca: Si quiero: y lo miſmo dixo Don Fernando, y dandole el anillo, quedaron en indiſoluble nudo ligados. Llegó el deſpoſado á abrazar á ſu eſpoſa, y ella poniendoſe la mano ſobre el corazon, cayó deſmayada en los brazos de ſu madre. Reſta aora decir, qual quedé yo, viendo en el Sí, que avia oido, burladas mis eſperanzas, falſas las palabras y promeſas de Luſcinda: impoſibilitado de cobrar en algun tiempo el bien, que en aquel inſtante avia perdido. Quedé falto de conſejo, deſamparado, á mi parecer, de todo el cielo, hecho enemigo de la tierra que me ſuſtentava, negandome el ayre aliento para mis ſuſpiros, y el agua humor para

mis

mis ojos: ſolo el fuego ſe acrecentó de manera que todo ardia de rabia, y de zelos. Alborotaronſe todos con el deſmayo de Luſcinda, y deſabrochandole ſu madre el pecho para que le dieſe el ayre, ſe deſcubrió en el un papel cerrado, que Don Fernando tomó luego, y ſe le puſo á leer á la luz de una delas hachas, y en acabando de leerle ſe ſentó en una ſilla, y ſe puſo la mano en la mexilla, con mueſtras de hombre muy penſativo, ſin acudir á los remedios que á ſu eſpoſa ſe hacían, para que del deſmayo bolvieſe. Yo viendo alborotada toda la gente de caſa, me aventuré á ſalir, ora fueſe viſto, ó no, con determinacion que ſi me vieſen, de hacer un deſatino, tal, que todo el mundo viniera á entender la juſta indignacion de mi pecho, en el caſtigo del falſo Don Fernando, y aun en el mudable de la deſmayada traidora. Pero mi ſuerte, que para mayores males (ſi es poſible que los aya) me deve tener guardado, ordenó, que en aquel punto me ſobraſe el entendimiento, que deſpues acá me ha faltado: y aſí ſin querer tomar venganza de mis mayores enemigos (que por eſtar tan ſin penſamiento mio fuera facil tomarla) quiſe tomarla de mi mano, y executar en miſ la pena que ellos merecian: y aun quiza con mas rigor del, que con ellos ſe uſara, ſi entonces les diera muerte, pues la que ſe recibe repentina, preſto acaba la pena, mas la que ſe dilata con tormentos, ſiempre mata ſin acabar la vida. En fin, yo ſalí de aquella caſa, y vine á la de aquel donde avia dexado la mula: hice, que me la enſillaſe, ſin deſpedirme dél ſubi en ella, y ſali de la ciudad, ſin oſar, como otro Lot, bolver el roſtro á miralla: y quando me vi en el campo ſolo, y que la eſcuridad de la noche me encubria, y ſu ſilencio combidava á quexarme, ſin reſpeto, ó miedo de ſer eſcuchado, ni conocido, ſolté la voz, y deſaté la lengua en tantas maldiciones de Luſcinda, y de Don Fernando, como ſi con ellas ſatisficiera el agravio que me avian hecho. Dile titulos de cruel, de ingrata, de falſa, y deſagradecida: pero ſobre todos, de codi-

cioſa,

cioſa, pues la riqueza de mi enemigo la avia cerrado los ojos de la voluntad, para quitarmela á mí, y entregarla á aquel con quien mas liberal, y franca la fortuna ſe avia moſtrado, y en mitad de la fuga deſtas maldiciones, y vituperios la deſculpava, diciendo: que no era mucho que una donzella recogida en caſa de ſus padres, hecha, y acoſtumbrada ſiempre á obedecerlos, huvieſe querido condecender con ſu guſto pues le davan por eſpoſo á un cavallero tan principal, tan rico, y tan gentil hombre, que á no querer recebirle ſe podia penſar, ó que no tenia juicio, ó que en otra parte tenia la voluntad, coſa que redundava tan en perjuicio de ſu buena opinion, y fama. Luego bolvia diciendo, que puesto que ella dixera, que yo era ſu eſpoſo, vieran ellos que no avia hecho en eſcogerme tan mala eleccion, que no la diſculparan, pues antes de ofrecerſeles Don Fernando, no pudieran ellos miſmos acertar á deſear, ſi con razon midieſen ſu deſeo, otro mejor que yo, para eſpoſo de ſu hija: y que bien pudiera ella, antes de ponerſe en el trance forzoſo, y ultimo de dar la mano, decir, que ya yo le avia dado la mia, que yo viniera, y condecendiera con todo quanto ella acertara á fingir en eſte caſo. Enfin me reſolví, en que poco amor, poco juicio, mucha ambicion, y deſeos de grandezas hicieron que ſe olvidaſe de las palabras con que me avia engañado, entretenido, y ſuſtentado en mis firmes eſperanzas, y honeſtos deſeos. Con eſtas voces, y con eſta inquietud caminé lo que quedava de la noche, y di al amanecer en una entrada deſtas ſierras, por las quales caminé otros tres dias, ſin ſenda, ni camino alguno, haſta que vine á parar á unos prados, que no ſé á que mano deſtas montañas caen, y alli pregunté á unos ganaderos, que hácia donde era lo mas aſpero deſtas ſierras. Dixeronme, que hácia eſta parte. Luego me encaminé á ella, con intencion de acabar aquí la vida: y en entrando por eſtas aſperezas, del canſancio, y de la hambre ſe cayó mi mula muerta: ó lo que yo mas creo, por deſechar de sí

tan

tan inutil carga como en mi llevava. Yo quedé á pie, rendido de la naturaleza, traſpaſado dehambre, ſin tener, ni penſar buſcar quien me ſocorrieſe. De aquella manera eſtuve no ſé que tiempo, tendido en el ſuelo, al cabo del qual me levanté ſin hambre, y hallé junto á mí á unos cabreros, que ſin duda devieron ſer los que mi neceſidad remediaron: porque ellos me dixeron de la manera que me avian hallado, y como eſtava diciendo tantos diſparates, y deſatinos, que dava indicios claros de aver perdido el juicio: y yo he ſentido en mí, deſpues acá, que no todas veces le tengo cabal, ſino tan deſmedrado, y flaco, que hago mil locuras, raſgandome los veſtidos, dando voces por eſtas ſoledades, maldiciendo mi ventura, y repitiendo en vano el nombre amado de mi enemiga, ſin tener otro diſcurſo, ni intento entonces, que procurar acabar la vida voceando: y quando en mí me buelvo, me hallo tan canſado, y molido, que á penas puedo moverme. Mi mas comun habitacion es en el hueco de un Alcornoque, capaz de cubrir eſte miſerable cuerpo. Los vaqueros, y cabreros que andan por eſtas montañas, movidos de caridad me ſuſtentan, poniendome el manjar por los caminos, y por las peñas por donde entienden que acaſo podré paſar, y hallarlo: y así aunque entonces me falte el juicio, la neceſidad natural me da á conocer el mantenimiento, y deſpierta en mí el deſeo de apetecerlo, y la voluntad de tomarlo. Otras veces me dicen ellos, quando me encuentran con juicio, que yo ſalgo á los caminos, y que ſe lo quito por fuerza, aunque me lo den de grado, á los paſtores que vienen con ello del lugar á las majadas. Deſta manera paſo mi miſerable, y eſtrema vida haſta que el cielo ſea ſervido de conducirle á ſu ultimo fin, ó de ponerle en mi memoria, para que no me acuerde de la hermoſura, y de la traicion de Luſcinda, y del agravio de Don Fernando, que ſi eſto el hace ſin quitarme la vida, yo bolveré á mejor diſcurſo mis penſamientos: donde no, no ay ſino rogarle, que abſolutamente

tenga

tenga miſericordia de mi alma, que yo no ſiento en mí valor, ni fuerzas para ſacar el cuerpo deſta eſtrecheza en que por mi guſto he querido ponerle. Eſta es, ó ſeñores, la amarga hiſtora de mi deſgracia: decidme ſi es tal que pueda celebrarſe con menos ſentimientos, que los que en mí aveys viſto. Y no os canſeys en perſuadirme, ni aconſejarme, lo que la razon os dixere que puede ſer bueno para mi remedio, porque ha de aprovechar conmigo, lo que aprovecha la medicina recetada de famoſo Medico al enfermo, que recebir no la quiere. Yo no quiero ſalud ſin Luſcinda: y pues ella guſta de ſer agena, ſiendo, ó deviendo ſer mia, guſte yo de ſer de la deſventura, pudiendo aver ſido de la buena dicha. Ella quiſo con ſu mudanza hacer eſtable mi perdicion: yo querré con procurar perderme, hacer contenta ſu voluntad, y ſerá exemplo á los por venir, de que á mí ſolo faltó lo, que á todos los deſdichados ſobra, á los quales ſuele ſer conſuelo la impoſibilidad de tenerle, y en mas cauſa de mayores ſentimientos, y males, porque aun pienſo que no ſe han de acabar con la muerte. Aquí dió fin Cardenio á ſu larga platica, y tan deſdichada como amoroſa hiſtoria. Y al tiempo que el Cura ſe prevenia para decirle algunas razones de conſuelo, le ſuſpendió una voz que llegó á ſus oidos, que en laſtimados acentos oyeron, que decia, lo que ſe dirá en la quarta parte deſta narracion, que en eſte punto dió fin á la tercera el ſabio, y atentado hiſtoriador Cide Hamete Benengeli.